El MISTERIO del JOYERO



JANE BETTANY

Harper+

Portadilla

El MISTERIO del JOYERO

JANE BETTANY

Harper+

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www. harpercollinsiberica.com

Título original: *Murder at Maple Grange*
© Jane Bettany, 2024
© 2026, HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado originalmente por HQ, un sello de HarperCollins Publishers, Ltd
Traducción de Rosana Jiménez Arribas

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: Anna Sikorska para HQ
Imagen de cubierta: Shutterstock

ISBN: 9788410645097

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Agradecimientos

Dedicatoria

En memoria de nuestro perrito
Nell
10-10-2008 – 01-07-2023

Prólogo

Septiembre de 1955

—Más alto. Tienes que subir más alto. Solo podrás unirte a la pandilla si nos traes una castaña de una de las ramas de arriba del todo.

Lynette pensaba que ya estaba cerca de la copa del árbol; sin embargo, cuando inclinó la cabeza y miró hacia arriba, se dio cuenta de que aún le quedaba mucho por subir. El problema era que no creía poder subir más. Le latía con fuerza el corazón y estaba muy mareada.

Hacía tres minutos estaba de pie sobre la hierba quemada del verano, evaluando la mejor manera de trepar al árbol, pensando que sería pan comido. Las ramas gruesas y ascendentes parecían seguras y sólidas, y estaban espaciadas de manera uniforme. Eran perfectas para trepar.

Dos minutos antes, había utilizado la cuerda para balancearse y subir su delgado cuerpo hasta la primera rama. Desde allí, se había impulsado con confianza hacia arriba, moviéndose con rapidez, como si estuviera subiendo por una escalera.

Hacía un minuto, todo iba de maravilla, pero entonces cometió el error de mirar abajo.

Agrupadas alrededor de la base del tronco, observando su progreso y gritando con autoridad, estaban las tres niñas miembros de la pandilla the Horse Chestnut Gang.[1] *Eran un poco mayores que ella y tenían mucha más confianza en sí mismas. Lynette se dijo que estaban allí para animarla, pero en el fondo sabía que era demasiado pequeña y torpe para encajar en ese grupo. Desde allí arriba, el trío parecía diminuto… y el camino hasta abajo era muy muy largo.*

Se aferró al árbol. Ojalá sus ramas leñosas la envolvieran y la estrecharan. Ojalá la mantuvieran a salvo.

Apretando los ojos con fuerza, trató de ignorar la sensación de mareo en la cabeza y el zumbido en los oídos. Sentía el cuerpo rígido, paralizado por el miedo. No podía subir ni bajar. Estaba atrapada, pegada al árbol, como la corteza. Mientras tanto, el clamor de voces allá abajo, en el suelo, continuaba, instándola a subir más alto.

—No seas miedosa, Lynette. Tienes que seguir subiendo. Dos ramas más y lo habrás conseguido. Cuando llegues a la copa, coge la castaña que tengas más cerca y tráela aquí abajo. Entonces te dejaremos entrar en nuestra pandilla.

Era fácil para ellas decirlo. ¿Por qué no podían gritarle palabras de ánimo en lugar de molestarla?

«No les hagas caso —se dijo a sí misma—. Tú puedes hacerlo. No puede ser tan difícil».

Sentía el áspero tronco del árbol presionando contra el fino algodón de su blusa. Tenía que moverse. Hacia arriba o hacia abajo, daba igual.

Desprendiéndose de la reconfortante fuerza del castaño, empujó sus piernas temblorosas y rebeldes hasta ponerse de pie.

—Date prisa, Lynette. Tenemos que irnos a casa pronto. Se te acaba el tiempo.

Con brazos que parecían de goma, se agarró a la siguiente rama y se impulsó hasta la parte más alta del árbol. Ahora solo tenía que coger la castaña más grande que encontrara.

Recordó lo que Ella le había dicho que hiciera si sentía que le iba a dar un mareo.

«Respira lenta y profundamente, hermanita. Respira lenta y profundamente».

Lynette volvió a cerrar los ojos, llenó los pulmones de aire y esperó a que dejara de darle vueltas la cabeza. Una vez que se estabilizó, reunió todo su valor y, dando pequeños pasos, se desplazó hacia la derecha, donde colgaba una enorme cascarilla de castaña de color amarillo verdoso en la parte más alta del árbol. Utilizando la mano izquierda para mantener el equilibrio, Lynette estiró el otro brazo y sonrió triunfalmente cuando sus dedos se cerraron alrededor de la cascarilla espinosa.

Fue entonces cuando oyó un crujido, como un disparo. La rama en la que se encontraba se tambaleó y luego se rompió, dejando a Lynette colgando, agarrada con la mano izquierda.

Balanceando la pierna derecha hacia adelante y hacia atrás, intentó desesperadamente enganchar un pie al árbol, pero le faltaba la fuerza necesaria para volver a sujetarse. En el suelo, las voces parloteantes cesaron. En algún lugar cercano, un mirlo lanzó una advertencia.

La mano de Lynette era demasiado pequeña y demasiado débil. No pudo aguantar.

Cerró los ojos mientras caía, sabiendo con absoluta certeza que había fracasado en su misión. Ahora nunca la dejarían entrar en the Horse Chestnut Gang.

[1] En inglés, the Horse Chestnut Gang significa «la banda de los castaños de Indias». *(Todas las notas son del editor)*.

Capítulo 1

Apenas había espacio para una persona en la pequeña oficina de Violet Brewster, y mucho menos para dos, pero, después de mucho reorganizar y maniobrar, había conseguido meter un escritorio extra junto al suyo. Ahora lo ocupaba su nueva asistente, Molly Gee, a quien había contratado para trabajar quince horas a la semana en su negocio de vídeo, The Memory Box.

Molly había pasado la mayor parte de la mañana respondiendo una serie de llamadas y se había adaptado bien. Era un día inusualmente ajetreado, y tenerla cerca para atender las consultas estaba resultando de gran ayuda. Gracias a ello, Violet podía concentrarse en realizar los retoques finales de su último proyecto cinematográfico.

—¿Puede esperar un momento? —dijo Molly cuando respondió a la última llamada—. Voy a ver si Violet está disponible.

Silenció el teléfono y se acercó con su silla de oficina al escritorio de Violet (en el reducido espacio de The Memory Box, no tuvo que desplazarse mucho).

—Hay una tal Dawn Pilcher al teléfono —dijo Molly—. Quiere hablar contigo de un asunto personal.

Violet frunció el ceño con escepticismo.

—¿Le digo que no estás disponible? O podría decirle que no te encuentro. No debe de saber que estamos sentadas a un palmo la una de la otra.

Violet negó con la cabeza y cogió el teléfono.

—No pasa nada. Hablaré con ella.

—Genial. —Molly se levantó—. Mientras lo haces, voy a preparar té para las dos.

Tres minutos más tarde, Molly salió de la pequeña trastienda con dos tazas humeantes de té.

—¿Y bien? —preguntó, y colocó una de las bebidas en el escritorio de Violet y sopló sobre la otra—. ¿Eran buenas noticias?

—No exactamente —respondió Violet—. Una mujer que conocí hace unos meses ha fallecido.

—¡Oh, no! —exclamó Molly con cara de consternación—. Lo siento mucho. ¿Es alguien que yo conozca?

—Es posible —dijo Violet—. ¿Se llamaba Phyllis Gibson? Vivía en la residencia de jubilados Maple Grange.

Molly negó con la cabeza.

—No me suena ese nombre.

En los diez meses que Violet llevaba dirigiendo su pequeña empresa, había participado en muchos proyectos interesantes, pero la película en la que había trabajado con Phyllis había sido la más agradable hasta el momento.

—Conocí a Phyllis en octubre —explicó—. Un grupo de residentes de Maple Grange me pidió que colaborara con ellos en un proyecto nostálgico sobre los años cincuenta y sesenta. Hice un cortometraje con sus recuerdos, y Phyllis fue una de las personas a las que entrevisté. Era una señora encantadora. Nos llevábamos de maravilla. Aunque no la conocí bien, parecía muy ágil para su edad. Me ha sorprendido mucho que haya fallecido.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Molly.

—Setenta y ocho, y estaba en plena forma, o eso creía yo.

—Las apariencias engañan —dijo Molly—. ¿Qué pasó? Supongo que falleció de repente.

—Creo que sí —respondió Violet encogiéndose de hombros—. Quizá sufrió un derrame cerebral, un infarto o algo así. Murió en noviembre, así que el funeral ya se celebró. Habría asistido, si me hubieran avisado, pero al parecer Phyllis solicitó un servicio privado…, solo para amigos cercanos y familiares.

—¿Y de qué quería hablar contigo Dawn Pilcher?

—Es la directora de la residencia de Maple Grange y además también es la albacea del testamento de Phyllis. Se acaba de otorgar la sucesión, y Dawn está repartiendo la herencia, que incluye una cosa para mí.

—¿En serio? —Molly abrió la boca, sorprendida—. ¿Te dejó algo en su testamento?

—Sí. Para ser sincera, esa noticia me sorprendió aún más que descubrir que Phyllis había fallecido. Como te decía, apenas la conocía. Nos vimos tres o cuatro veces. Desde luego, congeniamos…, de eso no hay duda…, pero no entiendo por qué me nombró beneficiaria en su testamento.

—Quizá sentía debilidad por ti. Sin duda parece que conectasteis. ¿Qué te ha dejado? ¿Te lo ha dicho Dawn Pilcher?

—Una caja —respondió Violet—. Phyllis la guardaba en su salón y yo la admiré en una de mis visitas. Debió de acordarse.

—Oh… Fue muy amable por su parte pensar en ti —dijo Molly—. Suponiendo, claro está, que no sea una vieja caja de cartón mugrienta o una monstruosidad de plástico de una tienda de todo a un euro.

Violet sonrió.

—Nada más lejos de la realidad. Es un precioso joyero victoriano. Una antigüedad. Phyllis me dijo que estaba hecho de palisandro y, según recuerdo, tiene diminutas flores de nácar incrustadas en la parte superior… Es realmente bonito.

—Suena muy bien —dijo Molly—. ¿Quizá quería que lo tuvieras por el nombre de tu negocio? Diriges The Memory Box, así que tal vez Phyllis te vio como la custodia perfecta para su antigüedad.

Violet asintió lentamente con la cabeza.

—No lo había pensado. Sea cual sea la razón, fue muy amable por su parte pensar en mí. Es un regalo muy generoso.

—¿Por qué no lo guardas aquí, en la oficina? —sugirió Molly—. He estado pensando que deberíamos hacer algo más creativo con el escaparate. Somos el único negocio no minorista del centro comercial, así que creo que tenemos que dar a los transeúntes una idea más clara de lo que hacemos aquí. Por ahora, nuestro escaparate tiene un aspecto muy monótono y aburrido. La caja podría ser el elemento central de un nuevo escaparate.

A Violet le animó que Molly pensara de forma creativa y le gustó que hubiera dicho «somos». Eso demostraba que, aunque era una

empleada nueva, ya se consideraba parte del «equipo de The Memory Box».

—Me gusta tu idea de decorar el escaparate —dijo Violet—. Pero prefiero guardar la caja de Phyllis en casa, para poder atesorarla como es debido. Quizá podrías hacer otra cosa con el escaparate, como exponer artículos que reflejen la naturaleza de nuestro trabajo.

—¿Como qué?

—Quizá unas fotos antiguas u otros efímeros.

—¿«Efímeros»? —preguntó Molly—. ¿Qué es eso?

Violet se rio.

—Papeles, cartas, programas antiguos… Ya sabes: cosas efímeras. Cosas que en su momento estaban destinadas a tener una vida corta, pero que aun así han perdurado, o se han conservado como recuerdo.

—¿Como entradas antiguas de conciertos, quieres decir? —preguntó Molly—. ¿O postales?

—Sí, ese tipo de cosas. Revistas viejas. Cómics. Programas de fútbol. Cosas que despierten recuerdos.

Los recuerdos eran el *stock* comercial del negocio de Violet. A través de The Memory Box, trabajaba con grupos e individuos para registrar historias familiares y personales, recuerdos comunitarios e historias relacionadas con cualquier cosa, desde empresas y casas hasta sociedades o pueblos.

Molly ladeó la cabeza pensativa.

—¿Cuál es el presupuesto para ese escaparate?

—¿Presupuesto? —Violet le dirigió una mirada de fingido horror—. ¿Quieres que gaste dinero en ello?

Molly arqueó una ceja.

—Vamos, Violet. Puedo ser muy creativa cuando me lo propongo, pero tienes que darme algo con lo que trabajar.

Violet dio un sorbo a su té.

—Hay treinta libras en la caja de gastos menores. A ver qué tipo de escaparate puedes montar con eso.

Molly sonrió con aire burlón.

—Haré lo que pueda, pero no esperes milagros.

—Harás un gran trabajo —dijo Violet—. Sé que lo harás. ¿Por qué no echas un vistazo en The Antiques Emporium, aquí al lado? Tienen todo tipo de cosas allí.

—Buena idea —dijo Molly, emocionada por poner a prueba sus habilidades como escaparatista, aunque fuera con tan solo treinta libras.

—Si se lo pides amablemente a Robert Dorman quizá te haga un descuento.

—No contaría con ello —opinó Molly—. He oído que es muy tacaño.

Robert era el propietario de la tienda de antigüedades: un joven alto y desgarbado, con fama de torpe. Su falta de destreza había sido la causa de muchos daños costosos en su tienda.

—¿Cuándo te van a entregar esa caja? —quiso saber Molly, cambiando de tema.

—No me la entregarán —respondió Violet—. Tengo que ir a la residencia de jubilados a recogerla.

—Y ¿a qué esperas? —preguntó Molly frotándose las manos—. ¿Por qué no vas ahora? Yo me encargo de todo aquí.

—No puedo dejarlo todo y salir corriendo a Maple Grange —dijo Violet, señalando con la cabeza la pantalla de su ordenador—. Tengo que terminar esto hoy.

—Pues ve esta noche, después del trabajo.

Violet soltó una carcajada.

—Creo que te intriga más que a mí este inesperado legado, Molly. Da la casualidad de que esta noche estoy ocupada, así que tampoco puedo ir.

—¿Vas a hacer algo emocionante?

—Voy a casa de Matthew. Va a cocinar para mí.

—Ah, ¿sí? —Molly ladeó la cabeza—. La cosa debe de ir en serio si va a preparar una cena espléndida para los dos.

Violet sonrió.

—Conociendo a Matthew, es más probable que sea improvisada que espléndida. No es el mejor cocinero del mundo, pero hace unos espaguetis con salsa boloñesa estupendos y un chili aceptable, y,

sea lo que sea lo que cocine, siempre lo acompaña con una buena botella de vino, así que no me puedo quejar.

—Eso creo —dijo Molly—. Ojalá tuviera yo a alguien que cocinara para mí. Mi cena de esta noche probablemente será palitos de pescado, o un plato precocinado, o una tostada de algo. Tienes suerte de tener a alguien como Matthew con quien pasar el tiempo.

—Lo sé —coincidió Violet—. Y, créeme, no es algo que no sepa valorar.

Capítulo 2

—Gracias por acompañarme —dijo Violet cuando ella y Matthew entraron en el recinto de la residencia de jubilados Maple Grange a la hora del almuerzo—. No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé —respondió Matthew—. Pero este lugar me intriga. He pasado por delante muchas veces y siempre he querido tener una excusa para entrar.

—Prepárate para sorprenderte —dijo Violet mientras conducía por el camino de entrada, una avenida entre arces sin hojas por el invierno—. Es muy grandioso, y las instalaciones son impresionantes.

Cuando trabajó en el proyecto cinematográfico de Maple Grange el otoño anterior, Violet se familiarizó por completo con la residencia de personas mayores, incluyendo su historia y sus orígenes. Situada a pocos kilómetros de Bakewell, estaba rodeada por treinta y cinco acres de exuberantes jardines y bosques. El edificio principal se construyó en la década de 1870 como residencia privada. En 1890, la casa se amplió y remodeló para convertirse en un lujoso balneario de hidroterapia y, en 1905, cuando la popularidad de los balnearios comenzó a decaer, el edificio se vendió y se convirtió en un internado privado, que permaneció abierto hasta 2012.

La propiedad fue adquirida por un promotor inmobiliario, que llevó a cabo una restauración completa y la convirtió en lo que es hoy: la residencia de jubilados Maple Grange. El edificio principal alberga ahora una piscina y un *spa*, una peluquería y un salón de belleza, un gimnasio, una biblioteca y una cafetería, así como el restaurante The Maple Tree, que también está abierto a los no residentes.

Junto al edificio principal original se construyó un bloque de sesenta apartamentos de nueva construcción, pero que guardaba armonía con la arquitectura original. También había veinte casitas de una sola planta repartidas por los jardines, lo que daba a toda la zona el aspecto de una pequeña aldea. Los residentes eran mayores de cincuenta y cinco años, la mayoría de los cuales se había

trasladado a la residencia en busca de una comunidad lujosa pero sociable en la que pasar sus últimas décadas.

—Mis padres han hablado de comprar un apartamento aquí —dijo Matthew mientras Violet daba marcha atrás para aparcar—. Esa es una de las razones por las que quería echarle un vistazo.

—Estás bromeando —dijo ella—. Les encanta su casa. ¿Por qué querrían mudarse aquí?

Los padres de Matthew, Brian y Joyce, vivían en Well View Cottage, una preciosa propiedad del siglo XVIII construida en piedra que se encontraba en el corazón del pueblo de Merrywell.

—No creo que estén preparados todavía… Quizá dentro de uno o dos años. —Matthew se encogió de hombros—. Supongo que están pensando en el futuro, cuando sean mayores y estén menos en forma. Aunque a mi padre le encanta su jardín, a veces le resulta una carga, sobre todo, cuando le molesta la artritis. Si se trasladaran aquí, tendrían lo mejor de ambas vidas: seguirían siendo propietarios de su casa, pero otras personas se encargarían de mantenerla por ellos.

—Sin embargo, no sería tan bonito como Well View Cottage —dijo Violet—. Aunque supongo que este lugar ofrecería un estilo de vida sin estrés. El problema es que los jardines aquí son comunitarios, por lo que tu padre no tendría su propio espacio para cultivar nada.

—Es cierto; sin embargo, al parecer la mayoría de los apartamentos tienen balcones —dijo Matthew—. Podría tener macetas y jardineras propias, y él y mi madre disfrutarían de los jardines comunitarios sin la molestia de tener que cuidarlos.

—Todo eso tiene un precio, ya lo sabes —replicó Violet—. A los propietarios de los apartamentos se les cobra una elevada cuota mensual de comunidad. Maple Grange definitivamente no es una opción barata para la jubilación.

—Quizá no, pero sería un precio que valdría la pena pagar si les proporcionara tranquilidad. Y, a medida que pasara el tiempo y mis padres fueran envejeciendo, tendrían la seguridad de saber que podrían seguir viviendo en su casa, con la ayuda y el apoyo

adicionales que necesitaran, aunque supongo que los servicios de cuidados serían aún más caros que la cuota mensual de gestión.

—Pero valdría la pena, si eso es lo que acaban necesitando.

—Sí. —Matthew asintió con la cabeza—. Y obtendrían un buen precio si vendieran Well View Cottage…, más que suficiente para mantenerse con todas las comodidades en Maple Grange.

—Este lugar es muy elegante, y estoy segura de que encajarían perfectamente —dijo Violet con un movimiento de cabeza a la vez que apagaba el motor del coche—. ¿Estás listo para echar un vistazo? ¿Para descubrir si está tan bien como dicen?

—Tú primero. Después podríamos comer algo en la cafetería, probar la comida y ver cómo funciona todo. ¿Tienes tiempo?

Violet sonrió.

—Normalmente puedo sacar tiempo para almorzar, pero esperemos a ver. Primero tengo que recoger la caja. Al fin y al cabo, a eso vengo.

El edificio principal de Maple Grange estaba construido en piedra arenisca, al estilo gótico victoriano, y se hallaba flanqueado por dos enormes cedros del Líbano. Al acercarse a la casa, Violet no sabía decir si le parecía grandiosa e imponente o francamente espeluznante.

Ella y Matthew entraron por una puerta lateral a un amplio vestíbulo alfombrado, donde una escalera de madera tallada ascendía a los apartamentos superiores. En una mesa redonda del centro de la sala había un enorme arreglo floral de delicadas rosas color crema y fragantes alhelíes.

—Dawn Pilcher me ha pedido que me presente en la oficina principal —dijo Violet.

—¿Quieres que te acompañe?

—Como tú quieras. Puedes esperar aquí si lo prefieres.

—La verdad es que no me importaría dar un paseo por mi cuenta —dijo Matthew—. Me gustaría echar un vistazo a las instalaciones.

—De acuerdo, pero no te alejes demasiado. Si quieres verlo bien, tendrás que reservar una visita guiada. No creo que puedas ir a

explorar por tu cuenta.

Matthew le guiñó un ojo.

—¿Quién se va a enterar? Si me pillan, me haré el tonto. ¿Qué tal si nos vemos en la cafetería dentro de… diez o quince minutos?

—De acuerdo —convino ella, sonriendo a pesar de sus recelos sobre la visita no autorizada de Matthew al edificio—. Solo asegúrate de no meterte en líos. No queremos que nos echen de aquí.

Matthew se dirigió hacia una puerta que había a la derecha, que Violet sabía que daba a la biblioteca. Ella giró en dirección opuesta y siguió una discreta flecha con un cartel que decía: «OFICINA PRINCIPAL POR AQUÍ».

Después de presentarse en la recepción, le pidieron a Violet que volviera al vestíbulo principal y esperara allí a Dawn Pilcher.

Tras volver sobre sus pasos, se situó al pie de la amplia escalera. Desde allí, contempló los adornos y la rica decoración del vestíbulo, la brillante lámpara de araña y las elegantes acuarelas que colgaban de las paredes. Estaba claro que no se había escatimado en gastos a la hora de amueblar y decorar Maple Grange con un estilo tan lujoso como elegante.

Violet no tuvo que esperar mucho. Cuando Dawn Pilcher cruzó el pasillo, la saludó con una sonrisa.

—¿Violet Brewster? Soy Dawn Pilcher. Hablamos por teléfono.

—Encantada de conocerte —dijo Violet, estrechando la mano que le tendía la mujer—. Me sorprende que no nos hayamos visto antes. Pasé varios días aquí en otoño, ayudando a un grupo de residentes con su proyecto nostálgico.

—Lo sé. He visto la película. —Dawn asintió con la cabeza en señal de aprobación—. Hiciste un trabajo excelente y sé que las personas que participaron disfrutaron de la experiencia. De hecho, la vi en un par de ocasiones. Supongo que debería haberme presentado, pero intento no meterme en lo que no me incumbe, a menos que sea estrictamente necesario. Según mi experiencia, los residentes de Maple Grange prefieren seguir con sus vidas sin que se les moleste. Si tienen algún problema, saben dónde encontrarme. No obstante, la

mayor parte del tiempo me mantengo al margen y trato de no interferir.

Violet pensó que la estrategia que seguía Dawn era muy sensata. Los residentes que había conocido durante el proyecto nostálgico eran todos muy independientes y más que capaces de cuidar de sí mismos.

—Bien —dijo Dawn, juntando las manos—. La caja está en mi escritorio. Si tienes la bondad de seguirme, te llevaré a mi oficina.

Entraron por un pasillo trasero y, a mitad de camino, giraron a la derecha hacia una sala espaciosa y amueblada como un palacio. Junto a la ventana había un enorme escritorio de caoba. Sobre él se encontraba el antiguo joyero que Violet recordaba del salón de Phyllis Gibson.

—Ahí la tienes —indicó Dawn, señalando con un elegante gesto de la mano la caja—. Phyllis me dijo que te había gustado y pensó que eras la persona adecuada para heredarlo. Dijo que confiaba en que lo cuidarías bien.

Violet pasó las yemas de los dedos por las flores de nácar que decoraban la tapa del joyero.

—¡Es preciosa! —exclamó, sintiendo una repentina oleada de tristeza al recordar a Phyllis—. Me conmueve. A pesar de que Phyllis y yo solo nos vimos unas pocas veces, me pareció una persona muy amable y atenta. La última vez que la vi gozaba de muy buena salud… Me sorprendió mucho saber que había fallecido.

—Creo que a todos nos sorprendió —dijo Dawn—. Al parecer, fue su corazón. Una enfermedad que le habían detectado hacía poco. Se deterioró muy rápidamente, pero, al menos, murió en paz.

—Me alegro de que no sufriera.

Violet colocó las manos a ambos lados de la caja e intentó levantar la tapa, pero no se movió.

—Oh —dijo, desconcertada—. Está cerrada y no se puede abrir. ¿Hay alguna llave?

Dawn Pilcher abrió un cajón y sacó un sobre dirigido a Violet.

—Imagino que estará aquí —dijo, y lo colocó encima de la caja.

—Gracias.

Violet introdujo el pulgar bajo el borde del sobre sellado. Además de la llave, contenía una carta doblada, escrita por las dos caras, de una única hoja de papel grueso de color crema.

La abrió. La fecha que figuraba en la esquina superior derecha era el lunes, 17 de octubre.

Querida Violet:

Cuando me visitaste recientemente, te gustó mucho mi joyero, así que he decidido dejártelo en herencia. Mi abuela materna me lo regaló cuando cumplí trece años y desde entonces lo he conservado como un tesoro. Me alegra saber que puedo legárselo a alguien que lo apreciará. Espero que lo disfrutes durante muchos años.

Fue maravilloso conocerte, Violet, y un placer contar contigo para que nos ayudaras a producir nuestra película. Gracias por aportar tanta experiencia y pasión al proyecto nostálgico, un proyecto que nos trajo tantos recuerdos maravillosos a todos los que participamos en él. Hiciste un trabajo excelente a la hora de ordenar nuestras divagaciones en la forma de algo que no solo era coherente, sino también interesante (me atrevería a decir que fascinante). A nivel personal, fue una alegría sentarme contigo y recordar y revivir los días emocionantes de mi juventud. Eran tiempos felices: era joven, estaba llena de energía y entusiasmo y tenía ilusión por muchas cosas. En aquel entonces, los buenos tiempos estaban por llegar, mientras que ahora forman parte claramente del pasado, ¡pero no me quejo! He tenido una vida maravillosa: un matrimonio estupendo, amigos leales y mucho amor y risas. ¿Qué más se puede pedir?

Te deseo lo mismo en los años venideros…

Gracias de nuevo.
Phyllis

Tragándose el nudo que se le había formado en la garganta, Violet dobló la carta, la volvió a meter en el sobre y luego dejó caer la llave en su mano antes de introducirla en la cerradura. Se oyó un clic al

girarla y, cuando levantó la tapa, se reveló el impresionante interior de la caja en todo su esplendor. Estaba forrada con seda y terciopelo de color burdeos, lo que debió de ser el máximo lujo cuando se fabricó la caja. El interior de la tapa tenía un cojín acolchado, que en su día pudo haber servido para pinchar en él broches o alfileres de sombrero. La base rectangular estaba provista de una bandeja extraíble, que contenía una serie de compartimentos con tapa, junto con una sección central que tenía ranuras para anillos. Violet extrajo la bandeja superior y se reveló un compartimento más profundo en su interior.

—Es impresionante —dijo, jadeando de alegría—. Absolutamente precioso.

—Gracias por venir a recogerlo —respondió Dawn—. Como te dije por teléfono, soy la albacea del testamento de Phyllis, por lo que soy responsable de administrar la herencia y asegurarme de que se cumpla su voluntad escrita. El testamento se modificó solo dos semanas antes de que Phyllis falleciera. Fue entonces cuando añadió su legado para ti. Fue muy escrupulosa con ello y le prestó especial atención.

La idea de que Phyllis hubiera hecho esas modificaciones hizo que Violet se sintiera indescriptiblemente triste y melancólica.

—¿Crees que intuía que iba a morir?

Dawn se encogió de hombros.

—Es un destino que nos espera a todos, ¿no? La única certeza de la vida.

—Por supuesto —dijo Violet—. Pero lo que quería decir era… ¿crees que Phyllis se dio cuenta de que su muerte era inminente? ¿Crees que por eso actualizó su testamento?

Dawn hizo un gesto afirmativo de cabeza mientras pensaba en su respuesta.

—No me sorprendería. Al fin y al cabo, tenía problemas cardiacos. Sin embargo, si me preguntas si tuvo alguna premonición sobre su muerte, la verdad es que no sabría decirte. Si la tuvo, no me lo comentó. Por otra parte, Phyllis siempre fue muy estoica, así que no necesariamente habría dicho nada, aunque se sintiera mal. Cuando me dijo que iba a actualizar su testamento, lo que imagine fue que

estaba siendo prudente y que quería asegurarse de que el mismo reflejara con precisión su voluntad.

Dawn sacó la silla que había detrás de su escritorio y se sentó.

—Siento que haya tenido que venir a recoger la caja en persona, pero le prometí a Phyllis que se la entregaría yo misma.

—No me importa en absoluto —dijo Violet—. No es que haya tenido que hacer un largo viaje para llegar hasta aquí. Y, de todos modos, la caja es un objeto demasiado delicado y precioso como para arriesgarse a enviarlo por correo. Gracias de nuevo, Dawn, y, por favor, transmite mis condolencias a la familia de Phyllis.

—Phyllis no tenía mucha familia —respondió Dawn, y se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en el escritorio—. Solo un sobrino: Ian Coghill. Me aseguraré de transmitirle tus condolencias.

—Debían de estar muy unidos —dijo Violet—, si era su único pariente.

Dawn negó con la cabeza.

—La visitaba al menos una vez al mes. Vive por Leek, y aun así siempre estaba disponible si Phyllis necesitaba ayuda o consejo. Era amable con ella… y atento…, pero tenían personalidades muy diferentes, por lo que no eran especialmente cercanos. La confidente más preciada de Phyllis era su amiga Maureen. Ella también reside aquí, en Maple Grange.

—¿Maureen? ¿Maureen Bond? —preguntó Violet—. Ella fue una de las personas a las que entrevisté para el proyecto nostálgico. No sabía que ella y Phyllis fueran tan buenas amigas.

Dawn asintió con la cabeza.

—Se conocían desde hacía mucho tiempo… Creo que fueron juntas al colegio. Phyllis tenía otras amigas aquí, por supuesto, pero ninguna como Maureen.

—Ha debido de ser muy duro para ella perder a una amiga tan cercana.

—Sí, creo que le ha costado mucho… aceptar la muerte de Phyllis.

—¿Crees que debería visitarla para darle el pésame? —dijo Violet.

Dawn asintió brevemente con la cabeza.

—Es buena idea. Estoy segura de que Maureen lo agradecería.

—Vive en uno de los áticos, ¿verdad?

—Así es —respondió Dawn—, pero a estas horas la encontrarás en la biblioteca. Maureen es miembro del club de lectura de Maple Grange. El grupo se reúne cada quince días a esta hora. Hoy es uno de sus días de reunión.

—En ese caso, pasaré por la biblioteca cuando salga. Gracias, Dawn. Y gracias de nuevo por entregarme el regalo de Phyllis. Lo guardaré como un tesoro.

Capítulo 3

Con la caja de madera en brazos, Violet regresó al vestíbulo principal y se dirigió directamente a la biblioteca. Al entrar en la sala, le llegó el sonido de unas risas estridentes que provenía de un grupo de personas reunidas en un rincón alejado. A diferencia de las bibliotecas de antaño, en esta, por lo que se veía, no había que guardar un silencio reverencial.

Al acercarse, Violet se dio cuenta de que Matthew estaba sentado en medio, rodeado por un grupo de residentes femeninas a los lados, y todas ellas se reían o estaban pendientes de cada una de sus palabras.

—Hola —dijo Violet, sonriéndole con curiosidad—. Pensé que ibas a la cafetería.

Él sonrió y levantó las manos.

—Iba a ir, pero estas encantadoras damas me han entretenido. Me han estado contando todo sobre Maple Grange.

Violet sonrió a las seis mujeres elegantemente peinadas, una de las cuales era Maureen Bond, amiga de Phyllis. Al menos dos miembros del grupo sostenían ejemplares de una novela de suspense de publicación reciente, lo que sugería que se trataba, en efecto, del club de lectura de Maple Grange.

—Dawn Pilcher me dijo que quizá te encontraría aquí —dijo Violet, señalando una de las novelas en rústica—. ¿Este es el club de lectura?

—Sí —respondió una mujer con el pelo rubio ceniza—. ¿Por qué, estás pensando en unirte a nosotros?

—¿No es solo para residentes de Maple Grange? —preguntó Violet.

—Ya no —respondió la mujer—. Hemos decidido que es hora de reclutar sangre nueva. Estamos abriendo la membrecía a cualquier persona, independientemente de dónde viva.

Violet sonrió.

—Suena divertido, y me encanta leer; sin embargo, creo que me costaría asistir a las reuniones o terminar los libros a tiempo.

Otra de las mujeres echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. La blancura de sus dientes era deslumbrante, poco natural; no obstante, el color combinaba perfectamente con su cabello, que llevaba cortado en un estilo corto y desigual que recordaba al de Dame Judi Dench.

—La verdad es que no siempre llegamos a hablar de la novela que hemos elegido —dijo la mujer, mientras se agarraba a los brazos de la silla de ruedas en la que estaba sentada—. Normalmente encontramos temas mucho más interesantes de los que hablar.

—Cállate, Eleanor —le recriminó una mujer de complexión robusta, con el pelo corto y un maquillaje impecable—. Estás dando una mala impresión a nuestros visitantes. Van a pensar que nos reunimos aquí solo para cotillear.

—Y lo hacemos, ¿no? —replicó Eleanor—. La mayoría de nosotras, al menos. Tú eres la única que se toma en serio esta tontería de la lectura, Gaby.

Apretando su libro de bolsillo contra su generoso pecho, Gaby silenció a Eleanor con un ceño fruncido.

Maureen Bond agitó una mano.

—Me alegro de verte de nuevo, querida Violet —dijo—. Me temo que hemos acaparado a tu novio. Nos ha contado que sus padres están pensando en mudarse a Maple Grange.

Ahora le tocaba reír a Violet.

—Yo diría que Matthew es un poco mayor para que lo llamemos «mi novio».

Maureen se encogió de hombros.

—Entonces, amigo. Amigo caballero. Compañero. Como sea que os llaméis el uno al otro.

Violet y Matthew intercambiaron una mirada. La verdad era que todavía no habían puesto nombre a su relación. Aún era pronto y habían acordado tomarse las cosas con calma.

Eleanor arqueó las cejas.

—Desde donde yo estoy, Matthew parece un simple joven —dijo—. Y muy guapo, además. Ojalá yo fuera diez años más joven.

—¿Diez? —Maureen frunció el ceño—. Creo que has calculado mal, Eleanor. Tenemos edad suficiente para ser la madre de Matthew.

—Habla por ti, Maureen. Te informo de que aquí dentro… —Eleanor se dio un golpecito en la sien— sigo teniendo unos treinta años. Soy joven de espíritu, esa soy yo. Además, ¿no has oído eso de que muchas buenas melodías se tocan con un violín viejo?

Matthew se rio entre dientes, claramente divertido por las atenciones que estaba recibiendo.

—Siento decepcionarte, pero vas a tener que dejar tu violín en su estuche —replicó Violet, sonriendo para indicar que estaba bromeando—. Puede que no me refiera a Matthew como «mi novio»; sin embargo, eso no significa que esté disponible.

—Ya la has oído, Eleanor —dijo Gaby—. Mantén lejos las manos.

Eleanor levantó las manos en señal de rendición fingida y, al mismo tiempo, le guiñó el ojo a Matthew con picardía.

Mientras tanto, la mirada de acero de Gaby se había posado en el joyero.

—Si no me equivoco, ese joyero era de Phyllis —comentó, con un acento que Violet ahora reconocía como claramente norteamericano —. ¿Qué haces con él?

Violet acercó una silla libre, se sentó y colocó el joyero sobre sus rodillas.

—Me lo dejó en su testamento.

Una mirada de asombro se apoderó de los rostros de los seis miembros del club de lectura.

—Admiré el joyero cuando entrevisté a Phyllis en otoño —explicó Violet, rompiendo el silencio que se había instalado—. Debió de notar mi interés y decidió legármelo. Es una sorpresa encantadora, aunque, obviamente, me entristeció mucho saber que Phyllis había fallecido. Su muerte debió de ser un golpe terrible para todas ustedes. Tengo entendido que tenía muchos buenos amigos aquí en Maple Grange, especialmente tú, Maureen.

A Maureen se le llenaron de lágrimas los ojos azul claro y se los secó con el pañuelo que se había sacado de la manga.

—Todavía no puedo creer que se haya ido —dijo—. Han sido unos meses muy duros. Estoy haciendo todo lo posible por seguir

adelante, pero sin ella nada es lo mismo aquí.

—Debes de echarla mucho de menos. No conocía bien a Phyllis, pero me dio la impresión de que era una mujer muy especial —dijo Violet—. Y muy divertida. Tenía un gran sentido del humor.

Maureen se sonó la nariz.

—Tienes razón, ella era especial. Para mí…, para todos nosotros.

—Me pregunto por qué te dejó su joyero —dijo Eleanor, con curiosidad y un poco molesta—. Como tú dices, no conocías bien a Phyllis, mientras que la mayoría de nosotras éramos amigas suyas desde hacía mucho tiempo, y no nos nombró a ninguna en su testamento.

Violet detectó una acusación implícita en las palabras de Eleanor. ¿Qué estaba insinuando?, ¿que Violet se había ganado el afecto de Phyllis para obtener beneficios personales?

Mientras se preguntaba cuál sería la mejor respuesta, Maureen intervino, descartando cualquier acusación de conducta impropia por parte de Violet.

—¡Por el amor de Dios, Eleanor! ¿Por qué iba Phyllis a nombrarnos a ninguna de nosotras en su testamento? Era una de las personas más sanas de aquí…; al menos, eso creíamos. En teoría, Phyllis debería haber sobrevivido a todas sus amigas. ¿Qué sentido habría tenido dejarnos alguna de sus posesiones? Y, de todos modos, ¿qué podrías necesitar a tu edad que no tengas ya?

—Maureen tiene razón —dijo la mujer de cabello rubio ceniza. Hablaba con voz suave y era al menos diez años más joven que el resto del grupo—. Cuanto más envejezco, más me doy cuenta de que lo más importante son los amigos y los recuerdos, no las posesiones materiales. El legado que nos dejó Phyllis es el tiempo que pasamos con ella: la felicidad y las risas que recordamos de aquellos días maravillosos.

—Bien dicho, Fleur —dijo Maureen, lo que provocó que Eleanor pusiera los ojos en blanco—. Yo no lo habría expresado mejor.

Volviéndose hacia Violet, Maureen esbozó una sonrisa nostálgica.

—Tengo recuerdos fabulosos y sé lo agradecida que te estaba Phyllis por ayudarla con nuestro proyecto nostálgico. La entrevista que le hiciste fue espléndida. Realmente captó su personalidad

desbordante. Cada vez que echo de menos la presencia física de Phyllis, me pongo la película que hiciste y me siento mejor. Es como si su espíritu siguiera con nosotros. Así que gracias por eso, Violet. Es un gran consuelo para mí.

—Esa es una de las razones por las que monté mi negocio —dijo Violet—. The Memory Box ofrece a las personas la oportunidad de contar sus historias y crear un registro permanente para sus seres queridos.

—Por eso —dijo Maureen, después de respirar hondo y sonarse la nariz por segunda vez—, me gustaría volver a contratar tus servicios. Quiero documentar adecuadamente algunos de mis primeros recuerdos y la historia de mi familia, como regalo para mi hija y mis nietos. Francamente, en esta etapa de sus vidas no les interesa demasiado el pasado. Se quedan con la mirada perdida cada vez que empiezo a recordar, pero llegará un momento, mucho después de que yo ya no esté, en el que desearán haber escuchado mis historias. Me gustaría hacer otra película, algo que pueda dejarles cuando me haya ido de este mundo. Entonces, si así lo desean, mi familia podrá verla cada vez que quieran recordarme.

Eleanor negó con la cabeza, mostrando su enfado.

—¡Por favor, Maureen! No seas tan sentimental. No te pasa nada malo. Aún te quedan muchos años por delante.

Maureen parecía dudosa.

—Eso es lo que creía Phyllis, y mira lo que le pasó.

—¿Es tu accidente lo que te ha llevado a pensar así? —preguntó Fleur, con voz llena de preocupación.

—¿Accidente? —preguntó Matthew.

—El coche de Maureen se salió de la carretera la semana pasada cuando iba a casa de su hija —dijo Fleur—. Te afectó mucho, ¿verdad, querida? Te llevaste un buen susto.

—Tonterías —dijo Maureen, con tono brusco—. De verdad, Fleur. Estás haciendo una montaña de un granito de arena. El coche fue el que sufrió daños, no yo.

—Puede ser, pero la situación podría haber sido mucho peor —opinó Fleur—. Especialmente si hubieras tomado tu ruta habitual por las carreteras secundarias.

—Pero no lo hice, ¿verdad? Al final, no pasó nada grave.

—No entiendo por qué insistes en conducir ese viejo cacharro —dijo Gaby—. Deberías cambiarlo por otro mejor.

—¿Por qué iba a malgastar dinero en un coche nuevo cuando el que tengo me va perfectamente? —dijo Maureen—. Tiene poco kilometraje y está en perfecto estado mecánico. Y, a pesar de lo que puedas pensar, Gaby, no tiene ni una pizca de óxido. Es un clásico.

—¿«Un clásico»? Un clásico, y una mierda —protestó Eleanor—. Y ¿cómo puedes decir que está en perfecto estado mecánico después de lo que te pasó la semana pasada?

—Puedes burlarte todo lo que quieras —dijo Maureen, sonriendo beatíficamente—, pero te informo de que, aparte del golpe del guardabarros delantero, todo está arreglado. Una vez que se haya reparado la carrocería, mi pequeño automóvil volverá a la carretera y estará más ágil que nunca. En cuanto a contratar los servicios de Violet, no hay nada sentimental en esa decisión. Simplemente quiero grabar mis historias y la historia de mi familia para la posteridad, mientras aún conservo todas mis facultades. Tienes razón en que podría vivir otros veinte años; sin embargo, no hay garantía de que mi memoria dure tanto tiempo. Es mejor hacerlo ahora, cuando aún me funciona bien la cabeza.

—Todavía tengo tu número de teléfono de cuando hicimos el proyecto nostálgico —dijo Violet—. ¿Qué tal si te llamo más tarde? Podemos quedar para ponernos al día y hablar de tus ideas para la película.

—Me parece perfecto, querida. Gracias.

—Bueno, señoras. —Matthew juntó las manos y se puso de pie—. Me temo que voy a tener que despedirme. Violet y yo hemos de ponernos en marcha. Os dejamos para que sigáis hablando de vuestro libro.

Eleanor hizo un gesto con la mano y se rio.

—No te preocupes por eso —dijo—. El libro puede esperar. De todos modos, ya no queda tiempo. Tenemos reservada nuestra mesa habitual para almorzar en el restaurante. Eres más que bienvenido a venir con nosotras.

Matthew miró a Violet, dejando que ella decidiera si aceptaba o rechazaba la invitación.

—Eres muy amable —dijo ella—, pero Matthew y yo realmente deberíamos volver al trabajo. Quizá en otra ocasión.

—¿Ni siquiera nos quedamos a tomar un café? —dijo Matthew cuando él y Violet salían de la biblioteca.

—Mejor no. No mentía cuando dije que tenía trabajo que hacer y, lo que es más importante, esta caja es mucho más grande de lo que recordaba. No me apetece tener que cargar con ella en la cafetería.

La expresión de decepción del rostro de Matthew sugería que necesitaba cafeína urgentemente.

—Qué tal si te compro un capuchino para llevar cuando volvamos al centro comercial? —le ofreció Violet, a modo de consuelo.

—Me conformaré con eso —dijo él, y se subió la cremallera de la chaqueta—. De todas maneras, tenemos que volver aquí en otra ocasión. Quizá tú y yo podríamos ir a cenar al restaurante The Maple Tree una noche.

—Suena bien —respondió Violet, subiéndose la capucha del abrigo al salir del edificio principal—. He oído que el chef es excelente.

Afuera, el tiempo era húmedo y lúgubre. Una fría tormenta de enero soplaba desde el este, trayendo ocasionales ráfagas de nieve ligera. Una capa de blancura ya se estaba asentando en las cimas de las colinas lejanas, como glaseado espolvoreado sobre un pastel.

Violet se encogió ante el viento y siguió a Matthew hasta el coche. Una vez que él se acomodó en el asiento del copiloto, ella le entregó la caja, que él colocó en su regazo, listo para el viaje de regreso a Merrywell.

—¿Hay algo dentro? —preguntó él, dando unos golpecitos en la tapa mientras Violet se sentaba en el asiento del conductor—. ¿Hay alguna posibilidad de que esté llena de joyas caras?

Ella sonrió.

—No, está vacía, pero el interior es precioso. Échale un vistazo tú mismo.

Ella observó cómo él giraba la llave, levantaba la tapa y examinaba el hermoso forro y el interior de madera.

—Esto es auténtica artesanía —dijo él.

—Si alguien lo puede decir, ese eres tú.

Como carpintero y fabricante de muebles, Matthew había pasado toda su carrera trabajando con madera y produciendo piezas de calidad creadas por él.

—En serio…, esto es excepcional —declaró—. Mejor que cualquier cosa que yo pudiera fabricar. Ya nadie hace cosas como esta. Es una auténtica joya.

—Es precioso —dijo Violet—. Como tú, Matthew Collis. Ha sido muy amable por tu parte ponerte a charlar con las señoras en la biblioteca.

—No estaba siendo amable —respondió él, restándole importancia al cumplido—. Era un grupo muy simpático. Disfruté hablando con ellas.

Cuando Violet arrancó el motor y se puso en marcha por el camino de acceso, sintió una abrumadora oleada de afecto. La calidez y amabilidad naturales de Matthew eran dos de las cosas que más le gustaban de él. Haberse mudado a Merrywell estaba resultando ser una de las mejores decisiones que había tomado en mucho mucho tiempo.

Capítulo 4

—¿Qué te ha parecido Maple Grange? —preguntó ella cuando volvieron a la carretera principal—. ¿Ha cumplido tus expectativas?

—Más bien las ha superado —respondió Matthew—. Por lo que he visto, el lugar era exactamente como lo describiste. Impresionante…, quizá un poco demasiado elegante para mis padres, si te soy sincero.

—Tonterías. Tus padres encajarían en cualquier sitio.

—Puede ser, pero ¿serían felices viviendo en un sitio como este? En lugar de relajarse en su vejez, tengo la impresión de que tendrían que comportarse de la mejor manera posible.

—No lo creo —dijo Violet—. La residencia de jubilados es lujosa. Sin embargo, la mayoría de los residentes parece gente sencilla. Las señoras del club de lectura me resultaron muy divertidas. Tu madre encajaría perfectamente allí.

Matthew sonrió.

—Eran simpáticas, ¿verdad? Jóvenes de espíritu.

—Les caíste muy bien —respondió Violet—. Eleanor definitivamente te estaba mirando con interés.

Él se rio.

—Sí…, gracias por defender tu territorio. Acepto que soy demasiado mayor para ser tu novio, pero me alegro de que no dejaras que Eleanor me echara el guante.

Violet quitó la mano izquierda del volante y la colocó sobre la mano que Matthew tenía apoyada en el joyero.

—Es extraño, ¿verdad? —dijo.

—¿El qué?

—Todo esto de salir juntos. Ninguno de los dos somos ya unos críos, así que nunca te llamaré «mi novio». Suena mal. El problema es que no se me ocurre ninguna alternativa adecuada. No vivimos juntos, así que no te considero mi pareja. ¿Cómo puedo llamarte?

Él le dio la vuelta a la mano y le apretó los dedos.

—Sigamos con Matthew, ¿te parece? Al menos, por ahora.

Cuando regresaron, Violet compró cafés para llevar y *muffins* de chocolate en la panadería Books, Bakes and Cakes. Tras un breve beso de despedida, ella y Matthew se separaron para volver a sus respectivos lugares de trabajo dentro del centro comercial.

—¡Vaya! —exclamó Molly cuando Violet entró en The Memory Box con el joyero en un brazo y la bolsa de la panadería y el café en el otro—. ¿Es eso?

—Sí, ¿qué te parece? —Dejó la caja sobre el escritorio de Molly para que pudiera examinarla bien.

—Es preciosa. —Molly pasó los dedos por la tapa—. Las vetas de la madera son preciosas… y qué suave es al tacto. No suelo ser muy fan de las cosas antiguas, pero esto es increíble. Debes de estar encantada.

—Lo estoy. —Violet sonrió—. Echa un vistazo al interior. La artesanía es exquisita.

Molly levantó la tapa.

—Es preciosa —dijo—. Ahora solo necesitas unas joyas elegantes para poner dentro.

—Tienes razón —convino Violet—. Mi variopinta colección de anillos de plata y collares de cuentas gruesas parece poco digna de ella.

—¿Te importa si saco la bandeja superior? —preguntó Molly—. Me gustaría ver lo que hay debajo.

—Claro —asintió Violet—. Aunque está vacía. No hay nada ahí.

Molly apartó con cuidado la bandeja extraíble, se asomó al interior de la caja y examinó sus rincones más recónditos con los dedos.

—Una vez vi una igual en *Bargain Hunt*[2] —dijo—. Al parecer, las cajas como esta suelen tener un compartimento secreto o un cajón.

—¿En serio? —se asombró Violet, inmediatamente intrigada—. ¿Crees que esta tiene uno?

—No lo sé —respondió Molly encogiéndose de hombros—, pero, si lo tiene, tendrías que saber cómo acceder a él. Normalmente hay un

truco, una palanca o un botón oculto. Quizá Robert Dorman pueda darte algún consejo. Por cierto, fui a verlo antes… Compré algunas cosas para el escaparate. Están en una caja debajo de mi escritorio, pero no quiero que las mires. Necesito algunas cosas más antes de montar el escaparate. Prefiero que lo veas cuando esté terminado.

—De acuerdo. Por muy tentador que sea, prometo no mirar. Toma… —Violet le entregó el *muffin* extra que había comprado para Molly—. Debería haberte comprado un café también. ¿Quieres que te prepare uno?

—La verdad es que tengo que ir a la guardería a recoger a Jamie en media hora, así que he de irme. Me llevaré el *muffin* a casa y lo compartiré con él, ¿te parece bien? Aunque…, si necesitas que me quede, podría intentar que mi madre lo recogiera en mi lugar.

—No, no, no pasa nada. Como te dije cuando aceptaste el trabajo, no hay un horario fijo. Me alegro de que puedas trabajar con flexibilidad en función de los horarios de Jamie.

Molly pareció aliviada.

—Gracias, Violet. Significa mucho para mí. Volveré el jueves.

—Genial, nos vemos entonces. Ahora ve y disfruta de la tarde con tu pequeño.

Cuando Molly se marchó, Violet echó un vistazo a la agenda *on-line*, para tratar de encontrar un hueco para su reunión con Maureen Bond. Tenía un par de horas libres el jueves por la mañana y, como Molly estaría allí para ocuparse de la oficina, parecía un momento tan bueno como cualquier otro. Cogió el teléfono y escribió un mensaje de texto.

> Hola, Maureen, soy Violet. ¿Podría pasarme por Maple Grange para reunirme contigo este jueves, a las 11 de la mañana, si estás libre?

Maureen respondió inmediatamente.

> Me parece perfecto, querida. Tengo cita en la peluquería a las diez, pero solo será un corte y un secado, así que a las once debería haber terminado. Ven al salón de Maple Grange y desde allí podemos ir andando a mi apartamento. ¡Estoy deseando verte de nuevo y hacer planes para mi próxima aparición en el cine! 🙄

[2] *Bargain Hunt* es un programa de televisión británico en el que dos parejas de concursantes se retan a comprar antigüedades en tiendas o en una feria y luego venderlas en una subasta para obtener beneficios. Se emite en BBC One desde el año 2000.

Capítulo 5

El jueves por la mañana, Violet condujo hasta Maple Grange por carreteras flanqueadas por setos desnudos y árboles deshojados. Aunque el sol invernal hacía todo lo posible por iluminar el cielo, ella no pudo evitar comparar este viaje con los que había hecho en otoño, cuando los árboles brillaban con un deslumbrante follaje dorado.

Trabajar en la película nostálgica de Maple Grange había sido una delicia, principalmente, por las personas que participaron en ella. Recordó las entrevistas a Phyllis, Maureen y unos cuantos residentes más, conversaciones llenas de recuerdos y risas, e incluso algunas lágrimas. Había disfrutado conociendo a todos y cada uno de los residentes que integraron el proyecto, y le entristecía pensar que Phyllis ya no formaba parte de la unida comunidad de jubilados.

Dejó su Toyota en el aparcamiento y siguió las indicaciones hacia la peluquería y el salón de belleza, cuya entrada se encontraba en la parte trasera del edificio principal de Maple Grange, junto al *spa*. El olor a laca, champú de hierbas y otros productos de belleza le invadió las fosas nasales al entrar.

Maureen estaba sentada en una silla de cuero negro frente a un espejo que ocupaba toda la pared. Había otras dos sillas, una a cada lado de ella, pero las dos estaban vacías.

—Hola, Violet —dijo Maureen, saludando con entusiasmo mientras la peluquera rociaba algo sobre su impecable peinado—. Ya casi he terminado… Será solo un momento. Aprovecho al máximo el dinero, gracias a una generosa capa de laca.

—Hoy hace viento, así que sin duda lo necesitarás —respondió Violet.

—Bridget, esta es Violet —dijo Maureen, dirigiéndose al reflejo de la peluquera en el espejo.

—Hola. —Bridget sonrió tímidamente al tiempo que seguía retocando las puntas de los rizos de Maureen con los dedos—.

Maureen me ha dicho que eres la señora de The Memory Box…, la que hizo la filmación hace unos meses.

—Soy yo. —Sonrió Violet.

—Esa película me trajo mucho trabajo extra —continuó Bridget—. Todo el mundo estaba desesperado por lucir lo mejor posible, así que todos reservaron cita para un lavado y secado el día de sus entrevistas…, excepto Keith, por supuesto. Entre tú y yo, a Keith no le queda suficiente pelo como para peinarlo, y mucho menos para secarlo.

Violet sonrió al recordar a Keith Ludworth. Durante la entrevista, él había revelado con orgullo que había formado parte de una banda de *rock* en los años sesenta. Incluso le había mostrado una fotografía tomada en aquella época, cuando tenía el pelo oscuro, largo y suelto.

—Oye, Violet, déjame darte una de mis tarjetas —dijo Bridget, mientras le quitaba la capa protectora del cuello a Maureen y le cepillaba unos pelos sueltos con un cepillo suave.

—El salón está abierto a personas que no son residentes —explicó Bridget dirigiéndose al mostrador de recepción, donde estaban expuestas las tarjetas de visita—. Y ofrezco tratamientos de belleza, así como de peluquería. Coge una lista de precios…; mejor dicho, coge varias. Te agradecería que me ayudaras haciendo correr la voz por Merrywell.

—Claro —dijo Violet, y cogió la tarjeta que le ofrecía y un puñado de folletos—. Conozco a bastantes personas que estarían interesadas. Como probablemente sabrás, en Merrywell no hay ningún salón. Normalmente voy a Matlock o Bakewell a cortarme el pelo, pero, ya puestos, podría venir aquí.

—Serás bienvenida cuando quieras —le agradeció Bridget con una sonrisa mientras cogía el impermeable de Maureen del perchero—. Y tendrás un diez por ciento de descuento en tu primera cita.

—Hablando de citas —dijo Maureen al tiempo que se ponía el abrigo—, ¿me puedes reservar una cita para un lavado y secado la semana que viene a la misma hora, Bridget?

—Sin problema —respondió Bridget sin siquiera mirar la agenda de citas—. Hasta entonces.

—La pobre mujer está desesperada por conseguir clientes —comentó Maureen, después de que ella y Violet salieran del salón y caminaran por la acera de la parte de atrás de Maple Grange—. Muchos residentes se peinan en otros sitios… No lo entiendo. Bridget es una estilista excelente, y sus precios son muy razonables. Uno pensaría que la gente estaría encantada de acudir a un sitio que esté cerca de su casa.

—La gente puede ser muy exigente con quien le corta el pelo —dijo Violet—. Una vez que encuentran un estilista que les gusta y en el que confían, tienden a quedarse con él. ¿Cuánto tiempo lleva Bridget con la peluquería?

Maureen se tomó un momento para pensar en la pregunta.

—Diría que… ¿tres o cuatro años? Bridget se hizo cargo cuando el anterior propietario se fue a vivir al sur. Phyllis era una de sus clientas habituales…; de hecho, diría que era la mejor clienta de Bridget.

Violet sonrió, recordando lo impecable que siempre había ido Phyllis.

—Phyllis era una mujer muy glamurosa —dijo.

—Así era —respondió Maureen—. Siempre cuidaba mucho su aspecto… y estaba excepcionalmente bien arreglada. Se hacía el pelo y las uñas todas las semanas, y se sometía a tratamientos faciales con regularidad. Pero hay que tener en cuenta que, en el caso de Phyllis, no se trataba solo de mantenerse guapa, sino que sus frecuentes visitas al salón de belleza eran, sobre todo, una forma de apoyar a Bridget. Phyllis le tenía mucho cariño. Al igual que tú, Bridget fue nombrada en el testamento. La diferencia es que ella se llevó mucho más que un joyero.

—Me alegro por ella —dijo Violet, pensando que la herencia de la peluquera no era asunto suyo.

—Diez mil. —Maureen siguió adelante, claramente decidida a compartir con Violet esta información—. Eso es lo que Phyllis le dejó. Me lo contó la propia Bridget.

«¿Diez mil libras? —pensó Violet—. ¡Caramba! Eso *es* mucho dinero».

—Está claro que Phyllis era una mujer generosa —dijo, y sonrió educadamente para ocultar su sorpresa.

—Sin duda lo era —coincidió Maureen—. Demasiado generosa. Se dio cuenta de que Bridget tenía dificultades y supongo que quiso ayudarla económicamente. Esperemos que el negocio del salón empiece a mejorar, porque, si no, el generoso gesto de Phyllis habrá sido en vano. —El tono de voz de Maureen sugería que no aprobaba del todo las acciones de Phyllis, cosa que confirmaron sus siguientes palabras—: La verdad es que Phyllis era demasiado bondadosa, más de lo conveniente. Te habría dado hasta la camisa que llevaba puesta si se la hubieras pedido.

Violet se sintió dolida y se preguntó si la desaprobación de Maureen se extendería también a lo que le había dejado a ella.

—Espero que no pienses que yo he pedido el joyero —dijo—. Fue una completa sorpresa cuando Dawn me lo contó.

Maureen se llevó una mano al pecho.

—Oh, Dios mío —se lamentó, con aire mortificado—. ¿Cómo soy así? Yo y mi bocaza. No quería insinuar que hubieras hecho nada inapropiado, querida. Sé muy bien que no esperabas heredar el joyero. En cuanto al legado de Phyllis a Bridget…, probablemente no debería habértelo contado. Olvida lo que te he dicho.

Giraron a la izquierda, rodeando el edificio principal. Al desviarse hacia el bloque de apartamentos de tres pisos adyacente, se encontraron con un viento feroz que hizo volar el flequillo de Violet en todas direcciones. En marcado contraste, los rizos de Maureen permanecieron firmemente en su sitio. La laca estaba haciendo un trabajo excelente.

—Vamos —dijo Maureen, cogiendo a Violet del brazo—. Entremos, que hace frío. Prepararé una buena taza de té y podremos planear mi próxima aparición en el cine.

Capítulo 6

Mientras tomaban una taza de té Earl Grey y un plato de galletas de jengibre, Violet charló con Maureen para saber qué esperanzas y expectativas tenía del nuevo proyecto.

—Te sugiero que te tomes un tiempo para pensar detenidamente qué quieres incluir en la entrevista —dijo Violet—. Ten en cuenta que la película solo durará media hora, así que no podrás incluir todo lo que ha sucedido en los últimos setenta y ocho años. Intenta centrarte en los momentos más destacados de tu vida, en los momentos significativos. Puede ser útil que escribas algunas notas a las que puedas referirte durante la entrevista.

—Es un buen consejo —dijo Maureen—. Sin duda quiero incluir lo que sé sobre la historia de mi familia y los recuerdos de mis abuelos. Eran personas encantadoras y soy la única que queda que los recuerda.

—Al fin y al cabo, este es tu proyecto, así que serás tú quien decida de qué hablar —dijo Violet—. Lo único que te digo es que no es una película taquillera de larga duración. Intenta ir al grano y sé selectiva. Es imposible que incluyas toda la historia de tu vida.

Maureen sonrió con nostalgia.

—Créeme, no querría hacer eso —le confesó—. Hay cosas que preferiría olvidar.

Violet se preguntó a qué se refería Maureen, pero decidió que era mejor no preguntar.

—Estaría bien incluir algunas fotografías antiguas —dijo—. ¿Unas cuantas imágenes fijas insertadas en la película para ilustrar lo que sea que estés contando?

—Suena bien. Buscaré mis álbumes de fotos.

Después de consultar sus agendas y acordar una fecha para el rodaje, Violet apuró su taza de té y recogió sus notas.

—¿Ya te vas? —preguntó Maureen.

—Sí…, a menos que haya algo más de lo que quieras hablar.

Maureen se inclinó y le puso una mano en el brazo a Violet.

—En realidad, sí, aunque no tiene nada que ver con la película. Me gustaría hablar contigo sobre Phyllis. ¿Me puedes dedicar unos minutos?

—Por supuesto —respondió Violet.

—Probablemente debería advertirte… —Maureen juntó las manos y carraspeó—. Lo que voy a decirte te va a parecer extraño, así que espero que mantengas la mente abierta.

—Haré lo que pueda —dijo Violet, frunciendo el ceño con desconcierto y acomodándose en el lujoso sofá de cuero que presidía el salón.

—Te lo cuento en confianza, Violet. —Maureen se movía nerviosa —. No he hablado con nadie más sobre esto, pero tú sabes escuchar y sé que no me juzgarás ni pensarás que soy tonta.

La curiosidad de Violet estaba ahora bien despierta.

—¿Por qué no tomamos otra taza de té y me lo cuentas todo? — propuso.

—Phyllis se volvió muy inquieta en las semanas previas a su muerte —dijo Maureen, después de preparar una nueva taza de Earl Grey y añadir media docena de galletas de chocolate al plato—. Pensaba que alguien intentaba matarla.

Violet sintió que se le tensaban los músculos. No estaba segura de qué esperaba que le dijera Maureen, pero desde luego no era eso. ¿Adónde llevaba exactamente esa conversación?

—Es una afirmación bastante fuerte por su parte —opinó Violet.

—Estoy de acuerdo —dijo Maureen, y le dio un sorbo a su té—. Con todo, no es algo que yo descartaría sin más. Phyllis era mi amiga y confiaba en mí sin reservas… De hecho, me dijo que yo era la única persona que le quedaba en la que podía confiar y a quien podía contarle sus secretos.

Violet exhaló un largo suspiro.

—¿Qué le hizo pensar que alguien intentaba matarla? ¿Cómo demonios había llegado a esa conclusión?

—Me doy cuenta de lo descabellado que debe de parecer —dijo Maureen, girando un dedo entre sus rizos recién peinados—. Hay que tener en cuenta que, cuando Phyllis me habló del tema, no era ella misma. Había estado teniendo palpitaciones y su médico la había derivado a un cardiólogo. En ese momento, supuse que era su enfermedad la que le afectaba el juicio, que la estaba volviendo chiflada o paranoica.

—¿Y sigues pensando lo mismo?

Maureen frunció los labios.

—En general, sí. No obstante, cuando Phyllis murió, me pregunté si podría haber algo de cierto en lo que había dicho. Verás: falleció muy rápido, de forma muy repentina. —Maureen suspiró—. Después de haber tenido tiempo para reflexionar sobre las cosas, he llegado a la conclusión de que a Phyllis le costaba aceptar que tenía problemas de salud. Toda su vida se había enorgullecido de comer de forma saludable y hacer ejercicio con regularidad. Pensaba que iba a vivir para siempre; todos lo pensábamos.

—En ese caso, que le diagnosticaran una enfermedad cardiaca debió de ser aterrador para ella —dijo Violet—. Parece que debía de estar en la fase de negación.

—Creo que sí. Sinceramente, todo aquello la dejó fuera de combate. Sospecho que la única forma en que podía afrontarlo era fingir que no estaba pasando. Se negaba a creer que tenía problemas cardiacos y buscaba a tientas algo o alguien a quien culpar.

—¿Te preocupa cómo murió? ¿Me lo cuentas porque tienes dudas?

—No, no exactamente —respondió Maureen—. Supongo que te lo cuento para desahogarme y buscar una segunda opinión. Necesito que alguien me tranquilice, que me diga que estoy en lo cierto y que no tengo nada de qué culparme.

Violet adelantó su cuerpo hasta el borde del sofá.

—Me gustaría ayudarte, Maureen, pero, sin conocer los hechos, no estoy en condiciones de hacerlo. ¿No hay nadie más con quien puedas hablar de esto?

—Prefiero no hacerlo. —Maureen parecía cansada y desanimada —. Es una situación peculiar y no estoy segura de que nadie me

tomara en serio. Tú, en cambio, estás en posición de ser objetiva. Conocías a Phyllis lo suficiente como para formarte una opinión, pero estás lo bastante distante como para ser imparcial. Y, por supuesto…, también tienes fama de ser una especie de detective aficionada. Resolviste aquel desagradable asunto de la feria del libro cuando trabajabas en nuestro proyecto nostálgico. Tal y como yo lo veo, eso te convierte en la persona ideal en quien confiar.

—Puede que me haya topado con un par de investigaciones de asesinatos en el pasado —dijo Violet frunciendo el ceño sin darse cuenta—, pero eso no me convierte en una detective aficionada, ni mucho menos. Y, sinceramente, no estoy segura de que necesites mi ayuda. Por lo que parece, ya te has formado una opinión sobre Phyllis. Tú misma lo has dicho: ella buscaba algo o a alguien a quien culpar, en lugar de admitir que su cuerpo le estaba fallando.

Maureen apoyó la cabeza en las manos.

—Tienes razón. El sentido común me dice que tienes razón. El problema es que no puedo dejarlo pasar. Las sospechas de Phyllis han sembrado la duda en mi mente y me quitan el sueño. No dejo de preguntarme: «¿Y si tenía razón? ¿Y si a lo mejor pude hacer algo para ayudarla?».

La frente de Maureen estaba marcada por arrugas de preocupación. Estaba pálida y las ojeras confirmaban que no había dormido bien.

Violet se sentía impotente e ineficaz, plenamente consciente de que estaba a punto de decepcionar a Maureen.

—Lo siento —dijo—. No hay mucho que yo pueda hacer. Sin saber qué pasaba por la mente de Phyllis, me es imposible sacar conclusiones reales. Además, si hubiera alguna duda de que la muerte de Phyllis no fuera natural, ¿no lo habrían detectado los médicos?

—No necesariamente —respondió Maureen—. El médico de cabecera de Phyllis ya le había diagnosticado problemas cardiacos y la había derivado al hospital para que la viera un cardiólogo. A ella no le dio tiempo de acudir a la cita, pero, como la misma ya se había concertado, la muerte de Phyllis no se consideró inesperada. Murió en su casa, y su médico de cabecera acudió y proporcionó un

certificado médico que confirmaba la causa de la muerte. No se realizó ninguna autopsia.

—En ese caso, aunque Phyllis tuviera razón y alguien estuviera intentando hacerle daño, ahora ya no hay forma de demostrarlo. —Violet extendió la mano y cubrió la de Maureen con la suya—. ¿Qué es lo que me estás pidiendo que haga?

Maureen suspiró con resignación.

—Nada…, tienes razón, no hay mucho que puedas hacer. Sin embargo, te agradezco que me hayas escuchado. Quizá sea parte del proceso de duelo, pero últimamente no dejo de pensar en la muerte de Phyllis y necesitaba desahogarme. La verdad es que siento que ojalá nunca me hubiera contado nada. Llevo viviendo en Maple Grange casi diez años y he disfrutado cada minuto, pero últimamente…

—¿Últimamente qué?

—Digamos que Phyllis me ha puesto en guardia. Me encuentro todo el tiempo mirando por encima del hombro, preguntándome en quién puedo confiar.

—¿Por qué tendrías que mirar por encima del hombro?

—Phyllis me dijo que tuviera cuidado —respondió Maureen, con el labio inferior tembloroso—. Ella creía que yo podría ser la siguiente.

Violet frunció el ceño. La persona que Maureen describía no se parecía en nada a la mujer alegre y divertida que había conocido en otoño. Solo podía concluir que la salud de Phyllis debía de haber empeorado rápidamente en las semanas previas a su muerte.

—Me duele decir esto —dijo Violet, y rodeó con un brazo los hombros huesudos de Maureen—: pienso que Phyllis no debería haberte asustado así.

—Lo sé —contestó Maureen, y se secó los ojos con un pañuelo de papel—. Fue injusto por su parte, pero todo está perdonado. Phyllis estaba enferma; solo dijo esas cosas porque se preocupaba por mí.

—¿Sabes, Maureen?, el miedo engendra miedo, pero solo si tú lo permites. Estoy bastante segura de que no tienes nada de qué preocuparte. De todas formas, si realmente te sientes ansiosa y quieres tranquilizarte, tal vez deberías hablar con la policía. O tal vez yo podría hablar con alguien en tu nombre. Tengo el número de

teléfono del detective que investigó el asesinato de la feria del libro. Quizá él pueda darte algún consejo.

—No. —Maureen levantó la mano para detener la conversación—. Eres muy amable por ofrecerlo, pero no quiero involucrar a la policía. El momento de hacerlo habría sido cuando murió Phyllis. Ahora es demasiado tarde. La policía está muy ocupada, y lo último que quiero es hacerles perder el tiempo. Olvida lo que te he dicho. Sinceramente, me siento mejor ahora que lo he contado. Gracias por escucharme, Violet. Has sido muy paciente. Es muy amable por tu parte dedicar tiempo a tranquilizar a una anciana.

—Yo no te veo así —dijo Violet—. Puede que tengas setenta y ocho años, pero para mí no eres una anciana.

Capítulo 7

Cuando regresó al centro comercial Merrywell Shopping Village, Violet fue a la cafetería a comer, aunque era un poco tarde. Fiona Nash, copropietaria de Books, Bakes and Cakes y la mejor amiga de Merrywell de Violet, iba de un lado a otro limpiando las mesas. Por sus movimientos, a Fiona, que normalmente era imperturbable, se la notaba estresada.

—¿Estás bien? —le preguntó Violet—. Pareces agobiada.

—Hoy es el primer día de vacaciones de Sophie —respondió Fiona mientras llevaba una bandeja con vajilla usada y la colocaba detrás de la barra de la cafetería.

Sophie era la hija de Fiona y la gerente de la cafetería.

—Claro, se ha ido a Tenerife, ¿no? Qué rápido ha pasado el tiempo —dijo Violet—. Para ser sincera, parece que no te importaría cambiarte por ella.

—¿Tanto se nota? —preguntó Fiona, llevándose las manos a las mejillas sonrojadas, claramente consciente de que su color era lo que la había traicionado—. Hoy tengo a alguien que me ayuda en la panadería, pero aun así he de dividirme en dos y turnarme entre estar aquí, luego en la panadería y luego de vuelta aquí. Debo admitir que estoy sintiendo la presión.

—Entonces, ¿por qué dejaste que Sophie se tomara unas vacaciones?

—Llevaba mucho tiempo necesitando un descanso —respondió Fiona—. Apenas se tomó días libres el año pasado y, la verdad, cuando reservó las vacaciones, las cosas estaban mucho más organizadas por aquí. Acepté cubrir su ausencia porque enero es una época del año relativamente tranquila. Lo que no había previsto era quedarme con una empleada menos.

—¿Alguien se ha ido?

Fiona asintió con la cabeza.

—La subdirectora, Louise. Aparte de Sophie, era nuestra empleada con más experiencia. Le ofrecieron la oportunidad de dirigir una cafetería en Bakewell, con la condición de que empezara inmediatamente. Es una gran oportunidad para ella, y no quería estropearlo insistiendo en que cumpliera el periodo de preaviso, aunque eso me haya dejado en un aprieto.

—¿Cuánto tiempo va a estar fuera Sophie?

—Dos semanas —respondió Fiona—. Y se marchó anoche.

—Caramba —dijo Violet—. Si ya estás tan estresada el primer día, no quiero ni imaginar en qué estado te encontrarás cuando vuelva.

—Probablemente para entonces estaré hecha polvo —dijo Fiona, soltando un suspiro—. ¿Sabes…?, hay momentos en los que pienso que me estoy haciendo demasiado mayor para llevar un negocio.

—Tonterías —dijo Violet—. Solo tienes cincuenta años y eres una de las personas más capaces que conozco. Sobrevivirás, Fi. Si alguien puede encontrar la manera de compaginarlo todo, esa eres tú.

Fiona sonrió.

—Gracias por tu voto de confianza. Solo espero que esté bien fundamentado. Ahora…, dime, ¿qué te apetece para comer?

Violet optó por una ensalada con quiche, que comió en su mesa favorita, en el rincón de la cafetería. A mitad de la comida, se abrió la puerta de la cafetería y aparecieron tres caras conocidas. Gaby empujaba la silla de ruedas de Eleanor y Fleur las seguía con varias bolsas de la compra en las manos.

—Hola, chicas —saludó Violet cuando se acercaron a una mesa cercana—. Qué sorpresa veros aquí.

—¡Violet! Hola —dijo Eleanor cuando Gaby frenó la silla de ruedas —. Venimos aquí a menudo, normalmente, cuando nos apetece cambiar del café de Maple Grange.

—Veo que también habéis estado de compras —observó Violet, señalando con la cabeza las bolsas que Fleur estaba apilando en la silla libre de su mesa.

—Hemos estado en The Epicurious —explicó Fleur, refiriéndose a la popular tienda de *delicatessen* del centro comercial—. Siempre es nuestra primera parada. Ahora iremos a la librería. Nuestros

ejemplares de la última selección del club de lectura están listos para recoger.

—Es bueno saber que apoyáis las tiendas locales —dijo Violet.

—Nos encanta el centro comercial —dijo Gaby—. Y compramos todos nuestros libros donde Eric. Es un hombre encantador. Siempre tan servicial y atento.

—Supongo que no habrás cambiado de opinión sobre lo de unirte a nuestro club de lectura, ¿verdad, Violet? —dijo Eleanor.

—Me temo que no —respondió Violet—. Como te dije el otro día, ahora mismo no tengo mucho tiempo libre, pero, si la situación cambia, te lo haré saber.

—Considéralo una invitación abierta —dijo Eleanor—. Serás bienvenida cuando quieras.

—Gracias —dijo Violet—. De hecho, esta mañana estuve en Maple Grange, visitando a Maureen. ¿No ha querido venir a comer con vosotras?

—Aunque la invitamos —contestó Gaby—, decidió dejarlo para otra ocasión. No estaba segura de cuánto iba a durar su reunión contigo.

—Al final solo estuve con ella una hora —dijo Violet—. Nuestra reunión de hoy era principalmente para acordar una fecha para el rodaje y elaborar un plan de acción.

—Sigo sin entender por qué está tan empeñada en hacer otra película —dijo Eleanor—. ¿Qué sentido tiene desenterrar el pasado? En mi opinión, es un desperdicio de celuloide.

—¿«Celuloide»? —Gaby se rio—. Por Dios, Eleanor. Ahora estamos en la era digital. El celuloide no se usa desde que éramos niñas.

—No hace falta que te hagas la lista, Gaby. —Eleanor frunció el ceño—. No soy tonta, ¿sabes? Estaba usando el término de forma genérica. Soy muy consciente de que hoy en día todo es digital.

—A Maureen le encantó hacer la última película —dijo Fleur, poniendo fin abruptamente a la discusión entre Eleanor y Gaby—. Le encanta estar delante de la cámara, y la cámara la adora. Tiene un talento natural. Si me preguntas, debería haber sido actriz.

—Actor, querida —dijo Eleanor—. Mi nieta me dice que el término «actor» se utiliza tanto para hombres como para mujeres hoy en día.

—¿Ahora quién se está haciendo la lista? —murmuró Gaby.

—Dios mío, ¿por qué tienen que cambiarlo todo constantemente? —dijo Fleur, con un tono mucho más maduro que el que le correspondía por su edad—. ¿Cómo se supone que hay que estar al día de estas cosas?

—Hay que estar al día y adaptarse a los nuevos tiempos —opinó Gaby con naturalidad—. Soy veinte años mayor que tú, Fleur. Si yo puedo hacerlo, tú también. No querrás ofender a la gente por usar la terminología incorrecta.

—Hoy en día, incluso la conversación más sencilla puede ser como caminar sobre cáscaras de huevo —dijo Fleur—. Hago todo lo posible por ser políticamente correcta, pero es muy fácil meter la pata. ¿Todavía se puede decir «camarera» o ahora todas se llaman «servidoras»?

—Si fuera tú, dejaría de darle vueltas a cómo llamar a la gente y me concentraría en lo que quieres comer —aconsejó Eleanor, mientras le entregaba el menú a Fleur—. Siempre tardas una eternidad en decidirte, y estaría bien pedir antes de que nos muramos de hambre.

Violet sonrió.

—Te recomiendo la ensalada con quiche.

—Entonces, eso es lo que tomaré —dijo Fleur, y dejó caer el menú sin leer sobre la mesa—. Y tomaré una taza de té para acompañarlo.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Gaby—. En todos los meses que llevo viniendo aquí, es el día que más rápido te he visto elegir, Fleur. A este paso, llegaremos a casa a tiempo para ver *Countdown*.[3]

[3] *Countdown* es un concurso de televisión británico de palabras y matemáticas de Channel 4. Se han emitido 92 temporadas desde su estreno en 1982. Con más de 8000 episodios, *Countdown* es uno de los concursos más longevos de Gran Bretaña.

Capítulo 8

Countdown ya había terminado cuando Violet llegó a casa esa noche. Mientras entraba por la puerta trasera, recibió un mensaje de texto de Matthew en su teléfono.

> Para que ninguno de los dos tenga que cocinar esta noche, ¿pido comida para llevar? Puedo estar en tu casa en media hora. ¿Qué te apetece? ¿Comida india o china? Bss

Violet sonrió al enviar su respuesta.

> Cualquiera de las dos me parece genial. Tú eliges. Nos vemos ahora. Ya tengo ganas. Bss

Eran casi las siete cuando Matthew llegó por fin a Greengage Cottage. Entró en la cocina con una bolsa de papel marrón que desprendía deliciosos aromas especiados.

—Siento llegar tarde —dijo mientras sacaba dos curris, dos raciones de arroz *pilau* y un enorme *naan* de queso y ajo de la bolsa y los colocaba sobre la mesa—. He ido a ese pequeño local de Bakewell que nos gusta. El restaurante estaba prácticamente vacío, pero había una cola enorme en el mostrador de comida para llevar.

—No te preocupes; ya estás aquí y eso es lo que importa. La comida huele de maravilla.

Violet ya había puesto la mesa y sacado dos botellas de cerveza de la nevera. Mientras se sentaban y se servían la comida en los platos, pensó en lo agradable que era tener a alguien con quien compartir la comida. Comer sola nunca era lo mismo, aunque la comida estuviera buena.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó a la vez que rompía un trozo de pan *naan*.

—Bastante bien —respondió Matthew—. El propietario del Merrywell Manor Hotel me ha pedido que construya e instale una

estantería del suelo al techo en el salón de invitados, y quieren que haga una gran consola de madera a juego.

—Genial —dijo Violet—. Es estupendo conseguir trabajo en la zona. Debes de estar muy contento.

—Lo estoy. Y…, quién sabe…, si hago un buen trabajo, quizá me den más encargos en el futuro.

—Siempre haces un buen trabajo —le animó Violet.

Matthew sonrió.

—Muchas gracias —dijo, inclinando la cabeza y tirando de su flequillo—. Eres muy amable.

—Para nada. De los dos, tú eres el amable. Es una de las cosas que me gustan de ti.

—¿Una de las cosas? ¿Cuáles son las otras?

Violet se rio.

—Mejor no te las digo. No quiero que se te suba a la cabeza.

—¿Subírseme a la cabeza a mí? —Puso cara seria—. Eso no va a pasar.

Ella sonrió.

—Cállate y cómete la cena.

Cuando terminaron de cenar y recogieron los platos, se trasladaron al salón.

—No debo ponerme demasiado cómodo —dijo Matthew, mientras se acomodaba frente a la estufa de leña—. No puedo quedarme hasta tarde. Le prometí a Rhys que le ayudaría a preparar una lista para su viaje.

El hijo de Matthew, Rhys, había planteado por primera vez la idea de hacer un viaje en verano.

—Entonces, ¿definitivamente se va?

—Sí. Ya ha comprado el billete. Ahora ya no hay vuelta atrás.

—¿A dónde va a volar?

—A Sídney. Va a viajar por Australia y luego quizá pase a Nueva Zelanda. Se marcha dentro de poco más de una semana. El plan es pasar unos días visitando Sídney y luego se dirigirá a Queensland. Creo que espera poder trabajar unas semanas en uno de los

complejos turísticos de allí, pero no estoy seguro de que eso sea factible.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Tres meses. Al menos, eso es lo que dice. Si decide ir a Nueva Zelanda, puede que sea más tiempo.

—Suena increíble —dijo Violet—. Ambos son países interesantes para visitar y también bastante seguros. Eso debe tranquilizarte.

—Supongo que sí. Solo espero que lo pase bien y sacie su sed de viajar.

—¿Y si le coge el gusto?

Matthew sonrió con actitud reflexiva.

—Ya cruzaré ese puente cuando llegue el momento. —Le pasó un brazo por los hombros a Violet y la atrajo hacia sí—. ¿Qué tal te ha ido el día a ti? —le preguntó al tiempo que observaban las llamas danzar en la estufa de leña—. Me has preguntado por el mío, pero no me has contado qué has hecho tú.

—Volví a Maple Grange para reunirme con Maureen Bond.

—Entonces, ¿definitivamente va a seguir adelante con su último proyecto?

Violet suspiró.

—Sí, hemos fijado una fecha para el rodaje.

Matthew frunció el ceño.

—No pareces muy contenta al respecto.

—Estoy deseando trabajar en el proyecto —respondió Violet—. Pero, mientras estaba allí, me comentó otra cosa.

Le contó lo que Maureen había dicho sobre la muerte de Phyllis Gibson.

—Todo me parece muy confuso —dijo Matthew cuando ella terminó de contarle la historia—. En mi opinión, Maureen haría mejor en dejar las cosas como están.

Violet asintió con la cabeza.

—Esa es más o menos la conclusión a la que he llegado yo. Solo espero que los temores de Phyllis fueran infundados. Odio pensar que se sintiera angustiada y asustada en sus últimos días.

—Entonces, no pienses en ello.

Violet se encogió de hombros.

—Es más fácil decirlo que hacerlo; no obstante, tienes razón, ahora ya no puedo hacer nada al respecto. Hablemos de otra cosa, ¿o pongo la tele? Seguro que hay algo que merezca la pena ver.

—Por mí, no la enciendas. Solo puedo quedarme unos minutos más.

—Oh, vale —dijo Violet, deseando que él no tuviera que marcharse tan deprisa—. ¿Te veré mañana?

—Sí, compraré la cena en el White Hart, si quieres.

Ella se rio.

—Me estás malcriando, Matthew. A este paso, voy a olvidar cómo se cocina.

—No, no hay mucho peligro de eso.

—Si vamos al *pub* mañana, será mejor que reserve mesa. Los viernes siempre hay mucha gente. Y, como tú has comprado la comida para llevar esta noche, mañana te invito yo a cenar. Insisto.

—De acuerdo. Me parece justo. Entonces, nos vemos mañana.

Ella lo atrajo hacia sí y lo besó.

—Es una cita.

Después de que él se marchara, Violet se quedó sentada un rato escuchando el silencio, solo roto por el crepitar ocasional de algún que otro leño ardiendo. Llevaba viviendo sola el tiempo suficiente como para haberse acostumbrado a su propia compañía, pero últimamente, como pasar tiempo con Matthew se había convertido en un placer, lo echaba mucho de menos en su ausencia.

Cuando encendió la televisión, la gata entró en la habitación. Violet se agachó y la cogió en brazos.

—Supongo que tendré que conformarme con tus mimos, gatita —dijo, quitándose los zapatos y estirándose en el sofá con Rusty.

A las nueve, sintonizó un episodio de *Who Do You Think You Are?* [4] Justo cuando la alegre música de la cabecera alcanzaba su *crescendo*, su teléfono comenzó a sonar.

Era Dawn Pilcher. Cuando habló, parecía conmocionada y sin aliento. Sus palabras sacudieron a Violet hasta lo más profundo.

—Alguien ha empujado a Maureen desde su balcón.

[4] *Who Do You Think You Are?* es una serie documental británica de genealogía, que se emite en la BBC desde 2004, en la que famosos participantes recorren su historia familiar.

Capítulo 9

—¿Qué? —Violet se incorporó de un salto, lo que provocó que la gata saltara de su regazo y corriera hacia la cocina con el rabo en alto.

¿Cómo había podido pasar eso? Era inconcebible. Maureen era amable, simpática y cariñosa. ¿Por qué iba nadie a tratarla de una forma tan cruel y despiadada?

—¿Está…? —Violet se apretó el teléfono contra la oreja, temiendo la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacer.

—No te preocupes —la interrumpió Dawn, con voz firme y tranquilizadora—. Está viva. Ahora mismo estoy en el hospital con ella. Los médicos la van a dejar en observación esta noche, pero, milagrosamente, aparte de algunos moratones y rasguños, y un tobillo roto, está bien.

Violet soltó un suspiro de alivio y luego frunció el ceño al asimilar las palabras de Dawn.

—Espera…, ¿cómo es posible? Maureen vive en un apartamento de la última planta. ¿Cómo ha conseguido sobrevivir a una caída como esa?

—Digamos que fue gracias a mucha suerte y a la afición de un hombre por las begonias —respondió Dawn—. La enorme jardinera que sobresale del balcón de abajo amortiguó la caída. Te contaré más cuando te vea. ¿Podrías venir mañana a Maple Grange? Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Acompañé a Maureen en la ambulancia y, de camino al hospital, me contó cosas inquietantes. Mencionó la posibilidad de que estuvieran ocurriendo cosas siniestras en Maple Grange. Dijo que había hablado contigo de ello… y que podría haber un asesino suelto.

La crudeza de las palabras de Dawn hizo que Violet se echara hacia atrás. No tenía ni idea de qué pensar sobre los perniciosos

sucesos que supuestamente habían tenido lugar en Maple Grange, pero tenía que admitir que este último acontecimiento —que hubieran empujado a Maureen por el balcón— demostraba sin lugar a dudas que algo (o alguien) maléfico acechaba dentro de los frondosos límites de la residencia de jubilados.

—¿Maureen tiene alguna idea de quién le ha hecho esto? —preguntó Violet, y un escalofrío le recorrió los hombros.

—No, estaba demasiado oscuro. Ella se encontraba en el balcón… fumando. —El tono de desaprobación de Dawn sugería un intenso rechazo hacia ese hábito—. Lo único que sabe es que alguien se le acercó sigilosamente por detrás y la empujó con fuerza entre los omóplatos.

Violet se imaginó la escena. Maureen medía apenas metro y medio y era ligera como un pájaro. No habría hecho falta mucho para empujarla.

—Debió de ser aterrador —dijo, sintiéndose indignada por Maureen—. Pobre Maureen. Menos mal que está bien. ¿Qué está haciendo la policía para atrapar al culpable?

—Vinieron al hospital a tomarle declaración, y un detective y un agente de la policía científica han ido a inspeccionar el apartamento de Maureen. Al parecer, no hay señales de que hayan forzado la entrada, y no hay nada en las cámaras de seguridad del ascensor en el momento del ataque. Quienquiera que haya subido al apartamento de Maureen debe de haber utilizado las escaleras.

—Me cuesta entenderlo —dijo Violet, con la voz temblorosa por la conmoción—. No tiene sentido. ¿Quién querría hacer daño a Maureen?

—La policía me hizo la misma pregunta —respondió Dawn—. Solo puedo repetir lo que les dije: que no tengo ni idea. Por eso necesito tu ayuda, Violet. Maureen me ha dicho que tienes experiencia en resolver asesinatos, que se te da bien descubrir quién es el culpable.

Violet se movió incómoda. Estaba preocupada de verdad por Maureen y por lo que estaba pasando en Maple Grange, pero lo último que necesitaba era verse envuelta en otra investigación criminal.

—Si hay algo en lo que tengo experiencia, es en irritar a la policía y estorbarles —contestó—. Seguro que no querrán que meta las narices en su último caso.

—Al contrario, yo diría que necesitan toda la ayuda que puedan recabar —dijo Dawn—. Tenemos que averiguar qué está sucediendo… y qué hay detrás de todo esto. Maple Grange es un lugar muy popular y codiciado para jubilarse… Nuestra reputación se arruinará si se corre la voz de que hay un asesino dentro.

Como miembro más veterano del personal de la residencia de jubilados, Dawn tenía ciertas obligaciones con su empleador; en cambio, la lealtad de Violet era exclusiva hacia Maureen. Era vulnerable. Esta vez se había salvado por los pelos, pero, si alguien estaba decidido a matarla, era poco probable que volviera a tener tanta suerte. Maureen había tenido el valor de hablar y contar sus preocupaciones, y Violet debería haberla tomado más en serio. Si lo hubiera hecho, este atentado contra la vida de Maureen podría no haber ocurrido nunca.

—Iré mañana a Maple Grange —dijo Violet—. De todas maneras, déjame ser clara: si decido investigar esto, es porque me preocupo por Maureen, no porque quiera proteger la reputación de la residencia de jubilados. Maple Grange es tu responsabilidad, Dawn, no la mía.

Capítulo 10

A las dos en punto del día siguiente, Violet visitó a Maureen en su apartamento. La encontró en la sala de estar, con el tobillo izquierdo escayolado y elevado sobre un taburete, el rostro pálido e hinchado. Afortunadamente, cuando habló, su voz era tan fuerte y desafiante como siempre.

—Parece que Phyllis tenía razón —declaró Maureen, cuando Dawn Pilcher acompañó a Violet a la habitación—. Es evidente que hay un loco suelto en Maple Grange.

—O una loca —dijo Violet, que necesitaba recabar más información antes de seguir especulando—. ¿Cuándo has vuelto del hospital?

—Hace tres horas —respondió Maureen—. Mi hija me trajo a casa, pero ha tenido que volver al trabajo para una reunión, por lo que ha pedido a Dawn que sea mi niñera.

—Vamos, Maureen. Sabes que no estoy aquí como niñera —dijo Dawn—. Solo estoy aquí para asegurarme de que tienes todo lo que necesitas. Has pasado por una experiencia terrible y muy aterradora, y, en nombre de Maple Grange, quiero intentar arreglar las cosas. Si hay algo que pueda hacer, solo tienes que decirlo.

—Una taza de té recién hecho no me vendría mal —respondió Maureen.

—De acuerdo, lo prepararé. —Dawn apretó los labios, como si considerara que la tarea no era propia de sus capacidades—. Pero, antes de que ponga la tetera al fuego, tienes que contarnos qué está pasando. Invité a Violet a venir, como me sugeriste, y, ahora que está aquí, me gustaría que me explicaras el significado de lo que me dijiste en la ambulancia. Insististe en que algo siniestro estaba sucediendo en Maple Grange. ¿Qué querías decir exactamente con eso?

—Estaba en estado de *shock*…, en pánico. Tal vez dije más de lo que debía —respondió Maureen.

Dawn se puso las manos en las caderas.

—No te calles ahora, Maureen Bond. Violet está aquí, tal y como pediste. Yo he cumplido mi parte del trato; ahora te toca a ti cumplir la tuya. Puedes empezar contándonos lo que le dijiste ayer a la policía.

Maureen movió el tobillo e hizo una mueca de dolor al colocarlo en una posición más cómoda sobre el reposapiés.

—Creo que la policía pensó que estaba delirando —explicó—. Les conté todo lo que recordaba del incidente del balcón; sin embargo, cuando intenté hablarles de Phyllis…, perdieron el interés. Me dijeron que descansara y que me tomarían el resto de la declaración más tarde; sin embargo, nunca volvieron. Espero que aparezcan por aquí en algún momento del día de hoy, pero, dada su falta de urgencia, sospecho que me han tachado de vieja chiflada y confundida.

Violet se sentó junto a Maureen y le dio un suave abrazo.

—No estás chiflada, Maureen. Siento mucho lo que te ha pasado. También quiero pedirte perdón por no tomarte más en serio cuando hablamos el otro día.

Maureen se recostó en el abrazo de Violet y le acarició el brazo.

—No tienes nada de qué disculparte, querida. Tú te ofreciste a llamar a la policía. Fui yo quien te dijo que no lo hicieras.

—Déjame verte. —Violet se inclinó hacia atrás para examinar el rostro de Maureen, donde un moratón oscuro se extendía desde el pómulo izquierdo—. Me sorprende que te hayan dejado salir del hospital. Tienes un buen ojo morado.

Maureen sonrió.

—Deberías ver al otro tipo.

Dada la terrible causa de sus lesiones, tal vez no fuera de extrañar que la broma no les hiciera gracia.

—Esto no tiene gracia, Maureen —dijo Dawn—. Alguien ha intentado matarte. Tienes que empezar a tomártelo en serio.

—Por el amor de Dios, Dawn, me lo estoy tomando en serio —repuso Maureen, inquieta en el sofá—. Sin embargo, dada mi suerte al escapar, creo que tengo derecho a hacer algunas bromas ligeras.

Dawn gruñó malhumorada y se dejó caer en un sillón cercano.

—¿Te sientes lo suficientemente bien como para contarme lo que pasó? —dijo Violet—. En el balcón, quiero decir.

—Todo pasó en un segundo —dijo Maureen, con un suspiro—. Había cenado tarde y después, sobre las siete, salí al balcón a fumar un cigarrillo. Mi hija siempre me advierte de que fumar me matará y anoche pensé que iba a tener razón…, pero no de la forma que ambas esperábamos. En esta ocasión, el tabaco no era el enemigo.

—¿Y qué lo fue? —preguntó Violet—. ¿Quién fue?

—No lo sé. —Maureen negó con la cabeza. Se notaba que todavía le dolía la cabeza, porque el movimiento la llevó a presionarse la sien izquierda con la mano—. Estaba completamente oscuro —dijo—. No vi nada.

—En los balcones hay luz, ya lo sabes —contestó Dawn con voz resuelta, como si estuviera defendiendo ella sola la reputación de Maple Grange—. No había necesidad de que estuvieras ahí fuera a oscuras.

—Nunca enciendo la luz —dijo Maureen—. Prefiero quedarme quieta en la sombra, mirando las estrellas y escuchando el viento entre los árboles mientras me fumo mi cigarrillo.

—¿Sabes que este es un edificio para no fumadores? —dijo Dawn —. Estrictamente hablando, no deberías fumar en ninguna parte de la propiedad de Maple Grange.

—Este apartamento es de mi propiedad, Dawn. Puede que pague el alquiler del terreno y los gastos de mantenimiento, pero este es mi dominio. Lo que decida hacer dentro de estas paredes es asunto mío.

—Eso no necesariamente es así —repuso Dawn—, pero no voy a discutir el tema. Todavía te estás recuperando de la caída y no quiero estresarte. Estoy dispuesta a pasar por alto el comentario.

—Entonces, lo hablaremos en otro momento, ¿te parece? —dijo Maureen, con tono combativo a pesar de su palidez—. De todas formas, te garantizo que no vas a ganar la discusión. Aunque soy consciente de que hay normas, no siempre las cumplo. Nunca lo he hecho.

—Me estabas contando lo que pasó… en el balcón —dijo Violet, intentando volver a encauzar la conversación.

—Estaba apoyada en la barandilla y la puerta corredera estaba abierta a mis espaldas. El intruso debió de colarse en mi apartamento, aunque yo no oí nada. Pero, claro, mi oído ya no es lo que era. Lo único que recuerdo es que alguien me empujó entre los omóplatos y me tiró al vacío.

—¿Y no viste nada? —preguntó Violet—. ¿Ni siquiera por el rabillo del ojo?

—Estaba demasiado ocupada cayendo hacia una muerte casi inevitable como para darme cuenta de nada. —Maureen sonrió, a pesar de la gravedad de la situación—. Fue el amor de mi vecino por las begonias lo que me salvó. Personalmente, siempre me han parecido flores chillonas y repugnantes…, demasiado vistosas para mi gusto. Mi vecino de abajo, por el contrario, insiste en cultivar las begonias naranjas más llamativas que encuentra. La primavera pasada, mandó construir una enorme jardinera colgante para albergar su espeluznante exposición floral. Las flores florecieron durante todo el verano y yo las odiaba con pasión. Ahora, por supuesto, ya no están en flor, pero la jardinera sigue firmemente en su sitio, ¡y menos mal! Cuando caí por el balcón, amortiguó mi caída y me lanzó, por suerte, al balcón de Keith. Podría haber caído fácilmente por el otro lado y haber acabado estrellándome contra el suelo.

—Como dices, menos mal que estaban ahí las begonias —dijo Violet.

—Puedo decir, con toda sinceridad, que son mis nuevas flores favoritas. —Maureen guiñó el ojo con picardía con su ojo bueno—. En cuanto se me cure el tobillo, voy a llevar a Keith al centro de jardinería y le voy a comprar tantos tubérculos de begonia como quepan en su jardinera, que es enorme y me ha salvado la vida.

—¿Te importa si echo un vistazo rápido al balcón? —pidió Violet—. Quizá me ayude a visualizar la escena.

—Adelante —dijo Maureen—. No esperes que te acompañe. Me llevará un tiempo armarme de valor para volver a salir ahí fuera.

Violet se acercó a la puerta corredera que daba acceso al balcón. Al abrirla, una ráfaga de aire frío se coló en la habitación.

—Cerraré la puerta detrás de mí mientras esté fuera —dijo, volviéndose hacia Maureen—. No quiero que se escape todo el aire caliente. Tienes que estar abrigada.

Al salir al balcón, lo primero que le llamó la atención a Violet fue lo silencioso que estaba. Aparte del ocasional zumbido de un coche en la lejana carretera principal y el graznido de unos cuantos cuervos ruidosos, una tranquila calma envolvía los jardines.

En cuanto a balcones, este no era muy grande —Violet calculó que mediría unos dos metros y medio por metro y medio—, aunque sí lo suficientemente amplio como para albergar una mesa y sillas de exterior de estilo bistró y un par de macetas. Al tratarse de la última planta, el balcón estaba abierto a los elementos, lo que lo hacía parecer más una terraza, pero la plataforma elevada sobre la que estaba construido albergaba una serie de balcones cubiertos en las plantas inferiores. Por tanto, el suelo de baldosas del balcón de Maureen formaba la cubierta superior del balcón de Keith Ludworth, situado debajo, y así sucesivamente, hasta la planta baja.

Violet se acercó a la barandilla metálica. Un escalofrío le recorrió los hombros cuando se inclinó y miró hacia abajo, a las grandes jardineras de madera que sobresalían del borde exterior del balcón de abajo. Maureen tenía razón. Fue pura suerte que su colisión contra las jardineras la hubiera hecho caer en la terraza de Keith. Podría haber caído fácilmente por el otro lado y haberse precipitado hacia el enorme patio de hormigón de abajo. Las posibilidades de sobrevivir a una caída como esa habrían sido muy escasas.

Le entraron náuseas a Violet de imaginar lo que podría haber pasado. Se retiró de la barandilla y recorrió con la mirada el espacio exterior. Era difícil de imaginar que la policía hubiera pasado por alto alguna pista durante el registro del apartamento; aun así, no estaría de más volver a comprobarlo.

Efectivamente, aparte de las dos macetas devastadas por las heladas y la mesa de bistró, el balcón estaba vacío. Violet se agachó para mirar debajo de la mesa, pero lo único que había allí era una hoja marrón de cinco puntas que debía de haber llevado hasta allí el viento. La cogió por el tallo y la inspeccionó. A diferencia de la mayoría de las hojas otoñales, que se enrollan o se secan, esta

estaba perfectamente plana y muy bien conservada. Volviéndose hacia la balaustrada, la lanzó al aire y observó cómo volaba sobre el balcón y descendía con elegancia. Pasó a pocos centímetros de la maceta de Keith Ludworth y se alejó lentamente hasta desaparecer de su vista.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Dawn cuando Violet volvió al salón.

—Solo una hoja suelta —respondió Violet.

Maureen sonrió.

—Será de un arce —dijo—. Por algo se llama Maple Grange este lugar, ya sabes.

Dawn asintió con la cabeza.

—Las hojas otoñales son una auténtica molestia por aquí —dijo—. Vuelan por todas partes y, cuando llueve, se convierten en un peligro para la salud y la seguridad. —Entrecerró los ojos y miró a Maureen con fijeza—. ¿Estás completamente segura de que te empujaron? ¿No crees que podrías haber resbalado?

—¿Qué? —dijo Maureen—. ¿Por una sola hoja? No seas ridícula. Me empujaron. Con las manos. Las sentí en mi espalda.

—Está bien. No hay necesidad de enfadarse. —Dawn levantó las manos—. Solo era una pregunta.

—Preferiría que te guardaras esas preguntas para ti —protestó Maureen.

—En fin… —Violet carraspeó, con la esperanza de calmar este repentino desacuerdo—. Aparte de una hoja suelta, no he encontrado nada más ahí fuera. La policía ya lo ha comprobado, así que no es ninguna sorpresa. Lo que sí me ha llamado la atención es la suerte que has tenido, Maureen.

—Tienes razón —respondió ella—. Menos mal que estoy delgada. Si hubiera pesado un kilo o dos más, quizá me habría llevado la jardinera por delante al caer.

Dawn frunció el ceño.

—Por favor, Maureen. No trivialices la situación. Se ha cometido un delito grave; nada menos que un intento de asesinato. Tenemos que averiguar por qué han querido matarte.

—Ah, entonces, ¿me crees? —dijo Maureen.

—Por supuesto que te creo. Lo que no entiendo es por qué crees que este intento fallido de acabar con tu vida está relacionado con la muerte de Phyllis.

Maureen miró a Dawn con mal humor.

—¿Qué es lo que más te preocupa? ¿Yo? ¿O el hecho de que un posible asesino esté acechando los terrenos de la residencia de jubilados? Si se corre la voz, supongo que no será bueno para el negocio. Creo que las cosas serían mucho más fáciles para ti si yo hubiera resbalado.

Dawn se enfureció, logrando parecer herida y molesta al mismo tiempo.

—Sé que estás en estado de *shock*, Maureen, así que te perdono por decir eso. Olvídate de Maple Grange. Lo que me preocupa es tu bienestar.

—Si tú lo dices, querida.

—Lo digo, sí. ¿Por qué crees que me subí a la ambulancia y te acompañé al hospital?

Violet pensó que era hora de cambiar de tema.

—Todos queremos lo mejor para ti, Maureen —dijo—. Esta es una situación alarmante y potencialmente peligrosa. Necesitamos que nos cuentes todo lo que sabes… desde el principio. Empieza por Phyllis. ¿Cuándo enfermó por primera vez?

Capítulo 11

—Me di cuenta de que algo iba mal a mediados de octubre —dijo Maureen, una vez que Dawn preparó la taza de té que le había prometido—. ¿Recuerdas que tuvimos nuestro pequeño «estreno» de la película del proyecto nostálgico?

—¿Cómo podría olvidarlo? —dijo Violet—. Fue una velada encantadora.

—La idea fue de Phyllis; ella lo planeó todo. Se le daba muy bien organizar cosas así. Sin embargo, la semana antes del estreno, me di cuenta de que le costaba mucho llevar el control de los preparativos. Keith Ludworth y yo tuvimos que intervenir, y el hecho de que Phyllis estuviera dispuesta a dejarse ayudar fue una señal de alarma en sí misma.

»Era mi mejor amiga y la más antigua; aun así, soy la primera en admitir que Phyllis era muy terca. Normalmente insistía en hacerlo todo ella misma, pero en octubre se la veía cansada…, casi agotada. Yo lo achacaba al exceso de trabajo. Había estado corriendo de un lado a otro, tratando de encontrar un *catering* que pudiera ofrecer un bufé temático de los años cincuenta y sesenta, aunque solo Dios sabe por qué. Quiero decir, ¿quién demonios quiere comer volovanes de champiñones y brochetas de piña? Le dije que hoy en día el paladar de la gente es mucho más refinado, pero fue como hablar con una pared.

Violet sonrió.

—Por lo que recuerdo, a todo el mundo le encantó el bufé. Formaba parte de la experiencia nostálgica.

—Supongo que sí. —Maureen sonrió—. Recuerdo que la trenza de salchicha estaba muy rica. Y lo que también recuerdo de aquella noche es que Phyllis casi no comió nada. Es cierto que podía ser muy melindrosa. Rara vez comía pasteles, excepto alguna que otra empanada de cerdo en Navidad; sin embargo, había muchos otros aperitivos en la mesa del bufé, y no tocó ninguno. Echando la vista

atrás…, el cansancio…, la pérdida de apetito…, eso debió de ser el comienzo de todo. Poco después, me di cuenta de que había perdido peso, aunque no tenía exceso de grasa que perder, y entonces comenzaron las palpitaciones. Fue entonces cuando al final fue al médico.

—Parece que se trataba de algo muy grave —dijo Violet—. ¿Por qué atribuyó esos síntomas a que alguien intentaba matarla?

Maureen dio un sorbo a su té y reflexionó sobre la pregunta.

—Se le metió en la cabeza que alguien estaba intentando envenenarla —respondió, y acto seguido bajó las pestañas y negó ligeramente con la cabeza—. Sé cómo debe de sonar eso, pero escuchadme.

—Tranquila, no nos vamos a ninguna parte —dijo Dawn.

Maureen levantó la cabeza y continuó.

—Una tarde, Phyllis me invitó a su casa, me sentó y me lo contó sin rodeos. Dijo que creía que alguien estaba intentando matarla. Era una afirmación escandalosa y, en ese momento, lo achaqué a la confusión. Ella insistía en que alguien estaba intentando quitarla de en medio.

—¿Quién? —preguntó Violet.

—Ella no lo sabía, pero llegó un punto en el que sospechaba de casi todo el mundo de Maple Grange. Era como si tuviera manía persecutoria. Phyllis siempre había sido una persona muy confiada y enormemente leal con sus amigos, así que, como es lógico, su comportamiento me resultaba inquietante y perturbador. Cuando pienso en ella ahora, esa no es la Phyllis que quiero recordar.

—¿De quién sospechaba? —preguntó Dawn, con tono agudo y curioso.

Maureen levantó las manos.

—Desarrolló todo tipo de teorías sobre quién podría quererla muerta y cómo intentaban lograr su objetivo.

—Dios mío —dijo Dawn—. No tenía ni idea de nada de esto. ¿Por qué no me informaron?

—Quería contártelo, pero Phyllis me hizo jurar que guardaría el secreto —se explicó Maureen—. En sus últimas semanas de vida, yo era la única en quien confiaba y, por lo tanto, la única a quien

estaba dispuesta a contárselo. Hice todo lo posible por acabar con sus descabelladas fantasías, pero ella no me hacía caso. Al final, perdí los nervios: le dije que ella estaba completamente equivocada, que las dos nos estábamos haciendo mayores y que teníamos que aceptar que el cuerpo empezaba a fallar. Le recomendé encarecidamente que lo asumiera.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó Violet.

Maureen se estremeció.

—Digamos que mi consejo no le sentó bien. Me recordó que cuatro años antes había corrido una maratón. «Puede que no haya batido ningún récord de velocidad, Maureen», dijo, «pero tampoco me he roto ningún hueso. Como de forma saludable, bebo con moderación y no he tenido sobrepeso en mi vida».

»En resumen, se negaba a aceptar que su cuerpo funcionara mal. Insistía en que su corazón era, y siempre había sido, fuerte.

—Así que, ¿en lugar de aceptar el diagnóstico de insuficiencia cardiaca, llegó a la conclusión de que alguien estaba intentando matarla? —dijo Violet.

—Sí. Incluso me asustó a mí también. «¿Quién dice que no le harán lo mismo a otra persona cuando yo ya no esté?», dijo. «Tú podrías ser la siguiente, Maureen. Tienes que tener cuidado».

—Esa no se parece a la Phyllis que yo recuerdo —observó Dawn—. ¿Estás segura de que estaba en pleno uso de sus facultades mentales por entonces?

—No lo sé —respondió Maureen—. No estaba segura en ese momento y ahora lo estoy aún menos.

Dawn chasqueó la lengua.

—Deberías haberme contado esto, Maureen.

—Phyllis me hizo prometer que no lo haría —respondió ella—. Y, sinceramente, tampoco me tomé en serio sus afirmaciones. Todo me parecía muy fantasioso.

—Estoy de acuerdo en que suena muy extraño —dijo Violet—. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que te pasó ayer, es posible que Phyllis estuviera en lo cierto. ¿Qué le hizo pensar que tú podrías ser la siguiente?

Maureen se frotó el ojo ileso con la palma de la mano. La conversación parecía estar agotando sus fuerzas.

—¿Sabes…? En realidad, si no te importa, creo que ahora me gustaría descansar —dijo, recostándose sobre un cojín como una flor marchita—. Me duele la cabeza. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—El médico te aconsejó que no te excedieras —le reprendió Dawn —. Deberías ir a acostarte. Échate una siesta.

—Es una buena idea —dijo Maureen—. Has sido muy amable, Dawn, y te agradezco tu preocupación, pero ahora estaré bien. Te dejo que vuelvas al trabajo. Debes de tener cosas que hacer.

—Le prometí a tu hija que me quedaría contigo hasta que ella volviera —dijo Dawn.

—Ahora ya está aquí Violet —dijo Maureen—. No tiene sentido que os quedéis las dos. Prometo que me tomaré un par de analgésicos y me echaré una siesta. Vuelve a tu oficina, Dawn. Maple Grange no se gestiona sola, ¿verdad?

A regañadientes, Dawn se levantó y se irguió.

—Te traeré un paracetamol.

Entró en la cocina y volvió treinta segundos después con un vaso de agua y un par de pastillas.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —preguntó mientras se los entregaba a Maureen.

—Eres muy amable por ofrecerte, pero Jodie volverá dentro de nada. Violet puede quedarse conmigo hasta entonces.

—¿Necesitas ayuda para ir al dormitorio? —preguntó Violet cuando Dawn se marchó y ella y Maureen se quedaron solas.

—¿Al dormitorio?

—Pensé que ibas a tumbarte un rato.

Maureen hizo un gesto con la mano.

—Lo dije para deshacerme de Dawn. No tengo intención de irme a dormir. Nunca he sido de las que duermen la siesta por las tardes, y no pienso empezar ahora. La verdad, Violet, es que quería estar a

solas contigo. Hay cosas que tengo que contarte y que no podía decir delante de Dawn.

—¿Por qué no?

—Porque —dijo Maureen, inclinando la cabeza— el nombre de Dawn estaba en la lista de sospechosos de Phyllis.

Capítulo 12

Sin darse cuenta, Violet se sintió arrastrada a la red de intrigas que se estaba tejiendo en Maple Grange. No estaba segura de poder salir de ella ya, aunque quisiera. El problema era que le resultaba casi imposible entender lo que Maureen le estaba contando. Había demasiadas especulaciones y muy pocos datos concretos. La situación era desconcertante e intrigante a la vez.

—Nada de esto tiene sentido —dijo Violet, mientras caminaba de un lado a otro frente al sofá de cuero—. Phyllis debía de confiar en Dawn; de lo contrario, no la habría nombrado albacea de su testamento.

—Phyllis la nombró albacea mucho antes de enfermar.

—Pero ¿por qué iba a considerar sospechosa a Dawn?

—Porque es la hermana de William Horner —respondió Maureen.

Violet dejó de pasearse y entrecerró los ojos.

—Y ¿quién demonios es William Horner? —dijo, negando con la cabeza para despejar la confusión de su mente.

—Es el especulador que construyó la residencia de jubilados Maple Grange. Una de las teorías de Phyllis era que William tramaba matarla. Era su principal sospechoso.

Violet soltó un suspiro y se sentó. Estaba haciendo todo lo posible por no dejar que la irritara esa tormenta de conjeturas, pero mantener la calma se estaba convirtiendo en un reto.

—Y sospechaba de él porque…

Maureen movió el pie, cambiando ligeramente de posición.

—Hace diez años, Maple Grange estaba vacío —dijo—. William Horner compró el terreno con la intención de crear una residencia de personas mayores. Era un proyecto enorme y, en aquel momento, su mayor y más ambicioso plan de desarrollo urbanístico. Sabía que, si lo conseguía, sería muy rentable; por otra parte, la otra cara de la

moneda era que también suponía un enorme riesgo financiero. Si el proyecto hubiera fracasado, lo habría llevado a la bancarrota.

—Sin embargo, eso no sucedió, ¿verdad? —preguntó Violet.

—No, pero estuvo a punto de pasar varias veces. Al final, William consiguió salvar la situación gracias a las inversiones de personas como Phyllis y yo.

—¿Inversiones? ¿Estás diciendo que le disteis dinero?

—Eso es exactamente lo que digo —respondió Maureen—. Phyllis y yo queríamos mudarnos a una casa más pequeña y, a través de un amigo de un amigo, nos enteramos de que William Horner estaba buscando inversores para su nuevo proyecto. Fuimos las primeras en apoyar Maple Grange, las primeras en adoptar la idea, por decirlo de alguna manera. Pagamos nuestro dinero por adelantado y, como inversoras iniciales, nos dieron a elegir las propiedades. Yo me decidí por este apartamento, y Phyllis eligió una de las casas de campo cerca del bosque. Habiendo pasado toda su vida en la ciudad, tenía el deseo de estar más cerca de la naturaleza en sus últimos años. Ambas conseguimos un buen precio de compra, muy bueno, pero últimamente creo que a Phyllis le preocupaba que ese acuerdo que parecía demasiado bueno para ser verdad nos saliera caro.

—¿A qué te refieres con «demasiado bueno para ser verdad»? —preguntó Violet—. ¿En qué consistía exactamente ese acuerdo?

—Phyllis y yo compramos sobre plano, al igual que nuestra amiga Shirley. Eso significaba que conseguimos nuestras propiedades a un precio muy reducido: William Horner nos ofreció un descuento del veinticinco por ciento. Estuvo dispuesto a hacer un trato tan increíble con nosotras porque necesitaba una inversión financiera garantizada para poner en marcha su proyecto. Phyllis, Shirley y yo invertimos 250 000 libras y, a cambio, pudimos elegir la propiedad que queríamos. Más tarde, cuando se lanzó la promoción, se comercializaron apartamentos y casas de campo similares a los nuestros por alrededor de 335 000 libras cada uno.

—Parece un trato fabuloso.

—Lo fue, pero había una salvedad.

—Con un trato como ese, suele haberla —dijo Violet.

—William Horner se reservó la opción de recomprar las propiedades al precio al que nos las había vendido en caso de que falleciéramos o decidiéramos venderlas en un plazo de diez años.

—¿Diez años? —dijo Violet—. Es una opción muy larga.

—Ahora me doy cuenta —contestó Maureen—. Pero, en aquel momento, nosotras solo teníamos sesenta y tantos años y pensábamos que viviríamos en Maple Grange hasta nuestra vejez. Sin el descuento, ninguna de nosotras habría podido permitirse mudarse aquí. Ahora, casi diez años después, este ático vale cerca de medio millón de libras. Si decidiera venderlo hoy, William Horner tendría derecho a comprármelo por la mitad de ese precio.

—Y ¿cuándo expira la cláusula de recompra de diez años?

—Pronto —respondió Maureen—. La opción expira a finales de abril de este año. Después de eso, William Horner ya no tendrá ningún derecho prioritario sobre nuestras propiedades. A Phyllis le preocupaba que pudiera recurrir a medidas drásticas para cobrar sus fichas y recoger sus ganancias antes de que expirara esa opción.

Violet intentó ser objetiva mientras sopesaba la situación que Maureen había descrito. Tenía que admitir que, para la policía, una ganancia rápida y considerable sería sin duda un motivo para cometer un asesinato. Sin embargo, si William Horner era ahora un exitoso hombre de negocios y promotor inmobiliario, no parecía que estuviera desesperado por obtener dinero. Desde luego, no lo suficiente como para matar.

—¿Qué opina tu amiga Shirley de esto? —preguntó Violet—. ¿Phyllis le confió sus sospechas?

—No. Tenía intención de hacerlo, pero Phyllis enfermó y falleció antes de tener la oportunidad de visitar a Shirley.

—¿Visitarla? Creía que habías dicho que Shirley vivía en Maple Grange.

—Antes sí, pero se mudó el verano pasado. Se ha ido a vivir con su hija a Chesterfield.

—¡Oh! —Violet echó la cabeza hacia atrás—. ¿Eso no echa por tierra la teoría de Phyllis? Supongo que William Horner ya habrá aceptado la opción de recomprar el apartamento de Shirley.

Maureen esbozó una sonrisa astuta.

—Shirley ha encontrado una forma ingeniosa de evitarlo. Finge que se va a quedar con Karen temporalmente, pero que tiene toda la intención de volver.

—Y ¿no lo va a hacer?

—No, se quedará con el apartamento unos meses más y, una vez que expire la opción, lo venderá. Cuando se mudó, se lo subarrendó a Gaby. Es un acuerdo que les conviene a ambas. Gaby se trasladó desde Canadá cuando su hijo vino a trabajar a la Rolls-Royce el verano pasado. Solo está destinado aquí por un año, y Gaby quería estar cerca de él y su familia, por lo que está alquilada en el apartamento de Shirley por un periodo corto.

—No creo que William Horner esté muy contento con eso —dijo Violet.

—Probablemente no, aunque, para ser justos, nunca lo ha cuestionado. De todos modos, aunque lo hiciera, no importaría, porque Shirley lo ha comprobado todo debidamente. Consultó a un abogado especializado en propiedad inmobiliaria y, desde el punto de vista legal, William no puede hacer nada para impedir que ella subarriende el apartamento.

—Supongo que Dawn Pilcher estará al tanto de este acuerdo —tanteó Violet.

—Puedes apostar tu vida a que sí —respondió Maureen—. Cuando se trata de Maple Grange, nada se le escapa a Dawn. Y no hace falta decir que, si Dawn sabe algo, su hermano también lo sabe.

—Sigo sin entender por qué Phyllis sospecharía de Dawn —dijo Violet—. Está claro que confiaba en ella; de lo contrario, no la habría dejado a cargo del testamento. ¿Qué opinas, Maureen? ¿Qué te parece Dawn?

Maureen soltó un largo suspiro antes de responder.

—No tengo motivos para no confiar en ella. Es una mujer bastante agradable. A veces es un poco fría, pero se preocupa por los residentes. Si Maple Grange funciona como un reloj es gracias a Dawn. Nadie se atreve a meterse con ella en lo que respecta a las facturas o la prestación de servicios. Mantiene a los proveedores bajo estricto control, y ¡ay del residente que no pague a tiempo sus

gastos de comunidad! Las capacidades organizativas de Dawn son insuperables. Quizá por eso Phyllis la mantuvo como albacea.

—Parece que es buena en su trabajo —dijo Violet.

—Lo es —afirmó Maureen—. No obstante, cuando las personas son supereficientes, a menudo tienen un lado despiadado. No puedo evitar preguntarme si hay algo más en Dawn de lo que se ve a simple vista.

—¿No pensarás en serio que ella le haría daño a Phyllis, o que es la persona que intentó matarte?

Maureen frunció el ceño.

—No, claro que no. Ha sido muy amable, me ha acompañado al hospital y me ha hecho recados. Pero, aun así…, me pareció prudente no comentar que Phyllis sospechaba de William Horner delante de su hermana. Al fin y al cabo, la sangre tira.

Violet se sentía desconcertada. Le encantaban los misterios y estaba dispuesta a desentrañar los enigmas más difíciles, pero esto era otra cosa. Nada estaba claro. Lo único que sabía con certeza era que alguien había intentado hacer daño a Maureen. Los detalles de la historia de Phyllis Gibson eran confusos y poco claros. ¿Los temores de Phyllis eran reales, o imaginarios? Y ¿qué había del atentado contra la vida de Maureen? ¿Estaba relacionado con la muerte de Phyllis, o era una aterradora coincidencia?

—Recapitulemos un momento —dijo Violet, mientras intentaba aclarar las cosas en su cabeza—. Los únicos sospechosos que has confirmado hasta ahora son William Horner y… Dawn Pilcher. ¿Quieres decirme quién más estaba en la lista de Phyllis?

—Tenía muchas dudas sobre un hombre llamado Terry Whitlock —dijo Maureen con una mueca de desprecio—. Es el asesor financiero que solía merodear por la cafetería de Maple Grange. Es lo que los estadounidenses llamarían un «canalla». Hay gente que lo encuentra encantador, pero Phyllis no era una de ellas. No era tonta y no confiaba en él en absoluto.

—¿Me vas a decir por qué?

Maureen cruzó los brazos.

—Phyllis concertó una cita con él el año pasado. Quería sacar el máximo partido a algunos de sus ahorros y quería saber qué podía

ofrecerle Terry en cuanto a cartera de inversiones. Resulta que el consejo que le dio era contrario a la normativa financiera; al menos, eso creía Phyllis. No conozco los detalles de lo que pasó, pero sí sé que se quejó de Terry y advirtió a la gente que no confiara en sus supuestos consejos.

—¿A quién se quejó?

—Al principio, estaba decidida a denunciarlo ante la Financial Conduct Authority,[5] pero al final acudió a Dawn. Como directora de la residencia, era la persona más indicada para llamar la atención a Terry Whitlock.

—¿Qué medidas se tomaron? ¿Se le ha prohibido el acceso a la residencia de jubilados?

Maureen esbozó una sonrisa cínica.

—Creo que eso es lo que Dawn quería hacer, pero, por desgracia, muchos residentes lo defendieron. Les caía bien Terry y estaban contentos con la atención que ofrecía. Al final, ella dijo que podía seguir visitando a sus clientes de Maple Grange, siempre que solo se reuniera con ellos en sus propias casas. Le dijo que no se le permitía quedarse en la cafetería ni en ninguna otra zona común.

—Y ¿ha cumplido con esa petición?

—Hasta donde yo sé, sí, pero no creo que esté muy contento con ello. Terry frecuentaba la cafetería y la biblioteca porque sabía que allí podía conseguir clientes. Cuando entraba un nuevo residente a Maple Grange, se abalanzaba sobre él como un halcón. Todo eso tuvo que acabar cuando Dawn le advirtió, así que no debió de hacerle mucha gracia perderse nuevos negocios. Como Phyllis fue quien se quejó de él, ella pensaba que podría estar enfadado con ella y buscar venganza.

—No estará tan enfadado como para matar, ¿verdad? —dijo Violet.

Maureen levantó las manos.

—No me pidas que juzgue. Solo repito lo que dijo Phyllis. Te digo de quién sospechaba y por qué.

—De acuerdo. ¿Había alguien más? ¿Tenía alguna otra teoría?

Maureen agitó los dedos, restándole importancia a la pregunta.

—Créeme, en la semana anterior a su muerte, tenía un montón…, pero ninguna merece la pena mencionarla. En sus últimos días,

Phyllis despotricaba de forma descabellada y desesperada, y, en consecuencia, sus afirmaciones se volvían cada vez más extrañas. No estoy dispuesta a darles validez repitiéndolas.

—¿Estás segura de eso? —planteó Violet—. Al menos, deberías contarle a la policía sus sospechas.

—Quizá, aunque probablemente pensarán que Phyllis era una anciana tonta que buscaba llamar la atención y que armaba un escándalo por nada. Tal y como yo lo veo, su enfermedad se apoderó tanto de su mente como de su cuerpo. Al final, se volvió contra casi todo el mundo. Incluso se metió conmigo un par de veces, aunque no llegó a acusarme.

—Parece como si tuviera miedo —dijo Violet—. Quizá intuía que se estaba muriendo.

—No era la muerte lo que le daba miedo —aclaró Maureen negando con la cabeza—. Si acaso, era la vida lo que la aterrorizaba. La perspectiva de vivir casi como una inválida era algo con lo que le costaba mucho lidiar.

—Las veces que la vi, me pareció una persona tan alegre y despreocupada —comentó Violet—. Me da mucha pena que sufriera tanto en sus últimos días.

—A mí también —dijo Maureen—. Estoy dividida entre tomarme en serio los temores de Phyllis y concluir que su muerte fue completamente natural. Me ha puesto en un dilema.

—Debes dejar que la policía decida —aconsejó Violet—. Cuéntales todo, independientemente de lo relevante que creas que pueda ser. Aunque los temores de Phyllis fueran infundados, no se puede ignorar el hecho de que alguien ha intentado acabar con tu vida. La policía necesita conocer todos los detalles, por vagos que sean.

Maureen asintió con la cabeza.

—Si vienen a tomarme el resto de la declaración, hablaré con ellos —accedió—. No te preocupes, no ocultaré nada.

El sonido de una llave en la puerta puso fin a la conversación.

—Será Jodie, mi hija —dijo Maureen—. No le he contado nada de esto. Su vida ya es bastante estresante… No quiero molestarla con esto.

—¿No crees que querrá saberlo?

—Probablemente —respondió Maureen—, pero solo se disgustaría y no quiero preocuparla. Por favor, no le digas nada.

En contra de su voluntad, Violet decidió acceder a la petición de Maureen.

—No diré nada —dijo—. Al menos, por ahora.

[5] La Financial Conduct Authority es el organismo regulador de los servicios financieros del Reino Unido. Regula y supervisa la conducta de los servicios financieros para proteger a los consumidores, garantizar la integridad de los mercados y promover la competencia. Es un organismo independiente del Gobierno británico y se financia a través de las cuotas de las empresas del sector. Supervisa bancos, aseguradoras, consultoras financieras y otras entidades, establece normas, investiga conductas indebidas y puede imponer sanciones.

Capítulo 13

Cuando regresó al centro comercial Merrywell Shopping Village, Violet se detuvo delante de The Memory Box y admiró la artística disposición de los artículos que ahora se exhibían en el escaparate. La decoración que Molly había creado era todo un éxito. La pieza central era una cámara de cine antigua y una colección de viejas fotografías en blanco y negro. Estas últimas parecían dispuestas al azar, pero Violet sabía que su ubicación no era en absoluto aleatoria. Era evidente que Molly se había esforzado mucho para crear algo llamativo e imaginativo. A la izquierda de la cámara había una colorida selección de revistas femeninas de la década de 1950, cuyas portadas reflejaban la glamurosa moda de la posguerra. También había un periódico antiguo de 1969, con un titular que decía «¡El hombre en la Luna!». Apilados al otro lado de la cámara había dos juegos de mesa antiguos y un rompecabezas, junto con una cuerda para saltar y una cartilla de racionamiento de la Segunda Guerra Mundial. Lo expuesto era ecléctico y aleatorio, y absolutamente perfecto. Violet no podría haber deseado nada mejor.

—¿Has visto el escaparate? —preguntó Molly en cuanto Violet entró en la oficina.

—¿Cómo podría no verlo? —respondió ella—. Es magnífico. Sobresaliente, Molly. Has hecho un trabajo brillante.

—¿Tú crees? —preguntó Molly con una sonrisa radiante—. ¿Es lo que tenías en mente?

—No —dijo Violet, y vio cómo la sonrisa de Molly comenzaba a desvanecerse—. Es cien veces mejor de lo que podría haber imaginado. Estoy encantada. De verdad, Molly. Te has superado a ti misma.

—La buena noticia es que solo me ha costado veinticinco libras —le contó Molly, recuperando la sonrisa—. Y retiro lo que dije sobre Robert Dorman. Hay que reconocerle el mérito: me hizo un generoso descuento. Incluso me regaló la cámara.

—Ha sido muy generoso por su parte.

Molly negó con la cabeza.

—Sí y no. La cámara no funciona.

Violet sonrió.

—No importa si funciona o no. Solo la queremos para exhibirla, ¿no?

—Eso es lo que dije —respondió Molly—. Fue muy amable por su parte. En realidad, es un tipo majo…, cuando lo conoces.

—Entonces, ¿no es el friki de las antigüedades que pensabas que era?

Molly se rio.

—Oh, por supuesto que es un friki de las antigüedades, pero también es un tipo sorprendentemente agradable, bastante tímido, pero inteligente e interesante. Le hablé de tu joyero.

—Ah, ¿sí? Y ¿qué dijo?

—Cree que yo podría tener razón con lo del compartimento secreto. Dijo que, si lo llevas a la tienda, lo revisará por ti.

Violet asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Lo traeré al trabajo un día y le dejaré que le eche un vistazo.

—Quizá encuentres escondidas cartas de amor entre Phyllis y un amante secreto —dijo Molly.

Violet se rio.

—Creo que has pasado demasiadas tardes viendo películas románticas de Netflix —dijo.

En realidad, esperaba que, si Phyllis había guardado alguna correspondencia secreta en el joyero, fuera algo mucho más esclarecedor que una colección de cartas de amor empalagosas.

Después de que Molly se fuera a casa, Violet se sentó en su escritorio a tomar una taza de café tibio y pensando en su conversación anterior con Maureen.

Habían acordado posponer el día de rodaje previsto hasta que Maureen se recuperara de la caída. Lo último que Violet quería era

que Maureen tuviera que grabar sus recuerdos con un enorme moratón morado en la cara.

Violet agradecía el aplazamiento. Le daba tiempo para ordenar sus pensamientos y evaluar lo que estaba sucediendo en Maple Grange. La verdad era que las últimas revelaciones de Maureen la habían dejado intrigada, y también confundida y con dudas. Las dudas de Violet giraban en torno a una pregunta fundamental: ¿alguien había intentado matar a Phyllis? Ciertamente no había pruebas que respaldaran esa teoría, pero la falta de pruebas no había impedido que Phyllis expresara sus sospechas sobre William Horner y Terry Whitlock. Y ¿a quién más había temido? ¿Quién podría tener motivos para quererla muerta?

Violet buscó en su bolso la tarjeta de visita que había cogido en la peluquería a principios de semana. «Bridget Farnah: cortes de pelo a precios reducidos», decía la tarjeta. En cuanto a eslóganes, Violet los había visto peores, pero este no inspiraba precisamente confianza en las capacidades creativas de Bridget como estilista.

¿Le había dicho Phyllis a Bridget que le iba a dejar diez mil libras en su testamento? Si lo había hecho, eso podría considerarse un móvil. Era evidente que la peluquería, que también era un salón de belleza, estaba pasando apuros. Una rápida inyección de dinero podría ser suficiente para cambiar las cosas, o al menos para que Bridget pudiera salir adelante hasta que vendiera el negocio. ¿Hasta el punto de llegar al asesinato? ¿En serio? ¿Realmente la peluquera habría cometido el peor y más atroz crimen imaginable por unas simples diez mil libras? Violet lo consideraba poco probable. Además, incluso si se equivocaba y Bridget había hecho daño a Phyllis, eso no explicaba lo que le había pasado a Maureen. Hasta donde Violet sabía, Bridget no tenía motivos para querer matar a Maureen.

Respiró hondo, temblando, avergonzada por los pensamientos que se le pasaban por la cabeza. Bridget era una mujer tranquila y sin pretensiones a la que Phyllis apreciaba. Seguramente la peluquera no era capaz de cometer un asesinato. ¿O sí?

Violet aplicó la lógica e intentó pensar en quién más podría ser sospechoso del presunto asesinato de Phyllis. Recordó al sobrino que

había mencionado Dawn Pilcher. ¿Cómo había dicho que se llamaba? Ian… Ian Coghill.

Violet sabía que, en caso de muerte sospechosa, la investigación policial solía centrarse en el cónyuge de la víctima o en un familiar cercano. Ian Coghill era el pariente más cercano de Phyllis y, como tal, presumiblemente heredaría lo que quedara de su patrimonio una vez que se hubieran distribuido todos los demás legados. Incluso si William Horner ejercía su opción de recomprar la casa de Phyllis por 250 000 libras, Ian Coghill seguiría estando en condiciones de recibir una cantidad considerable de dinero. Eso lo convertía en un sospechoso mucho más probable, ¿no?

Dawn había descrito al sobrino de Phyllis como una persona amable y considerada, pero ¿hasta qué punto conocía realmente a ese hombre? ¿Tenía Ian Coghill otra faceta más oscura? ¿Y qué hay de su situación financiera? ¿Era rico y acomodado, o estaba en apuros y desesperado por hacerse con el dinero de Phyllis? Si Violet pudiera averiguar más cosas sobre él, podría decidir si encajaba o no en el perfil de «principal sospechoso».

Buscó su nombre en Google y, tras examinar los resultados de la búsqueda, hizo clic en el enlace que parecía más probable. La llevó a una página que identificaba a un tal Ian Coghill como copropietario de una agencia inmobiliaria en Leek, Staffordshire. Una fotografía de él con su socio y su equipo de ventas mostraba a un hombre bien vestido y bien alimentado. La cara feliz y sonriente de Ian ciertamente no parecía la de un criminal; sin embargo, ¿existía en realidad un arquetipo del asesino? ¿No eran la mayoría de los asesinos personas de aspecto normal que se mezclaban perfectamente con el resto de la sociedad?

Los datos de contacto de la agencia inmobiliaria aparecían destacados en la página web. Antes de que tuviera tiempo de pensárselo demasiado, Violet marcó el número de teléfono y escuchó cómo una alegre voz femenina respondía a la llamada.

—Lo siento, pero ahora mismo no se encuentra disponible —dijo la mujer cuando Violet preguntó si podía hablar con Ian Coghill—. Soy su asistente personal. ¿En qué puedo ayudarla?

—No, es un asunto personal —respondió Violet, decidida a probar suerte—. Conocía a su tía. Hace poco me he enterado de que ha fallecido y llamaba para darle el pésame.

—Ah…, comprendo…

Al detectar un cambio en la actitud de la asistente personal, Violet aprovechó su ventaja.

—Solo necesito un minuto de su tiempo —dijo—. El año pasado filmé a la tía del señor Coghill y me preguntaba si le gustaría tener una copia de la entrevista.

—Espere un momento… Voy a hablar con él.

Menos de un minuto después, Violet estaba al habla con Ian Coghill. Le dio el pésame con cautela, cruzando los dedos para que su investigación la hubiera llevado hasta el hombre adecuado. Afortunadamente, su respuesta confirmó que, en efecto, era el sobrino de Phyllis Gibson.

—Agradezco el ofrecimiento —dijo cuando Violet le propuso enviarle una copia de la entrevista—. Pero ya tengo una copia de la película nostálgica.

—Me gustaría enviarle la entrevista completa, sin editar —replicó ella—. Aunque hablé con Phyllis durante mucho tiempo, en la película final solo se incluyeron los momentos más destacados. Pensé que quizá le gustaría verla completa y conservarla como recuerdo.

—De acuerdo, sí. Me gustaría —dijo Ian—. Es muy amable por su parte pensar en mí. Supongo que la tía Phyllis debió de hablarle de mí.

—No, en realidad no —respondió Violet, decidiendo ser sincera.

—Ah…, y ¿cómo ha sabido usted dónde localizarme?

—Le he buscado en Google y me he arriesgado a que fuera la persona en cuestión —dijo Violet—. Dawn Pilcher mencionó su nombre y me dijo que vivía en Leek y que era el único pariente de Phyllis. No sé si lo sabe, pero Dawn se puso en contacto conmigo recientemente para decirme que su tía de usted me había dejado un joyero. Solo el joyero. No había nada dentro.

Ian Coghill se rio.

—No, claro que no. Mi tía fue muy clara en sus instrucciones. Aparte de los legados mencionados en su testamento, todas sus posesiones, incluidas sus joyas, deben venderse. El dinero recaudado se donará a una organización benéfica para niños.

Violet parpadeó. No era lo que esperaba oír.

—Espero que le haya dejado algo a usted. ¿Un pequeño recuerdo para rememorarla?

—De hecho, sí —respondió Ian—. Me dejó su colección de vinos selectos. La afición por el *vin rouge* era algo que la tía Phyllis y yo teníamos en común. Heredé dos docenas de botellas de excelentes añadas. Las estoy degustando poco a poco, aprovechando la oportunidad para brindar por mi tía mientras lo hago. Es una forma encantadora de recordarla.

—Y ¿qué hay de la casa de campo de Maple Grange? —En cuanto pronunció esas palabras, Violet se arrepintió.

Se produjo un silencio incómodo y, cuando Ian Coghill por fin respondió, parecía más cauteloso y a la defensiva.

—La propiedad se venderá, y el dinero que se obtenga constituirá la mayor parte de su legado a la organización benéfica que ella eligió —dijo—. Mi tía me habló de sus intenciones hace mucho tiempo, así que el contenido de su testamento no me ha sorprendido.

—No, claro que no. Lo siento —se disculpó Violet—. No debería haberle hecho esa pregunta. No es asunto mío.

—No hay por qué disculparse. —A pesar de la aparente amabilidad de sus palabras, parecía molesto—. Con todo, si el verdadero motivo de esta llamada es averiguar quién se beneficiará de la herencia de mi tía, quizá le hubiera resultado más fácil preguntárselo a Dawn Pilcher.

Violet se estremeció. Ian Coghill la había desenmascarado.

—Lo siento —repitió—. No era mi intención ofenderle.

—No pasa nada. Mi tía me consultó sobre su testamento mucho antes de hablar con su abogado, y ambos pensábamos lo mismo. Yo heredé la casa de mis padres cuando fallecieron, por lo que la tía Phyllis sabía que mi situación económica era solvente. Ella y yo llegamos a la conclusión de que la organización benéfica necesitaba

su dinero mucho más que yo. La esperanza de mi tía era que su legado beneficiara a los niños durante muchos años.

Al terminar la llamada, Violet se reprendió a sí misma por haber vuelto a sobrepasar los límites. Le gustaba considerarse curiosa, más que entrometida, pero sabía que su conversación con Ian Coghill había cruzado una línea. ¿Qué pensaría él de ella, cuando le llamó con un pretexto poco convincente y luego le sonsacó información sobre el testamento? Era obvio que era un tipo perspicaz, porque no le había costado mucho descubrir el verdadero propósito de su llamada. Dadas las circunstancias, había sido sorprendentemente educado.

Lo único que había salvado a Violet de sonrojarse era que no había tenido que insistir demasiado para obtener información. En su mayor parte, Ian había revelado los detalles del testamento de forma voluntaria, y su modesta herencia vinícola parecía descartar cualquier móvil para el asesinato.

Al final de su breve conversación, Violet llegó a la conclusión de que Ian Coghill había sido completamente sincero con ella. Se había mostrado muy franco y, por lo que ella podía deducir, no tenía nada que ocultar. Incluso había pensado en preguntarle si Phyllis había dicho alguna vez que temía por su vida, pero, sopesándolo bien, decidió que era mejor no entrar en ese tema. No había pruebas de que alguien hubiera intentado hacer daño a Phyllis y, a menos que la policía pudiera demostrar lo contrario, era mejor que Ian Coghill no supiera que su querida tía había pasado sus últimos días viviendo con miedo.

Al terminar la jornada laboral, la misma pregunta inquietante seguía rondando la mente de Violet: ¿los temores de Phyllis eran reales, o imaginarios? Y, si sus sospechas eran ciertas, ¿qué relación tenían con el atentado contra la vida de Maureen?

Con suerte, Maureen ya habría hablado con la policía. ¿Decidirían investigar las circunstancias que rodeaban la muerte de Phyllis en Maple Grange? ¿O, como había predicho Maureen, descartarían los

recelos de Phyllis por considerarlos los desvaríos de una anciana confundida?

Violet había reservado una mesa en el White Hart para las siete y media y, como no tenía que volver corriendo a casa para cocinar, se quedó hasta tarde en la oficina. Eran las seis y media cuando finalmente cerró The Memory Box y salió en coche del centro comercial Merrywell Shopping Village.

Se alegró de ir en automóvil. Si hubiera ido a pie, el aire húmedo de la tarde habría estropeado su peinado, que había arreglado meticulosamente. Violet detestaba esta época del año, cuando los días eran fríos y oscuros y se vestían con el aburrido manto del invierno. En el pasado, en las semanas posteriores a la Navidad, a menudo se había encontrado soñando despierta con vivir en un clima más cálido, pero su traslado a Merrywell parecía haber acabado con ese anhelo. Durante los diez meses que llevaba en el pueblo, se había enamorado cada vez más de su nueva vida, y la idea de un «lugar al sol» estaba perdiendo rápidamente su atractivo.

El trayecto en coche hasta Greengage Cottage le llevó menos de un minuto. Dejó el coche al lado de la casa y se apresuró a atravesar la oscuridad hasta la puerta trasera, con la llave de la casa ya en la mano para entrar cuanto antes. Dentro, la calefacción central estaría encendida y tendría tiempo suficiente para prepararse una taza de té antes de salir.

Sin embargo, cuando Violet cruzó el umbral, se puso inmediatamente en alerta. Se detuvo, y una fría punzada de miedo la paralizó. Algo iba mal. Un resplandor de luz se filtraba desde el salón, a través de la puerta entreabierta que había dejado cerrada esa mañana.

Había entrado alguien en casa.

Capítulo 14

Violet podía sentir la sangre latir con fuerza en las arterias de su cuello, con un ritmo intenso y rápido. Su primer instinto fue retroceder, salir sigilosamente y llamar a Matthew, pero una furiosa indignación la mantuvo en su sitio. Greengage Cottage era su refugio seguro: la idea de que hubiera un intruso en su preciosa casa no solo era impensable, sino que la enfurecía. Reprimiendo sus miedos internos, enderezó la espalda y avanzó hacia el salón.

Era cierto que lo que había sucedido en Maple Grange la había asustado, pero lo que no estaba dispuesta a hacer era acobardarse en la cocina y dejar que esa misma sensación de ansiedad se apoderara de su vida en casa. No iba a dejar que su imaginación se desbordara ni que el miedo la dominara. Seguro que había una explicación sencilla. Quizá se había olvidado de apagar una luz antes de irse a trabajar esa mañana.

Sin embargo, ¿qué pasaba con la puerta? Estaba segura de haberla cerrado. ¿Era Rusty la responsable? ¿Había aprendido la gata a saltar al pomo de la puerta para acceder a su sillón favorito del salón?

Por precaución, Violet se detuvo, se quitó los zapatos y cogió el rodillo que estaba dentro del tarro de utensilios de la encimera. Sosteniéndolo en alto, abrió la puerta del salón y observó la escena.

La lámpara de mesa del rincón proyectaba una luz tenue y sombras sobre la alfombra. Al otro lado de la habitación, una figura inmóvil yacía tendida en el sofá.

Exhalando el aire que había estado conteniendo, Violet bajó el rodillo, caminó de puntillas por la alfombra y se asomó para ver a su inesperada, pero muy bienvenida, visitante.

Era su hija, Amelia.

Sonriendo, Violet dejó el rodillo y cogió la manta del sillón que estaba junto a la ventana. Con delicadeza, se la colocó sobre los hombros a su hija.

Amelia abrió los ojos de golpe y se incorporó de un salto.

—¡Dios mío, mamá! Casi me da un infarto. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué andas a escondidas?

Violet se rio entre dientes.

—Hola a ti también, cariño —respondió, mientras encendía la luz principal—. Lo siento, pensaba que estabas dormida. No quería despertarte.

—Solo estaba descansando los ojos. Eso es todo. —Amelia levantó los brazos y los estiró por encima de la cabeza—. Llegas tarde. Te esperaba desde hace rato.

—Bueno, ahí me ganas —dijo Violet, mostrándole a Amelia el rodillo que había soltado—. Pensé que eras un ladrón.

—¿Un ladrón? —Amelia frunció el ceño, aunque no del todo—. Me diste una llave, ¿recuerdas? Me dijiste que era bienvenida en cualquier momento.

Cuando se mudó a Greengage Cottage la primavera anterior, Violet había mandado hacer unas llaves de repuesto, pero había olvidado que le había dado un juego a Amelia cuando esta la visitó en verano.

—Bienvenida —dijo Violet—. Me alegro mucho de verte. Me sorprende que no me llamaras para avisarme de que te ibas a pasar. ¿Has venido en tren? ¿A qué hora has llegado?

Amelia apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y gimió suavemente.

—Mamá, por favor, ¿a qué vienen tantas preguntas? Cogí un tren a primera hora de la tarde a Derby y luego hice transbordo a Matlock. Desde allí cogí un taxi.

—Deberías haberme enviado un mensaje. Podría haber ido a recogerte a la estación.

Amelia se encogió de hombros.

—No quería molestarte. Sé lo ocupada que has estado últimamente.

—Nunca estoy demasiado ocupada para ti.

Violet se sentó en el sofá y abrazó a su hija. Amelia se aferró a ella con fuerza durante un momento, antes de separarse rápidamente del abrazo. De cerca, Violet pudo ver lo pálida que

estaba y, por sus ojos hinchados y enrojecidos, entendió que había estado llorando.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Se podría decir que sí —respondió Amelia, con un tono de voz completamente desdichado.

—¿Quieres contármelo? ¿O prefieres que encienda la estufa de leña y prepare una taza de té primero?

—Preferiría chocolate caliente, si tienes, pero, si no, un té también me vale.

—Siempre tengo chocolate caliente para emergencias, ya lo sabes —dijo Violet guiñándole un ojo—. Mientras preparo un par de tazas, puedes hacer algo útil y encender la chimenea, y luego, jovencita, me cuentas por qué estás aquí.

—Greg y yo hemos roto —dijo Amelia, agarrando la taza de chocolate caliente como si su vida dependiera de ello—. Me ha dejado.

Violet sintió una oleada de indignación en nombre de Amelia, y también un ligero alivio. Para tratarse de una crisis, la cosa podría haber sido mucho peor. Amelia y Greg habían estado saliendo de forma intermitente durante unos tres meses; sin embargo, hasta donde Violet sabía, su relación nunca había llegado a ser nada serio. Violet solo había visto a Greg una vez, brevemente, en Navidad, cuando se quedó con Amelia en Londres. Le había parecido bastante falso y superficial, pero, como habían conversado menos de cinco minutos, probablemente fuera una valoración injusta.

—Lo siento mucho —dijo, pasando un brazo reconfortante por los hombros de su hija.

—Puedes quedarte con tu fingida compasión. —Amelia se apartó, fuera del alcance de Violet—. Sé que no te caía bien Greg, así que no sirve de nada disimular.

—Solo lo vi una vez. Nunca dije que no me cayera bien.

—No hacía falta, mamá. Tu cara siempre te delata.

Sabiendo que era inútil discutir, Violet se encogió de hombros.

—Lo que yo pensara de Greg es irrelevante. Estaba claro que a ti te gustaba, y eso es lo único que importa.

Amelia frunció ligeramente el ceño.

—A veces podía ser un poco pesado, pero, a pesar de lo que puedas pensar, era muy divertido y yo disfrutaba pasando tiempo con él.

—Sé que lo disfrutabas, y por eso te duele. Las rupturas nunca son fáciles.

Amelia suspiró suavemente.

—En realidad, no me duele tanto. Greg era agradable…, fuimos juntos a algunos sitios interesantes, pero no me hacía ilusiones. Nunca iba a ser algo duradero.

Violet reconoció una historia que le resultaba muy familiar. En los últimos dos años, Amelia había tenido una serie de novios sin compromiso, a los que había dejado después de unas semanas o que la habían dejado a ella. Si el historial sentimental de Amelia servía de referencia, Violet sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que su hija se recuperara y pusiera sus ojos en otra persona.

—Si realmente no te importa Greg, ¿por qué pones esa cara triste? —preguntó Violet—. ¿Ha pasado algo más?

Los ojos de Amelia se llenaron de lágrimas de nuevo y respiró hondo.

—Me han despedido —dijo, con las lágrimas cayéndole por las mejillas y empapando el cojín al que se aferraba—. Mi jefa me ha llamado a su despacho esta mañana. Mi contrato de un año está a punto de terminar y me ha dicho que no me lo van a renovar.

Esta vez, Amelia se dejó abrazar por Violet.

—¡Qué mierda! —se quejó Violet, adoptando una de las expresiones que su hija usaba con frecuencia—. ¿Qué ha pasado? Creía que tu jefa estaba impresionada con tu trabajo. Dijo que lo estabas haciendo muy bien.

—Lo estaba haciendo bien… Es la empresa la que está pasando apuros. —Amelia sorbió por la nariz—. Tienen que recortar gastos, así que están despidiendo a los que tenemos contratos temporales. Supongo que así es más fácil: de esa manera, no tienen que pagar indemnizaciones por despido. Me pagarán hasta que termine mi

contrato, pero me han dicho que puedo irme ya para empezar a buscar otro trabajo.

Violet se enfureció por dentro ante la naturaleza voluble del empleo temporal.

—Vaya, lo siento, cariño, pero intenta no desanimarte. Es solo un contratiempo, nada más. Eres una joven inteligente y con talento. Pronto encontrarás otra cosa.

Amelia se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas y las manos sosteniendo la cabeza.

—El caso es que… no estoy segura de querer otro trabajo en finanzas. La paga es buena, pero el trabajo puede ser aburrido hasta la extenuación. Creo que me gustaría hacer algo completamente diferente…, algo más creativo.

Violet se mordió el interior de la mejilla, preguntándose adónde iba a parar esta conversación.

—Tu título es en negocios y finanzas, cariño. No estoy segura de cuánto margen ofrece eso para la creatividad. ¿En qué tipo de cosas estabas pensando? ¿En un trabajo de *marketing*?

—No. —Amelia rechazó esa opción con un breve movimiento de cabeza—. Tendría que competir con candidatos con un título de *marketing*. Creo que es mejor que me aleje por completo del mundo empresarial. Pensé que podría conseguir un trabajo en un museo, o tal vez en una galería de arte privada. En algún lugar en el que no tuviera que estar sentada todo el día frente a un escritorio.

—Para usar tu propio argumento en tu contra, ¿no competirías con graduados en Bellas Artes o Historia del Arte por ese tipo de trabajos?

Amelia entrecerró los ojos y puso morros.

Violet se llevó una mano al abdomen y apretó contra la sensación de inquietud que se agitaba en sus entrañas. Amaba a su hija con todo su corazón, pero era la primera en reconocer que Amelia a veces carecía de perseverancia. En su adolescencia, había sido como una mariposa, revoloteando de una idea a otra, persiguiendo cualquier capricho o fantasía que le llamara la atención. Francamente, había sido un milagro que hubiera conseguido

terminar tres años completos de universidad sin cambiar de carrera al menos dos veces.

—Sin duda tienes talento para el dibujo y el boceto —reconoció Violet—, pero siempre dijiste que no querías hacer la carrera de Bellas Artes.

Amelia apartó el cojín y se cruzó de brazos.

—No empieces, mamá.

—¿Cómo que «no empieces»? ¿Empezar qué?

—A darme la lata. Puedo oír la desaprobación en tu voz. Crees que estoy siendo caprichosa.

Violet pensaba que «caprichosa» describía perfectamente el comportamiento de Amelia, pero fue lo bastante sensata como para no decirlo.

—Solo te estoy recordando lo decidida que estabas a estudiar la carrera de empresariales y finanzas. Dijiste que te garantizaría un trabajo bien remunerado.

—Sí, pero ahora soy mayor que en aquel entonces y lo suficientemente inteligente como para saber que nada está garantizado. De todos modos, hay cosas más importantes en la vida que el dinero.

—Eso es muy cierto —dijo Violet, adoptando un tono neutro para ocultar sus recelos—. Y no hay nada intrínsecamente malo en querer cambiar de profesión. Desde luego, tienes una vena artística, así que tal vez sea hora de que le saques partido. Tienes décadas de vida laboral por delante. Me gustaría pensar que podrías pasar ese tiempo haciendo un trabajo que te haga feliz.

—¿Pero? —dijo Amelia—. Siento que viene un «pero».

Violet dudó antes de continuar, a sabiendas de que lo que estaba a punto de decir no sería bien recibido.

—Creo que deberías tomarte un tiempo para pensarlo bien. No tomes decisiones precipitadas ni te lances a algo de lo que luego te puedas arrepentir. Si realmente quieres cambiar de carrera, necesitarás un plan adecuado y bien pensado.

Amelia suspiró.

—En teoría es una buena idea, mamá, pero la verdad es que no puedo permitirme esperar. Necesito encontrar otro trabajo para

poder pagar el alquiler. Aunque me duela decirlo, probablemente acabaré teniendo que aceptar otro aburrido trabajo de finanzas.

—¿De forma temporal, quieres decir?

—Eso es lo que me diré a mí misma —respondió Amelia—. Pero todos sabemos cómo acaban estas cosas. Unas pocas semanas se convertirán en unos cuantos meses, y luego en unos pocos años, y me encontraré atrapada en el mismo trabajo aburrido. Eso es lo que pasa, ¿no? Empezamos con un montón de ideas y sueños increíbles y acabamos siendo absorbidos por el sistema, ganándonos la vida haciendo algo que no nos gusta, solo para tener un techo sobre nuestra cabeza y comida en la mesa. Y, cuanto más tiempo pasas en el sistema, más difícil es salir.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan descreída? —dijo Violet, consternada por que Amelia ya se hubiera desilusionado tan pronto en su carrera.

—Vale…, dime que me equivoco.

Después de haber pasado muchos años atrapada en el mundo empresarial, Violet no estaba dispuesta a decirlo.

—No voy a contradecirte, pero las cosas no son tan malas como las pintas. Mírame a mí. Al final salí de ello. Hice grandes cambios cuando vine a Merrywell y monté The Memory Box.

Amelia se encogió de hombros.

—Sí, me alegro por ti, mamá, pero no quiero tener que esperar hasta tener tu edad para conseguir por fin un trabajo que me guste.

A pesar de que Violet acababa de cumplir tan solo cuarenta y siete años, el comentario de Amelia la hizo sentir muy mayor al instante.

—Por eso necesitas establecer una meta clara y algunos objetivos —dijo Violet, tratando de no enfadarse—. ¿Por qué no nos sentamos tú y yo durante los próximos días y barajamos algunas ideas? Podemos explorar tus opciones creativas y empresariales, y elaborar un plan de acción para tu gran cambio profesional.

Amelia sonrió.

—Sé que tus intenciones son buenas, pero lo que acabas de decir demuestra que tengo razón. ¿No lo ves? Tengo veintitrés años: soy demasiado joven para preocuparme por objetivos y metas. La verdad es que aún no sé cuál es mi meta. Si trazara un plan de

carrera profesional para los próximos cuarenta y cinco años, me volvería loca.

Violet asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo, aceptando que no iba a ganar la discusión—. Es tu vida. No obstante, si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, pero he decidido que a partir de ahora voy a intentar ser más espontánea y dejarme llevar. Planificar es cosa de empollones.

—En ese caso, supongo que no tiene sentido preguntarte cuánto tiempo piensas quedarte en Merrywell.

—Eso sí te lo puedo decir —respondió Amelia—. Estaré aquí unos días. Una semana, como mucho.

—No hay problema —dijo Violet—. Quédate más tiempo si quieres. Tú decides.

—Gracias, mamá. Te lo agradezco.

—Matthew vendrá dentro de un rato. Esta noche cenaremos en el White Hart. ¿Te apetece venir con nosotros? Sería una oportunidad para que lo conocieras mejor.

—Me encantaría —dijo Amelia—. De verdad, me encantaría…, pero esta noche no. Después del día que he tenido, no estoy de humor para socializar.

Violet sintió un nudo de preocupación en el estómago.

—Podemos cancelar la reserva y quedarnos en casa…, y pedir comida para llevar.

—No tengo tanta hambre —respondió Amelia—. En serio, mamá, no cambies tus planes por mí. Ve al *pub* con Matthew. Diviértete. Yo estaré bien aquí.

—¿Seguro que no te puedo hacer cambiar de opinión? No me gusta dejarte sola.

—No soy un bebé —dijo Amelia, recuperando el color en las mejillas mientras esbozaba una sonrisa poco entusiasta—. Estaré bien. Puede que no tenga novio ni trabajo, pero soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Capítulo 15

—¿Crees que conseguirá otro trabajo en Londres? —preguntó Matthew, después de que Violet le explicara las razones de la aparición por sorpresa de Amelia en Merrywell.

Estaban sentados junto a una chimenea encendida en el White Hart, después de haberse zampado una comida de dos platos preparada por la dueña, Cathy Gee, que incluía una generosa porción de su pudin de caramelo pegajoso con natillas, muy calórico.

—Eso espero —respondió Violet—. Es donde creció; es a lo que está acostumbrada.

—¿Crees que se mudaría aquí? —preguntó Matthew—. ¿A las Midlands?

Violet consideró la idea por un momento antes de responder.

—Sin duda le gusta la zona y disfruta visitándola, pero no estoy segura de que quiera vivir aquí. Es una chica de ciudad.

—Tú también lo eras, antes —dijo Matthew—. Pero te has adaptado a la vida en el pueblo como pez en el agua.

—Yo estaba preparada para un cambio. No estoy segura de que a Amelia le gustara vivir en el campo.

—Bueno, si lo que busca es la vida de ciudad, hay muchas opciones no muy lejos. Mánchester. Sheffield. Derby. Nottingham.

Violet pensó en las posibilidades y se preguntó si a Amelia le vendría bien alejarse de la capital.

—Estaría bien que viviera más cerca de Merrywell —dijo—. Pero, si se lo sugiriera, se opondría rotundamente.

Matthew dio un trago a su cerveza y sonrió.

—Ser padre nunca es fácil, ¿verdad? —observó—. Te preocupas por ellos cuando son bebés, te vuelven loco cuando son adolescentes y te angustias mientras están en la universidad. Y luego, por fin, respiras aliviado cuando se gradúan y empiezan a trabajar, pero en realidad la intranquilidad nunca desaparece, ni siquiera cuando ya son adultos.

—Para mí ha sido peor desde que me vine a vivir a Merrywell y dejé a Amelia en Londres —dijo Violet—. Me llama tres o cuatro veces a la semana, pero no es lo mismo que verla cara a cara, que es la única forma en que puedo estar segura de que está bien. La distancia entre nosotras definitivamente aumenta la ansiedad.

—Supongo que en ese sentido tengo suerte —dijo Matthew—. Rhys volvió a casa nada más terminar la universidad, así que al menos he podido vigilarlo, aunque eso tiene sus pros y sus contras. Ha habido momentos en los que estaba desesperado por que abandonara el nido y se valiera por sí mismo; sin embargo, ahora que eso está a punto de suceder, las preocupaciones vuelven a atormentarme.

—Es comprensible. Se va de viaje, y eso trae consigo toda una serie de desasosiegos nuevos…, pero Rhys es un chico sensato. Estará bien.

Matthew esbozó una sonrisa de inquietud.

—Eso espero.

Violet asintió con la cabeza para tranquilizarlo.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿O pedimos un par de cafés irlandeses especiales de Cathy?

—Suena bien, pero ¿crees que podría prepararme uno descafeinado? Son casi las nueve. El café siempre me desvela si lo tomo a estas horas de la noche.

—Tienes razón. Probablemente yo debería hacer lo mismo. Se lo preguntaré.

—No pasa nada. Iré yo a hablar con ella —respondió Matthew—. Tú sigue sentada y relájate.

Él se abrió paso hacia la barra, y Violet se giró y se quedó mirando el fuego. Mientras observaba las llamas saltarinas, se preguntó cómo estaría Maureen, y seguía sumida en sus pensamientos cuando Matthew regresó unos minutos más tarde.

—Estabas muy distraída —dijo, y colocó una bandeja con dos cafés irlandeses sobre la mesa—. Y parecías preocupada. ¿Te pasa algo?

Violet había evitado contarle lo de Maureen, en parte, porque la inesperada llegada de Amelia había acaparado la conversación, pero

también porque no quería estropear la velada sacando a relucir otro crimen más en su supuesta comunidad pacífica. Sin embargo, ahora que Matthew le había preguntado, Violet decidió contárselo todo.

Mientras se tomaban el café, le explicó lo que le había pasado a Maureen, le contó lo esencial de las sospechas de Phyllis durante sus últimas semanas y le dio una visión general de su propia conversación con Ian Coghill.

—¡Vaya! Sin duda has tenido un día muy ajetreado —señaló Matthew, con un tono más que inquieto—. Qué pesadilla. Me alegro de que Maureen esté bien.

—Yo también —dijo Violet—. No tengo ni idea de qué hay detrás de todo esto. Lo único que sé es que es horrible y muy angustiante.

—Te diré una cosa —dijo Matthew—. Nada de esto me convence para considerar Maple Grange como lugar de retiro. La situación con Maureen ya es bastante mala, pero, si alguien realmente asesinó a Phyllis Gibson, eso les da un giro aún más aterrador a las cosas. Esperemos que la policía descubra quién es el responsable.

—En lo que respecta al atentado contra la vida de Maureen, definitivamente están investigando el caso, pero no estoy segura de hasta qué punto estarán dispuestos a indagar las circunstancias que rodearon la muerte de Phyllis.

Matthew le cogió la mano derecha.

—¿Sabes, Violet?, una de las cosas que más me gustan de ti es que te preocupas por la gente.

—¿Pero…? —dijo ella.

Matthew le apretó los dedos y sonrió.

—No es una crítica…

—¿Pero…?

Él guardó silencio un momento y la miró fijamente a los ojos.

—Tienes tendencia a involucrarte en asuntos que no te incumben. Te ves arrastrada a situaciones y acabas sintiéndote obligada a ayudar a todo el mundo. Es un rasgo que te ha metido en problemas más de una vez.

—Yo no busco problemas, Matthew.

—Quizá no conscientemente —dijo él—, pero los problemas siempre te encuentran a ti. La situación con Maureen da miedo.

Quienquiera que la empujara desde el balcón es cruel, desagradable y despiadado. No me gusta pensar que te interpones en el camino de alguien así, o que te pones en peligro.

—¿Ni siquiera para ayudar a una amiga?

Matthew suspiró.

—¿Eso es lo que es Maureen? ¿Una amiga? ¿De verdad? ¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? ¿Cuántas veces os habéis visto en realidad?

Violet sintió un nudo en el estómago. Matthew tenía razón. Apenas conocía a Maureen. Se habían visto brevemente en otoño para el proyecto nostálgico y dos o tres veces más desde entonces. Le dolía admitirlo, pero Matthew tenía razón: el bienestar de Maureen no era responsabilidad suya.

—¿Por qué sientes esa necesidad tan imperiosa de involucrarte en todo esto? —preguntó Matthew.

Violet pensó detenidamente su respuesta.

—Porque Maureen me lo pidió —dijo—. Y, cuando alguien me pide ayuda, me cuesta decir que no.

Matthew se recostó en su asiento, frunciendo el ceño.

—No puedes luchar las batallas de todos por ellos, Violet. A veces hay que alejarse.

—Lo sé —respondió ella—. Aun así, esta no es una de esas ocasiones. Lo siento, pero no puedo abandonar a Maureen en un momento tan difícil. Estoy segura de que la policía hará todo lo posible por ella; no obstante, si vuelve a pedirme ayuda, no se la voy a negar.

Capítulo 16

Salieron del White Hart a las diez en punto y dieron un paseo por el pueblo, con los dedos enguantados entrelazados. Amelia seguía despierta, evidentemente, porque todas las luces de la planta baja de Greengage Cottage estaban encendidas.

Cuando Violet introdujo la llave en la cerradura de la puerta principal, oyó voces y risas. «Debe de ser la televisión», pensó. No podía ser Amelia, pues estaba muy desanimada, rayando en la tristeza, cuando Violet había salido para ir a ver a Matthew en el *pub*.

A la vez que se quitaba el abrigo y lo colgaba en el pasillo, Violet echó un vistazo al salón a través de la puerta entreabierta. Amelia estaba sentada junto a la ventana, con sus largas piernas colgando del brazo del sillón y la cabeza echada hacia atrás. Se reía y sus ojos brillaban con una alegría incontenible. ¿Qué la hacía reír así? No se oía el sonido de la televisión, así que no estaba viendo su serie cómica favorita.

La fuente de diversión se desveló cuando Violet abrió la puerta del salón. Rhys estaba sentado en el sofá, al otro lado de la habitación, con las manos detrás de la cabeza.

—Hola, hijo —dijo Matthew, que había seguido a Violet al salón—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, papá. —Rhys se enderezó—. He venido a buscarte. Pensé que estarías aquí.

—Hemos estado en el *pub*.

—Sí, lo sé. Amelia me lo ha comentado. Me ha dicho que podía esperarte aquí.

Amelia había conocido a Matthew en verano, cuando visitó Merrywell, pero Rhys estaba fuera en aquel momento, así que era la primera vez que él y Amelia se veían. Obviamente, se habían presentado y ya parecían llevarse bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Matthew—. ¿Va todo bien?

—Sí… sí. —Rhys se pasó la mano por el pelo—. He venido para ver si habías comido o no. Eran las nueve cuando volví de Mánchester y me moría de hambre.

—Podías haberme enviado un mensaje.

—Sí…, lo siento. Se me ha quedado el móvil sin batería. Amelia me lo está cargando.

Matthew asintió con la cabeza comprendiendo.

—Hemos comido algo en el *pub*. ¿Supongo que todavía tendrás hambre? ¿Esperabas que pidiera comida para llevar?

—No necesariamente —dijo Rhys, tratando de parecer indiferente —. No soy un pajarito al que haya que alimentar, ¿sabes?

Matthew se rio.

—No, eres más bien como un alcatraz adulto.

Rhys sonrió.

—Solo quería saber cómo estabas, eso es todo. Luego Amelia y yo nos pusimos a charlar y perdí la noción del tiempo.

—Bueno, me alegro de que hayáis tenido la oportunidad de conoceros —dijo Violet—. Entiendo que aún no habrás cenado, ¿no, Rhys?

—No, pero no pasa nada. Comeré algo cuando llegue a casa.

—Puedo prepararte un sándwich —se ofreció Violet—. O hay una *pizza* en el congelador que puedo calentar.

Al mencionar la *pizza*, los ojos de Rhys se iluminaron, al igual que los de Amelia. Era evidente que a esta le había vuelto el apetito.

—No tienes por qué hacerlo, Violet —dijo Matthew—. Has tenido un día muy largo. No deberías ponerte a cocinar a estas horas de la noche.

—Calentar una *pizza* no es cocinar —respondió ella.

—Aun así, Rhys puede irse a casa y prepararse algo él mismo. Nos vamos… y os dejamos a ti y a Amelia en paz.

—De acuerdo —dijo Violet—. Si estás seguro.

—Lo estamos, pero gracias de todos modos. Vamos, Rhys. Vámonos a casa.

—Solo tengo que coger mi teléfono.

—Yo te lo traigo —dijo Amelia.

Corrió a la cocina, donde guardaban el cargador del teléfono, y regresó unos segundos después con un iPhone en la mano.

—Aquí lo tienes. —Y se lo entregó—. Ya se ha cargado hasta el ochenta y cuatro por ciento.

—Gracias, Amelia —dijo Rhys—. Te debo una.

Violet acompañó a sus visitantes al vestíbulo y se despidió de ellos desde la puerta. Mientras se alejaban por el camino, Amelia apareció detrás de ella, estirándose y bostezando.

—Me voy arriba —dijo, y saludó con la mano a la vez que se dirigía al pie de la escalera—. Buenas noches, mamá. Nos vemos por la mañana.

—Buenas noches, cariño.

Cuando llegó al segundo escalón, Amelia se detuvo y se dio la vuelta.

—Rhys parece majo.

Violet sonrió.

—Lo es —confirmó—. De tal palo, tal astilla.

Capítulo 17

La siguiente petición de ayuda de Maureen llegó por mensaje de texto al día siguiente.

> Violet, por favor, llámame si puedes. Anoche me puse en contacto con Shirley y he quedado en ir a verla. Quiero hablar con ella sobre Phyllis y averiguar si ha hablado con William Horner sobre la opción de su apartamento. Iría sola, pero no puedo conducir con esta maldita escayola del tobillo (y el taller se lleva mi coche a reparar esta tarde). ¿Podrías llevarme? No me gusta molestarte, pero no quiero involucrar a nadie más (¡otra persona no dejaría de hacerme preguntas!). Cruzo los dedos para que puedas ayudarme. Llámame. Besos.

Violet estaba sentada a la mesa de madera fregada de su cocina cuando leyó el mensaje. Pensó en la advertencia de Matthew de no involucrarse. Tenía razón: necesitaba aprender a decir que no… y lo haría. Pero no hoy. Phyllis había pasado los últimos días de su vida atemorizada, y Violet estaba decidida a que Maureen no corriera la misma suerte.

Marcó el número de Maureen, con el estómago inquieto mientras esperaba a que contestara la llamada.

—Violet. Gracias por llamarme. —La voz de Maureen era suave y compungida—. Siento molestarte con esto, y entenderé si dices que no. Eres una mujer ocupada, lo sé. No puedo esperar que lo dejes todo solo para ayudarme.

—Lo haré si puedo —respondió Violet—. Todo depende de cuándo hayas quedado con Shirley. La semana que viene estoy bastante ocupada. Tengo varias citas que no puedo cancelar.

—Está bien entonces —dijo Maureen—. No creía que estuvieras disponible entre semana, así que le dije a Shirley que la visitaría mañana por la mañana. ¿Cómo lo ves?

A Violet no le hizo gracia. Para ella, los sábados y domingos eran sagrados. A menos que fuera absolutamente inevitable, no aceptaba proyectos que le obligaran a trabajar los fines de semana. Las

mañanas de los domingos solían estar reservadas para las tareas domésticas o la compra semanal. Una vez terminadas esas tareas, intentaba sacar unas horas para descansar, algo que necesitaba mucho. Sin embargo, se recordó a sí misma que una excursión a Chesterfield con Maureen no era trabajo. Era un favor. A una amiga.

—Si no te importa que pasemos por el supermercado a la vuelta —dijo Violet—. Normalmente hago la compra los domingos.

—Por supuesto —contestó Maureen, con tono de alivio y gratitud —. Quizá incluso compre unas cosas para mí cuando estemos allí, aunque Jodie vendrá pronto con algunos productos básicos, así que quizá no sea necesario. En fin…, gracias, Violet. Te lo agradezco. ¿A qué hora puedes recogerme?

—¿Qué te parece a las diez? Acercaré mi coche a la entrada de tu edificio y te recogeré allí.

—Perfecto. Cogeré el ascensor para bajar y te esperaré en la entrada del bloque. Por cierto, te daré algo de dinero para la gasolina.

—No hace falta —dijo Violet.

—Sí que la hace —respondió Maureen—. Estás dedicando tu tiempo y utilizando tu coche, así que es justo que yo cubra el coste de la gasolina.

—De verdad…, no hace falta.

—Insisto —dijo Maureen—. No hablemos más del tema. Nos vemos mañana. Estoy deseando presentarte a Shirley. Creo que te caerá bien.

—¿Cómo reaccionó cuando le contaste lo de tu caída? —preguntó Violet.

Ahí estaba, haciéndolo otra vez: refiriéndose al ataque a Maureen como su «caída», principalmente porque sonaba mucho menos aterrador que «intento de asesinato».

—No se lo he contado —dijo Maureen—. Va a ser un verdadero *shock* para ella, así que pensé que era mejor darle la noticia cara a cara. Shirley se preocupa mucho. No quiero que se inquiete de forma innecesaria.

—Eres su amiga —dijo Violet—. Se preocupará de todos modos, aunque se lo digas en persona.

—Es cierto, pero, al menos, si estoy con ella, podré ofrecerle consuelo y tranquilidad.

—¿Has sabido algo más de la policía? —preguntó Violet—. ¿Han venido a tomarte el resto de la declaración?

Maureen suspiró.

—Sí, un par de agentes vinieron a verme ayer por la tarde. Fueron muy amables y pacientes y escucharon todo lo que tenía que decir, pero, en lo que respecta a Phyllis, me comentaron que no podían hacer gran cosa. Dijeron…, y cito textualmente: «No hay motivos razonables para una investigación; no hay pruebas de delito alguno». Phyllis nunca le contó a la policía sus sospechas, así que, por lo que a ellos respecta, murió de muerte natural. El agente creyó que la única forma de demostrar lo contrario sería exhumar el cuerpo de Phyllis y realizar una autopsia.

Violet hizo una mueca.

—¿Una exhumación? No creo que nadie quiera eso.

—No te preocupes, no va a suceder. Dijeron que necesitarían el permiso de un montón de personas: del ayuntamiento, de la iglesia y de los familiares más cercanos de Phyllis. Sin pruebas convincentes de que muriera en circunstancias sospechosas, es poco probable que obtengan la autorización para una cosa así.

—Tal vez sea mejor así —dijo Violet—. Sería un procedimiento desagradable y probablemente innecesario. Y, a pesar de todas sus sospechas, no creo que a Phyllis le hiciera gracia que se perturbara su descanso eterno.

En el fregadero de la cocina, Amelia levantó una ceja interrogativa. Había entrado en mitad de la conversación telefónica y ahora escuchaba con avidez.

—En realidad… —dijo Maureen, con un inesperado, e incluso inapropiado, tono de diversión al otro lado del teléfono—, quizá a Phyllis le parecería un puntazo. Yo la llamaba «la chica de la remontada» porque, sin importar lo que le pasara en la vida, Phyllis siempre se recuperaba. Estamos hablando de la mujer que se casó con su segundo marido solo dos semanas después de divorciarse del primero. Eso tiene que ser algún tipo de récord, ¿no crees?

Violet sonrió.

—Sin duda sucedió muy rápido —dijo—. No sabía que Phyllis se había casado más de una vez. Sabía que era viuda y me había contado que había tenido un matrimonio largo y feliz, pero nunca me dijo nada de su anterior marido.

—Fue hace mucho tiempo —explicó Maureen—. Eran jóvenes, y el primer marido era muy inmaduro. La engañó más de una vez.

—Vaya —dijo Violet—. Quizá por eso no hablaba de él.

—Puede ser —dijo Maureen—. Él le rompió el corazón a Phyllis en su día. Al principio eran bastante felices y él era muy guapo, pero, cuando empezó a trabajar fuera y a viajar por todo el país, se convirtió en un mujeriego, y Phyllis no estaba dispuesta a tolerar ese tipo de tonterías. Ella estaba dolida, pero también furiosa, así que lo echó de casa y se divorció tan pronto como pudo. Entretanto, conoció a su segundo marido, que era adorable. Se casaron y fueron más felices que unas castañuelas.

—Lo que demuestra que algunas cosas suceden por una razón —dijo Violet.

—Tienes razón. Así es. Y hay que reconocerle a Phyllis que nunca le guardó rencor a su ex, lo cual es muy loable, teniendo en cuenta lo que pasó hace un par de años.

—¿A qué te refieres?

Maureen se rio entre dientes.

—Me refiero a enero de hace dos años, cuando el exmarido de Phyllis se mudó a Maple Grange. Ella se quedó patidifusa y no le hizo ninguna gracia. Me pregunté si la residencia de jubilados sería lo suficientemente grande para los dos, pero, al final, aprendieron a tener un trato cordial. Incluso volvieron a ser amigos.

—¿Estás diciendo que el exmarido de Phyllis vive en Maple Grange? —Violet cerró la boca, pues se dio cuenta de que la tenía abierta.

—Sí —respondió Maureen—. Perdona…, ¿no te lo había dicho? El primer marido de Phyllis fue Keith. Keith Ludworth.

Capítulo 18

—Sé que solo he oído lo que tú decías, y no a la otra persona, pero me ha parecido una conversación muy rara —dijo Amelia cuando Violet terminó la llamada.

—Lo ha sido, sí —convino ella, mientras asimilaba la noticia de que Keith Ludworth había estado casado con Phyllis—. Prepárame una taza de té y te lo cuento.

Violet y Amelia pasaron los siguientes treinta minutos hablando de Maureen y Phyllis y del misterio que se estaba desarrollando en Maple Grange.

—Si me preguntas, deberías mantenerte al margen —dijo Amelia —. Aunque me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo. Cada vez que hay un misterio que resolver en Merrywell, siempre pareces estar en el meollo del asunto.

—No estoy «en el meollo» de nada —se explicó Violet—. Es cierto que mañana llevaré a Maureen a ver a su amiga, pero solo porque quiero ser útil.

Amelia sonrió.

—Si tú lo dices…

—Bueno, basta ya de hablar de mí —dijo Violet, para desviar la atención de sí misma—. Ya te he contado mis planes para el fin de semana. ¿Qué vas a hacer tú?

Amelia se encogió de hombros.

—Probablemente salga esta tarde.

—¿A algún sitio bonito? ¿Vas sola? ¿Volverás a tiempo para cenar?

Amelia frunció el ceño.

—¿Qué es esto? ¿El *twenty questions*?[6]

A Violet le dolió la brusquedad de su hija.

—Han sido tres preguntas, no veinte —dijo—. ¿Vas a responder a alguna de ellas?

Amelia llevó las tazas vacías al fregadero de la cocina y se quedó mirando por la ventana.

—La respuesta es la misma para las tres: «no lo sé». Solo necesito un poco de tiempo para mí, mamá…, un poco de espacio. Te enviaré un mensaje si veo que no voy a llegar a tiempo para cenar.

Después de lavar las tazas y colocarlas bocabajo en el escurridor, Amelia se dio la vuelta y salió de la cocina, dejando a Violet con la sensación de haber sido rechazada.

Violet se frotó los brazos, pues le recorrían escalofríos. No estaba acostumbrada a que Amelia estuviera tan taciturna y poco comunicativa. Es cierto que había tenido que asimilar muchas cosas en los últimos días —perder su trabajo y a su novio en la misma semana era mucho que digerir—, pero eso no era excusa para ser grosera. Amelia solía ser una persona cálida y cariñosa, no fría, distante y descortés. Violet encontró este cambio inesperado de humor desconcertante y doloroso.

Tras despedirse brevemente y decirle a su madre que al final no cenaría en casa, Amelia se marchó a mediodía. Violet estaba pasando el aspirador por las escaleras en ese momento. Al haber sido rechazada anteriormente, no se molestó en hacer más preguntas. Si lo que Amelia quería era espacio, eso era lo que le daría.

Una vez que terminó de pasar el aspirador y de guardarlo en el escobero de debajo de las escaleras, Violet quitó las sábanas de las camas y llenó la lavadora. Cuando comenzó el primer ciclo de lavado, se puso un abrigo cálido y salió a dar un paseo rápido. Una ráfaga de aire frío pero vigorizante era justo lo que necesitaba. También le apetecía un trozo de su pan de nueces favorito, así que incluiría una visita a la panadería en su paseo. Allí, podría preguntarle a Fiona por Keith Ludworth. Ahora que sabía que era el exmarido de Phyllis, Violet no podía quitarse de la cabeza la sensación de que podría estar relacionado con lo que estaba pasando en Maple Grange. ¿Qué tipo de persona era? ¿Había algún

asunto pendiente entre Keith y Phyllis? ¿Habían resurgido viejos resentimientos durante su estancia juntos en Maple Grange?

Después de dar una vuelta completa por Merrywell, Violet terminó su paseo en el centro comercial. Cuando entró en Books, Bakes and Cakes, se sorprendió al encontrar la panadería vacía, sin clientes. Fiona estaba limpiando detrás del mostrador, con aspecto cansado pero decidido.

—Está muy tranquilo esto —observó Violet—. ¿Dónde se han ido todos tus clientes?

—Ahora está tranquilo, pero deberías haber venido hace diez minutos —dijo Fiona—. No he parado desde que abrí. En un momento dado, la cola llegaba hasta la calle.

—Entonces, ¿sigues sin tener suficiente personal?

Fiona se metió las manos en los bolsillos delanteros del delantal y asintió con la cabeza.

—Por suerte, parece que el ajetreo ha terminado por hoy, al menos, en la panadería. Voy a cerrar dentro de un momento para ir a echar una mano en la cafetería.

—Antes de que cierres, ¿puedo comprar un pan de nueces?

Fiona hizo una mueca.

—Lo siento; llegas demasiado tarde. Se han agotado. El lunes haré más, pero por ahora tendrás que conformarte con otra cosa. Me queda una barra de aceitunas y romero, si te vale.

Violet asintió con la cabeza.

—Me la llevo. De todos modos, esa habría sido mi segunda opción.

Fiona le guiñó un ojo.

—Ahora mismo te la traigo.

—Fi, sé que estás muy liada, pero ¿puedo hacerte una pregunta rápida sobre una persona? —Violet observó cómo Fiona envolvía el pan—. Una vez más, necesito recurrir a tus amplios conocimientos de la zona.

—Claro —dijo Fiona, mientras colocaba el pan sobre el mostrador —. Te ayudaré en lo que pueda; sin embargo, tú misma lo has dicho: mis conocimientos son amplios, pero no exhaustivos. No hay garantía de que conozca a la persona de la que quieres hablar.

—Yo diría que conoces a la mayoría de la gente del entorno de Merrywell, así que voy a arriesgarme. La persona que me interesa se llama Keith Ludworth. Vive en Maple Grange. Es mayor, alto, lleva gafas y tiene entradas.

Fiona asintió con la cabeza al oír el nombre.

—No lo conozco personalmente —respondió—, pero sé a quién te refieres. De hecho, es una especie de leyenda por aquí.

—¿En serio? ¿Una leyenda en el buen sentido, o en el malo?

—Más bien en el buen sentido —contestó Fiona—. Pero, por lo que me han contado, también tiene fama de ser un poco rebelde. Ya sabes: en el sentido de pícaro y encantador.

—En realidad, eso coincide con lo que ya he oído —dijo Violet.

—¿Por qué me preguntas por Keith Ludworth?

—He descubierto que hace mucho tiempo estuvo casado con Phyllis Gibson. Eso me ha hecho preguntarme por cosas que han estado sucediendo recientemente en Maple Grange… Te contaré más cuando no estés tan ocupada.

—Te tomaré la palabra —concordó Fiona—. En cuanto a Keith Ludworth, no hay mucho más que pueda contarte, aunque sé que en su juventud formó parte de un grupo pop que tuvo relativo éxito.

—Sí, eso he oído —dijo Violet.

—No creo que la banda fuera nunca nada del otro mundo, pero compusieron un par de canciones pegadizas que llegaron a entrar en las listas de éxitos. Por lo que sé, Keith es un tipo bastante agradable y muy conocido en el pueblo.

—Tengo entendido que era un mujeriego cuando era joven.

—No sé nada de eso —dijo Fiona—. Como músico, supongo que tendría muchas admiradoras, pero su fama debió de ser efímera. Según mi vecino, tras un breve momento de gloria, la banda desapareció de la escena musical a principios de los setenta, y Keith se recicló como fontanero en algún lugar del sur.

Violet se rio.

—Fontanero no tiene tanto caché como estrella de *rock*, ¿verdad?

—Quizá no, pero, personalmente, prefiero un fontanero manitas a una estrella de *rock* engreída. —Fiona se quitó el delantal y lo dobló con cuidado—. Según recuerdo, Keith volvió al condado de

Derbyshire hace un par de años…, pero, aparte de atenderle en la tienda de vez en cuando, nunca he tenido mucha relación con él. La verdad es que, Violet, probablemente tú sepas más sobre Keith que yo. ¿No era él uno de los que aparecían en la película nostálgica en la que trabajaste?

—Sí —respondió Violet.

—En ese caso, quizá deberías volver a escuchar la entrevista. Puede que descubras algo que se te escapó la primera vez.

A Violet le gustó bastante la idea de Fiona de volver a escuchar su entrevista con Keith Ludworth. Así que, en lugar de irse directamente a casa, cruzó el patio del centro comercial y entró en The Memory Box, donde se guardaban los archivos de sus proyectos anteriores en una serie de discos duros externos.

Era la entrevista completa con Keith lo que quería escuchar, en lugar de la versión editada. Violet sabía por experiencia que lo que los entrevistados decían entre pregunta y pregunta era a menudo lo más revelador. Quizá algo que Keith hubiera dicho arrojaría luz sobre los acontecimientos más recientes. No había mencionado a Phyllis durante la entrevista, de eso Violet estaba segura, pero quizá se le había escapado algo más que pudiera proporcionar una pista muy necesaria.

Violet localizó el archivo que contenía la película nostálgica, encontró la entrevista con Keith y la escuchó con sus auriculares.

Se había grabado en una luminosa mañana de octubre en un rincón tranquilo del salón para residentes de Maple Grange. Keith llevaba vaqueros descoloridos y una camisa blanca de algodón que había visto días mejores. En ese momento, a Violet le sorprendió un poco que no se hubiera esforzado más en su vestimenta, pero, en retrospectiva, se dio cuenta de que la ropa encajaba perfectamente con su imagen de estrella de *rock* entrada en años.

A pesar de llevar varias décadas viviendo lejos de Derbyshire, Keith no había perdido su acento. El archivo de vídeo de la entrevista completa duraba treinta y dos minutos y, durante los primeros veinte, Keith contó travesuras de su infancia. Las historias

que contaba eran las de un auténtico narrador. Habló de forma divertida del día en que lo pillaron robando manzanas; de la vez que a él y sus amigos los persiguió un toro cuando cruzaban un campo, de camino al colegio; y recordó el gélido enero de 1963, cuando la zona quedó aislada por los ventisqueros.

Hacia el final de la entrevista, mencionó que había sido músico en los años sesenta y dijo que había pasado mucho tiempo lejos de casa mientras estaba de gira con su grupo de música.

—He olvidado muchas cosas de lo que pasó entonces —dijo, mirando directamente a la cámara con un brillo pícaro en los ojos—. Ya sabes lo que dicen: «si recuerdas los años sesenta, es que no estuviste allí». Las pocas cosas que recuerdo no son precisamente adecuadas para el tipo de película que estamos haciendo hoy, así que mejor no digo nada.

»La banda se separó cuando estábamos trabajando en el sur, y decidí quedarme allí. Aprendí un oficio y empecé a llevar una vida más convencional. Tuve un apartamento en Hampshire durante un tiempo, y al final me instalé en Dorset. Era un lugar encantador, aunque no tan bonito como Derbyshire. —En ese momento, le sonrió a Violet y se tocó el lado de la nariz—. En cuanto me jubilé, sentí el deseo de volver aquí; sin embargo, no era el momento adecuado. Pasaron unos años antes de que por fin regresara a casa, pero al final lo conseguí. El día que me mudé a mi apartamento de Maple Grange fue un día feliz.

Violet escuchó su propia voz haciendo la pregunta obvia:

—¿Por qué esperaste tanto tiempo?

—Por circunstancias —respondió Keith—. Era cuestión de esperar a tener todas mis cosas en orden.

En ese momento, Violet decidió no ahondar en el comentario de Keith ni seguir con esa línea de preguntas. Había cosas más importantes que abordar, así que cambió de tema. Ahora, le gustaría haber indagado más para averiguar qué quiso decir exactamente Keith con lo de «esperar a tener todas sus cosas en orden». ¿Se refería a Phyllis, Maureen y Shirley? ¿Estaba preparándose para eliminarlas, una por una? Quizá era hora de ponerse en contacto con él de nuevo para averiguarlo.

Cuando terminó de escuchar la entrevista, Violet apagó el ordenador, cerró con llave y se fue a casa, a Greengage Cottage, donde pasó un par de horas relajada leyendo y viendo la televisión. Finalmente, el hambre la llevó a la cocina. Cortó una rebanada del pan fresco que había comprado antes, la untó con mantequilla y se la comió mientras sacaba los ingredientes para la cena de los armarios y de la nevera. Después de añadir pasta *penne* a una olla con agua hirviendo, preparó una salsa rápida con *passata*, una berenjena, champiñones, ajo y cebolla.

Cuando por fin se sentó a la mesa de la cocina para comer lo que había preparado, se dio cuenta de que no había sabido nada de Matthew en todo el día. Puso el altavoz de su teléfono y lo llamó.

—Hola —dijo él cuando respondió—. ¿Qué estás haciendo?

—Comiendo pasta para una.

—¿Amelia no está contigo?

—No —respondió Violet—. Al parecer, esta noche va a cenar fuera. No me preguntes dónde ni a qué hora volverá, porque no lo sé.

—No iba a preguntarlo. —Rio Matthew—. Tu hija ya es adulta. No es asunto nuestro lo que haga en su tiempo libre.

El tenedor de Violet se quedó suspendido en el aire y una cucharada de salsa cayó de nuevo en el plato.

—¿Es esa tu forma de decirme que me entrometo demasiado?

—No, en absoluto —respondió Matthew—. Solo creo que no deberías controlarla mientras esté en Merrywell. Dale un poco de espacio. Está pasando por muchas cosas en este momento y supongo que agradecerá tener algo de tiempo para sí misma. Amelia es adulta. Sus días de tener que darte cuenta a ti han terminado.

Violet clavó el tenedor en lo que quedaba de la pasta y apartó el plato.

—Gracias —dijo—. Me has hecho sentir como una auténtica controladora compulsiva.

—¡Violet! Esa no era mi intención.

—No, lo sé… —Al darse cuenta de que había exagerado, Violet cedió con un suspiro—. Es solo que estoy preocupada por ella, eso es todo. Espero que esté bien.

—Si no lo está, pronto te lo hará saber.

—¿Crees que podría haber salido con Rhys? —preguntó Violet, interesada en saber si Matthew se estaba preguntando lo mismo—. Cuando el otro día Rhys vino a Greengage Cottage sin duda la animó. ¿Podrían estar los dos en algún sitio? ¿Juntos?

—Es una posibilidad —respondió Matthew—. Él ha ido a Matlock esta tarde.

—¿Solo?

—No lo sé. No se lo he preguntado.

—Entonces, ¿Amelia podría haber ido con él?

Matthew se rio entre dientes.

—Sí, podría. Pero, si lo ha hecho, Rhys no necesariamente me lo habría dicho. ¿Importa? ¿Te molestaría que estuvieran juntos?

—No, claro que no, pero, si están saliendo, ¿por qué no han dicho nada?

Matthew suspiró.

—No son niños, Violet. Tienen derecho a su privacidad. De todos modos, ¿qué te hace pensar que «estén saliendo»? Puede que solo hayan ido a comer juntos, como amigos.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo Violet—. Esperemos que solo sea eso.

—¿Qué quieres decir con eso? —soltó Matthew—. Espero que no estés insinuando que mi hijo no es lo suficientemente bueno para salir con tu hija.

Era evidente que estaba bromeando, porque la risa suavizó sus palabras, pero, aun así, Violet percibió cierta tensión en la pregunta.

—No seas tonto. Sabes que me cae bien Rhys. Simplemente no quiero que Amelia se precipite a empezar otra relación.

—Eso no parece muy probable. Acaba de romper con el otro chico.

—No conoces a Amelia —dijo Violet—. Tiene la costumbre de pasar página rápidamente, y no creo que sea buena idea que comience a salir con Rhys. Por si lo has olvidado, él se va a Australia dentro de una semana.

—¿Cómo voy a olvidarlo? —Matthew parecía irritado de verdad esta vez—. Lleva meses ahorrando y planeando este viaje. Admito que Amelia es el tipo de chica que le gusta a Rhys, pero no va a cambiar sus planes por alguien a quien acaba de conocer.

Violet soltó un suave suspiro.

—Mejor, porque, si se convirtieran en pareja, podría complicarnos las cosas.

—¿En qué sentido?

Violet cogió el vaso de agua que había sobre la mesa y dio un sorbo.

—Imagina que los dos se juntaran y luego, en algún momento más adelante, rompieran. Y, francamente, dado el historial de Amelia, eso sería casi inevitable. Podría ponernos en una situación incómoda, ¿no crees?

—¿Por qué?

Violet se preguntó si Matthew estaba siendo obtuso de forma deliberada.

—Bueno —dijo ella—, en esas circunstancias, mi lealtad estaría obviamente con Amelia, mientras que tú estarías del lado de Rhys.

—¿«Del lado»? ¿Por qué tendríamos que tomar partido?

Violet apretó los dientes.

—Lo único que digo es que, si nuestros hijos acabaran saliendo juntos, ello podría crear un conflicto en nuestra relación. Quiero decir, fíjate: ni siquiera sabemos con certeza si están juntos ahora, y mucho menos si hay algo romántico entre ellos, y sin embargo aquí estamos, discutiendo.

Hubo una pausa y luego Matthew se rio.

—¿Es esto lo que creo que es? —preguntó—. ¿Nuestra primera pelea? —Se rio de nuevo—. Supongo que al menos podemos decir que ya nos hemos quitado eso de encima.

Violet se sintió más relajada.

—Lo siento —dijo—. Odio discutir por teléfono.

—Yo odio discutir, y punto —respondió Matthew—. Soy el tipo de persona que prefiere una vida fácil.

Violet esbozó una sonrisa.

—No hay garantía de que la tengas conmigo.

—Ya me había dado cuenta —dijo él, y su risa resonó en el teléfono—. ¿Qué tal si hacemos un trato? Pase lo que pase entre Rhys y Amelia, acordemos no meternos. ¿Qué te parece?

—Difícil, pero factible —respondió Violet.

—Y, bajo ninguna circunstancia dejaremos que su hipotética relación…, amistad o lo que sea que estén empezando…, afecte a lo que sentimos el uno por el otro.

—De acuerdo —dijo Violet, cruzando los dedos y esperando poder cumplir su parte del trato—. Trato hecho.

[6] El *twenty questions* [«veinte preguntas»] es un juego de mesa hablado que fomenta el razonamiento deductivo y la creatividad. Lo inventó Maggie Noonan en los Estados Unidos. Se jugaba mucho en el siglo XIX y su popularidad aumentó a finales de los años cuarenta del pasado siglo, cuando se convirtió en el formato de un exitoso programa de radio semanal (*Twenty Questions*) de preguntas y respuestas.

Capítulo 19

Violet se despertó a las ocho de la mañana del domingo con una pata arañándole el pelo.

—Está bien, Rusty-roo. Fuera de mi almohada. Ya has hecho tu trabajo… Me voy a levantar, pero necesito ducharme y vestirme antes de darte de comer.

La gata saltó de la cama y Violet hizo lo mismo (aunque con algo menos de elegancia). Cuando al final bajó, llenó el cuenco de comida de Rusty y se preparó un café bien cargado.

La noche anterior, era casi medianoche cuando Amelia por fin llegó a casa. Violet se había acostado en la cama y escuchó el sonido de su llave en la puerta y sus pasos de puntillas subiendo las escaleras.

A las nueve y media de la mañana, cuando aún no había señales ni ruidos de que Amelia se hubiera levantado, Violet se sirvió otra taza de café y subió por la empinada y sinuosa escalera hasta la habitación de invitados, situada en la parte trasera de la casa.

—¿Estás despierta? —preguntó tras llamar a la puerta.

—Ahora sí —respondió Amelia, con la voz apagada por el sueño—. Entra.

—Te he traído un café —dijo Violet, colocando la taza en la mesita de noche—. Pensé que te ayudaría a levantarte.

Amelia se incorporó y estiró los brazos.

—No tengo ninguna gana de despertarme y, menos aún, de levantarme. Quizá me quede en la cama todo el día.

—Te acostaste tarde. No me extraña que estés agotada —dijo Violet, compadeciéndose de la necesidad de descanso de su hija—. ¿Lo pasaste bien?

—Sí, muy bien, gracias —respondió Amelia, alargando la última palabra con un bostezo—. Y tienes razón: estoy agotada. Podría dormir una semana.

Violet esperaba obtener algo de información sobre lo que Amelia había hecho la noche anterior, pero estaba claro que no le iba a

contar nada.

—Vale…, bueno, levántate cuando estés lista —dijo Violet con una sonrisa—. O quédate en la cama si quieres. Tú decides, pero ten en cuenta que voy a salir un rato. Nos vemos cuando vuelva.

—¿Adónde vas?

—Voy a Maple Grange, a recoger a Maureen para llevarla a Chesterfield. Ya te lo había dicho.

—Ah, sí, es verdad. Lo siento, se me había olvidado.

—Al volver, voy a pasar por el supermercado, así que, si necesitas algo, solo tienes que decirlo.

—Si compras tortillas, guacamole y crema agria, esta noche haré enchiladas.

—Suena bien, y mucho más fácil que preparar un asado completo de domingo —dijo Violet—. ¿Seremos solo nosotras dos?

—Eso es lo que pensaba…; a menos que quieras invitar a Matthew.

—No, está bien. Pasemos una noche de chicas. Tú y yo. Será como en los viejos tiempos. Compraré palomitas y podemos ver una película después, si quieres.

—En realidad, ¿podemos pasar de la película? Hay una cosa de la que me gustaría hablar contigo. —Amelia se estiró, dio un sorbo al café y luego se recostó sobre la almohada y se cubrió los hombros con el edredón.

—Vale… —dijo Violet, preguntándose qué podía ser tan importante como para que Amelia prefiriera eso a una comedia romántica y palomitas—. Lo hablaremos luego. No dejes que se te enfríe el café.

Maureen ya estaba esperando fuera cuando Violet se detuvo frente al bloque de apartamentos. Durante la noche había bajado mucho la temperatura, pero Maureen estaba protegida del frío gracias a un grueso abrigo negro acolchado. Lo llevaba con la capucha subida y con una bufanda a cuadros.

—Aquí se está muy calentito —observó cuando dejó las muletas en el asiento trasero del coche y se sentó con cuidado en el asiento del copiloto—. Fuera hace un frío que pela.

—La calefacción está a tope —dijo Violet—. Así que estaremos cómodas y calentitas durante el viaje.

—¿Por dónde vas a ir? —preguntó Maureen mientras se bajaba la capucha y se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Por los páramos. Es el camino más rápido, ¿no?

—Es el más rápido, pero no necesariamente el más seguro en esta época del año. Hay curvas cerradas muy peligrosas por ese camino y no es lo ideal con el hielo. ¿Por qué no vas por Baslow? Las carreteras están mejor, y esa ruta nos llevará por el parque de Chatsworth. Es mucho más bonito.

Violet se preguntó si el reciente accidente de tráfico de Maureen le estaba afectando o si era una pasajera habitualmente nerviosa.

—Si me indicas el camino, estaré encantada de ir por donde tú creas mejor —dijo—. ¿Estás tratando de evitar el lugar de tu reciente accidente de coche? ¿Es eso?

—*Au contraire* —respondió Maureen—. La ruta que te propongo es la misma que tomé cuando me salí de la carretera. Por eso sé que es mucho más segura. Si hubiera ido por mi camino habitual ese día, esto es, por los páramos, podría haberme salido en una de esas curvas cerradas y las cosas habrían sido mucho más graves de lo que fueron.

—¿Cojo el de la derecha o el de la izquierda? —preguntó Violet cuando llegaron al final del camino bordeado de arces.

—El de la derecha —respondió Maureen—. Sigue por la carretera principal hasta que te indique que gires.

—¿Te importa si te pregunto por el accidente? —dijo Violet cuando pasaban junto a un campo arado donde dos cuervos picoteaban la tierra—. ¿Cómo acabó tu coche saliéndose de la carretera?

—El chico de la grúa dijo que había un problema con los frenos —respondió Maureen, mientras se desabrochaba el abrigo y se quitaba la bufanda—. Sin embargo, no entiendo cómo podían estar mal. Cuido muy bien de mi cochecito. Es cierto que le tocaba la revisión anual, pero casi no he hecho kilómetros desde la última. Es imposible que los frenos se hubieran desgastado.

—¿No notaste que estuvieran blandos o algo así?

—No que yo notara. Iba conduciendo tranquilamente y, al acercarme a una curva, pisé el pedal del freno y no pasó nada. En lugar de reducir la velocidad, el coche siguió adelante a toda velocidad. Me salí de la carretera y choqué contra una valla.

—¡Caramba! —exclamó Violet.

Maureen se rio entre dientes.

—En ese momento dije mucho más que «caramba». Todavía no tengo ni idea de qué falló, pero no fue mi forma de conducir, si es eso lo que estás pensando.

—No estaba pensando nada de eso —dijo Violet—. De hecho, todo me parece muy sospechoso, sobre todo, porque alguien intentó atentar contra tu vida de forma descarada unos días después. ¿No crees que el incidente del coche fue una especie de intento anterior?

Maureen se agarró al cinturón de seguridad.

—¿Crees que alguien podría haber manipulado los frenos?

—No lo sé. —Violet se encogió de hombros—. Supongo que solo estoy hablando en voz alta, planteándolo como una posibilidad.

Maureen giró la cabeza y miró por la ventanilla del lado del copiloto.

—Es posible —dijo, pensativa—. Tengo todas las razones para sospechar, dado lo que ha pasado recientemente.

—Definitivamente tienes que estar alerta —dijo Violet—. Supongo que le habrás contado lo del accidente de coche a la policía, ¿no?

—No, no lo he hecho —respondió Maureen—. No se me pasó por la cabeza porque no creí que fuera relevante.

—Probablemente deberías informarles, por si acaso.

—De acuerdo, les llamaré más tarde —dijo Maureen—. Pero el mecánico arregló los frenos poco después del accidente y nunca dijo nada sobre la posibilidad de que hubieran sido manipulados. El chico del otro taller vino ayer por la tarde a recoger el coche y se lo llevó para arreglar la carrocería.

—¿Por qué ha tardado tanto en reparar la carrocería? El accidente fue hace más de una semana, ¿no?

—Es porque es un coche viejo, o, como prefiero llamarlo, un clásico. Tiene que repararlo un taller especializado en vehículos antiguos, y no han podido atenderme hasta esta semana. La grúa

me llevó de vuelta a Maple Grange después del accidente y arregló los frenos; sin embargo, desde entonces el coche ha estado guardado en mi garaje, esperando a que vinieran a recogerlo.

—¿Tienes garaje? —Violet se sorprendió—. Sabía que los apartamentos tenían plazas de aparcamiento. Lo que no sabía era que también tenían garaje.

—No todos lo tienen —dijo Maureen—. Pero yo pude elegir la propiedad, ¿recuerdas? Elegí uno de los áticos, que tienen plaza de aparcamiento y garaje. El bloque de garajes está detrás del edificio principal. La mayoría se utiliza para guardar trastos, pero, llámame anticuada, yo prefiero usar el mío para aquello para lo que fue construido: aparcar mi coche.

—¿Sabes ya cuándo podrás volver a conducir? —preguntó Violet señalando con la cabeza el tobillo de Maureen.

—El médico dice que tendré que llevar la escayola durante al menos seis semanas. Solo me darán el alta para conducir cuando estén seguros de que la rotura se ha curado correctamente. Cruzo los dedos para que mis moratones hayan desaparecido para entonces. Que llegue pronto. Lo único que quiero es que todo vuelva a la normalidad.

Condujeron hacia el norte, pasaron el pueblo de Beeley y llegaron a Calton Lees, donde cruzaron el estrecho puente sobre el río Derwent y entraron en el ondulado y verde parque de Chatsworth, diseñado por Lancelot «Capability» Brown en la década de 1760.

—Vivimos en una parte preciosa del mundo —dijo Maureen, y estiró el cuello para admirar la impresionante vista de Chatsworth House, que se alzaba a lo lejos.

—Sí, es verdad —respondió Violet—. Todo esto sigue siendo una novedad para mí. Estar aquí es muy diferente a la vida que llevaba en Londres.

—¿Diferente? —preguntó Maureen—. ¿O mejor?

—Las dos cosas. —Sonrió Violet—. No creo que me canse nunca de Derbyshire.

—Yo tampoco —dijo Maureen—. Pero, cuando has vivido aquí toda la vida, como yo, es fácil darlo por sentado. A veces tengo que recordarme lo afortunada que soy.

—¿Dónde creciste? —preguntó Violet.

—En Matlock. Vivía al lado de Shirley, puerta con puerta, y Phyllis vivía al otro lado de la calle. Las tres éramos inseparables. Dicen que «dos son compañía, tres son multitud», pero ese nunca fue nuestro caso. Éramos un trío, y la dinámica funcionaba de maravilla. En muchos sentidos, tuvimos una infancia idílica.

—¿Con qué frecuencia ves a Shirley, ahora que ha dejado de vivir en Maple Grange?

—No tan a menudo como me gustaría —respondió Maureen—. Cuando se fue a vivir con su hija, nos veíamos una vez a la semana; después, pronto pasó a ser una vez al mes…, y ahora que estamos en pleno invierno, incluso menos. Ahora que lo pienso, solo he visto a Shirley una vez desde el funeral de Phyllis, aunque hablamos por teléfono con regularidad.

—Ojalá hubiera podido asistir al funeral —dijo Violet—. Pero no me enteré de que Phyllis había fallecido hasta después de que todo hubiera terminado.

—Al parecer, ella pidió una despedida discreta, aunque no sé muy bien por qué. A mí me pareció una ceremonia triste. Shirley y yo fuimos las únicas dos amigas invitadas. También estaban Dawn Pilcher y, por supuesto, el sobrino de Phyllis, además de un oficiante que dijo unas palabras. En mi opinión, todo fue muy discreto e insuficiente, pero, si eso era lo que Phyllis quería, entonces que así fuera. Sin embargo, a mí no me valdría. Cuando me vaya, quiero todo lo que se espera: dolientes vestidos de negro, un coche fúnebre tirado por caballos, montones de flores y un elogio fúnebre completo. En cuanto a la música, me gustaría, al menos, un himno, como *The Day Thou Gavest*, creo…, y quizá algo de los Rolling Stones.

—Suena como una gran despedida —dijo Violet—. Esperemos que aún falte mucho mucho tiempo para que llegue.

Durante el resto del viaje, Violet y Maureen hablaron de sus gustos musicales, que, a pesar de los treinta años de diferencia de

edad, eran sorprendentemente compatibles. Cuando llegaron a Chesterfield, donde la característica aguja torcida de la iglesia de Santa María y Todos los Santos se elevaba sobre la ciudad, Violet pidió indicaciones a Maureen para llegar a la nueva residencia de Shirley. Rodeando el centro comercial, se desviaron hacia una pequeña urbanización de casas adosadas.

—¿A qué hora nos espera? —preguntó Violet.

—No concretamos la hora. Solo le dije que nos pasaríamos a lo largo de la mañana. A Shirley no le importará a qué hora lleguemos. —Maureen señaló una calle a la izquierda—. Vive allí, a mitad de camino, a la derecha.

Violet se detuvo frente a una pulcra casa adosada con ventanas de doble acristalamiento. Había un acebo en el jardín delantero y un seto de ligustro bien recortado.

—Vamos —dijo Maureen—. Entremos y tomemos una buena taza de té. Conociendo a Shirley, seguro que también hay tarta.

Violet sacó las muletas del asiento trasero y se las entregó a Maureen. Esta, manteniendo el equilibrio con cuidado, se las colocó bajo las axilas y, con la ayuda de Violet, avanzó lentamente por el camino hasta la puerta principal. Violet golpeó el llamador y esperaron bajo el porche.

—Vamos, Shirley. Date prisa —murmuró Maureen con tono frío e impaciente—. No es como si no nos estuvieras esperando.

Pasó un minuto entero antes de que oyeran el sonido de una llave girando en la cerradura. La puerta la abrió una mujer de cuarenta y tantos años. Era alta y delgada, con el rostro pálido y el pelo castaño recogido en una coleta.

—Hola, Karen, cariño —dijo Maureen, preparándose para pasar las muletas por el umbral—. Shirley nos está esperando, aunque parece que tú no.

La mujer las miró sin decir nada, bloqueándoles el paso.

—Esta es Karen, la hija de Shirley —dijo Maureen, volviéndose hacia Violet para presentarlas—. Karen, esta es Violet. Es amiga mía… y mi chófer por hoy. ¿Podemos pasar?

—Ay, Dios mío… —Karen negó con la cabeza, como para despertarse—. Lo siento, Maureen… Es obvio que no te has

enterado. ¿Cómo ibas a hacerlo? Mi madre está en el hospital.

Capítulo 20

Otro supuesto accidente.

«Esto no puede ser una coincidencia», pensó Violet, mientras Karen les explicaba lo que le había sucedido a su madre menos de veinticuatro horas antes.

Estaban sentadas en el pequeño salón de la parte delantera de la casa, donde un reloj hacía tictac de manera inquietante en un rincón y un gatito negro dormitaba en el sillón.

—Mi madre va a la biblioteca todos los días a mediodía, pero seguro que ya lo sabes, Maureen. —Karen esbozó una débil sonrisa —. Le gusta leer los periódicos y cambiar los libros que saca de la biblioteca, y considera el paseo de ida y vuelta como parte de su rutina de aire fresco y ejercicio. Cuando le apetece socializar, a veces se detiene en uno de los cafés que hay de camino a casa.

Violet y Maureen escuchaban atentamente, desesperadas por saber qué había ocurrido; no obstante, no querían apresurar a Karen para que contara la historia.

—Ayer me llamaron al trabajo para decirme que a mi madre la había atropellado un coche a solo un par de calles de aquí. Había salido para ir a la biblioteca, como de costumbre, y un coche la embistió cuando cruzaba la calle. El conductor se dio a la fuga.

Maureen se llevó las manos a la cabeza.

—¿Está gravemente herida? —preguntó, con voz temblorosa y asustada.

—Se ha roto unas costillas y la clavícula…, pero lo más preocupante es que tiene una fractura de cráneo. Lleva inconsciente desde el accidente. La tienen en cuidados intensivos.

Maureen soltó un sollozo estremecido.

—Pobre Shirley. Por favor, dime que se va a poner bien.

—Dependerá mucho de lo rápido que recupere la conciencia —dijo Karen, con el labio inferior tembloroso—. Los médicos la están vigilando de cerca. Está en buenas manos y recibiendo los cuidados

adecuados; lo único que podemos hacer ahora es esperar y rezar para que recupere la conciencia pronto.

—¿Hubo algún testigo del accidente? —preguntó Violet.

Karen negó con la cabeza.

—No. Es una calle tranquila, y los sábados hay mucha gente fuera de casa a esa hora del día. La policía está revisando las cámaras de seguridad de la zona, pero no tengo muchas esperanzas de que encuentren al conductor.

—¿Qué tipo de persona haría algo así? —dijo Maureen—. ¿Dejar a alguien herido en la carretera? Es una vergüenza. No sé a dónde va a parar el mundo; de verdad que no lo sé.

—No tenía ni idea de que mi madre hubiera quedado contigo hoy, Maureen —sostuvo Karen—. Por supuesto, te habría llamado si lo hubiera sabido. Siento que hayas hecho el viaje en vano.

—No te preocupes por eso, cielo —dijo Maureen—. Céntrate en que Shirley se recupere.

—He estado toda la noche en el hospital —dijo Karen—. Solo he venido a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Tengo que volver… para enterarme de cómo está.

—¿Puedo ir yo a verla? —preguntó Maureen.

—Lo siento, pero por ahora solo puede visitarla la familia —respondió Karen—. No obstante, te avisaré en cuanto recupere la conciencia… ¿Quizá entonces puedas ir a verla?

—De acuerdo. Lo entiendo —dijo Maureen—. Mi número está guardado en el teléfono de Shirley. Llámame y avísame en cuanto haya novedades. Mientras tanto, dale un fuerte abrazo a tu madre de mi parte. Dile que se recupere pronto, ¿vale?

Karen las acompañó al pasillo, con Maureen caminando delante de Violet.

—Estaré en contacto y te iré contando cómo está mi madre.

Karen abrió la puerta de par en par para que Maureen tuviera espacio suficiente para salir con sus muletas. Violet se quedó a un lado, observando cómo Maureen bajaba el escalón de la entrada con dificultad antes de avanzar con notable rapidez por el camino del jardín. Cuando Violet dio un paso adelante para alcanzarla, su pie

chocó con algo blando que yacía cerca del felpudo. Sin saber muy bien qué era, se agachó y lo recogió.

Era un llavero con un curioso objeto nudoso enganchado a él. Era redondo, estaba hecho de lana verde y marrón, y se parecía al único ojo de un alienígena o un cíclope. A Violet le pareció que estaba tejido a mano, tal vez incluso de ganchillo. Se lo entregó a Karen.

—¿Qué es esto? —preguntó Karen.

—Un llavero, creo. Estaba en el suelo. He supuesto que era tuyo.

Karen negó con la cabeza.

—Debe de ser de mi madre. Siempre está comprando baratijas en los mercadillos de artesanía; en su mayoría, cosas inútiles que no necesita. Su bolso está repleto de esas cosas. Debió de caérsele ayer al salir. —Los ojos de Karen se llenaron de lágrimas.

—Por lo que me ha contado Maureen, tu madre es una mujer fuerte —dijo Violet, poniendo una mano en el brazo de Karen—. Espera y verás: cuando te quieras dar cuenta, la tendrás de vuelta en casa.

Aferrándose al llavero con la mano derecha, Karen esbozó una sonrisa temblorosa y asintió con la cabeza.

El ambiente en el coche era sombrío durante el viaje de vuelta. Violet y Maureen viajaban en silencio, conmocionadas, reflexionando cada una de ellas sobre este último y horrible suceso. Finalmente, Maureen empezó a hablar y, una vez que comenzó, Violet pensó que nunca iba a parar.

—¿Quién haría algo así? —dijo—. ¿Crees que fue un simple atropello con fuga? ¿O está relacionado con lo que me pasó a mí?

Violet abrió la boca para responder; sin embargo, Maureen aún no había terminado.

—¿Y si William Horner está detrás de todo esto? No digo que él condujera el coche, pues la gente como él siempre contrata a alguien para hacer el trabajo sucio, pero, si Shirley muere, Karen se verá obligada a venderle el apartamento a bajo precio.

Violet respiró hondo, preparándose para responder, pero Maureen continuó.

—¿Crees que va a morir? No podría soportar perder a otra amiga. ¿Debería llamar a la policía?

—Por supuesto —intervino Violet antes de que Maureen tuviera oportunidad de formular otra pregunta—. Tienes que plantearle a la policía la posibilidad de que el supuesto accidente de Shirley esté relacionado con lo que te ha pasado a ti.

—¿Eso es lo que piensas?

—No lo sé —respondió Violet—. Y no me corresponde a mí especular.

—Al diablo con eso. Siéntete libre de especular todo lo que quieras. Tenemos que averiguar qué está pasando.

—Prefiero dejarlo en manos de la policía —dijo Violet—. Conozco a un detective, el sargento Winterton. Podemos llamarlo, si quieres, y contarle lo que le ha pasado a Shirley para que pueda empezar a atar cabos.

—De acuerdo. —Maureen asintió con la cabeza y sus ondulados rizos grises se balancearon—. Hazlo. ¿A qué esperamos? Llamémosle ahora mismo.

Violet marcó el número de Charlie Winterton con el Bluetooth.

—«Aquí el sargento Winterton. Si es urgente, deje un mensaje y le devolveré la llamada lo antes posible».

Violet dudó. Lo que quería decirle no era fácil de resumir en un mensaje de voz. Por un momento, pensó en colgar y volver a llamar más tarde, pero Maureen le indicaba que dejara un mensaje.

—«Sargento Winterton —dijo—. Soy Violet Brewster. Estoy con mi amiga Maureen Bond. Seguro que ya sabe que alguien intentó matarla hace unos días, en Maple Grange. La razón por la que le llamo es para informarle de que acabamos de visitar a una amiga de Maureen en Chesterfield. Al parecer, a esta amiga, Shirley Allsopp, la atropelló ayer un coche. El conductor se dio a la fuga. Pensamos que debía saberlo por si los dos incidentes estuvieran relacionados de alguna manera. En fin…, siento molestarle. Maureen y yo estamos volviendo a su apartamento. Llámeme cuando oiga este mensaje».

—¿Crees que lo hará? —preguntó Maureen cuando Violet terminó la llamada—. ¿Suele devolver las llamadas?

—Sí —respondió Violet mientras se apartaba para adelantar a un coche aparcado—. Puede que tenga sus defectos, pero el sargento Winterton es un hombre muy concienzudo.

—Eso ya es algo, supongo. Necesitamos de nuestro lado a alguien que se tome esto en serio. —Maureen agarró su bolso con fuerza—. ¿Sabes?, ahora estoy muy nerviosa. No estoy segura de poder soportar este último desastre, además de todo lo que ha pasado últimamente.

—Échate hacia atrás y respira hondo.

Maureen cerró los ojos e hizo lo que Violet le había sugerido, pero su cuerpo parecía tenso y rígido.

—Cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que William Horner está detrás de todo esto —dijo Maureen cuando volvió a abrir los ojos—. La policía tiene que hablar con él. Si la oportunidad que se le presentaría con nuestros apartamentos no es un móvil, no sé qué lo sería.

—No te preocupes: en cuanto oiga el mensaje y me responda con una llamada, podrás contárselo todo al sargento Winterton. Por ahora, intenta mantener la calma.

—Lo estoy intentando, pero me siento temblorosa, como si tuviera mariposas en el estómago.

—¿Quieres que te lleve directamente a casa? —se ofreció Violet—. ¿Nos saltamos el supermercado?

—No, está bien. Tienes que hacer la compra. Pero no entraré contigo. Te esperaré en el coche, si te parece bien.

—Por supuesto —respondió Violet—. Te dejaré mi teléfono, por si el sargento Winterton vuelve a llamar mientras estoy en la tienda. Deberías ser tú quien hable con él.

Violet corrió por el supermercado, echando cosas en su carrito sin ton ni son, incluyendo tortillas y guacamole. Mientras hacía cola en la caja, recordó que Amelia también había pedido crema agria y, sabiendo que tendría problemas con su hija si volvía a casa sin la crema, se salió de la fila y volvió corriendo al pasillo de productos refrigerados. Obligada a ponerse al final de la cola, tardó otros diez minutos en llevar la compra al coche.

Después de guardar todo en el maletero, dejó el carrito de la compra en la zona de recogida cercana y volvió al asiento del conductor.

—¿Alguna noticia del sargento Winterton? —preguntó al abrocharse el cinturón de seguridad.

—Todavía no —respondió Maureen, devolviéndole el teléfono a Violet—. Quizá esté ocupado en una escena del crimen o algo así. Seguro que llamará en cuanto pueda.

—Intenta no preocuparte —dijo Violet—. La policía lo resolverá antes de que nos demos cuenta.

—Eso espero. Mientras tanto, creo que será mejor que me quede en casa, fuera de peligro. Me está empezando a doler la cabeza, uno de esos dolores que se tienen antes de que estalle una tormenta. Tengo miedo, Violet… Me aterra que vaya a pasar algo más.

Cuando regresaron a Maple Grange, el plan de Violet era detenerse frente al bloque de apartamentos de Maureen, acompañarla al ascensor y luego dirigirse a casa para descargar la compra. Pero, al pasar por delante del edificio principal y dirigir su Toyota hacia los apartamentos adyacentes, Violet vio un coche gris delante, aparcado en la zona de descarga. En el asiento del conductor iba una figura familiar.

—Es el sargento Winterton —dijo, inclinando la cabeza hacia su coche mientras aparcaba delante de él.

—Caramba, no se anda con rodeos —dijo Maureen—. ¿Quieres subir al apartamento y quedarte conmigo mientras hablo con él?

—Si quieres que lo haga…

El sargento Winterton había salido de su coche y se acercaba tranquilamente a la puerta del copiloto del coche de Violet. Ella pulsó el botón para bajar la ventanilla y observó cómo el detective apoyaba una mano en el techo del coche y se inclinaba para hablar con ellas.

—Espero que sea usted Maureen Bond —dijo.

—Sí —respondió Maureen—. Usted debe de ser el sargento Winterton. Gracias por venir. ¿Subimos a mi apartamento y

hablamos allí?

El sargento Winterton frunció el ceño.

—¿«Gracias por venir»? No estoy aquí por orden suya, señora Bond. He venido por mi propia voluntad. Tengo que hacerle unas preguntas.

Miró a Violet y abrió mucho los ojos al reconocerla.

Violet le saludó con la mano amistosamente.

—Hola, detective Winterton. ¿Ha oído mi mensaje?

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

—Le he dejado un mensaje de voz hace poco más de una hora.

—Lo siento, no lo he escuchado —dijo, apoyando los antebrazos contra la ventana abierta—. He estado ocupado investigando un incidente en el que se vio involucrada una amiga de la señora Bond. Ayer la hospitalizaron tras un atropello con fuga. Ha recuperado la conciencia hace menos de una hora.

—Dios mío. Menos mal —dijo Maureen, aplaudiendo a ambos lados de su cara—. Me enteré esta mañana de que Shirley está en el hospital. ¿Está bien? ¿Ha dicho algo sobre quién la atropelló?

—Sí, lo ha hecho —respondió el sargento Winterton—. Por eso estoy aquí.

Maureen lo miró fijamente.

—¿Perdón? No entiendo.

—Shirley Allsopp le ha explicado a uno de mis agentes que fue usted quien la atropelló, señora Bond. Quizá ahora comprenda por qué necesito hablar con usted.

Capítulo 21

—Es evidente que Shirley se equivocó —dijo Violet—. Creía que eso era obvio.

Señaló la escayola de Maureen, que ahora reposaba en su sitio habitual, en el reposapiés de su apartamento. El sargento Winterton las había acompañado en el ascensor y ahora se encontraban en el salón de Maureen.

—Como puede ver, Maureen no es capaz de conducir en este momento. Lleva días con esa escayola en el pie.

—Estrictamente hablando, eso no la descarta —dijo el sargento Winterton, con expresión a la vez malhumorada y decidida—. Con yeso o sin él, ella podría seguir accionando el acelerador. Admito que a lo mejor le resultaría un poco más difícil, y tal vez por eso ocurrió el accidente en primer lugar… ¿Es así, señora Bond?

—No sea ridículo —replicó Violet.

—Ya es suficiente, señora Brewster —dijo el sargento Winterton—. Tiene todo el derecho a estar presente, si eso es lo que quiere la señora Bond, pero no está aquí para responder a preguntas en su nombre. Ella puede y debe hablar por sí misma.

Desde que regresaron al apartamento, Maureen se mantenía en silencio debido al *shock*.

—Lo que no entiendo es por qué se dio a la fuga —continuó el sargento Winterton—. Tiene que explicar lo que pasó. Cuéntemelo desde el principio.

Maureen miraba fijamente a lo lejos, con la mirada perdida, y seguía callada.

—Será mejor que empiece a explicarse, señora Bond —dijo el sargento Winterton—. De lo contrario, no tendré más remedio que hacer esto en la comisaría.

Una mirada de terror se apoderó del rostro de Maureen.

—¿Qué? —dijo, animándose a hablar—. No sé qué quiere que le diga… No he hecho nada malo. ¿Por qué diría Shirley algo así? Es mi

amiga. Nunca le haría daño. Nunca.

—Sé que se supone que debo guardar silencio —dijo Violet—. Pero lo siento… No puedo quedarme aquí sentada y dejar que interroguen a Maureen por un delito que está claro que no ha cometido.

El sargento Winterton fulminó a Violet con la mirada.

—Para su información, el coche de Maureen lleva más de una semana sin moverse de aquí —añadió Violet, con la esperanza de desmentir la absurda afirmación de Shirley—. Maureen tuvo un accidente recientemente, y la grúa tajo su coche remolcado hasta su garaje, aquí, en Maple Grange, donde estuvo hasta ayer.

—Y ¿dónde está ahora?

—En un taller de coches clásicos, en reparación —dijo Maureen—. Un tipo lo recogió ayer por la tarde.

—El incidente de Chesterfield ocurrió ayer, poco antes del mediodía —dijo el sargento Winterton—. Habría tenido tiempo de sobra para volver aquí y devolver su coche al garaje antes de que lo recogieran.

—Es imposible que el coche de Maureen estuviera involucrado —insistió Violet—. Ni siquiera estaba en condiciones de circular.

—En realidad, sí estaba en condiciones de circular —dijo Maureen —. El guardabarros del lado izquierdo está abollado y uno de los faros está roto, pero, aparte de eso, está en perfectas condiciones para circular. La grúa que me remolcó después del accidente arregló los frenos. El coche está en buen estado desde el punto de vista mecánico. Solo hay que arreglar la carrocería.

—Aun así —dijo Violet, deseando que Maureen dejara de cavar su propia tumba—. A pesar de lo que Shirley crea haber visto, no fue Maureen quien la atropelló.

La sonrisa que le dedicó el sargento Winterton era demasiado presuntuosa.

—Sabemos que fue el coche de la señora Bond, porque tenemos pruebas —dijo, disfrutando del momento—. Es un vehículo antiguo, un Triumph Herald, según tengo entendido. Eso, junto con el faro y el guardabarros dañados, lo hacen muy característico y fácil de identificar en las cámaras de seguridad.

A Violet se le hizo un nudo en el estómago.

El sargento Winterton metió la mano en su desaliñado abrigo y sacó algo del bolsillo interior.

—Un agente las ha imprimido hace un rato. Fueron tomadas ayer a las once y cincuenta de la mañana y fueron captadas por una cámara a pocas calles de donde atropellaron a Shirley Allsopp.

Le entregó las copias impresas a Maureen. A ella le temblaba la mano al cogerlas.

Violet estaba sentada a su lado en el sofá. Juntas miraron las fotos en blanco y negro. Mostraban el coche de Maureen en una calle estrecha, uno de cuyos lados estaba lleno de vehículos aparcados en paralelo a la acera. Las imágenes eran granuladas, por lo que costaba distinguir la matrícula en ambas fotografías, pero las posibilidades de que hubiera más de un Triumph Herald bicolor en la zona parecían tan escasas como el ánimo de Violet.

Maureen empezó a temblar. Con la mano izquierda, se ajustó el cárdigan al cuerpo, retorciendo la lana entre los dedos.

—No puedo leer la matrícula —dijo Violet—. Y, si yo no puedo, usted tampoco. No tiene forma de demostrar de manera concluyente que este sea el coche de Maureen.

—Tenemos otras dos imágenes y hemos conseguido ver parte de la matrícula en una de ellas —dijo el sargento Winterton—. Puedo confirmar que coincide con el vehículo registrado a nombre de la señora Bond. Y, seamos sinceros, no hay muchos Triumph Herald por ahí hoy en día. Y desde luego no muchos con un faro roto.

Violet admitió el argumento con un breve asentimiento.

—De acuerdo, supongamos que este es el coche de Maureen: eso no significa que sea ella quien lo conducía. La imagen es borrosa, por lo que es difícil de determinar, pero diría que la persona al volante lleva una sudadera con capucha de color oscuro.

—O un abrigo acolchado negro con capucha —dijo el sargento Winterton—. Un abrigo parecido al que llevaba la señora Bond cuando subimos a su apartamento.

—¡No fui yo! —Maureen parecía haber recuperado por fin la voz—. Si dicen que ese es mi coche, tendré que creerles. Pero yo no lo conducía. ¿Ayer, entre las doce y las doce y diez, dicen? Yo estaba

aquí, en mi apartamento. Mi hija, Jodie, vino a verme justo después del mediodía. Pueden preguntarle a ella. Ella se lo confirmará.

—Oh, créame, hablaremos con ella —dijo el sargento Winterton—. Aunque, en lo que respecta a proporcionar una coartada, su hija no es precisamente una testigo imparcial.

—Es una ciudadana honrada —dijo Maureen—. Jodie nunca mentiría. Ni siquiera por mí.

—¿Han revisado las cámaras de seguridad que hay aquí, en Maple Grange? —preguntó Violet—. Hay varias cámaras a lo largo del camino de entrada, y me imagino que todas serán de última generación. Deberían darles una imagen más clara de quién iba al volante, si es que el coche de Maureen lo sacaron de su garaje. Hasta donde yo sé, solo hay un camino para entrar y salir de la residencia de jubilados, por lo que es imposible evitar las cámaras.

—Ya hemos solicitado las grabaciones de Maple Grange —dijo el sargento Winterton—. En cuanto recibamos los archivos, alguien los revisará minuciosamente.

—En realidad, también hay una carretera secundaria para entrar y salir de la residencia —dijo Maureen—. Es solo para residentes y te ahorra tener que girar hacia la carretera principal si no vas en esa dirección.

El sargento Winterton aguzó el oído.

—¿Dónde queda esa salida trasera en relación con donde estamos ahora? —quiso saber.

—Sale del bloque de los garajes, rodea la parte de atrás del edificio principal —respondió Maureen, señalando con la mano por detrás de su hombro derecho—, pasa por el bosque y conduce a una calle lateral. Hay una barrera en la puerta, pero todos los residentes tienen un pase electrónico que han de utilizar si quieren salir por ahí.

—Bueno, eso suena prometedor —dijo el sargento Winterton, con un aire algo más optimista—. Si el coche salió por ahí, habrá un registro de qué pase se utilizó para levantar la barrera.

Maureen se inquietó, con aire avergonzado.

—El caso es que yo guardo el mío en la guantera. Imagino que alguien lo bastante astuto como para robar mi coche también habrá tenido la ocurrencia de usar mi pase al llegar a la barrera.

El sargento Winterton soltó un suspiro sibilante, que pareció como cuando una bicicleta con una rueda pinchada se desinfla lentamente. Se desabrochó el abrigo, se dejó caer en un sillón y se quedó mirando la alfombra.

—De acuerdo. Supongamos por un momento que su coartada es válida y que usted no conducía el vehículo…

—No lo conducía —dijo Maureen con voz firme que no admitía discusión.

—Bien, entonces tengo dos preguntas para usted —apuntó el sargento Winterton—. En primer lugar, ¿por qué su amiga diría que fue usted quien la atropelló?

Maureen enderezó la espalda.

—Supongo que vio mi coche y dio por hecho que lo conducía yo. Todo debió de pasar en un instante, ¿no? Dudo que pudiera ver bien quién iba al volante.

—Entonces, si no fue usted, ¿quién fue? —preguntó el sargento Winterton—. Más concretamente, y esto me lleva a la segunda pregunta, ¿cómo consiguió esa persona las llaves de su coche?

—Quizá no lo hizo —dijo Maureen—. ¿Cómo sabe que no lo arrancó con los cables?

—¿Arrancarlo con los cables? —preguntó el sargento Winterton con cara de asombro—. Estamos en el siglo XXI, señora Bond.

—Sí, pero mi coche es de los años sesenta. Apuesto a que es bastante fácil arrancar un coche antiguo sin llave si sabes lo que haces. —Se encogió de hombros con incertidumbre—. No sé cómo el ladrón arrancó mi coche, inspector Winterton. Eso es algo que tiene que averiguar usted.

—Solo podré hacerlo con su ayuda —dijo él—. Así que… tiene que decirme quién podría haber tenido acceso a las llaves de su coche.

Maureen puso morritos.

—Guardo todas mis llaves en el bolso, que llevo conmigo siempre que salgo de casa.

—¿Y las de repuesto?

—Están en el frutero —respondió Maureen—. Hay un juego de llaves de casa y una llave de repuesto del coche escondidas debajo

de las manzanas y los plátanos. La mayoría de las veces me olvido de que están ahí.

—¿Alguien más sabe dónde están? —preguntó el sargento Winterton.

Maureen frunció el ceño, pensativa.

—Es posible —dijo—. Cuando no hay mucha fruta en el frutero, se ven claramente. Cualquiera que haya estado en mi cocina podría haberlas visto.

—Y ¿quién ha estado en su cocina?

—¿Habla en serio? —Maureen puso mala cara—. Si lo que quiere es una lista de nombres, me va a llevar un rato. Soy una persona muy sociable, sargento Winterton. Soy miembro de todo tipo de grupos y clubes de Maple Grange. En algunos de ellos, nos reunimos por turnos en las casas de los demás. Todas las semanas hay gente que entra y sale de mi apartamento: amigos, miembros del club, incluso personal de mantenimiento. ¿De verdad necesita que le dé todos sus nombres?

—Me temo que sí. Quizá podría sentarse y hacer una lista y dármela la próxima vez que hablemos —propuso—. El caso es, señora Bond, que también estamos investigando un grave atentado contra su vida. Alguien la empujó desde su balcón y, para hacerlo, el autor tuvo que entrar en su apartamento. Como no hay señales de que la entrada fuera forzada, es probable que su agresor tuviera una llave. Posiblemente una que robó de su frutero, junto con las llaves de su coche.

—¿Cree que quien me atacó también fue responsable del atropello y fuga? —preguntó Maureen.

—Por ahora mantengo la mente abierta —dijo el sargento Winterton—. Los dos incidentes pueden estar relacionados o no. Sin embargo, si su hija confirma que usted estaba en su apartamento ayer a mediodía, tendré que considerar qué otra persona podría haber conducido su coche cuando atropelló a Shirley Allsopp. Será mejor que me diga dónde está ese frutero. Necesito comprobar si sus llaves de repuesto están donde deberían.

—Está en la cocina —dijo Maureen—. En la encimera.

El detective se levantó y entró en la habitación contigua. Regresó unos momentos después con dos juegos de llaves en bolsas de plástico separadas para pruebas.

—Me las voy a llevar para comprobar si hay huellas dactilares —dijo—. Eso significa que también tendremos que tomar sus huellas para descartarlas. Haré que alguien se pase más tarde con el kit.

—¿De verdad es necesario? —preguntó Maureen.

—Es el procedimiento habitual —respondió el sargento Winterton —. Dudo que encontremos huellas en las llaves, aparte de las suyas, pero nunca se sabe. ¿Cree que alguien podría habérselas llevado en algún momento sin que usted se diera cuenta? ¿El tiempo suficiente para hacer duplicados?

Maureen se tiró del cuello de la blusa.

—No lo sé —dijo—, pero supongo que es posible.

—Ya sabe, nunca es prudente dejar las llaves de casa o del coche a la vista —dijo el sargento Winterton, en tono amable y sin criticarla —. No, si tiene muchas visitas.

—Nunca dejo entrar en mi casa a nadie en quien no confío —dijo Maureen—. Y, si es alguien que no conozco, como uno de los chicos de mantenimiento, siempre compruebo su identificación antes de dejarlo entrar.

—En ese caso, lo más probable es que su agresor sea alguien conocido —dijo el sargento Winterton—. Esa misma persona también podría haber robado su coche y haberlo utilizado para herir a su amiga Shirley. Necesitaré saber los datos de contacto del taller que está haciendo las reparaciones. Tendremos que llevarnos su coche para someterlo a un examen forense.

—El chico que vino a recogerlo ayer dejó una tarjeta de visita. Está allí. —Maureen señaló con la cabeza hacia el aparador que había cerca de la puerta—. De todas maneras, no estoy segura de qué pruebas podrán obtener del coche. Si me preguntan, creo que sería mejor que hablaran con la persona que tiene un motivo evidente: alguien que está interesado en quedarse con mi apartamento y con el de Shirley.

El sargento Winterton frunció el ceño.

—Ah, ¿sí? Y ¿quién podría ser?

Fue entonces cuando Maureen por fin se decidió a hablarle de William Horner.

Capítulo 22

Mientras Maureen hablaba con el sargento Winterton sobre la opción de recompra de su apartamento, Violet se levantó y se excusó.

—Te dejo con él, Maureen —dijo, interrumpiendo un momento—. Tengo que irme a casa a guardar la compra. Mantenme informada sobre Shirley y avísame si necesitas algo.

El sargento Winterton arqueó una ceja cuando Violet se ponía el abrigo.

—No es propio de usted salir huyendo de una investigación —dijo, con tono desconcertado—. ¿Se encuentra bien?

Violet se rio.

—Estoy muy bien, gracias. Me quedo tranquila al saber que dejo a Maureen en buenas manos. Nos vemos pronto, sargento Winterton.

Él le devolvió la sonrisa.

—Espero que no sea muy pronto.

Violet se sintió bastante culpable mientras bajaba en el ascensor. La sonrisa del sargento Winterton se habría transformado en un ceño fruncido si hubiera sabido que ella no tenía intención de irse directamente a casa. En lugar de eso, condujo hasta el aparcamiento principal, entró en Maple Grange y se dirigió a la oficina de Dawn Pilcher. Contaba con que Dawn fuera la persona encargada de encontrar las imágenes de las cámaras de seguridad que había solicitado la policía.

Cuando Violet llegó a la oficina, se sintió aliviada al encontrar la puerta entreabierta. Llamó tímidamente y esperó a que Dawn levantara la vista del ordenador portátil que estaba mirando.

Cuando Dawn alzó la cabeza, le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Violet! Hola. Qué sorpresa. Por favor, pasa y siéntate.

Violet se preguntó si Dawn le habría dado una bienvenida tan efusiva si hubiera sabido el motivo de su visita.

—Siento molestarte, sobre todo, en domingo —dijo Violet—. Para ser sincera, no estaba segura de que estuvieras aquí, ya que es tu día libre.

Dawn hizo una mueca.

—Por desgracia, soy una adicta al trabajo. Es lo que tiene vivir aquí mismo. Tengo un apartamento en la última planta, así que estoy a un paso de la oficina, y siempre hay algo que hacer por aquí. Hoy he bajado con la intención de pasar treinta minutos en mi escritorio, pero ya ha transcurrido más de una hora.

—Intento disfrutar de las tardes de los domingos relajándome —dijo Violet—. En cambio, hoy no me está resultando fácil desconectar. Acabo de volver de Chesterfield. Llevé a Maureen en coche para que viera a Shirley Allsopp, pero, cuando llegamos, nos enteramos de que a Shirley la habían ingresado en el hospital por un atropello con fuga.

Dawn cerró el portátil y cruzó las manos sobre él.

—Sí, lo sé. La policía me llamó hace un rato para pedirme las imágenes de nuestras cámaras de seguridad exteriores, y eso fue lo que me llevó a venir a la oficina. Acabo de terminar de transferirles los archivos. No tengo ni idea de para qué los necesitan. Solo Dios sabe para qué los van a usar.

—Están rastreando el coche de Maureen. Estuvo involucrado en el incidente de Chesterfield.

Dawn se inclinó hacia delante.

—¿No hablarás en serio? ¿Saben que Maureen tiene el tobillo escayolado? No está en condiciones de conducir.

—El vehículo de Maureen estuvo involucrado, no Maureen. Alguien debe de haber robado su coche; por eso la policía está revisando las cámaras de Maple Grange. Maureen dice que hay una salida trasera, además de la de la entrada principal. ¿Tiene cámara de seguridad?

—Por supuesto —dijo Dawn—. Hay cámaras de seguridad delante y detrás. He enviado todos los archivos de vídeo a la policía, incluidas las imágenes de las cámaras de la puerta trasera.

Violet asintió con la cabeza.

—Bien. Con suerte, eso les ayudará a descubrir quién se llevó el coche. He dejado a Maureen en su apartamento, hablando con el

sargento Winterton. Sospecho que él también querrá el registro de seguridad de la barrera de la puerta trasera, y creo que también querrá hacerte algunas preguntas.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

Violet dudó, reacia a avisar a Dawn, pero entendió que era la única forma de justificar que ella estuviera allí, indagando sobre la cuestión.

—Sobre las cosas que han estado sucediendo aquí. Aunque Maureen ponga buena cara, está preocupada. Ha habido al menos un intento serio de atentar contra su vida y ahora Shirley está en el hospital. Además de eso, hay que tener en cuenta la muerte de Phyllis.

Dawn carraspeó.

—A pesar de lo que Maureen pueda pensar, te aseguro que no hay nada sospechoso en la muerte de Phyllis. Murió por causas naturales.

Violet levantó la mano izquierda.

—Quizá sí, quizá no, pero, a la luz de lo que les ha pasado a Maureen y Shirley, creo que deberíamos mantener la mente abierta sobre la muerte de Phyllis.

—Oh, por favor. —Dawn apartó la silla del escritorio y se levantó —. Estoy de acuerdo en que aquí pasa algo raro, pero Phyllis murió hace meses. De una enfermedad cardiaca. Yo lo sé bien. Fui yo quien la encontró.

Violet frunció el ceño.

—No lo sabía.

—No había razón para que lo supieras. Hace unos años, cuando Phyllis me nombró albacea de su testamento, me confió una llave de repuesto de su casa de Maple Grange, así que, naturalmente, yo fui la persona a la que llamaron sus amigos cuando no la localizaban. No contestaba al teléfono ni abría la puerta, y estaban preocupados, sobre todo, porque Phyllis no se encontraba bien. Tampoco había acudido a su cita semanal con Bridget en la peluquería, por lo que estaba claro que algo iba mal. Me tocó a mí ir a averiguar cuál era el problema.

—Siento si esta conversación te está trayendo recuerdos desagradables.

Dawn esbozó una sonrisa triste.

—Cada detalle de ese momento está firmemente grabado en mi cabeza; con todo, yo no diría que sea un recuerdo desagradable. Verás, cuando la encontré, Phyllis parecía muy tranquila. Estaba en su salón, con la cabeza apoyada suavemente en el brazo del sillón en el que estaba sentada. Tenía un libro abierto en el regazo y la cinta verde que utilizaba como marcapáginas estaba entre las páginas. Ver aquella cinta me partió el corazón, porque sabía que Phyllis ya nunca volvería a la página que había marcado. Le tomé el pulso, pero no se lo encontré. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa en el rostro. Para mí era obvio que Phyllis simplemente se había quedado dormida y no había despertado. Créeme, no hay razón para que Maureen esté tan obsesionada con eso.

—Si hay algo con lo que está obsesionada, sospecho que fue Phyllis quien se lo metió en la cabeza —dijo Violet—. Phyllis creía que alguien intentaba matarla e, independientemente de si eso era cierto o no, no podemos ignorar lo que les ha pasado a Maureen y Shirley en los últimos días. Me da vergüenza sacar este tema, pero las tres mujeres tenían algo importante en común.

—¿Y qué es?

—Todas ellas fueron inversoras iniciales en Maple Grange —respondió Violet—. Con un acuerdo en el que tu hermano conservaba el derecho durante diez años a recomprar sus propiedades a bajo precio en caso de que fallecieran. Supongo que conoces ese acuerdo, ¿no?

Dawn se acercó a la ventana.

—Por supuesto que lo conozco —declaró, mientras contemplaba los terrenos azotados por el viento de la residencia de jubilados—. Es mi trabajo saber estas cosas; sin embargo, si estás sugiriendo que la cláusula de recompra le da a William un motivo para matar a un grupo de mujeres inocentes, estás completamente equivocada.

—No me corresponde a mí sugerir nada —dijo Violet—. Solo te informo de lo que Maureen le está contando al sargento Winterton.

—Maureen ya tendría que saber que no debe hablar así —respondió Dawn, dejando escapar un pequeño suspiro—. No está siendo justa.

—Maureen teme por su vida —dijo Violet, recalcando la gravedad de la situación—. Por eso está buscando a toda costa una explicación lógica a lo que está pasando.

—Puede ser, pero tiene que dejar a mi familia al margen de esto. Aunque estoy de acuerdo en que está pasando algo raro, te aseguro que no tiene nada que ver con William.

—Perdóname, pero es lógico que digas eso, ¿no? Es tu hermano.

Dawn se dio la vuelta y cruzó los brazos.

—Sí, lo es. También es marido y padre, un exitoso hombre de negocios, multimillonario y filántropo. En resumen, mi hermano tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él. No arriesgaría todo lo que tiene para ganar dinero rápido a costa de tres mujeres a las que, por cierto, respeta profundamente. Tienes razón cuando señalas que fueron las primeras inversoras de su negocio, y William nunca lo ha olvidado. Las tiene en gran estima. Cuando vine a trabajar aquí, me hizo prometer que las cuidaría. La verdad es que, si no hubieran estado dispuestas a invertir dinero en Maple Grange, el imperio empresarial de mi hermano podría no existir hoy en día.

Violet decidió hacer de abogada del diablo.

—Me alegro de que su empresa vaya bien, pero incluso los negocios exitosos necesitan una inyección de dinero de vez en cuando.

—Créeme: la situación económica de William es boyante; no obstante, si la policía quiere perder el tiempo investigándolo, es cosa suya. Para que conste, además de ser un sagaz hombre de negocios, William también es una persona muy decente. Está eternamente agradecido a Phyllis, Maureen y Shirley porque confiaron en él cuando otros no lo hicieron, y a lo largo de los años ha hecho todo lo posible para compensarlas por lo amables que fueron.

—¿De qué manera? —preguntó Violet.

—De varias maneras —respondió Dawn—. Por ejemplo, tengo instrucciones estrictas de no aplicar un aumento anual a sus

honorarios de gestión. Las señoras siguen pagando a día de hoy la misma tarifa que cuando se mudaron aquí hace casi diez años.

—¿Era eso parte del trato que William acordó con ellas cuando firmaron el contrato?

—No, es solo un ejemplo de su generosidad. En cuanto a la cláusula de recompra, no es algo que le interese aprovechar. La casa de Phyllis es una buena muestra de ello. Cuando ella falleció, William podría haber ejercido su derecho a comprar la propiedad de su patrimonio por 250 000 libras.

—¿Estás diciendo que no la ha comprado? —preguntó Violet.

—No, no lo ha hecho. Cuando se enteró de que Phyllis había dejado la mayor parte de su patrimonio a una organización benéfica para niños, mi hermano renunció al derecho que tenía a recuperar la casa de Maple Grange e insistió en que esta se pusiera a la venta al precio de mercado. Quiso que se recaudara la mayor cantidad de dinero posible para la organización benéfica. Él es así.

Si Dawn decía la verdad —y Violet no tenía motivos para desconfiar de ella, William Horner parecía estar libre de sospecha. Una vez que la policía determinara que no tenía ningún motivo para querer eliminar a Phyllis, Maureen o Shirley, el hermano de Dawn quedaría descartado de la investigación.

—Gracias por ser tan franca conmigo —dijo Violet—. Estoy segura de que cualquier malentendido sobre tu hermano se aclarará una vez que la policía haya hablado con él. Lamento que los dos os hayáis visto envueltos en esto, pero, por favor, no os enfadéis con Maureen. Está asustada y trata de protegerse.

—Se agarra a un clavo ardiendo; eso es lo que está haciendo. —Dawn puso los ojos en blanco—. Mentiría si dijera que no estoy molesta. Aun así, no se lo voy a reprochar. Maureen es una de nuestras residentes más antiguas, y mi trabajo es velar por su bienestar.

—Me alegro de oírlo —dijo Violet—. Y te puedo asegurar que Maureen no ha hablado con la policía por rencor o por resentimiento. Por lo que yo sé, no hay ni una pizca de deseo de venganza en ella.

—Soy consciente de ello. Maureen es una señora muy agradable, aunque a veces un poco impulsiva. En cuanto a ti, Violet, te agradezco que intentes ayudar y te admiro por ello, pero recuerda que hay una línea muy fina entre ofrecer apoyo a alguien y complacerlo.

—¿Crees que estoy alimentando la imaginación de Maureen? ¿Animándola a teorizar?

—Sí, quizá un poco, aunque no podemos pasar por alto el hecho de que a Maureen la han atacado. Yo diría que tiene buenas razones para ser desconfiada.

Violet asintió con la cabeza.

—Ahora… —dijo Dawn—. Todavía tengo que terminar unas cosas, así que tendrás que disculparme. Adiós, Violet. Espero que consigas sacar unas horas para relajarte esta tarde.

Capítulo 23

Al final, la tarde de Violet no transcurrió tal y como había planeado. Llegó a casa y se encontró con que estaba vacía. Amelia se había levantado y se había ido sin dejar ninguna nota. Violet solo podía suponer que volvería más tarde para hacer la cena que había prometido preparar. Pensó en enviarle un mensaje para asegurarse de ello, pero al final decidió no molestarla. Si Amelia quería pasar un rato sola, que así fuera.

Mientras desempaquetaba la compra, su teléfono sonó con el sonido de una alerta de mensaje. Supuso que sería Amelia, que se ponía en contacto con ella; sin embargo, cuando comprobó el mensaje, vio que era de Fiona.

> Necesito hacer algo de ejercicio. ¿Te apetece dar un paseo rápido esta tarde?

Los acontecimientos de la mañana habían dejado a Violet con la cabeza confusa, y un poco de aire fresco podría ser el remedio perfecto. En términos de relajación, una caminata rápida no era la forma más convencional de desconectar, pero al menos le permitiría quemar algunas calorías y charlar con Fiona al mismo tiempo.

Violet se sentó a la mesa de la cocina y redactó una respuesta.

> Suena bien. ¿Nos vemos a la puerta del White Hart en media hora?

La respuesta de Fiona llegó casi inmediatamente.

> Perfecto. He pensado que podíamos cruzar los campos y subir por el bosque. Estará embarrado, así que ¡no vengas con tus elegantes zapatillas blancas!

Con sus botas de montaña desgastadas y muy viejas y un par de calcetines gruesos de lana, Violet salió de Greengage Cottage veinticinco minutos más tarde. Cuando llegó al *pub*, Fiona ya la estaba esperando fuera. Al igual que Violet, iba vestida

adecuadamente para una fría tarde de enero en el Peak District. Llevaba los vaqueros metidos por dentro de los calcetines, un jersey grueso y un abrigo impermeable que le llegaba por la rodilla.

Partieron por el borde de un campo lleno de baches, en dirección a la zona boscosa que había al pie de las colinas cercanas. Allá en lo alto, el cielo parecía amenazador e imprevisible. Mientras caminaban, Violet puso al día a una atónita Fiona sobre la caída de Maureen, las sospechas de Phyllis, el accidente de Shirley y lo que había averiguado sobre William Horner.

—He conocido a William y puedo decir con seguridad que Dawn no te está contando ningún cuento —dijo Fiona—. Es un tipo agradable. Hace mucho por las organizaciones benéficas locales.

—Eso he deducido —contestó Violet—. Al principio pensé que podría ser un empresario en apuros, pero Dawn me ha asegurado que es un multimillonario con más dinero del que podría gastar en toda su vida. En lo que respecta a William, creo que podemos descartar con seguridad el beneficio económico como móvil.

—Quizá tenga otra razón para querer quitar de en medio a las mujeres —dijo Fiona—. O, lo que es más probable, sea otra persona quien la tenga.

—Dinero. Amor. Venganza —relato Violet al esquivar un charco de agua embarrada—. Esos son los tres motivos principales de la mayoría de los delitos, pero especialmente del asesinato.

Habían llegado a la esquina de otro campo, donde una verja de cinco barras les bloqueaba el paso. Fiona se encaramó a ella y pasó las piernas por encima.

—Antes de sacar conclusiones precipitadas, sería útil establecer algunos hechos —dijo, una vez que estuvo al otro lado.

—No va a ser fácil —respondió Violet, y trepó por la verja y saltó junto a su amiga—. Para empezar, no sabemos con certeza si alguien intentaba hacer daño a Phyllis.

—Por lo que me has contado, parece que murió por causas naturales.

—Eso es lo que parecía en ese momento —explicó Violet, mientras cruzaban el siguiente campo, acercándose cada vez más al bosque —. Sin embargo, Maureen me aseguró que Phyllis pensaba que la

estaban envenenando. En ese momento no le di mucha credibilidad, pero, ahora que también han atacado a Maureen y Shirley, me inclino a creer lo que decía Phyllis. Quizá alguien intentó envenenarla o manipular sus medicamentos.

—¿Acaso tomaba medicación? ¿No acabas de decir que estaba relativamente en forma hasta las últimas semanas de su vida?

Violet levantó un dedo.

—Buena observación. Pero podría haber sido veneno, o tal vez le dieron algún otro brebaje letal.

Fiona parecía escéptica.

—¿Cómo se le administraría algo así? Sería complicado, sobre todo, si Phyllis era desconfiada y estaba en guardia. Piénsalo: ¿qué harías tú si creyeras que te están envenenando?

Pasaron unos segundos mientras Violet pensaba en su respuesta.

—Estaría alerta —dijo finalmente—. Tendría cuidado con todo lo que pasara por mis labios. Querría preparar toda mi comida y, desde luego, no tomaría ningún medicamento que no me hubiera recetado un médico.

Siguieron caminando, una al lado de la otra, pensando en las posibilidades.

—Quizá el veneno se añadió a algo que Phyllis solía preparar ella misma —dijo Fiona—. ¿Y si, sin que ella lo supiera, alguien hubiera echado veneno en su bebida favorita o en alguno de los ingredientes de su despensa?

—Es posible. Ya sabemos que alguien le robó a Maureen las llaves de su cocina, por lo que fácilmente podrían haber utilizado un truco similar para colocar algo en uno de los armarios de Phyllis. Sin embargo, habría sido arriesgado. ¿Y si alguien que no fuera Phyllis hubiera acabado ingiriendo el veneno?

—Quizá lo añadieron a algo que se suponía que solo Phyllis comería o bebería —dijo Fiona—. En nuestra casa, todo el mundo odia el muesli, excepto yo. Lo tomo todas las mañanas para desayunar. Si alguien quisiera envenenarme, yo diría que una buena forma de hacerlo sería echando veneno en el muesli.

—¿Morir por el muesli? —Sonrió Violet.

—Puedes reírte, pero sabes que tengo razón. Tienes que hablar con Maureen y averiguar si había algo que le gustara a Phyllis y que nadie más hubiera tocado ni con un palo.

Habían llegado al bosque. Estaba oscuro y había un silencio sepulcral. En verano, los senderos que lo atravesaban eran casi impenetrables, pues consistían nada más que en una espesa selva de zarzas y helechos. En cambio, ahora todo estaba desnudo por el invierno y el aire estaba impregnado de un olor húmedo y terroso.

—Supongamos que alguien mató a Phyllis y que esa misma persona es responsable de los atentados contra la vida de Maureen y Shirley. La pregunta que debemos hacernos es: «¿por qué?» —dijo Violet—. ¿Por qué esas tres? ¿Qué tienen en común?

—Todas han sido residentes de Maple Grange —dijo Fiona, al abrirse paso entre los árboles, agachando la cabeza para evitar una rama que colgaba sobre su cabeza.

—Es cierto, pero hay al menos ochenta propiedades en el lugar y alrededor de cien residentes. ¿Por qué elegir precisamente a Phyllis, Maureen y Shirley?

—Buena pregunta. Aparte de sus acuerdos con William Horner, ¿tienen algo más en común?

—Crecieron en la misma calle —dijo Violet—. Han sido amigas toda su vida, por lo que es probable que tengan muchos intereses y experiencias en común.

—Entonces, esa es otra cosa de la que deberías hablar con Maureen —aconsejó Fiona, y se quitó la mochila de los hombros y se agachó para desabrocharla.

Los ojos de Violet se iluminaron cuando sacó una bolsa de papel con el logotipo de Books, Bakes and Cakes impreso en la parte delantera. Fiona la abrió y se la ofreció a Violet, que se sirvió una de las dos barritas de avena que había dentro.

—Gracias, Fi —dijo, y mordió el pegajoso bocado dulce—. Esta es una de las muchas razones por las que me encanta tenerte como amiga.

—¿Te refieres a mi habilidad para hacer aparecer dulces?

Violet esbozó una sonrisa con las mejillas llenas.

—Sí. Estemos donde estemos, sé que siempre tendré garantizado un delicioso tentempié.

Se sentaron en un tronco caído y comieron en silencio durante un minuto.

—No me has dicho qué opinas de la noticia de Amelia —dijo Fiona —. Supongo que te lo habrá contado, lo de la cafetería.

—¿La cafetería? —dijo Violet—. Lo siento, Fi. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Fiona se sacudió las migas de los dedos.

—Ups…, olvida lo que he dicho. Seguro que Amelia te lo contará ella misma muy pronto.

—¿Contarme qué? —preguntó Violet—. Vamos, suéltalo. Ya me has dicho la mitad de la historia. Más vale que me cuentes el resto.

Fiona suspiró con aire culpable.

—Me llamó a la hora del almuerzo… Me dijo que había oído que nos faltaba personal en la cafetería.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Violet—. Yo no se lo había dicho.

Fiona se encogió de hombros.

—Alguien debió de hacerlo, porque, si no, no me habría llamado para ofrecerme sus servicios.

—¿Sus «servicios»?

Violet se quedó temporalmente sin palabras. Que ella supiera, Amelia no tenía ninguna experiencia trabajando en una cafetería concurrida.

—Sí —dijo Fiona—. Se ha ofrecido a echar una mano mientras Sophie está de vacaciones.

—¿Le has dado trabajo?

—Es solo algo temporal, hasta que Sophie vuelva.

—¡Vaya! —exclamó Violet—. Supongo que eso es una buena noticia para mí. Significa que se quedará en Merrywell más tiempo del que pensaba. Sin embargo, creo que a Amelia le costará mucho ocupar el puesto de Sophie. Si no recuerdo mal, trabajó como camarera en un par de eventos cuando era estudiante, pero, aparte de eso, no tiene experiencia en el sector de la restauración.

—Todo el mundo tiene que empezar por algún sitio —dijo Fiona—. Y, sinceramente, en este momento aceptaré cualquier ayuda que se

me presente. Los primeros días pueden ser un poco duros, pero…, confía en mí…, lo hará bien.

Cuando Amelia llegó a Greengage Cottage el viernes por la noche, insistió en que solo se quedaría unos días, una semana, como máximo. Entonces, ¿por qué cambió de opinión? Y ¿por qué aceptó un trabajo temporal en la cafetería? ¿Era simplemente parte de su nuevo estilo de vida espontáneo? ¿Una forma de adquirir habilidades adicionales y dominar una experiencia desafiante?

—Me dijo que tenía ganas de probar algo diferente y ganar un poco de dinero extra —añadió Fiona—. La contraté hace solo unas horas. Empieza mañana, a las ocho en punto. Le he dicho que no llegue tarde.

—No te preocupes, allí estará —dijo Violet—. Amelia no te defraudará.

—Sé que no lo hará. Y, si se parece en algo a ti, estoy segura de que será muy trabajadora. —Fiona se levantó y se volvió a poner los guantes—. Vamos, será mejor que volvamos antes de que anochezca.

Capítulo 24

Cuando Violet regresó a Greengage Cottage, Amelia aún no había vuelto. Sintiendo una punzada de ansiedad, decidió enviarle un mensaje de texto.

> Hola, cariño. Espero que estés pasando un buen día. ¿Llegarás a tiempo para preparar las enchiladas que me prometiste? He comprado todos los ingredientes que me pediste. Besos

La respuesta de Amelia fue breve y cariñosa.

> Ya voy bss

Diez minutos más tarde, se abrió la puerta trasera y Amelia entró en la cocina con el aroma del frío exterior.

—Hola, mamá. ¿Estás bien?

Violet estaba sentada a la mesa de la cocina tomando una taza de té.

—Sí, gracias —respondió—. ¿Has tenido un buen día?

—Sí, muy bueno, gracias. ¿Y tú?

—En el mío ha habido un poco de todo —respondió Violet—. Pero ha terminado mejor de lo que empezó. Esta tarde he salido a dar un paseo con Fiona. Me ha dicho que vas a sustituir a Sophie en la cafetería.

—Sí… Te lo iba a contar durante la cena. —Amelia sonrió, de repente tímida—. La llamé antes y le ofrecí mi ayuda. Va a ser por quince días, así que tendrás que aguantarme un poco más de lo que pensaba. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no me importa. Cuanto más tiempo, mejor, en lo que a mí respecta. Me gusta tenerte cerca. Aunque hasta ahora no te he visto mucho.

Violet esperaba que su comentario animara a Amelia a contarle dónde había estado la mayor parte del fin de semana, pero estaba

destinada a llevarse una decepción. Amelia se limitó a encogerse de hombros y sonreír enigmáticamente.

—A partir de mañana, cuando empiece a trabajar en la cafetería, me verás aún menos —dijo—. Así que será mejor que aprovechemos al máximo nuestra noche de chicas, ¿no? Llévate tu infusión al salón. Voy a necesitar la mesa, si quiero empezar a preparar las enchiladas.

Violet se sentó junto a la estufa de leña y bebió un sorbo de té. Se había ofrecido a ayudar a preparar la cena, pero Amelia le había dejado claro que solo había sitio para una cocinera en la cocina. Por lo tanto, a Violet se le ocurrió aprovechar su tiempo a solas para inspeccionar el joyero e intentar encontrar un compartimento secreto. Revisó el interior y el exterior de la caja, y debajo de ella, pero fue en vano. Si había un cajón secreto, Violet no fue capaz de encontrarlo.

Decepcionada y frustrada, dejó el joyero cuidadosamente a un lado y cogió su teléfono. Mientras esperaba a que estuviera lista la cena, pensó que podría ponerse al día rápidamente con Matthew. Quería contarle las últimas novedades de lo que había llegado a considerar «el misterio de Maple Grange».

—Pensaba que los domingos eran para relajarse —dijo Matthew cuando Violet le puso al corriente—. Me parece que has pasado gran parte del día intentando resolver la última ola de crímenes locales.

—No era mi intención involucrarme —respondió Violet—. Esas cosas simplemente parecen caerme del cielo.

—Sí…, claro. —Matthew se rio—. En serio, Violet, tienes que tener cuidado. Ya tienes bastante con llevar The Memory Box. Tu negocio aún no ha cumplido un año, así que no puedes permitirte bajar la guardia.

—Siempre estoy en guardia —dijo ella—. Pero soy mujer: puedo hacer varias cosas a la vez.

Matthew tuvo la gentileza de reírse.

—Debo admitir que eres la reina de la multitarea, pero, aun así…, si querías resolver crímenes, deberías haberte establecido como

investigadora privada o haberte metido a policía. Al menos, así te pagarían por tus esfuerzos.

La aparición de Amelia en la puerta salvó a Violet de tener que dar una respuesta ingeniosa.

Amelia levantó tres dedos para indicar que la cena estaría lista en tres minutos.

—Será mejor que te deje —le dijo Violet a Matthew—. Mi cena casi está lista.

—No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

Violet se rio.

—¿Enfadada? ¿Por qué iba a estarlo?

—Solo bromeaba con lo de que te convirtieras en detective privada. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —respondió ella—. Puedes tomarme el pelo todo lo que quieras, Matthew. No me ofendo fácilmente.

—¿Estás segura? Tengo la sensación de que te molesté la otra noche…, cuando te dije que le dieras un respiro a Amelia. Lo siento. No debería haber dicho eso. Tu relación con tu hija no es asunto mío. Lo entiendo si te he ofendido.

Violet soltó otra carcajada.

—No me he ofendido en absoluto, gracias. Y, para que conste, tenías razón con lo de Amelia. Necesito dar un paso atrás y dejar que siga con su vida.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dijo Matthew.

—En realidad, está resultando mucho más fácil de lo que uno podría imaginar. Amelia ha conseguido un trabajo temporal en la cafetería. Entre eso y sus misteriosas ausencias, dudo que la vea mucho en las próximas semanas.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco he visto mucho a Rhys este fin de semana. Pienso que podemos sumar dos más dos sin equivocarnos, ¿no crees?

—Sí —asintió Violet—. Creo que podemos dar por hecho que han salido juntos este fin de semana, pero, con el ánimo de «dar un respiro a Amelia», no voy a meterme en el asunto. Si quieren que sepamos algo, nos lo dirán cuando estén listos. Rhys se irá pronto a Sídney, y Amelia probablemente volverá a Londres en cuanto

termine su temporada en la cafetería. Aprovechemos al máximo el tiempo que nos queda con ellos.

Amelia volvió a aparecer en la puerta.

—La cena está lista —articuló sin emitir sonido alguno—. Ven a comer mientras está caliente.

—Lo siento, Matthew. Tengo que colgar —dijo Violet—. Amelia ha cocinado esta noche. Vamos a cenar comida mexicana.

—Qué bien.

—Te habríamos invitado, pero vamos a tener una noche de chicas.

—No te preocupes. Diviértete —dijo él—. Nos vemos mañana.

—Sí, nos vemos entonces. Y no te preocupes por lo de Maple Grange… El sargento Winterton está investigando el caso.

Matthew se rio entre dientes.

—¿Se supone que eso debe darme confianza?

—En realidad, es un tipo majo —dijo Violet—. Es cierto que a veces puede ser brusco y gruñón, pero me está cayendo bien. Es muy trabajador y un excelente detective.

—Bien —respondió Matthew—. Eso significa que no necesitará que lo ayudes con la investigación.

Violet sonrió.

—Ya me conoces, Matthew… Siempre estoy dispuesta a ayudar con las investigaciones si puedo.

—Mm —respondió él—. Eso es lo que me preocupa.

Amelia había puesto la mesa de la cocina con los mejores cubiertos y el mantel a cuadros azules y blancos que Violet solía guardar para ocasiones especiales. En el centro de la mesa había un pequeño jarrón con el ramo de narcisos tempranos que Violet había comprado en Merrywell Stores unos días antes. Cuando los compró, eran meros capullos, pero ahora las alegres flores amarillas estaban completamente abiertas.

—La mesa está preciosa, Amelia. Y la comida huele de maravilla.

—Espero que tengas hambre —respondió ella—. He preparado un montón.

—Excelente. Me muero de hambre.

Cuando Violet se sentó, Amelia sacó un par de cervezas frías de la nevera y las colocó sobre la mesa, junto con un abrebotellas. Mientras Violet abría las botellas, Amelia se puso un par de guantes protectores y sacó una gran fuente del horno. La colocó sobre un salvamanteles en el centro de la mesa y sirvió la comida.

—Mmm, está delicioso —dijo Violet al probar una enchilada.

Amelia se encogió de hombros, aceptando el cumplido con modestia.

—No tenía ni idea de que sabías cocinar así —dijo Violet—. Con estas habilidades culinarias, trabajar en la cafetería podría ser el trabajo perfecto para ti.

—No te hagas ilusiones —respondió Amelia—. El trabajo en la cafetería es estrictamente temporal. Y, de todos modos, siento decepcionarte, pero las enchiladas son lo único que sé cocinar. Mi trabajo en la cafetería será en la sala: tomar pedidos, servir, cargar y poner el lavavajillas, limpiar las mesas. Eso es todo.

Comieron despacio, disfrutando de una segunda ración y charlando sobre temas muy diversos: la vida en Merrywell, los precios de la vivienda en Londres, la fiabilidad de los servicios de autobús locales, las compras por internet frente a las compras en las tiendas físicas… De hecho, la conversación saltaba aleatoriamente de un tema a otro, sin que ninguna de las dos supiera hacia dónde se dirigiría a continuación. El único tema que no trataron fue la carrera profesional de Amelia, o la falta de ella. Violet esperaba que al menos le contara sus planes a corto plazo, pero lograron eludir el tema hasta el postre, que era una tarta de cerezas de Books, Bakes and Cakes.

—Si juego bien mis cartas, quizá pueda traerme a casa algunos pasteles y tartas la semana que viene —dijo Amelia mientras cortaba la masa dorada—. Fiona deja que el personal se lleve todo lo que sobra al final del día, porque, si no, lo tiene que tirar.

—Una ventaja del trabajo, ¿eh? —dijo Violet mientras echaba una cucharada de nata doble en su porción de tarta.

—Supongo que será la única —se lamentó Amelia—. Si las próximas dos semanas me van a enseñar algo, imagino que será que no estoy hecha para trabajar en el sector de la restauración.

—Nunca se sabe —dijo Violet, contenta de haber encontrado la oportunidad que estaba buscando: la oportunidad de preguntarle por los avances en el ámbito laboral—. ¿Has pensado algo más acerca de lo que vas a hacer…, en cuanto a tu carrera profesional?

Amelia se encogió de hombros otra vez.

—Probablemente conseguiré otro trabajo en finanzas, al menos, a corto plazo. Eso no quiere decir que haya renunciado al sueño de ganarme la vida de forma creativa, pero me he dado cuenta de que no es algo que vaya a suceder de la noche a la mañana. Tendré que ir construyéndolo poco a poco.

—Me parece un enfoque sensato —dijo Violet, complacida por la actitud pragmática de Amelia—. ¿Vas a volver a Londres?

—Aún no lo sé. Anoche hablé con mi compañera de apartamento. Ella conoce a alguien que estaría interesado en compartir el apartamento, si decidiera mudarme. Eso está bien, porque me permite mantener abiertas mis opciones.

—¿Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras?

—Sí, gracias, mamá. Es bueno saberlo, aunque no creo que me quede mucho más tiempo. Este lugar es encantador, pero la vida en un pueblo no me conviene a largo plazo, además de que las oportunidades laborales son escasas en Merrywell.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Ya he enviado un par de solicitudes por internet —dijo Amelia—. He activado alertas para puestos de contabilidad y estoy pensando en dónde quiero vivir. Puede que sea Londres, o puede que sea otra ciudad. Hasta que me decida, probablemente me quedaré aquí contigo. ¿Te parece bien?

—Por supuesto que sí.

—¿Estás segura? No te estoy molestando, ¿verdad?

Violet se rio.

—Por supuesto que no. Me encanta tenerte aquí.

—¿No te resulta incómodo? ¿Con Matthew?

—No. Matthew y yo estamos bien; no es que vivamos pegados el uno al otro. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Sabes que haría cualquier cosa por ti, Amelia.

Ella sonrió.

—Eso está bien, porque, de hecho, necesito un favor.

«Oh, aquí vamos», pensó Violet, sonriendo mientras daba un trago a su cerveza.

—¿El qué?

—Mañana voy a pedir unas cosas y me preguntaba si estaría bien que las enviaran a The Memory Box. No quiero que las traigan aquí si no hay nadie y prefiero que no las envíen a la cafetería, porque, si no, Fiona querrá saber qué estoy tramando.

«No es la única», pensó Violet.

—No hay problema —dijo—. Tengo que salir a unas reuniones la semana que viene, pero, si no estoy, quizá Molly esté. Si no, Robert, de The Antiques Emporium, suele firmar a la entrega de los paquetes. Es muy amable.

—Genial. Gracias, mamá.

Violet dudó, luchando internamente por sofocar su curiosidad. La curiosidad ganó la batalla.

—¿Me vas a decir qué piensas pedir? —dijo, reprendiéndose en silencio por hacer la pregunta—. ¿O es una sorpresa?

Amelia sonrió enigmáticamente.

—Sí, es una especie de sorpresa. Tendrás que esperar y ver. Te enseñaré lo que hay en las cajas cuando lleguen.

—¿«Cajas», en plural? —preguntó Violet.

—Un par…, tres, como mucho.

—De acuerdo. No hay problema, siempre y cuando no contengan nada horrible.

—¿A qué te refieres con horrible?

—No sé. ¿A arañas que se comen insectos, o a serpientes?

Amelia se rio.

—Estoy bastante segura de que no se permite transportar insectos ni reptiles a través de la Royal Mail. Tranquila, mamá. No es nada horrible. Al contrario, creo que te sorprenderá gratamente.

—Ahora sí que tengo curiosidad —dijo Violet, impaciente por saber qué estaba tramando su hija—. ¿Seguro que no puedes contarme nada más?

—Podría, pero no lo voy a hacer. —Amelia sonrió misteriosamente —. Ya he dicho todo lo que voy a decir por ahora.

Más tarde esa noche, cuando Violet apagó las luces de la cocina y pensó en irse a la cama, se dio cuenta de que la comida para gatos que había dejado un par de horas antes estaba sin tocar. Normalmente, Rusty se zampaba la comida de un tirón.

—¿Está Rusty aquí? —dijo cuando regresó al salón.

Amelia estaba viendo la televisión.

—No, no la he visto desde esta mañana.

—No es habitual que se quede fuera en un día tan frío. A estas horas suele estar acurrucada delante de la estufa de leña.

—Quizá haya venido un caballero gatuno a visitarla —dijo Amelia, moviendo las cejas.

Violet se rio.

—Si es así, Rusty no le dará mucha importancia.

—¿Quieres que vaya al jardín a buscarla? —se ofreció Amelia.

—No, no hace falta. Puede entrar y salir cuando quiera por la gatera. Volverá pronto. Dentro de unas horas, estará sentada en mi cabeza, acariciándome la cara con las patas y diciéndome que me levante.

Amelia sonrió.

—¿Quién necesita un despertador cuando tiene a Rusty?

Capítulo 25

Para su desconcierto, Rusty seguía sin aparecer cuando Violet se despertó a la mañana siguiente, y, cuando bajó a la cocina y vio que la comida de la gata seguía intacta, sintió una punzada de preocupación.

—Seguro que estará aquí cuando vuelvas esta noche —dijo Amelia, que estaba sentada a la mesa comiendo una tostada con mermelada—. Le pondré comida fresca antes de irme a la cafetería.

—Gracias, cariño. Hoy tengo mucho que hacer, así que tengo que salir temprano; si no, saldría fuera y haría ruido con su caja de croquetas para gatos. Eso suele funcionar de maravilla.

—La llamaré cuando termine de desayunar —dijo Amelia—. No puede estar muy lejos.

—Esperemos que no —dijo Violet—. Nos vemos luego. Buena suerte hoy, cariño. Mucha suerte, como se suele decir.

Amelia se rio.

—Gracias, mamá.

Violet hizo el corto trayecto al trabajo en coche, por una parte, porque tenía una reunión más tarde, y, por otra, también porque el tiempo había mejorado un poco y el aumento de la temperatura había traído consigo una fina llovizna de las que solían encresparle el cabello alisado con esmero a Violet.

Como se había acostado la noche anterior con el estómago lleno, su sistema digestivo había conspirado para mantenerla despierta hasta altas horas de la madrugada. Se había quedado mirando al techo, luchando contra la acidez estomacal, preguntándose dónde estaría Rusty y preocupada por lo que había sucedido en Maple Grange. La idea de que Maureen estuviera sola en su apartamento no le parecía bien a Violet. Si, como sospechaba el sargento Winterton, alguien había conseguido una llave de la casa de Maureen, ¿qué le impediría volver a entrar en su apartamento a

cualquier hora del día o de la noche? Y, con el tobillo escayolado, Maureen no estaba en condiciones de escapar rápidamente.

Cuando llegó a la oficina, Violet revisó su horario de trabajo para la semana y elaboró una lista aproximada de tareas pendientes. Antes de abordar el primer punto de la lista, decidió tranquilizarse haciendo una breve llamada telefónica a Maureen.

—Maureen, soy yo…, Violet —dijo cuando Maureen respondió a la llamada.

—Lo sé, cariño —respondió Maureen—. Tu nombre ha aparecido en mi teléfono. ¿Cómo estás esta mañana?

Violet sonrió.

—Estoy bien. Siento llamarte tan temprano, pero estaba preocupada por ti. ¿Cómo te fue con el detective Winterton?

—Fue muy atento y escuchó pacientemente todo lo que tenía que decir.

—Y ¿qué va a hacer?

—Dijo que hablaría con William Horner y que investigaría sus antecedentes, pero, aparte de eso, no sé qué más puede hacer.

—No creo que descubra nada inapropiado en lo que respecta a William Horner —opinó Violet—. Después de salir ayer de tu apartamento, fui a ver a Dawn. Me dijo que su hermano no tiene intención de comprar la casa de Phyllis de la residencia. Al parecer, es muy rico y no necesita dinero. Así que, aunque es bueno que el sargento Winterton lo investigue a fondo, si Dawn dice la verdad, la policía no encontrará nada sospechoso. Y, descartando el beneficio económico como móvil, no creo que podamos justificar mantener a William Horner en nuestra lista de sospechosos.

—¿Y eso a dónde nos lleva? —quiso saber Maureen.

—A un callejón sin salida.

Maureen se rio.

—De vuelta al punto de partida: a pulsar el botón de reinicio y empezar otra vez desde cero.

—Sí, a cualquiera de esas cosas. Elige la que más te guste —dijo Violet, tratando desesperadamente de inyectar algo de humor en su voz—. En este momento, los clichés son lo único que nos queda, a

menos que se te ocurra algo más…, algo que quizá no hayas tenido en cuenta hasta ahora.

—Ojalá lo hubiera —dijo Maureen—. Créeme, nada me gustaría más que darle sentido a todo esto. Hasta que lo haga, no me sentiré segura… Estoy demasiado asustada como para salir de mi apartamento.

—He estado pensando en eso —respondió Violet—. Tienes que cambiar las cerraduras.

—Eso ya está —dijo Maureen—. Dawn llamó a un cerrajero cuando yo todavía estaba en el hospital. También he estado poniendo la cadena de seguridad en la puerta. Nunca había tenido motivos para usarla hasta ahora.

—Más vale prevenir que curar —dijo Violet—. Y está bien que hayas cambiado las cerraduras.

Maureen suspiró con cansancio.

—¿Sabes, Violet?, nunca me he sentido en realidad como si tuviera la edad que tengo, y desde luego nunca me he comportado como si la tuviera, pero últimamente… me siento vulnerable. Impotente.

—Quizá deberías irte a vivir con tu hija una temporada. No de forma permanente, solo hasta que todo se solucione.

—No quiero ser una carga. Jodie es subdirectora de un colegio y mi yerno es paramédico. Sus trabajos son estresantes y conllevan mucha responsabilidad. Además, trabajan muchas horas, así que acabaría estando sola en su casa, en lugar de aquí. Prefiero quedarme en mi propio apartamento. Más vale malo conocido que bueno por conocer, ya sabes.

—¿Qué pasa con Shirley? —preguntó Violet—. ¿Sabes cómo está?

El cambio de tema pareció animar a Maureen.

—Sí —dijo, con un tono más alegre y animado—. Me llamó anoche y no paraba de disculparse. Se sintió mortificada cuando se enteró de que la policía me había interrogado. Dijo que debía de estar aturdida por el accidente cuando sugirió que fui yo quien la atropelló. Recordaba haber visto el coche, pero poco más. Sabe que yo nunca haría algo así.

—Por supuesto que no.

—Lo importante es que se está recuperando bien. Esperan que pueda irse a casa en unos días. Le dije que la visitaría en cuanto le dieran el alta del hospital.

—¿Le contaste a Shirley lo que te había pasado?

—La policía ya se lo había contado. Han estado tratando de relacionar los dos incidentes y querían saber si a Shirley se le ocurría alguna razón por la que alguien pudiera atacarnos a las dos.

—¿Se le ocurrió alguna teoría?

—No —respondió Maureen—. Al igual que yo, está completamente desconcertada… y asustada. Muy asustada.

—¿Irá Jodie a verte hoy? —preguntó Violet.

—Está trabajando, pero vendrá esta noche —respondió Maureen.

—¿Necesitas algo antes de eso? —se ofreció Violet—. ¿Comida? ¿Medicamentos? ¿Una revista para leer?

—Me vendría bien un poco más de leche, pero no es urgente. Si se me acaba, tengo un poco de leche en polvo en un armario.

—Tengo una cita en la Oficina de Registros de Matlock esta tarde —dijo Violet—. Maple Grange está de camino. Te dejaré un cartón de leche de paso.

—No tienes por qué hacerlo…

—No es ninguna molestia —dijo Violet—. ¿La quieres desnatada, semidesnatada o entera?

—La prefiero semidesnatada, pero te agradeceré cualquier cosa que encuentres —respondió Maureen—. Gracias, Violet. Te lo agradezco. Nos vemos luego.

Capítulo 26

Violet se había llevado el joyero al trabajo con la intención de acercarse con él a la tienda de antigüedades para que Robert Dorman lo examinara. El joyero había sido el catalizador que la había llevado de vuelta a Maple Grange y al misterio que se estaba desarrollando allí. Sin ningún sospechoso claro aún identificado, Violet esperaba que un examen minucioso del joyero revelara el compartimento secreto al que Molly había aludido. Lo que Violet buscaba era la posibilidad de encontrar una pista oculta, algo que arrojara luz sobre lo que —si es que había algo— había acelerado la muerte de Phyllis.

Molly debía empezar a trabajar a las diez, pero llegó quince minutos antes.

—Buenos días —dijo con voz alegre, lo que sugería que estaba de muy buen humor.

—Hola —respondió Violet—. Suenas muy alegre para ser lunes por la mañana.

—Es porque me alegro de estar aquí.

Violet sonrió.

—¿Eso significa que te gusta tu nuevo trabajo?

—Me encanta —dijo Molly—. Estoy muy contenta, gracias. ¿Y tú? ¿Estás bien? Si no te importa que te lo diga, pareces distraída, como si hubieras sufrido un *shock*. ¿Por casualidad necesitas una taza de té fuerte y dulce?

Violet hizo una mueca al pensar en un té con azúcar.

—Solo estoy cansada, eso es todo —dijo—. Afortunadamente, no soy el tipo de persona que entra en *shock* con facilidad.

Molly arqueó las cejas.

—Qué alivio —dijo, y se sentó a su escritorio y cogió un expediente—. Porque he encontrado aquí una factura que lleva dos

meses vencida. Pensaba que iba a tener que sacarte de tu letargo haciéndote oler sales cuando te diera la noticia.

Molly sacó una factura impresa del expediente y se la entregó. Estaba a nombre de una organización benéfica para la que Violet había trabajado en otoño. La cantidad pendiente no era muy elevada, pero, ya fuera benéfica o no, la organización tendría que pagarla.

—Déjame a mí —dijo Violet—. Probablemente se les haya pasado. Estoy segura de que solo hace falta un pequeño recordatorio.

Molly volvió a extender la mano y movió los dedos.

—Puedo hacerlo yo —dijo—. Esa es una de las razones por las que me contrataste, ¿no? ¿Para hacer el seguimiento de las cosas? Devuélvemela y les llamaré ahora mismo.

Violet accedió, sabiendo que Molly era más que capaz de manejar la situación con diplomacia.

—Mientras llamas, voy a pasarme por la tienda de al lado —dijo Violet, cogiendo la bolsa que había traído al trabajo y que guardaba debajo de su escritorio—. He traído el joyero. Voy a dejar que Robert Dorman le eche un vistazo, a ver si encuentra algún cajón secreto.

—¡Ay, qué emocionante! —exclamó Molly—. ¿Me lo contarás si encontráis algo?

—Por supuesto —dijo Violet—. No tardaré mucho. Nos vemos en un rato.

Agarró las asas de la bolsa, salió al patio y giró a la izquierda hacia el negocio vecino, The Antiques Emporium. Si el joyero tenía un compartimento secreto, estaba segura de que Robert Dorman lo encontraría. Sería emocionante descubrir un tesoro escondido, pero, si podía elegir, Violet prefería encontrar una pista sobre el misterio que se estaba desarrollando en Maple Grange.

—Si quieres venderlo, te haré un buen precio —dijo Robert Dorman, mientras echaba un vistazo rápido al joyero—. Este tipo de objetos siempre tiene mucho éxito en la tienda.

—Eres muy amable, Robert, pero fue un regalo y no tengo intención de venderlo. Sin embargo, me gustaría que me dieras tu

opinión. Molly cree que el joyero tiene un compartimento secreto. Tú eres el experto… ¿Podrías echarle un vistazo?

Al mencionar el nombre de Molly, los ojos de Robert se iluminaron detrás de sus gafas de montura gruesa.

—Es muy inteligente, esa Molly —dijo, sin ninguna prisa por comprobar si el joyero tenía un cajón secreto—. ¿Te ha gustado el escaparate que ha montado? Me ha parecido que ha elegido unos artículos muy interesantes.

—Sí, es verdad —asintió Violet—. Una combinación muy ecléctica.

Él se tocó el lado de la nariz.

—También es una negociadora dura. Tienes una buena empleada. Deberías quedártela.

—Eso pretendo. —Sonrió Violet—. Ahora… hablemos de esta caja.

—Sí… sí, por supuesto. —Robert parecía nervioso y volvió a centrar su atención en el joyero.

Ella observó cómo levantaba la tapa, sacaba la bandeja extraíble y pasaba los dedos por el interior y el exterior de la caja. Mientras esperaba, Violet contuvo la respiración.

—Es bastante común que las cajas y los armarios victorianos tengan compartimentos secretos incorporados —dijo Robert—. Se utilizaban para ocultar las posesiones o documentos más valiosos de sus propietarios. Los cajones ocultos suelen tener algún tipo de mecanismo de apertura, pero hay que saber cómo accionarlo. —Se apartó para admirar la artesanía de la caja—. Preciosa —dijo, inclinando la cabeza y sonriendo soñadoramente—. Cuando manejas una pieza como esta, te preguntas quién fue su dueño y qué guardaba en ella. Si esta caja pudiera hablar, ¿qué historias contaría? Es una pieza absolutamente maravillosa. Una obra de arte, ¿no crees?

—Es impresionante —dijo Violet—, pero ¿tiene un compartimento secreto?

Robert asintió con la cabeza de forma tranquilizadora.

—Con algo de esta calidad, casi puedo garantizarlo. Los mecanismos ocultos son la verdadera marca del ingenio y la artesanía de un fabricante de cajas. Todas las mejores cajas los tienen. Podría estar oculto en cualquier lugar: podría haber un panel

o un fondo falso, o podría haber un espacio que se abre desde el interior de la propia caja.

—La he registrado minuciosamente —dijo Violet— y no he visto nada.

—Eso es señal de lo bien hecha que está. Estas cosas no son fáciles de detectar porque se mimetizan con la estructura circundante, como un camaleón, y, en realidad, descubrir la ubicación de un compartimento secreto es solo la mitad del trabajo. Luego hay que averiguar cómo acceder a él. Hay tantas posibilidades: una pared o un suelo con resorte o deslizante, un botón oculto o un pestillo de liberación, un fondo falso o una cabeza de tornillo con resorte. Vas a tener que darme unos minutos para resolverlo.

Violet esperó mientras Robert evaluaba las facetas de la caja.

—Si no te importa, preferiría que no te quedaras mirando —dijo él cuando Violet se inclinó hacia él—. Normalmente hay un truco para esto y no trabajo bien bajo presión. ¿Por qué no te das una vuelta por la tienda? Te daré una voz en cuanto lo encuentre.

A regañadientes, Violet se alejó por el pasillo central de la tienda. Se detuvo ante una vitrina llena de pisapapeles de la Royal Crown Derby[7] con forma de animales y sonrió a un gato que se parecía mucho a Rusty. Siguió adelante y se detuvo ante una colección de cristalería de mediados de siglo. Un jarrón con forma de banjo de Whitefriars[8] le llamó la atención. Lo estudió durante un momento, admirando el cristal de color naranja brillante. Ese tono le recordó los caramelos de azúcar de cebada que comía de niña en los viajes en coche. Por un momento, pensó en comprar el jarrón, que quedaría precioso en el rincón de su salón, pero luego miró la etiqueta del precio y siguió avanzando. Los adornos caros no eran una opción cuando se tenía una mascota a la que le gustaba saltar por encima de los muebles.

El siguiente pasillo estaba formado por vitrinas cerradas con llave. Mientras Violet examinaba una vitrina de elegante plata escandinava, vio un broche con forma de gato. ¿Por qué todo lo que le llamaba la atención le recordaba a Rusty? La ansiedad le revolvió el estómago. ¿Habría llegado ya la gata a Greengage Cottage?

Mientras miraba fijamente la vitrina, oyó a Robert llamarla.

—¿Violet? ¿Estás ahí? Creo que lo he encontrado.

Corrió hacia el mostrador y lo encontró entrecerrando los ojos para ver el mecanismo de la cerradura de la parte delantera de la caja. En su mano derecha sostenía un instrumento largo y puntiagudo.

—Si estoy en lo cierto y empujo esto en la parte superior del agujero de la cerradura, debería accionar una varilla con resorte que atraviesa la tapa delantera de la caja.

—¿Y qué pasará entonces? —preguntó Violet.

—Extraerá un fondo oculto que se acciona por resorte. Al menos, en teoría.

Violet miró fijamente la afilada herramienta metálica que Robert sostenía.

—¿Estás seguro de eso? Si te equivocas, ¿no dañará esa cosa que tienes en la mano la cerradura?

—Tendré cuidado —respondió él.

Violet puso las manos detrás de la espalda y cruzó los dedos. La reputación de torpe de Robert no inspiraba precisamente confianza. Observó cómo introducía con cuidado la larga punta metálica. Un segundo después, se oyó un clic y Robert levantó el puño en señal de victoria.

—Ya estamos dentro —dijo al accionar una abertura oculta.

—Está vacío —objetó Violet, consternada al contemplar un cajón poco profundo forrado de terciopelo—. Qué decepción.

—Espera un momento —dijo Robert—. Aún no hemos terminado.

Sacó el cajón y lo dejó a un lado.

—Creo que puede haber otra sección oculta —dijo Robert—. Solo se puede acceder a ella cuando se ha sacado el cajón.

Violet observó en silencio mientras él extraía otra sección de madera lisa con dos tapas deslizantes.

—Una bandeja secreta —dijo Robert, sonriendo de oreja a oreja—. Debía de utilizarse para guardar soberanos o joyas valiosas. ¿Estás lista? ¿Quito las tapas?

Violet asintió con la cabeza, demasiado emocionada para hablar.

—¡Tachán! —Robert levantó la tapa izquierda.

Violet aspiró hondo y soltó el aire rápidamente al ver que la primera mitad del compartimento de madera estaba vacía.

—Esto está acolchado —dijo Robert, inspeccionando la cara interna de la tapa—. Debía de ejercer la función de cojín que presionaba lo que se guardaba aquí para evitar cualquier movimiento o ruido que pudiera alertar a alguien de la presencia de un cajón secreto.

—Ya veo —dijo Violet, deseando que Robert se saltara la lección de antigüedades y se dedicara a quitar la tapa derecha.

—Veamos si hay algo en esta mitad, ¿te parece? —propuso él por fin.

Cuando descubrió el segundo lado de la bandeja, Violet se sintió desanimada. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un montón de cartas? ¿Un conjunto de anillos de diamantes? ¿Una nota escrita a toda prisa por Phyllis?

—Otro espacio vacío —dijo, reconociendo que esta «gran revelación» se había convertido en un fiasco.

—No del todo —dijo Robert—. Hay algo aquí…, en la esquina, aunque no estoy seguro de qué es.

Sonriendo, sacó un pequeño objeto oscuro del cajón y se lo entregó.

[7] La Royal Crown Derby es una fábrica de porcelana blanca de alta calidad con sede en Derby, Inglaterra, que viene produciendo artículos de mesa y adornos desde 1750.

[8] La firma James Powell and Sons, también conocida como Whitefriars Glass, era una empresa inglesa con sede en Londres dedicada a la fabricación de vidrio, vidrieras y vitrales. Con el nombre de Whitefriars Glass, existió desde el siglo XVII, pero se hizo famosa gracias al neogótico del siglo XIX y a la demanda de vitrales de iglesias. Continuó fabricando vidrio artístico hasta el siglo XX, hasta que en 1980 cesó su producción.

Capítulo 27

Violet invitó a Molly a almorzar temprano en Books, Bakes and Cakes. El objetivo principal de su visita a la cafetería era celebrar que Molly ya había cumplido su primera semana como empleada de The Memory Box, pero también era la ocasión perfecta para ver cómo le iba a Amelia en la cafetería.

Mientras Violet y Molly estaban en la barra mirando la carta, Amelia salió de la cocina.

—Hola, mamá —dijo con una sonrisa perspicaz—. ¿Has venido a ver cómo me va?

—Debo confesar que me interesa saber cómo te ha ido en tu primer día, pero el motivo principal de mi visita es comer. Esta es mi asistente, Molly. Molly, esta es mi hija, Amelia.

—Hola, Amelia. He oído hablar mucho de ti —dijo Molly—. ¿Cómo te va? ¿Te estás adaptando bien?

—Poco a poco… —respondió Amelia—. Todavía me queda mucho por aprender.

—¿Te han dejado sola? —dijo Violet—. No estarás llevando el local tú sola, ¿verdad?

Amelia se rio.

—No, no te preocupes. Fiona me supervisa de cerca. Se ha pasado casi toda la mañana yendo y viniendo entre la cafetería y la panadería. Ahora… ¿qué os pongo? ¿Ya os habéis decidido?

—Me gustaría la ensalada de *halloumi* y un café *latte*, por favor —dijo Molly.

Violet eligió los *panini* de queso de cabra y pesto.

—Con una ración de patatas fritas —añadió.

—¿En serio? —dijo Amelia—. ¿Es buena idea? Anoche dijiste que ibas a reducir los carbohidratos.

Violet frunció el ceño.

—Espero que no estés dando consejos nutricionales a todos tus clientes. ¿Te preocupa mi salud o es que no sabes cómo funciona la

freidora?

—Ja, ja, muy graciosa. ¿Sabes que Fiona tiene un cocinero profesional? Como te he dicho, yo solo estoy aquí para tomar los pedidos, cobrar y servir las mesas. Sentaos y os traeré la comida cuando esté lista. Supongo que querrás un capuchino con los *panini* y las patatas fritas.

Violet sonrió.

—Supones bien. Gracias, cariño. Estaremos en el rincón del fondo.

—¿Quieres ver lo que ha encontrado Robert Dorman en el compartimento secreto? —dijo Violet cuando ella y Molly se sentaron.

—Por supuesto que sí —respondió Molly.

—*Voilà!* —dijo Violet mientras colocaba el objeto misterioso hallado en el joyero sobre la lisa superficie de la mesa—. ¿Qué crees que puede ser?

—Es difícil de decir —respondió Molly, y cogió el objeto aún sin identificar y lo examinó con atención.

—Creo que podría ser un tipo de nuez —dijo Violet.

Molly giró el objeto con forma de nuez entre sus dedos y lo levantó y lo miró a contraluz.

—Es posible, pero no estoy segura de de qué tipo. Está muy arrugada. No parece un tesoro escondido, ¿verdad? No puedo creer que Robert descubriera un cajón secreto y que esto fuera lo único que había dentro.

Violet se rio.

—Fue una auténtica decepción —le confesó—. Deberías haber visto su cara.

—Me lo imagino —dijo Molly sonriendo, y le devolvió la «nuez».

—Eso sí, yo también me sentí bastante decepcionada. Realmente pensaba que la caja podría revelar más información sobre Phyllis.

Desde la izquierda, Amelia se acercó a su mesa con una bandeja con sus cafés.

—Aquí tenéis —dijo Amelia al dejar las tazas sobre la mesa—. Os traeré la comida en unos cinco minutos. Que aproveche.

—Gracias, cariño —dijo Violet, fijándose en la expresión agobiada del rostro de su hija—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Amelia—. Todavía estoy familiarizándome con la cafetera, pero no es nada que no pueda manejar. Lo siento, mamá… Tengo que volver a la cocina. Nos vemos luego, ¿vale?

—¿Estarás en casa para cenar esta noche? —preguntó Violet cuando Amelia se había dado la vuelta.

—Sí —respondió ella, hablando por encima del hombro mientras se dirigía a la cocina—. Volveré sobre las cinco y media.

—Caramba. Dos noches seguidas cenando con mi hija —dijo Violet, una vez que Amelia se hubo alejado lo suficiente como para que no pudiera oírla—. Las cosas están mejorando. El sábado apenas la vi. No llegó a casa hasta medianoche.

—Qué suerte tiene Amelia —dijo Molly—. Yo doy gracias si consigo salir alguna noche, y, aun cuando lo consigo, suelo volver a casa y meterme en la cama a las diez y media.

Tomaron sorbos de sus cafés. Molly entrecerró los ojos.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo—. ¿Puedo echarle otro vistazo a eso? ¿A la «nuez»?

Violet la sacó del bolsillo y la volvió a poner encima de la mesa.

—Está muy seca y arrugada —dijo Molly, mientras la examinaba minuciosamente—. Si queremos averiguar qué es, tenemos que imaginar cómo sería antes de que se marchitara tanto.

Violet se quedó mirando la cáscara dura y oscura e hizo todo lo posible por visualizarla en su forma original.

—Imagínatela más grande y redonda —dijo Molly—. Con una cáscara marrón brillante, en lugar de esta cáscara seca y negra que vemos ahora.

Violet frunció el ceño, concentrada.

—¿Como una castaña, quieres decir?

—Yo estaba pensando en una castaña de un castaño de Indias —contestó Molly.

—¿Por qué iba a guardar nadie una castaña de Indias en un cajón secreto?

—No lo sé. —Molly se encogió de hombros—. ¿Por su valor sentimental?

—¿Qué tipo de persona se encariña con una castaña de Indias?

—Un niño —respondió Molly—. Dijiste que a Phyllis le regalaron la caja cuando era adolescente. Quizá ganó un campeonato de castañas de Indias con ella y no se atrevió a tirar su castaña premiada. Quizá la escondió en la caja y luego se olvidó de ella.

—O… tal vez ni siquiera sabía que estaba allí. Es posible que no supiera nada del cajón secreto.

—Supongo que nunca lo sabremos. Quizá esto… —dijo Molly, deslizando la «castaña» por la mesa— esté destinado a seguir siendo uno de los misterios de la vida.

Violet se frotó las manos.

—Ya me conoces —dijo, con brillo en los ojos—. Me encantan los buenos misterios, siempre que pueda resolverlos.

Molly se rio.

—Este va a ser un reto, incluso para ti, Violet. Buena suerte. Creo que la vas a necesitar.

Capítulo 28

El cajón oculto y el objeto que contenía pronto quedaron en el olvido entre una avalancha de llamadas telefónicas después del almuerzo y una hora dedicada a editar una película corporativa que Violet estaba deseando terminar. A las dos y media, cuando salió hacia su coche y emprendió el viaje a Matlock, el misterio sin resolver de la «nuez» ya se estaba desvaneciendo en su mente.

Su primera parada fue la tienda del pueblo, donde compró una pinta de leche para Maureen. Cuando se acercó a la caja para pagarlo, vio a la madre de Matthew, Joyce, delante de ella en la cola.

—Hola, cariño —dijo Joyce—. Hace tiempo que no te veo. ¿Cómo te va? Matthew me ha dicho que tu hija está de visita.

—Sí. Es maravilloso tenerla aquí. Aunque no la veo mucho. Ha conseguido un trabajo en la cafetería, sustituyendo a Sophie mientras ella está fuera.

—Lo sé. Rhys me lo comentó. Fue él quien le dijo a Amelia que en la cafetería faltaba personal.

Violet asintió con la cabeza.

—Pensé que había sido él quien le había dado el aviso. Se irá pronto a Australia, ¿no? Lo vais a echar de menos.

—Sí, pero nos alegra saber que va a cumplir su sueño y embarcarse en una aventura. Nos ha prometido que nos llamará por FaceTime. No será lo mismo que verlo en persona; sin embargo, solo serán unos meses. Volverá a Merrywell antes de que nos demos cuenta.

—Estoy segura de que lo pasará muy bien.

Después de pagar sus compras, Joyce se hizo a un lado para que Violet pudiera comprar la leche.

—Por cierto, ya que estoy aquí, ¿alguno de vosotros ha visto a mi gata últimamente? —preguntó Violet mientras Will, el dueño de la

tienda, le daba el cambio—. Es una gata atigrada pequeña, de pelo corto y ojos verdes.

Tanto Joyce como Will negaron con la cabeza.

—¿Se ha perdido? —preguntó Joyce.

—Espero que no, pero no la he visto desde el domingo por la mañana y estoy empezando a preocuparme.

—A los gatos les gusta vagabundear —dijo Will—. Son criaturas muy independientes. Una vez tuvimos un gato atigrado que solía perderse durante días.

—Will tiene razón —dijo Joyce—. Los gatos tienen mente propia y pueden ser rebeldes. Estoy segura de que tu gata aparecerá pronto, pero la buscaré.

Violet y Joyce salieron juntas de la tienda y se dirigieron al Toyota de Violet, que había aparcado a unos metros de allí.

—Matthew nos ha contado que ha habido unos sucesos extraños en Maple Grange —le confió Joyce—. Brian y yo habíamos estado pensando en mudarnos allí; sin embargo, ahora nos lo estamos replanteando. Siempre creímos que sería un lugar tranquilo y relajado para vivir, pero, al parecer, no es así.

—Para ser justos, quizá sea un buen lugar en el que retirarse —dijo Violet—. Seguramente los problemas actuales sean solo temporales.

Joyce frunció el ceño con pesimismo.

—Recuerda mis palabras —dijo—. Habrá repercusiones para la residencia de jubilados…, seguro. Maple Grange se promociona como un refugio seguro, pero eso no va a servir de nada cuando la gente se entere del atentado contra la vida de Maureen.

—Supongo que también has oído lo de Shirley, ¿no?

—Sí —respondió Joyce—. Y los rumores sobre Phyllis.

Violet sonrió.

—Parece que Matthew te ha contado todo.

—Sí…, pero tuve que sacárselo con sacacorchos. Ya sabes lo reservado que puede ser.

Violet se rio.

—Es cierto. Tu hijo no es de los que cotillean.

Joyce se rio entre dientes.

—A diferencia de nosotras, ¿eh, Violet? —dijo, inclinándose hacia ella—. Vamos, ¿qué opinas de todo esto?

A Violet le molestó un poco que la metieran en el mismo saco que al grupo de chismosas del pueblo. ¿Así era como la veía la gente? ¿Como una chismosa?

—La verdad es que no lo sé —dijo, adoptando un aire de indiferencia en un intento por atenuar su reputación de entrometida —. La situación plantea muchas preguntas, pero ninguna para la que tenga respuesta.

—Bueno, te diré una cosa con certeza —dijo Joyce, dando un pequeño codazo a Violet—. Hasta que la policía descubra quién está detrás de estos incidentes, Brian y yo vamos a dejar en suspenso nuestros planes de mudarnos a Maple Grange. De forma indefinida.

Eran casi las tres cuando Violet llamó a la puerta del apartamento de Maureen, y pasó un minuto entero antes de que oyera cómo se deslizaba la cadena de seguridad. El pestillo traqueteó y entonces el rostro magullado de Maureen se asomó por la rendija de la puerta.

—Solo soy yo —dijo Violet, levantando el cartón de leche.

—Pasa, cariño. —Maureen volvió a cerrar la puerta para quitar la cadena y luego la abrió de par en par—. Siento haber tardado tanto. No puedo moverme muy rápido con este maldito yeso en el pie.

Mientras Maureen cojeaba de vuelta a su lugar favorito en el sofá, Violet se desvió hacia la cocina y guardó la leche en la nevera.

—Gracias por comprarla —dijo Maureen cuando Violet se reunió con ella en el salón—. ¿Cuánto te debo?

—No te preocupes por eso. Ya arreglaremos cuentas en otro momento.

—Eres muy amable por traerla. ¿Quieres sentarte un momento?

—No puedo quedarme mucho tiempo —respondió Violet, y se sentó en una silla—. Tengo que estar en la Oficina de Registros en media hora. Me alegro de haber podido verte. No paras de decir que estás bien, pero quería venir a comprobarlo por mí misma.

Maureen asintió con la cabeza.

—Entre nosotras, me he sentido nerviosa, inquieta…, pero estaré bien. Shirley volvió a llamar hace un rato y hay buenas noticias. Esperan darle el alta mañana.

—¿Ha recordado algo más del accidente?

—La verdad es que no. Recuerda haber cruzado la calle y haber visto mi coche por el rabillo del ojo. Cuando se dio cuenta de que se precipitaba hacia ella, intentó saltar para esquivarlo… No obstante, saltar no es algo fácil cuando se llega a nuestra edad. Casi había conseguido cruzar, cuando el coche viró hacia el centro de la carretera, la embistió y la lanzó por los aires. Eso es lo último que recuerda. Debió de perder el conocimiento al caer.

—Y ¿ahora ya está bien? —preguntó Violet—. ¿No tiene daños duraderos?

—Algunos huesos rotos, pero ella está bien.

—Entiendo que no le vio la cara al conductor.

—No, todo sucedió en una fracción de segundo. Aparte de identificar el coche, no se fijó en nada más.

—¿Tiene alguna teoría sobre quién iba al volante?

—No, está tan desconcertada como yo por todo lo que ha sucedido.

—¿Hay alguna razón particular por la que alguien quisiera atacaros a ti, a Shirley y a Phyllis? —preguntó Violet—. ¿Algo que os conecte a las tres, quizá? ¿Algo que no me hayáis contado?

Maureen levantó las manos.

—Las tres estamos conectadas de muchas maneras —dijo—. Hemos sido amigas toda la vida y hemos compartido muchas cosas a lo largo de los años. Shirley y yo dimos a luz a nuestras hijas con pocos días de diferencia, y nuestras dos niñas fueron juntas al colegio. Phyllis nunca tuvo hijos, por supuesto, pero las tres siempre hemos estado presentes en la vida de las demás y hemos hecho cosas juntas.

Violet miró su reloj. Iba a tener que marcharse pronto.

—Bueno…, si se te ocurre alguna idea nueva, avísame —dijo—. Ahora mismo, será mejor que me vaya si quiero llegar a tiempo a Matlock.

Se levantó y rebuscó en su bolsillo la llave del coche, pero, en lugar de la llave, sus dedos encontraron otra cosa: la misteriosa «nuez».

—Antes de irme, ¿puedo enseñarte una cosa? —Sacó la «nuez» del bolsillo—. ¿Recuerdas que Phyllis me dejó su joyero?

Maureen se rio entre dientes.

—Por supuesto que sí —dijo—. Puede que me haya dado un golpe en la cabeza, pero mi memoria funciona perfectamente.

Violet sonrió.

—¿Sabías que tenía un compartimento secreto?

Maureen asintió brevemente con la cabeza.

—Sí, Phyllis lo mencionó varias veces cuando era niña. Estaba muy orgullosa de ese joyero. Se lo regaló su abuela, que le contó todo sobre el cajón oculto y cómo acceder a él. Era su pequeño secreto. Phyllis solía guardar allí cosas que no quería que sus padres supieran.

—¿Qué tipo de cosas?

—No lo sé. Probablemente notas de amor. Cosas privadas.

Violet extendió la mano, con la «nuez» escondida en el puño.

—No encontré ninguna nota de amor —dijo—. Pero encontré esto.

Maureen extendió la mano y Violet dejó caer el misterioso objeto en su palma. Maureen lo miró fijamente durante un momento, y pareció desconcertada.

—Mi primera teoría es que se trata de algún tipo de nuez o semilla —dijo Violet—. Molly, mi asistente, cree que podría ser de un castaño de Indias.

Las palabras «castaño de Indias» provocaron una mirada de horror y repugnancia en el rostro de Maureen. Retiró el brazo bruscamente, como si lo que tenía en la mano la hubiera quemado.

—¿Qué pasa? —preguntó Violet, recogiendo del sofá la «nuez»—. ¿La reconoces?

—Sí —respondió Maureen—. Creo que sí. Me ha costado un momento darme cuenta, pero tienes razón. Es una castaña de Indias.

—¿Tienes idea de qué hace en el joyero de Phyllis?

Maureen respiraba rápidamente.

—Dame un momento, ¿quieres? Volver a ver esa cosa me ha alterado bastante.

Violet esperó con paciencia, sorprendida de que algo en apariencia inocuo hubiera provocado una reacción tan visceral en Maureen.

—Es una castaña, cogida de un árbol hace mucho tiempo —dijo Maureen, tras unos instantes—. Sabía que Phyllis la había cogido, pero no puedo creer que la haya guardado todos estos años.

Maureen se había puesto pálida, lo que hacía que el moratón de su mejilla resaltara aún más.

—¿Cogida? ¿De dónde la cogió? ¿Qué historia hay detrás?

Maureen se incorporó y se estremeció, como si quisiera sacudirse un recuerdo indeseado.

—No hay ninguna —dijo—. Al menos, ya no. La castaña es una reliquia de algo que he intentado olvidar a lo largo de los años, y supuse que Phyllis también.

—Entonces, ¿estás diciendo que no es importante? —dijo Violet—. ¿Que no tiene ninguna importancia?

Maureen se estremeció.

—No tiene importancia, Violet. Ya no. Phyllis debió de guardar la castaña y conservarla porque representaba un recuerdo, pero no es uno en el que me guste pensar. Y definitivamente no es un recuerdo que vaya a compartir cuando me entrevistes.

—¿Quieres contármelo ahora, ya que estamos solas? —preguntó Violet—. Sin cámaras. Sin grabadoras. Me conformo con escuchar, si crees que te ayudará.

Maureen hundió los dedos de la mano izquierda en sus suaves rizos grises.

—Phyllis, Shirley y yo acordamos que nunca volveríamos a hablar de ello. Sin embargo, por mucho que lo intentáramos, dudo que ninguna de nosotras fuera capaz de eliminar por completo ese recuerdo. Ocurrió hace mucho tiempo, en los años cincuenta, pero, aun así, nunca se olvida ese tipo de trauma infantil. Si algo así ocurriera ahora, a los niños afectados se les ofrecería apoyo y asesoramiento. En aquella época, nos dijeron que lo olvidáramos y que no lo comentáramos. Así es como se manejaban las situaciones

difíciles en aquellos días. El viejo método de mantener la compostura.

—¿«Situaciones difíciles»? —dijo Violet—. ¿Qué pasó?

—Fue un accidente —contestó Maureen—. Un accidente terrible, terrible.

Capítulo 29

Con mano temblorosa, Maureen se agarró el botón superior de la blusa. Parecía nerviosa y sin aliento, y reacia a hablar.

—No pasa nada —dijo Violet, poniendo una mano tranquilizadora sobre el hombro de Maureen—. Tiraré la castaña de Indias. No tienes que decirme nada, si te hace sentir incómoda.

—Preferiría no tener que volver a sacar todo el tema, pero no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad? —respondió Maureen—. Hace unos momentos, me preguntaste si había algo que me uniera a Phyllis y Shirley. La respuesta sencilla es… que teníamos muchas cosas en común y montones de recuerdos maravillosos…, pero ver esa castaña me ha recordado algo que habíamos decidido olvidar. Un mal recuerdo. El accidente. Nos unió, hizo que nuestra amistad fuera aún más estrecha y, aunque nunca hablamos de ello, se ha quedado con nosotras, acompañándonos a lo largo de los años, persiguiéndonos como un fantasma.

—¿Es posible que lo que pasó entonces esté relacionado con lo que está pasando ahora? —dijo Violet.

—Lo dudo.

Violet le dio a Maureen otro apretón tranquilizador en el hombro.

—Entonces quizá sea mejor mantener ese recuerdo enterrado. No tienes ninguna obligación de contármelo.

Maureen se llevó los dedos a los labios, pensativa.

—Estamos hablando de algo que ocurrió en septiembre de 1955 —dijo—. Yo tenía diez años, así que es historia antigua de verdad y es muy improbable que tenga relación con algo que haya ocurrido recientemente.

Violet asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Lo entiendo. Yo…

—Aunque… —interrumpió Maureen de nuevo—. A veces el pasado vuelve para atormentarnos, ¿no? Los viejos resentimientos solo mueren realmente cuando nosotros morimos, ¿no es así?

—No lo sé —dijo Violet—. ¿Crees que alguien podría seguir guardando rencor? ¿Por el accidente?

Maureen suspiró.

—Lynette Slater —dijo, revelando el nombre mientras se recostaba en el sofá—. Se cayó de un árbol. Un castaño de Indias. Ella fue la víctima del accidente al que me refería.

—¿Resultó gravemente herida? —preguntó Violet.

Maureen respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Se rompió la espalda —respondió con voz entrecortada por la emoción—. Le dijeron que nunca volvería a caminar. La familia de Lynette nos culpó a nosotras: a Phyllis, a Shirley y a mí.

—¿Y Lynette? ¿Os culpó ella? ¿Sigue viva?

—No lo sé —respondió Maureen—. La familia se mudó poco después del accidente. El señor y la señora Slater estaban decididos a que su hija recibiera el tratamiento más innovador, que no estaba disponible en Derbyshire.

—¿A dónde fueron?

—No tengo ni idea. No tenían ninguna razón ni ninguna gana de mantenerse en contacto con nosotras. Como te digo, es agua pasada. No puede ser que tenga ninguna relación con lo que está pasando ahora. Olvídalo, Violet. Tienes que acudir a una reunión. No te preocupes por mí: Jodie estará aquí en unas horas. Estaré bien. Vete. No llegues tarde.

Ver la castaña marchita había afectado tan profundamente a Maureen que a Violet le gustaría poder quedarse más tiempo.

—Tengo que irme —dijo—. Pero no me gusta dejarte así. Aunque entiendo que no quieras hablar conmigo sobre el incidente con Lynette Slater, creo que deberías llamar al sargento Winterton y contárselo.

—¿Para qué? —dijo Maureen—. Y ¿qué le diría exactamente? ¿Que existe una remota posibilidad de que alguien quiera vengarse por algo que ocurrió hace mucho tiempo? Se reiría en mi cara.

—Charlie Winterton nunca sería tan grosero —dijo Violet—. Es uno de los buenos y nunca descarta nada de plano. Es cierto que a veces puede parecer que eso es lo que hace, pero en realidad lo que hace

es asimilar lo que le cuentas y dejar que fermente en su mente. Procesa las cosas para darles sentido, si es que tienen algún sentido.

—En este caso, no estoy segura de que lo tenga —dijo Maureen—. Pero tienes razón, quizá debería hablar con él. Sin embargo, primero me gustaría tener algo de tiempo para reflexionar sobre todo esto. Me cuesta aceptar que alguien espere durante décadas para vengarse. ¿Por qué iban a tomar represalias ahora, después de tantos años?

—Una pregunta más urgente es: ¿quién está detrás de todo esto? ¿Podría ser un miembro de la familia Slater? Y, si alguien ha decidido ir a por vosotras, ¿dónde está ahora?, ¿tiene intención de volver a intentarlo?

Cuando Violet terminó la frase, se oyó un golpe fuerte y persistente en la puerta.

Maureen dio un respingo.

—Quizá sea ese alguien —dijo—. Quizá haya venido a rematarme.

A pesar de parecer asustada, Maureen estaba haciendo todo lo posible por restarle importancia a la situación. Violet sonrió, admirando su negativa a dejarse intimidar.

—¿Esperas a alguien?

—No, no espero a nadie. Sé un encanto y ve a ver quién es, ¿quieres? Así me ahorrarás tener que cojear por el pasillo.

—¿Quieres que lo eche?

—Depende de quién sea —respondió Maureen—. Si es uno de mis amigos, puedes dejarlo entrar.

—¿Estás segura de que es buena idea? —preguntó Violet.

—Quizá no, pero es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Violet dudó si poner la cadena de seguridad antes de abrir, pero al final decidió no hacerlo. Cuando abrió la puerta, se encontró a Keith Ludworth en el pasillo exterior con un ramo de tulipanes rizados en la mano.

—Hola, Keith —dijo ella.

—¡Violet! —Parecía sorprendido de verla—. ¿Cómo estás? Y ¿qué haces aquí?

—Solo he venido a dejarle leche a Maureen. Se había quedado sin nada.

Él se quedó perplejo.

—Podría haber ido a comprarla yo si me lo hubiera dicho. ¿Cómo está? Espero que mejor que mi jardinera.

Se movió hacia delante como para entrar en el apartamento, pero Violet se quedó donde estaba, bloqueándole el paso.

—Espera un momento, Keith. Antes de que entres, mejor déjame comprobar si Maureen recibe visitas.

—Te ha recibido a ti, ¿no? —dijo, apartando a Violet y avanzando por el pasillo.

Violet lo siguió, a toda prisa, hasta el salón.

—Hola, Maureen —dijo al tiempo que le entregaba las flores—. ¿Cómo te encuentras, muchacha?

—He tenido días mejores, Keith, pero al menos sigo respirando, gracias principalmente a tu jardinera. Me di un buen golpe cuando me caí en ella. Espero que no haya quedado muy destrozada.

—Al igual que tú, está un poco magullada y abollada, pero ha sobrevivido. —Le guiñó un ojo—. Tanto las jardineras como las mujeres aquí las hacen resistentes.

Maureen se rio.

—Si necesita una reparación, avísame y yo pagaré los desperfectos.

—No te preocupes —dijo Keith—. Me alegro de verte mejor que cuando te encontré en mi balcón. Me tuviste bien asustado. Ya fue bastante malo perder a Phyllis. No puedo permitirme perderte a ti también.

—Siento lo de Phyllis, Keith —dijo Violet—. Hace poco me enteré de que ella y tú estuvisteis casados.

Keith se giró sobre sus talones para mirarla.

—Te estás yendo un poco atrás —dijo con voz brusca—. Eso fue hace mucho tiempo. Nuestro matrimonio fue bonito mientras duró, pero no duró mucho. Phyllis estaba mejor sin mí; de eso no hay duda. Eso sí, estoy agradecido de que ella y yo hayamos tenido la oportunidad de volver a tener trato más recientemente, aquí, en Maple Grange. Phyllis era una mujer encantadora…, una buena mujer. Demasiado buena para mí; eso seguro. Echo de menos tenerla cerca. La echo mucho de menos.

—Ahora tendrás que conformarte con mi compañía, ¿verdad, querido? —dijo Maureen.

Keith se sentó junto a Maureen, le rodeó los hombros con el brazo y le dio un apretón amistoso.

Violet no confiaba del todo en Keith, ni en sus razones para estar en el apartamento de Maureen. Su presencia le recordó su comentario sobre «esperar a tener todas sus cosas en orden» y volvió a preguntarse cuáles fueron sus motivos para mudarse a la residencia de jubilados.

—Por cierto, Keith, ya que estás aquí, hay una cosa que me gustaría preguntarte —dijo.

—Ah, ¿sí?, ¿qué es?

—Cuando te entrevisté en otoño, me dijiste que tenías que esperar a tener todas tus cosas en orden antes de volver a Derbyshire. ¿Qué querías decir con eso?

Keith entrecerró los ojos.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por curiosidad. Me dijiste que querías volver a Derbyshire tan pronto como te jubilases, pero no regresaste hasta hace un par de años y ahora tienes…, ¿cuántos?…, ¿más de setenta y tantos?, ¿ochenta?

—Ochenta y uno, de hecho, aunque sé que no los aparento —dijo guiñándole un ojo a Maureen con picardía.

Violet esperó, preguntándose si respondería a su pregunta.

—En fin, Maureen, ¿dónde guardas tus jarrones? —dijo Keith, cambiando de tema—. Vamos a colocar estas flores, ¿te parece?

—Jodie puede hacerlo más tarde —dijo Maureen—. Ahora que estás aquí, ¿por qué no me cuentas qué ha pasado en la residencia de jubilados mientras he estado enferma? ¿Qué me he perdido?

—Oye, tú. Sabes que nunca cotilleo —respondió Keith, con un tono que sonaba más gruñón de lo que por su cara parecía—. De todos modos, no hay nada que contar, ya que has estado fuera de combate y nuestro grupito se queda sin nada de energía cuando tú no estás. Todos están muy tristes sin ti. Tienes que recuperarte, Maureen, y salir de este maldito apartamento. Si no fuera por tu tobillo roto, creo que estarías trepando por las paredes.

Maureen echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Eres un descarado, Keith, pero me alegro de verte. Siempre sabes cómo hacerme reír.

Violet miró su reloj. Se estaba retrasando. Aun así, estaba decidida a no irse hasta que Keith respondiera a su pregunta.

—¿Sabes?, aquí hace mucho calor —dijo Violet—. Estos tulipanes se habrán marchitado para cuando llegue Jodie. Lleva las flores a la cocina, Keith, y las pondremos en agua. ¿Podemos usar ese jarrón del aparador, Maureen?

Maureen le devolvió las flores a Keith.

—Adelante. Es muy amable por tu parte, Violet, pero solo si tienes tiempo.

Sonriendo, Violet cogió el jarrón alto de cristal del aparador y fue a llenarlo de agua. Se sintió aliviada cuando Keith la siguió a la cocina.

—Espero que no cuentes con mi ayuda —dijo él—. Arreglar flores no es lo mío.

Dejó las flores en el escurridor y se dio la vuelta.

—Te perdono lo de arreglar las flores —dijo Violet, sin querer dejarlo escapar—, pero me gustaría que respondieras a mi pregunta. ¿Qué quisiste decir con lo de «esperar a tener todas tus cosas en orden»?

Keith frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—¿Por qué quieres saberlo? Tal y como yo lo veo, mis razones para volver a Derbyshire no tienen nada que ver contigo.

Al ver la obstinación de su mandíbula, Violet cambió de táctica.

—Mira, Keith, sé que Maureen te considera un buen amigo, y estoy convencida de que eso es exactamente lo que eres, pero necesito estar segura de ello. Estoy preocupada por ella. Alguien le tiene manía y quiero saber si ese alguien podrías ser tú.

Él soltó una breve carcajada cínica.

—Joder. No te andas con rodeos, ¿verdad? Normalmente, te mandaría a freír espárragos; sin embargo, como veo que te preocupa Maureen, voy a optar por no ofenderme. La verdad, Violet, es que soy un tipo normal y corriente. Puede que haya roto algunos corazones en mi vida, pero esa es la única forma en que he hecho

daño a una mujer. Mi política es ser amable con la gente. No haría daño a nadie, y mucho menos a Maureen. En cuanto a por qué retrasé mi regreso a Derbyshire, fue una decisión puramente económica. ¿Recuerdas que cuando me entrevistaste te conté que, en su día, unos amigos y yo formamos un grupo de música y grabamos algunos discos?

—Sí —dijo Violet—. Lo recuerdo.

—Como grupo, nunca alcanzamos las alturas vertiginosas de tener un éxito número uno, pero un par de nuestras canciones llegaron a las listas de éxitos —continuó Keith—. Eso fue todo lo que logramos en cuanto a éxito musical, hasta hace tres años.

—¿Qué pasó hace tres años?

—Todo cambió. De la noche a la mañana. Resulta que alguien había utilizado una de nuestras canciones como banda sonora de un vídeo cómico de YouTube que se había vuelto viral. Como consecuencia, mis compañeros del grupo y yo empezamos a disfrutar de un enorme resurgimiento de popularidad. La canción la había elegido una banda de chicos de pelo rizado, que hicieron una versión, y esa sí que llegó al número uno. El resultado de todo esto fue que mis amigos músicos y yo hemos estado ganando mucho dinero con los derechos de autor. Antes me iba bien, tenía algunos ahorros y una modesta pensión, pero el dinero que he ganado con mi música ha sido una verdadera bendición. Es lo que me ha permitido vivir aquí, en Maple Grange.

—¿Y eso es lo que querías decir con «esperar a tener todas tus cosas en orden»? —preguntó Violet.

—Sí. No sé si fue el destino o si fueron las circunstancias las que me favorecieron. En cualquier caso, todo salió a la perfección para mis amigos y para mí. ¿Qué puedo decir, aparte de que estoy muy agradecido? Doy gracias a mi buena estrella todos los días.

La historia de Keith tenía mucho sentido y contribuyó en gran medida a tranquilizar a Violet. Aun así, había algo en él que no le inspiraba plena confianza: una arrogancia presuntuosa que le resultaba desagradable. La verdad era que seguía sin sentirse cómoda dejando a Maureen sola con él, pero realmente tenía que marcharse.

Con el jarrón de tulipanes en la mano, Violet siguió a Keith de vuelta al salón.

—Me voy ya, Maureen —dijo, inclinando la cabeza en dirección a Keith y moviendo las cejas de forma significativa—. ¿Te parece bien que te deje con Keith, o necesitas echarte una siesta? Si lo prefieres, podemos irnos los dos y dejarte descansar un poco.

Era evidente que Maureen agradecía el esfuerzo de Violet por rescatarla, porque le guiñó el ojo en señal de agradecimiento.

—No te preocupes —dijo—. Confío en Keith. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Estaremos bien. Además, Jodie vendrá más tarde. Ve a tu reunión, Violet. A este paso, vas a llegar tarde.

Capítulo 30

Para evitar atravesar el centro de Matlock, Violet giró hacia Old Hackney Lane y condujo por Smedley Street, Bank Road y luego por New Street, donde se encontraba la Oficina de Registros. Era una visitante habitual de los archivos de Derbyshire y, en los últimos meses, había conocido a varios miembros del equipo. Su reunión de hoy era con una tal Claire, que le había prometido darle algunos consejos sobre la investigación de una casa solariega del siglo XVII de Bakewell cuyo propietario estaba interesado en crear un cortometraje sobre su historia y propiedad.

La reunión fue breve pero útil, y, tras veinte minutos tomando abundantes notas, Violet reunió sus archivos y se levantó para marcharse.

—Gracias, Claire —dijo—. Me has sido de gran ayuda.

—Ha sido un placer —respondió Claire—. Este último proyecto parece el más interesante hasta ahora. La casa que estás investigando es importante no solo desde el punto de vista histórico, sino también arquitectónico. Seguro que aparece en el archivo fotográfico, así que no dejes de echarle un vistazo.

—Genial —dijo Violet—. Eso es algo que puedo consultar *on-line* desde la comodidad de mi oficina. Menos mal que existe internet, ¿eh? Hoy en día no hay necesidad de pasar horas buscando en archivos polvorientos. Me facilita mucho el trabajo.

Claire sonrió.

—Vamos, te acompaño a la salida —dijo al tiempo que abría la puerta de la sala de reuniones—. Y no olvides decirme si hay algo más en lo que pueda ayudarte.

—De hecho, sí hay una cosa —dijo Violet, con la esperanza de saber más sobre el accidente del que Maureen se había mostrado tan reacia a hablar—. ¿Se pueden consultar *on-line* los archivos de los periódicos locales? Estoy buscando noticias de prensa sobre un

accidente que ocurrió en 1955: una niña que se cayó de un árbol en Matlock.

—Tenemos muchos periódicos locales en microfilm —respondió Claire—. Pero también se debería poder acceder a la mayoría de ellos en línea. ¿Estás suscrita al British Newspaper Archive?[9]

—No, actualmente no —respondió Violet.

—Entonces, quizá deberías suscribirte. No es caro y, si te suscribes mensualmente, puedes cancelarlo en cualquier momento. También puedes acudir a cualquier biblioteca de Derbyshire y acceder a él de forma gratuita.

—Gracias. Creo que me resultará más fácil suscribirme.

—De acuerdo. La única salvedad es que no estoy segura de cuántos periódicos locales están disponibles en el archivo nacional —dijo Claire—. ¿Dijiste de 1955? Creo recordar que fue más o menos cuando se fundó el *Matlock Mercury*, pero sé que gran parte de sus primeros archivos se destruyeron en una inundación que hubo en los años sesenta. Sin embargo, hay muchos otros periódicos *on-line*. El *Derbyshire Times*, el *Derby Telegraph* y muchos otros periódicos locales semanales.

—Te agradezco la información —dijo Violet—. Me suscribiré cuando vuelva a Merrywell. Gracias, Claire. Seguro que nos volveremos a ver pronto.

Cuando Violet regresó a la oficina, Molly ya se había ido a casa; sin embargo, había dejado una nota manuscrita en el escritorio de Violet.

> Se me olvidó comentarte antes que mi madre me ha pedido que te diga que el miércoles por la noche hay una cena especial de la Noche de Burns en el *pub*. «¡¿La Noche de Burns, dices?!». Sí, sé que estamos en Derbyshire, pero la familia de mi padre proviene de Glasgow y cada 25 de enero celebra su herencia escocesa sirviendo *haggis, neeps* y *tatties* en el White Hart. Sé que el haggis no es del agrado de todo el mundo; no obstante, si te apetece, tendrás que reservar, porque suele ser una noche muy popular.
>
> Molly
> Bss

P. D.: ¡También hay una copa de whisky gratis para cualquiera que lleve tartán!

Molly tenía razón, el *haggis* no estaba entre los platos favoritos de Violet (de hecho, ni siquiera aparecía en la lista); a pesar de ello, la Noche de Burns en el *pub* parecía algo divertido. Envió un mensaje a Matthew y Amelia para ver si estaban interesados, y ambos respondieron al instante.

La respuesta de Matthew fue la más entusiasta.

No me lo perdería por nada del mundo. Supongo que mis padres ya habrán reservado mesa. Lo comprobaré y te añadiré a la reserva si te apetece. ¿Y Amelia? Dile que Rhys va a ir; quizá eso le ayude a decidirse. Por cierto, prepárate para ver a Billy Gee con su *kilt*. Sus rodillas nudosas son dignas de ver. :) Bss

La reacción de Amelia fue mucho más moderada.

¡¿*Haggis*?! ¿Estás bromeando? ¿Hay alguna alternativa vegetariana?

Violet sonrió mientras escribía una respuesta.

Estoy segura de que habrá una versión sin carne para quienes no comen *haggis*. Matthew me pidió que te dijera que Rhys va a ir. Besos.

Pasaron dos minutos antes de que la siguiente respuesta de Amelia llegara al teléfono de Violet.

Vale. Cuenta conmigo, pero asegúrate de que Cathy Gee sepa que quiero la opción vegetariana. Besos.

Violet entró en la pequeña oficina trasera y envió su respuesta una vez que puso la tetera al fuego.

Lo haré. ¿Había algún rastro de Rusty antes de que te fueras al trabajo? Bss

La respuesta de Amelia aumentó aún más la ansiedad de Violet.

No, lo siento. Fui al jardín y agité su caja de golosinas, pero no vino corriendo. Espero que haya vuelto cuando lleguemos a casa. Bss

Violet suspiró. En general, tener una mascota estaba resultando ser una experiencia feliz —Rusty había traído compañía y alegría a

su vida—, pero la gata también era motivo de preocupación. Si seguía sin aparecer cuando Violet llegara a casa, tendría que salir a buscarla por el pueblo.

Mientras esperaba a que hirviera la tetera, Violet se obligó a pensar en algo más agradable: en su primera Noche de Burns en Merrywell. ¿Tenía algo de tartán que pudiera ponerse? Le sonaba que hacía tiempo había tenido una camisa azul de *plaid*. ¿Seguiría guardada en el fondo de su cómoda? Y ¿eran lo mismo el *plaid* y el tartán? Como no quería perderse una copa de *whisky* gratis, se propuso mentalmente comprobarlo.

Una vez que preparó una taza de té fuerte, le envió un mensaje de texto a Matthew para confirmar su asistencia y la de Amelia al evento de la Noche de Burns, y luego encendió su Mac y entró directamente en el British Newspaper Archive. Después de pagar la suscripción mensual *on-line*, inició sesión, hizo clic en el botón «búsqueda avanzada» y, utilizando la frase exacta «Lynette Slater», realizó la búsqueda.

Y *voilà*! Ahí estaba. Gracias a la magia de internet, Violet pudo leer un reportaje del *Derby Daily Telegraph* del miércoles, 14 de septiembre de 1955. El artículo aparecía en la parte superior de la página cinco del periódico y estaba acompañado de una fotografía en blanco y negro de una niña que imaginó que debía de ser Lynette.

CAÍDA DE UN ÁRBOL

Una niña de Matlock gravemente herida podría no volver a caminar nunca más

Lynette Slater, de 8 años, de Western Rise, Matlock, fue ingresada el sábado en el Chesterfield Royal Hospital con graves lesiones como consecuencia de una caída desde un árbol en Dreendale Lane Fields, cerca de Matlock Green. La niña herida estaba jugando con otras tres niñas cuando la rama del árbol al que se había subido se partió. Cayó al suelo desde una altura de seis metros.

Las pruebas realizadas en el hospital revelaron que Lynette había sufrido una fractura de columna que le había provocado parálisis. Aún se desconoce si se recuperará y volverá a recobrar el uso de las piernas.

Phyllis Heeley, amiga de la niña herida, declaró a nuestro reportero: «Lynette se había subido al árbol para coger una castaña. Cuando llegó a la copa, oímos un fuerte crujido. La rama en la que estaba Lynette se rompió y la vimos caer. Cayó de espaldas y no podía moverse, así que corrí a buscar a la hermana de Lynette, que llamó a una ambulancia. Colocaron a Lynette en una camilla y la trasladaron al hospital».

El padre de Lynette, Alan Slater, declaró a nuestro reportero: «Aún no sabemos si mi hija volverá a caminar. Estamos devastados, sobre todo, porque sus lesiones nunca deberían haber ocurrido. Hay que advertir a los niños para que no trepen a los árboles. Es peligrosísimo y temerario. Cualquier caída puede provocar lesiones que cambian la vida».

Violet observó la fotografía granulada de Lynette. Tenía el pelo oscuro y ondulado, y una amplia sonrisa angelical. Era trágico pensar que una niña tan dulce estuviera destinada a pasar el resto de su vida en una silla de ruedas.

«Una silla de ruedas».

Violet pensó inmediatamente en Eleanor, del club de lectura Maple Grange, pero, por más que lo intentaba, no veía ningún parecido entre la chica de la foto y la locuaz Eleanor. Por otra parte, habían pasado casi setenta años y era bien sabido que el tiempo causaba estragos en el aspecto de las personas.

¿Era posible que Eleanor fuera Lynette?

Violet se dijo que estaba siendo absurda. Había varias personas en silla de ruedas en Maple Grange —era una residencia de jubilados, así que no era de extrañar—. No había absolutamente ninguna razón para pensar que Eleanor estuviera detrás de los recientes crímenes o que (por alguna razón incomprensible) hubiera cambiado de nombre. Más aún, alguien confinado a una silla de ruedas o con movilidad limitada no habría podido entrar sigilosamente en el apartamento de Maureen y empujarla por la barandilla. Y, aunque una discapacidad no impedía conducir un coche, probablemente se necesitaría un automóvil adaptado, cosa que el Triumph Herald de Maureen casi seguro que no era.

A menos que Eleanor tuviera un cómplice, Violet estaba bastante segura de que podía descartarla como sospechosa.

Volvió a leer el artículo del periódico, con la esperanza de que revelara algo más en una segunda lectura; sin embargo, cuando

terminó, se sintió más dudosa que nunca sobre su relevancia para el misterio de Maple Grange. Por seguridad, decidió descargar una copia y enviársela al sargento Winterton.

También guardó el artículo en formato PDF y lo imprimió. Esa noche, cuando llegara a casa, investigaría un poco más.

[9] El British Newspaper Archive es una colaboración entre la Biblioteca Británica y Findmypast (un servicio de suscripción *on-line* para la genealogía que ofrece acceso a miles de millones de registros digitalizados, con un enfoque especial en los registros históricos del Reino Unido, Irlanda y otras áreas de influencia del antiguo Imperio británico. Permite a los usuarios buscar y explorar su historia familiar a través de un árbol genealógico y miles de registros como censos, registros de nacimiento, matrimonio, defunción y periódicos históricos) que digitaliza y pone a disposición *on-line* millones de páginas de periódicos históricos británicos e irlandeses. Permite buscar de forma gratuita y a través de una suscripción millones de artículos por palabra clave, nombre, lugar, fecha o título. Es una gran herramienta para historiadores, genealogistas y para cualquier persona interesada en la historia.

Capítulo 31

Mientras Violet conducía hacia casa, cruzó los dedos y rezó para que Rusty estuviera allí esperándola.

Conteniendo la respiración, entró por la puerta trasera, y lo que encontró fue la cocina vacía y la comida de la gata en el cuenco, intacta y secándose. La última vez que Violet había visto a Rusty fue el domingo por la mañana, cuando la gata la había despertado arañándole el pelo.

Violet contó las horas en su cabeza: treinta y tres. Ese era el tiempo que había pasado desde la última vez que había visto a su adorable mascota. Algo iba mal. Violet lo sentía en las entrañas.

Cuando Amelia regresó de la cafetería, Violet le anunció que era hora de pasar a la acción.

Amelia preparó un cartel de «SE BUSCA» y comenzó a imprimir copias en la lenta y muy ruidosa impresora matricial que Violet debería haber tirado hace años. Mientras tanto, con una caja de las galletas crujientes favoritas de Rusty, Violet buscó por el jardín y por los campos que había más allá, y luego siguió avanzando, hacia el pueblo, agitando la caja y gritando el nombre de Rusty.

Estaba oscuro y Merrywell estaba inusualmente tranquilo. Violet esperaba que, al llamar a la gata, acabara oyendo un maullido de respuesta, pero no hubo ninguno. Volvió a Greengage Cottage y llamó a las puertas de las casas de los alrededores, pero ninguna de las personas con las que habló había visto a Rusty desde hacía varios días.

—Quizá esté encerrada en el garaje o en el cobertizo de alguien —sugirió Toby, su vecino de al lado—. Es algo que pasa a menudo. Una vez encerré a un gato en mi cobertizo…, sin querer, claro. Tardé un par de días en encontrarlo. Abrí la puerta para coger la cortadora de césped y un enorme gato pelirrojo salió disparado. Me dio un susto de muerte.

—Si está atrapada en algún sitio, tendré que encontrarla pronto —dijo Violet—. En el peor de los casos, le habrá pasado algo.

—A lo mejor la ha atrapado un zorro —dijo Toby—. En esta época del año están desesperadamente hambrientos. —Entonces, al ver la mirada de horror en el rostro de Violet, añadió rápidamente—: Sin embargo, no es habitual que ataquen a los gatos. Y, de todos modos, supongo que tu Rusty se defendería bien.

Volvió a casa más preocupada que nunca.

—¿Alguna novedad? —preguntó Amelia cuando Violet entró en la casa.

—No. Nada. Y Toby, el vecino, tampoco me ha consolado. Es un auténtico agorero.

—He puesto un mensaje en el grupo local de Facebook —dijo Amelia—. También he imprimido doce copias del cartel… Habría hecho más, pero se me acabaron los cartuchos de tinta. Esa impresora tuya tendría que estar en un museo, mamá.

—Lo sé. Debería tirarla. No la uso muy a menudo. Si necesito imprimir algo, suelo hacerlo en la oficina.

—¿Quieres que ponga los carteles por el pueblo? —preguntó Amelia.

—Sería mejor que te quedaras aquí y pusieras la mesa para la cena. Sé cuáles son los mejores sitios para colocar los carteles y, además, puedo preguntar por ahí si me encuentro con alguien. Le he enviado un mensaje a Matthew y me ha prometido que correrá la voz.

Amelia se adelantó y le entregó los carteles.

—Intenta no preocuparte, mamá. Aparecerá, ya verás.

—Espero que tengas razón —dijo Violet—. Gracias por esto, cariño. Has hecho un gran trabajo.

Había tres tablones de anuncios oficiales en el pueblo. Uno, a la salida del centro comunitario; otro, en la iglesia, y un tablón independiente en la plaza del pueblo. Mientras Violet clavaba un cartel en este último, vio una figura familiar junto al buzón.

—¿Estás colocando un aviso, Violet? ¿Es algo que deba saber?

Era Judith Talbot, líder de la junta parroquial y autoproclamada autoridad en todo lo relacionado con Merrywell. Ella y Violet siempre se llevaban mal, y no había razón para pensar que esa noche fuera a ser diferente.

«¿Debería haber pedido permiso antes de pegar el cartel? —se preguntó Violet—. ¿Me va a soltar otra reprimenda mi enemiga número uno?».

Judith paseaba a su perro, Barney, una criatura peluda de patas cortas y raza indeterminada. El perro y su dueña cruzaron la plaza y se acercaron al tablón de anuncios. Barney olisqueó uno de los postes metálicos que lo sostenían y levantó la pata.

—Rusty ha desaparecido —explicó Violet, señalando el cartel que había pegado en el tablón.

Se preparó para lo peor, aguardando que Judith la reprendiera por haberse apropiado de un espacio destinado exclusivamente a asuntos de la junta parroquial. En cambio, en lugar de las palabras duras que esperaba, Violet se encontró con una mirada compasiva.

—Cuánto lo siento —dijo Judith, con una voz inusualmente tierna y reconfortante—. Nos encariñamos mucho con nuestros amigos peludos, ¿verdad? Nos alegran tanto la vida que siempre nos preocupamos cuando desaparecen. No sé qué haría si Barney se escapara…, aunque está tan mimado y consentido que no creo que haya mucho peligro de que eso ocurra. Sabe de dónde le viene lo bueno.

—Los gatos son mucho más propensos a vagabundear que los perros —dijo Violet.

Al oír la palabra «gatos», Barney ladró brevemente y aguzó las orejas.

Judith se quedó mirando el cartel. Debajo de la palabra «desaparecida» había una gran fotografía a todo color de Rusty, junto con el número de teléfono móvil de Violet.

—Revisaré nuestras dependencias y estaré atenta por si la veo —dijo Judith—. Y también correré la voz. No te preocupes. Tendremos a Rusty en casa antes de que te des cuenta.

Violet se sintió conmovida.

—Gracias, Judith. Eres muy amable. Me siento tan impotente. He dado varias vueltas por el pueblo, gritando el nombre de Rusty y agitando su caja de golosinas…, pero no hay ni rastro de ella por ninguna parte. No sé qué más hacer.

—Yo diría que has hecho todo lo que podías por ahora. Te sugiero que te vayas a casa, comas algo y esperes a que tu gata vuelva, porque estoy segura de que lo hará.

Tras otro ladrido rápido de Barney, este y Judith continuaron su camino. Mientras Violet los veía pasear por la plaza, se encontró reevaluando a Judith. Esa noche había vislumbrado un lado más bondadoso de ella, un lado que le gustaba bastante.

Cenaron espaguetis a la carbonara, acompañados de una generosa ración de pan de ajo y regados con una copa de *chianti*. Aunque la comida estaba deliciosa, Violet no consiguió disfrutarla, porque estaba demasiado preocupada por la gata. Para distraerse de la ausencia de Rusty, decidió que después de cenar se conectaría a internet para intentar averiguar más cosas de Lynette Slater y el accidente que le había ocurrido.

Dejó el lavavajillas lleno haciendo su trabajo, y se retiró al salón con Amelia. Violet enchufó su portátil y lo colocó sobre sus rodillas, mientras Amelia se servía una segunda copa de vino y escuchaba el tintineo de la gatera.

—Espero que no te importe, pero antes te he cogido prestado el portátil —dijo Amelia—. Tenía que hacer un par de pedidos complicados por internet y era más fácil hacerlo en un ordenador que en el móvil.

—No te preocupes —dijo Violet—. ¿Eso significa que tus misteriosos paquetes están en camino?

Amelia asintió con la cabeza.

—Deberían llegar en unos días.

Violet resistió la tentación de hacer más preguntas, encendió el portátil y se conectó a internet.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Amelia mientras los dedos de Violet revolvían el teclado.

—No es exactamente trabajo —respondió Violet sin que sus ojos dejaran de escudriñar la pantalla del ordenador—. He pensado en investigar un poco. Hoy he descubierto algo que podría…, y solo digo «que podría»…, estar relacionado con las cosas que han sucediendo en Maple Grange.

Amelia frunció el ceño mientras bebía un sorbo de vino.

—No seguirás pensando en eso, ¿verdad? Sinceramente, mamá…, a veces no te entiendo. ¿Por qué te interesa tanto algo que no es de tu incumbencia?

—No puedo evitarlo —respondió Violet—. Y, te guste o no, me preocupa Maureen. De todos modos, sabes que no puedo resistirme a un misterio. Solo quiero satisfacer mi curiosidad y descartar un par de cosas. Me da algo en qué pensar, aparte del paradero de Rusty.

—Y ¿qué estás investigando?

Violet apartó los dedos del teclado y se recostó en la silla.

—Resulta que hubo un accidente hace años, cuando Maureen, Phyllis y Shirley eran pequeñas. Una niña de ocho años resultó herida. Aunque Maureen no quiso darme muchos detalles, sí me dijo que los padres de la niña culparon a Maureen y a sus amigas. Al parecer, la familia se fue a vivir a otra parte poco después, pero me pregunto si Lynette, la niña que resultó herida, o quizá alguno de sus familiares, podría haber vuelto.

—¿Por qué? ¿Para acosar a un grupo de ancianas inocentes? —preguntó Amelia, sin parecer muy impresionada y con escepticismo —. ¿O para atropellarlas en la calle, tal vez? ¿O para empujarlas por un balcón? Sé realista, mamá.

Violet frunció el ceño.

—Estoy de acuerdo en que suena descabellado cuando lo planteas de esa forma, pero, aun así, a falta de otra explicación lógica, pensé que valía la pena indagarlo.

—Y ¿cómo vas a hacerlo? —preguntó Amelia.

—Me he registrado en una de esas páginas web de historia familiar. Si dedico algo de tiempo a la página, debería poder averiguar si Lynette sigue viva y si tiene hermanos vivos. Sin duda tenía al menos una hermana, porque se la menciona en la noticia del periódico que he encontrado.

Violet cogió el bolso que había dejado en el extremo del sofá y rebuscó en su interior hasta encontrar el artículo de los archivos que había imprimido. Se lo entregó a Amelia para que lo leyera.

—La idea de que alguien vuelva para saldar viejas cuentas es muy inquietante —dijo Amelia, y se sentó junto a Violet y empezó a leer el artículo—. ¿Qué probabilidades hay de que una persona haga eso?

—Investiguemos un poco y averigüémoslo, ¿te parece? —respondió Violet. Flexionando los dedos, escribió el nombre «Lynette Slater» en el buscador del sitio web de genealogía—. Si Lynette tenía ocho años cuando se cayó del árbol, en septiembre de 1955, eso significa que nació en el año…

—1947 —dijo Amelia al instante—. A menos que tuviera casi nueve años, en cuyo caso podría haber nacido en los últimos meses de 1946.

Violet le guiñó un ojo.

—Gracias. Es muy útil tener una hija con facilidad para los números. Escribiré 1947, más menos un año.

—De acuerdo —dijo Amelia, y se acercó para ver la pantalla del portátil—. Veamos qué nos da.

Diez minutos más tarde, habían comenzado a reconstruir el árbol genealógico de la familia Slater. A partir del certificado de nacimiento de Lynette, descubrieron que el apellido de soltera de su madre era «Andrews». A continuación, realizaron una búsqueda utilizando el nombre del padre de Lynette, que sabían por el artículo del periódico que era «Alan», y lo cotejaron con una esposa apellidada «Andrews». Los resultados confirmaron que los padres de Lynette se habían casado en 1938 y que el nombre de pila de su madre era «Doreen».

Añadir esta información adicional a la búsqueda resultó ser revelador. Violet escribió el nombre y el año de nacimiento de Lynette, los nombres de sus padres y, por si acaso, añadió «Derbyshire» como posible ubicación. Cuando hizo clic en el filtro

«nacimiento, matrimonio y muerte», descubrió que Lynette había fallecido en 1977, a los treinta años.

—Qué triste —dijo Violet—. Pero, al menos, sabemos que no es Lynette quien ha estado acechando por los pasillos de Maple Grange.

—Quizá sea su fantasma —dijo Amelia, haciendo un espeluznante ruido y moviendo las manos a ambos lados de la cabeza.

Violet puso los ojos en blanco.

—Cariño, sabes que no creo en los fantasmas, y, aunque creyera, los fantasmas no pueden conducir coches, ¿verdad? Ni empujar a la gente desde los edificios.

—Sí, es cierto. —Amelia se rindió con un encogimiento de hombros—. No estamos avanzando mucho, ¿verdad? ¿Cómo podemos averiguar si quedan hermanos de Lynette vivos?

—Paciencia, cariño —dijo Violet—. Es una virtud, ya lo sabes.

—Ahora empiezas a parecerte a la abuela.

Violet se rio y abrió un nuevo formulario de búsqueda avanzada en el sitio web.

—Esto es lo que haremos: dejemos el nombre en blanco y pongamos «Slater» en el campo «apellido». Para el año de nacimiento, pondremos «1947, más o menos diez años», y añadiremos «Derbyshire» como ubicación.

Amelia bebió un sorbo de vino y observó en silencio.

—Luego tendremos que añadir «miembros de la familia» —dijo Violet—. «Padre, Alan Slater, y madre, Doreen Slater». Eso debería mostrar los datos de los hijos que tuvieron.

Cuando Violet pulsó el botón de búsqueda, su teléfono comenzó a sonar. Esperaba que fueran noticias sobre Rusty; sin embargo, cuando miró su móvil, la pantalla identificó a la persona que llamaba como «Dawn Pilcher».

Violet deslizó el portátil sobre las rodillas de Amelia y se levantó para contestar la llamada.

—Hola, Dawn. ¿Va todo bien?

—No, no va bien para nada —respondió ella—. Maureen ha desaparecido.

Capítulo 32

—La hija de Maureen llegó al apartamento hace treinta minutos y Maureen no estaba allí —explicó Dawn—. Como puedes imaginar, Jodie está muy preocupada. Sabemos que últimamente has estado en contacto con Maureen, así que Jodie me ha pedido que te llame. ¿Sabes dónde puede estar Maureen?

El corazón de Violet latía con fuerza.

—Por desgracia, no —respondió—. Fui a verla esta tarde, pero no me quedé mucho tiempo. Keith Ludworth apareció justo antes de irme.

—Y ¿a qué hora fue eso?

—Salí del apartamento sobre las tres y cuarto.

Dawn soltó un profundo suspiro de frustración.

—Jodie y yo ya hemos llamado a todos los amigos de Maureen, incluido Keith. Ninguno de ellos la ha visto esta tarde, ni sabe dónde está.

—Entonces, ¿no está con Keith ahora? —preguntó Violet, con sus sospechas sobre él resurgiendo.

—No. Dijo que solo se quedó media hora, más o menos. Ahora mismo él está en The Maple Tree, cenando con uno de sus compañeros del club de *bridge*. En cuanto a Maureen, parece haberse esfumado. Tampoco lleva su teléfono. Jodie lo encontró en el sofá de su apartamento.

—Qué raro —dijo Violet—. Es imposible que haya salido sin su teléfono.

—Probablemente, aunque Jodie dice que a veces se le olvida.

—¿Y los otros amigos de Maureen de Maple Grange? ¿Alguno de ellos ha hablado con ella hace poco?

—No. Ninguno ha hablado con ella hoy ni la ha visto.

—No creo que haya ido a ningún sitio sola —dijo Violet—. Mejor dicho, rectifico: es imposible que haya salido. Maureen no estaba de humor para ir de juerga. Tenía ganas de pasar la noche en casa con

Jodie. Además, no tiene coche y, de todos modos, ahora mismo no puede conducir. Ahora que lo pienso, tampoco puede caminar mucho.

—Tú eras nuestra última esperanza —dijo Dawn—. Ahora estoy con Jodie. Pensábamos que tú y Maureen estaríais trabajando en la película que habéis estado planeando.

—Ese proyecto está en suspenso hasta que Maureen se recupere por completo, pero, aunque no fuera así, ella no se habría ido sin decirle a Jodie dónde estaba. No me gusta cómo suena esto, Dawn. Creo que deberías llamar a la policía.

—Eso es precisamente lo que pensamos hacer —dijo Dawn—. Voy a pedir a algunas personas que busquen en los terrenos de Maple Grange. Hace mucho frío esta noche. Si Maureen está ahí fuera, se estará congelando.

—¿Quieres que vaya a ayudarte? —dijo Violet, contenta de no haber empezado su segunda copa de *chianti*.

—No hace falta —respondió Dawn—. Aquí hay mucha gente a la que puedo pedir ayuda. Te avisaré si la encontramos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amelia cuando Violet colgó el teléfono—. ¿Son malas noticias?

—Se podría decir que sí. Era Dawn Pilcher. Maureen ha desaparecido. Nadie sabe dónde está.

Amelia frunció el ceño.

—No puede haber ido muy lejos. Creía que habías dicho que tenía el pie escayolado.

—Así es, pero sí puede caminar, aunque sea lentamente. —Violet se mordió una uña—. No debería haberla dejado con Keith Ludworth.

—¿Quién es ese?

—Es una larga historia —dijo Violet, negando brevemente con la cabeza—. La versión corta es que vive en el apartamento de debajo de Maureen.

—¿El tipo de las begonias? —preguntó Amelia—. ¿Crees que ella sigue con él?

—Él dice que no, pero eso es lo que diría, ¿no? Esto no pinta bien, Amelia. No pinta nada bien.

—¿Alguien ha avisado a la policía?

—Dawn y Jodie les iban a llamar ahora mismo. Ojalá pudiera hacer algo. Me siento impotente.

—Es mejor dejarlo en manos de los profesionales, mamá. No es tu trabajo organizar un equipo de búsqueda.

Violet se sentó de nuevo y apoyó la cabeza entre las manos.

—¿Quieres otra copa de vino? —le ofreció Amelia.

—No. Necesito mantener la mente despejada. Me siento fatal…, como si de alguna manera fuera culpa mía.

—No seas tonta —dijo Amelia, abrazando a Violet—. ¿Cómo va a ser culpa tuya?

—No debería haber dejado sola a Maureen con Keith. Yo estaba demasiado preocupada porque tenía prisas por ir a una reunión. Debería haberla cuidado mejor.

—Has hecho todo lo posible por ayudar a Maureen, aunque no sea tu responsabilidad —dijo Amelia, con un tono tranquilizador y sensato—. No tienes nada que reprocharte.

—Gracias, cariño —dijo Violet—. Me alegro de que estés aquí. Todo se está yendo al traste, ¿verdad? Primero desaparece Rusty, y ahora, Maureen.

Amelia se incorporó y enderezó el portátil, que se balanceaba torcido sobre sus rodillas.

—Echemos un vistazo a los resultados de la búsqueda genealógica. Quizá nos dé alguna pista o, al menos, te distraiga un poco.

—No estoy segura de poder concentrarme —respondió Violet—. De todos modos, probablemente me haya estado aferrando a un clavo ardiendo con lo de Lynette Slater.

—Bueno, si te interesa, parece que Lynette solo tenía una hermana. Se llamaba Gabriella y era unos años mayor que Lynette.

Violet se animó y se puso alerta de repente.

—¿Gabriella, dices?

—Sí, ¿por qué? ¿Te suena ese nombre?

—Quizá —respondió Violet, asintiendo lentamente con la cabeza—. Es el tipo de nombre que se abrevia, ¿no crees?

—Supongo que sí —dijo Amelia—. ¿Ella? ¿O Bree?

—O Gaby —dijo Violet, mientras cogía el portátil.

Capítulo 33

Sus dedos golpeaban el teclado.

—¿Qué pasa, mamá?

—Hay una mujer de Maple Grange que se llama Gaby —respondió Violet—. Llegó en verano, desde Canadá.

—Vale…, pero eso podría ser una coincidencia.

Violet dejó de escribir y se volvió hacia Amelia.

—¿Recuerdas cuando dije que no creo en los fantasmas? —preguntó—. Pues tampoco creo en las coincidencias.

Volvió a entrar en la página web de genealogía y buscó a Gabriella Slater, nacida en Derbyshire en 1943. Filtró los resultados por «nacimiento, matrimonio y muerte» y luego los filtró de nuevo para mostrar los resultados de «matrimonio y divorcio».

—Aquí lo tenemos —dijo, chasqueando los dedos y señalando la pantalla—. Una tal Gabriella Slater se casó con David Renfrew en Saskatchewan, Canadá, en 1967.

—¿Y crees que es la misma Gaby que ahora vive en Maple Grange?

—Eso es lo que estoy a punto de averiguar —dijo Violet, mientras llamaba al número de Dawn Pilcher.

—¿Violet? —preguntó Dawn con tono expectante al contestar—. ¿Has sabido algo de Maureen?

—No, lo siento. Te llamo para preguntarte por Gaby, la amiga de Maureen.

Dawn suspiró. Violet no sabría decir si de decepción o de enfado.

—¿Sabes a quién me refiero? —preguntó Violet—. Es miembro del club de lectura.

—Sí, claro que sé quién es a Gaby —dijo Dawn, con un tono de impaciencia en la voz—. Conozco a todos los residentes de Maple Grange.

—¿Estoy en lo cierto al pensar que el apellido de Gaby es Renfrew?

—Sí, así es.

—¿Qué más puedes decirme de ella?

Otro suspiro, esta vez claramente de irritación.

—Lo siento, Violet, pero ¿eso no puede esperar? Ahora mismo tengo mucho que hacer y, si no tiene que ver con Maureen, prefiero hablar de ello en otro momento.

—Tiene que ver con Maureen… Si no fuera así, no te habría molestado.

—Entiendo. —Dawn carraspeó—. Vale…, pues…, no conozco muy bien a Gaby. No lleva mucho tiempo en Maple Grange. Se mudó desde Canadá en verano. Su hijo se trasladó a Derby por trabajo, y ella quería estar cerca. ¿Qué pasa? ¿Por qué me preguntas por Gaby?

—Porque creo que ella es la responsable de la caída de Maureen y, probablemente, también de su desaparición. No hay tiempo para contarte toda la historia ahora… De hecho, no conozco toda la historia, al menos, todavía no. Sin embargo, voy a hablar con el sargento Winterton y le pondré al corriente de lo que sé.

—Y ¿qué es?

—Siento darte largas, Dawn, pero tendré que explicártelo todo más tarde. El tiempo es fundamental. Por ahora, ¿puedes comprobar si Gaby está en casa? Algo me dice que no estará allí, pero tenemos que estar seguras. Voy a llamar al sargento Winterton ahora mismo y ponerlo al corriente.

Violet terminó la llamada con Dawn y cogió su bolso.

—Voy a salir —dijo.

—¿Qué? —replicó Amelia—. Acabas de decirle a Dawn Pilcher que ibas a llamar al sargento Winterton.

—Le llamaré desde el coche, de camino.

—¿De camino a dónde, mamá?

—Estoy bastante segura de que Maureen está con Gaby, y creo que sé dónde pueden estar.

—¿Dónde?

—En el lugar del accidente.

—¿Te refieres al balcón de Maureen?

—No, no ese accidente. El de Lynette Slater. El artículo del periódico decía que se cayó de un árbol que había en Dreendale Lane Fields, cerca de Matlock Green. Ahí es donde voy.

—Estás bromeando —dijo Amelia.

—Por supuesto que no. No es momento para bromas pesadas. La familia de Lynette culpó a Maureen, Shirley y Phyllis de lo que le pasó. Ahora resulta que su hermana, Gaby, se ha mudado a Maple Grange. Eso tiene que ser más que una coincidencia. Estoy convencida de que lo que está pasando ahora es una consecuencia directa del accidente de Lynette de hace tantos años.

Violet salió corriendo al pasillo y se puso su abrigo más abrigado.

—No te preocupes —dijo—. Hablaré con el sargento Winterton de camino.

—¡Espera! —exclamó Amelia levantándose—. Voy contigo.

—No —dijo Violet—. No tienes por qué hacerlo.

—Sé que no tengo por qué hacerlo, pero, según mis cálculos, esta misión tuya va a ser peligrosa o una completa pérdida de tiempo, en cuyo caso quedarás en ridículo. En cualquier caso, probablemente agradecerás tener compañía.

—¿Hasta qué punto está segura de eso? —preguntó el sargento Winterton—. ¿Qué le dice su instinto?

—Ahora mismo, mi instinto está demasiado revuelto como para decir nada —dijo Violet.

Conducía hacia Matlock, hablando con el sargento Winterton por el manos libres. Amelia buscaba indicaciones en su teléfono, tratando de localizar la ubicación exacta de Dreendale Lane Fields.

—De acuerdo, olvídese de su instinto entonces —dijo el sargento Winterton—. ¿Qué le dice su cabeza?

—Que Gaby Renfrew atacó tanto a Maureen como a Shirley. Hace unos minutos le dije a mi hija que no creo en las coincidencias: Maureen, Phyllis y Shirley estaban presentes cuando la hermana de Gaby Renfrew se cayó de un árbol. Eso tiene que significar algo. Ya sé que ocurrió hace mucho tiempo, pero creo que Gaby ha guardado

rencor todos estos años y finalmente ha vuelto para vengarse. Es obvio que ha mantenido su verdadera identidad en secreto todos estos meses, lo cual es muy sospechoso de por sí.

—Pero, si lo que busca es venganza, ¿por qué ha esperado tanto tiempo? —preguntó el sargento Winterton.

—Solo Gaby puede respondernos a eso. Ahora mismo, tenemos que centrarnos en dónde puede haberse llevado a Maureen.

—No estoy seguro de que me guste ese «nos» y «tenemos» que utiliza todo el rato. Esto es asunto de la policía, Violet.

—¿Quiere oír lo que tengo que decir, o no?

Hubo una pausa incómoda.

—Adelante —dijo por fin el sargento Winterton.

—Cuando lea el artículo del periódico que le he enviado, verá que el accidente de Lynette Slater ocurrió en un lugar llamado Dreendale Lane Fields. Está cerca de Matlock Green. Mi hija y yo vamos de camino hacia allí ahora mismo.

—¿Su hija? ¿Por qué está con usted?

—Insistió en acompañarme —dijo Violet.

—Supongo que es tan testaruda como su madre, ¿no? —El sargento Winterton parecía sorprendentemente complaciente—. ¿Sería inútil que le dijera que diera media vuelta y se fuera a casa?

Violet redujo la velocidad en un cruce.

—Sí, sargento Winterton, lo sería. —Miró a derecha e izquierda antes de salir—. Maureen es mi amiga. Si está donde creo que está, necesitará que la rescaten.

—Enviaré a un par de agentes allí ahora mismo —dijo el detective.

—Solo para que lo sepa, podría estar equivocada. Ya me he equivocado antes.

—Soy consciente de ello. Estoy de acuerdo en que es poco probable, pero vale la pena comprobarlo.

—Gracias —dijo Violet, aliviada de que él la tomara en serio—. No estamos lejos. Le avisaré cuando lleguemos.

—Asegúrese de hacerlo. Voy a salir hacia allí, pero ahora mismo estoy en Chesterfield, así que tardaré un rato en llegar. Tenga cuidado, Violet. Si tiene razón y sus sospechas son ciertas, Gaby Renfrew es una mujer peligrosa.

—Una mujer peligrosa de setenta y nueve años —le recordó Violet —. Estoy segura de que mi hija y yo podremos manejarla.

—No lo dé por sentado —dijo el sargento Winterton—. Si alguien está lo suficientemente decidido, no necesita fuerza física para causar daño. Un cuchillo afilado o un objeto pesado bastarán para lograrlo.

Capítulo 34

—Según el mapa, es una especie de zona recreativa —dijo Amelia, pellizcando con el pulgar y el índice sobre la pantalla para examinar la imagen de su teléfono—. Tienes que girar a la derecha en la siguiente y luego a la izquierda en la segunda. Hay un aparcamiento al final de la calle y un sendero que lleva a los campos de juego.

El reloj del salpicadero marcaba las 20:13 cuando Violet apagó el motor y miró por el parabrisas del coche. Más adelante, un camino de grava se adentraba en el parque recreativo, que estaba a oscuras. Con las prisas por salir, Violet se había olvidado de coger una linterna. Quizá hubiera alguna guardada entre los trastos del maletero. Esperaba que así fuera. Si Maureen y Gaby estaban en Dreendale Lane Fields, no sería fácil encontrarlas en la oscuridad.

—Esto es una locura —dijo Amelia, como si le leyera la mente a Violet—. ¿Cómo vamos a encontrarlas? Es una zona enorme: hay un campo de fútbol, una pista de tenis, dos parques infantiles. Es mucho terreno que cubrir.

—Tenemos que buscar un castaño de Indias.

Amelia frunció la nariz.

—Y ¿cómo es uno de esos? ¿Lo sabes siquiera?

—Quizá lo supiera si fuera otoño. Buscaríamos castañas, obviamente, aunque no estoy segura de la forma del árbol ni de las hojas. Y, de todos modos, los castaños de Indias son caducifolios… y estamos en enero.

—Entonces, ¿estamos buscando un árbol sin hojas y de forma desconocida?

—Sí. Supongo que sí.

Amelia alzó los ojos al cielo. Presionando el pulgar contra el lateral de su teléfono, dijo:

—Cómo identificar un castaño de Indias en invierno.

—«Esto es lo que he encontrado» —respondió una Siri demasiado alegre.

—«Los brotes invernales son de color marrón rojizo —dijo Amelia, leyendo en voz alta los resultados de Siri—. Dispuestos en pares opuestos».

—Te diré una cosa —propuso Violet—. En lugar de convertir esto en un paseo por la naturaleza, quizá sea más fácil buscar a un par de septuagenarias.

—Una de las cuales es una asesina —apuntó Amelia, continuando la búsqueda en su teléfono—. No puede haber muchas de esas en el parque a estas horas de la noche.

Aparte del Toyota de Violet, solo había otro coche en el aparcamiento: un Vauxhall Corsa negro.

—¿Sabes qué tipo de coche conduce esa tal Gaby? —preguntó Amelia mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Ni idea. Por lo que sé, puede que ni siquiera tenga coche.

—Pero ¿conduce? Por favor, dime que conduce, porque, si no, tu razonamiento deductivo estaría completamente desacertado. Si no sabe conducir, no podría haber atropellado a Shirley, ¿verdad?

—Está bien… No nos perdamos en los detalles —dijo Violet, con un tono más defensivo de lo conveniente—. Ya que estamos aquí, intentemos encontrar a Maureen. Si todo esto resulta ser una búsqueda inútil, tendremos que considerarlo una experiencia más.

Cuando salieron del coche, su aliento se condensó en pequeñas bocanadas de aire frío.

—¿Cómo lo hacemos? —dijo Amelia mientras se abrochaba el abrigo—. ¿Seguimos el camino y vemos adónde nos lleva?

—Me parece un plan tan bueno como cualquier otro. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos.

Violet se dirigió a la parte trasera del coche y abrió el maletero. Debajo del par de botas de agua de repuesto que guardaba para emergencias, encontró una vieja linterna. La encendió y la levantó en alto. Su débil luz apenas penetraba en la oscuridad del parque.

Amelia ya se alejaba a zancadas del aparcamiento mal iluminado, marchando hacia la lúgubre oscuridad del interior del parque. Antes de alcanzar a su hija, Violet se acercó al Corsa y miró dentro. Los asientos traseros del *hatchback* estaban abatidos, como si el

conductor hubiera transportado algo grande o voluminoso, aunque ahora el coche estaba vacío.

Amelia se había detenido unos metros más adelante en el camino. Estaba mirando su teléfono y esperando a que Violet la alcanzara.

—He encontrado una foto de un castaño de Indias en diciembre —dijo Amelia.

Le mostró la pantalla de su teléfono a Violet y comenzó a desplazarse por una serie de fotografías en lo que parecía ser un sitio web de identificación de árboles.

—¡Espera! Vuelve atrás —dijo Violet—. Déjame ver la foto de la hoja.

Amelia volvió atrás y le entregó el teléfono. Violet se quedó mirando la imagen y leyó la descripción que había debajo.

> Los castaños de Indias tienen lo que se conoce como hojas «compuestas palmeadas». Son compuestas porque tienen más de un foliolo (entre 5 y 7) y palmeadas porque los foliolos irradian desde un punto central y se extienden hacia fuera.

—La hoja —dijo Violet, al darse cuenta—. Es como la hoja del balcón de Maureen.

—¿Qué hoja?

—El día después del accidente de Maureen, fui a su apartamento. Encontré una hoja en el suelo, debajo de la mesa de la terraza. En ese momento no le di importancia… Tenía cinco puntas y supuse que era una hoja de arce, pero, ahora que he visto esta foto, me doy cuenta de que era una hoja de un castaño de Indias.

—¿Y qué? —dijo Amelia—. Probablemente la llevó el viento.

—Eso es lo que todos pensaron en ese momento, excepto que, en retrospectiva, había algo raro en ello. Las hojas otoñales suelen estar secas y rizadas por los bordes, pero la hoja que encontré estaba perfectamente plana, como si alguien la hubiera prensado, para conservarla. Cuando un árbol pierde sus hojas, estas quedan pisoteadas. Se pudren y desaparecen. Pero la hoja del balcón de Maureen, aunque marrón, seguía teniendo una forma perfecta. En enero.

—¿Y? —dijo Amelia—. Sigo sin entenderlo.

—Yo tampoco…, en aquel momento —contestó Violet—. Sin embargo, sabiendo lo que sé ahora, esto es, que Lynette se cayó de un castaño de Indias, no puedo evitar pensar que la hoja podría ser significativa. ¿Y si la puso allí a propósito Gaby, como una especie de tarjeta de visita, en la escena del crimen?

—Me parece poco probable, mamá. Si lo que dices es cierto, ¿no habría dejado también una hoja en el lugar del accidente de Shirley?

—No creo que tuviera sentido. A Shirley la atropellaron en la calle. Una hoja se habría volado en cuestión de minutos, aunque quizá dejó otra cosa.

—En realidad —dijo Amelia—, si Gaby atropelló a Shirley, ¿no habría querido escapar rápidamente? No habría tenido tiempo de parar y dejar ningún tipo de…, ¿cómo lo has llamado?…, ¿«tarjeta de visita»?

Violet recordó el extraño llavero de ganchillo que había encontrado en el pasillo de la casa de la hija de Shirley. La funda verde y abultada contenía algo redondo, hecho de lana marrón. ¿Acaso el llavero artesanal tenía la forma de una funda de castaña?

—Creo que Gaby tal vez fue en coche a la casa de la hija de Shirley después del accidente y metió algo por el buzón de la puerta. Encontré un objeto en el pasillo que se parecía un poco a una castaña tejida.

Amelia se la quedó mirando.

—¿Una castaña tejida? ¿En serio?

—No me mires así —dijo Violet—. Sé que suena raro, pero todas las demás cosas de este caso también lo son.

Amelia se encogió de hombros.

—Ahora ya da igual, ¿no? Puede que sea una prueba, en cierto modo, pero no nos va a ayudar a rescatar a Maureen.

—Tienes razón —dijo Violet—. Vamos. Busquemos en el parque.

—¿Crees que estamos seguras aquí? —dijo Amelia, y se adentró en la oscuridad—. Da bastante miedo.

—Normalmente no se me ocurriría dar un paseo por el parque de noche —dijo Violet, cogiendo a Amelia del brazo—. Pero no debemos

dejar que el miedo nos domine. Estamos aquí por una sola razón: para ayudar a Maureen.

—Si es que está aquí…

—Estoy bastante segura de que está —dijo Violet—. Espero que esté, porque, si no, cuando llegue la policía vamos a quedar como dos completas idiotas.

Llegaron a una bifurcación del camino.

—¿Vamos a la izquierda o a la derecha? —preguntó Violet.

—Quizá tú podrías ir a la izquierda y yo a la derecha. Si nos separamos, podremos registrar la zona en la mitad de tiempo.

—Ni hablar. —Violet se aferró con fuerza al brazo de su hija—. No te voy a perder de vista. Nos quedamos juntas. ¿Entendido?

—De acuerdo —dijo Amelia—. Tú mandas.

Eligieron la bifurcación de la izquierda, principalmente porque era la más transitada de las dos. A unos cien metros, los arbustos y matorrales desaparecieron y llegaron a una zona abierta y cubierta de hierba. Más adelante, Violet vio el destello de una linterna.

—Creo que por ahí viene alguien —dijo.

Miró a su alrededor en busca de un árbol detrás del cual esconderse, pero ahora estaban en el borde del campo de juego. No había ningún lugar donde ocultarse.

Amelia le apretó el brazo con más fuerza cuando les alcanzó una luz verde brillante que se movía rápidamente desde la izquierda.

—¿Qué demonios…?

Reprimiendo gritos de alarma, Violet y Amelia se acurrucaron juntas mientras un gran perro negro comenzaba a rodearlas. El collar led verde brillante que llevaba destellaba en la oscuridad.

A lo lejos, una voz de hombre grave y muy severa llamó:

—¡Jasper! Aquí.

Obediente, el perro dejó de dar vueltas y regresó inmediatamente junto a su amo, que se acercaba. Era un hombre alto, de mediana edad, que llevaba un abrigo de piel de oveja y un gorro de lana.

—Lo siento —se disculpó al alcanzarlas—. Sé que no debería ir sin correa en el parque, pero normalmente no hay nadie a estas horas de la noche.

—No pasa nada —dijo Violet, manteniendo la voz tranquila, aunque su pulso se aceleraba—. Creo que solo quería saludarnos.

A Amelia le había caído bien Jasper. El perro volvió a su lado y ella se agachó para acariciarle las largas orejas caídas.

—¿Puedo preguntarle si ha visto a alguien más durante su paseo esta noche? —dijo Violet, con la esperanza de que el dueño de Jasper tuviera información que redujera el tiempo de búsqueda.

—Sí, curiosamente, sí —respondió él—. Un par de señoras mayores, una de ellas en silla de ruedas.

Violet comenzó a dudar de sí misma. ¿Por qué iba Maureen a ir en silla de ruedas? Y ¿de quién era la silla de ruedas? ¿De Eleanor? ¿Y si se había equivocado?

—Me pareció un poco raro que estuvieran en el parque a estas horas de la noche —continuó el paseador del perro—. Iba a acercarme para ver cómo estaban, pero pensé que podría asustarlas, así que les grité para preguntarles si necesitaban ayuda.

—¿Y la necesitaron?

—No, la mujer que empujaba la silla de ruedas dijo que estaban bien.

—¿Notó si tenía acento?

—No habló mucho, pero es posible que fuera estadounidense.

—¿O canadiense? —preguntó Violet.

—Sí, quizá. Nunca sé distinguir los dos acentos. ¿Las conoce? ¿Hay algún problema? ¿Deberíamos decirle a alguien que están aquí?

—No pasa nada. No se preocupe —respondió Violet—. Todo está bajo control.

El hombre asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Entonces, está bien. Me ofrecería a quedarme y ayudar, pero he de irme ya. Tengo que estar en el trabajo en media hora. Esta semana me toca el turno de noche. Es agotador.

Violet se estremeció interiormente ante la elección de palabras del hombre.

—¿Dónde estaban las mujeres cuando las vio? —preguntó ella—. Este es un parque grande y nos ayudaría saber en qué dirección hemos de ir.

—Van en la dirección correcta —dijo él—. Sigan por este camino un par de minutos más, y empezará a girar hacia la derecha. Cuando las vi, estaban justo pasada la curva.

—Gracias —dijo Violet—. Le agradezco su ayuda. Que tenga una buena noche en el trabajo.

Él se rio.

—No hay muchas posibilidades de que eso ocurra, pero gracias de todos modos.

Mientras Jasper y su amo continuaban por el camino, Violet sacó su teléfono para enviar un mensaje de texto al sargento Winterton. Apareció una alerta en la pantalla. Dawn Pilcher había enviado un mensaje para decir que Gaby Renfrew no estaba en casa y no contestaba al teléfono.

—Vamos —dijo Violet, una vez que envió un mensaje de texto con la última información al sargento Winterton—. Veamos si encontramos a Maureen.

Caminando hombro con hombro, Violet y Amelia se adentraron aún más en la oscuridad.

Capítulo 35

Cinco minutos más tarde, habían recorrido todo el sendero y habían llegado al otro extremo del parque. No había ni rastro de Maureen y Gaby por ninguna parte.

—¿Dónde crees que habrán ido? —dijo Amelia, y dio media vuelta y escudriñó la oscuridad.

—Al árbol, supongo…, el castaño de Indias. El lugar del accidente de Lynette.

—¿Crees que Gaby recordará dónde está, después de tanto tiempo? —dijo Amelia—. Puede que ya ni siquiera esté allí.

—Si lo está, te garantizo que Gaby sabrá exactamente cómo encontrarlo. La llamaron para que viniera aquí el día en que su hermana se cayó. Cuando ocurre algo así…, algo terrible…, deja una huella indeleble en tu mente. Ese tipo de recuerdos son desagradables, pero imposibles de olvidar…, como pesadillas recurrentes.

—Así que aquí estamos otra vez, buscando la silueta de un árbol alto. —Suspiró Amelia—. Estamos en un parque. Es como buscar una aguja en un pajar.

—No del todo —dijo Violet—. Nuestro árbol alto tendrá a dos personas debajo.

Salieron del camino y pisaron la hierba endurecida por la escarcha, que crujía bajo sus pies.

—¿Por qué no apagas la linterna de tu teléfono? —dijo Violet, comprobando la eficacia de la potente linterna que llevaba en la mano—. No sé cuánto durarán las pilas de la mía, pero lo último que necesitamos es que se nos agoten a las dos.

Amelia apagó la linterna de su móvil, se guardó el teléfono en el bolsillo y se acurrucó junto a Violet, adaptando su paso al de ella mientras cruzaban la hierba.

Los ojos de Violet se habían adaptado a la oscuridad y, más adelante, pudo distinguir una hilera de árboles. Se detuvo,

escudriñando el horizonte en busca de algún signo de movimiento y escuchando si había voces. Las estrellas centelleantes colgaban en lo alto sobre su cabeza, brillando intensamente contra el cielo, negro como la melaza.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando—. Allí.

Amelia se giró en la dirección que señalaba Violet. Había una silueta entre las sombras y un breve destello de movimiento.

Violet fijó la mirada, pero, cuanto más miraba, más indistinta se volvía la silueta. Podía ser cualquier cosa: la madriguera de un animal salvaje, un engaño de la noche o, con mayor probabilidad, un producto de su imaginación febril.

—¿Crees que hay algo ahí? —susurró Amelia.

—Es difícil de decir. ¿Vamos a investigar?

Amelia agarró a Violet del brazo y asintió con la cabeza.

—En realidad, creo que debería enviar otro mensaje al sargento Winterton primero —dijo Violet—. Para que sepa dónde estamos, ahora que nos hemos salido del camino.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Tengo una aplicación de brújula en mi teléfono —dijo Violet.

La abrió, apuntó con ello en la dirección hacia la que se dirigían y tomó una captura de pantalla.

—Le voy a enviar la imagen por mensaje a Charlie Winterton. Muestra nuestra latitud, longitud y altitud. No tengo ni idea de lo que significa todo eso, pero espero que le dé suficiente información para encontrarnos.

Una vez que envió el mensaje y las coordenadas al sargento Winterton, Violet y Amelia se arrastraron hacia aquello que habían detectado que se movía entre los árboles.

A medida que se acercaban, vieron una luz y oyeron el sonido de una voz enfadada que cruzaba el frío aire de la noche.

Capítulo 36

Violet se detuvo y escuchó. Entre una serie de palabras amortiguadas de enojo se oyó un sonido diferente y más familiar.

—¿Dónde estamos? —La voz de Maureen flotaba en el aire frío.

Violet y Amelia se quedaron paralizadas y prestaron toda su atención a la conversación.

—Dijiste que me llevarías a ver a Jodie. —Maureen de nuevo, con voz aturdida y confusa.

—¡Cállate! —respondió Gaby, con rabia y desdén.

Violet le susurró al oído a Amelia:

—Son ellas. Maureen y Gaby. ¿Qué hacemos? ¿Las tomamos por sorpresa, o nos acercamos abiertamente?

—No me preguntes a mí —dijo Amelia, con voz entrecortada por el pánico—. Hemos venido aquí por ti. Tú decides.

—¡Levántate! Bájate de la silla. —Gaby gritaba ahora, su voz atravesando la oscuridad.

Sonaba agitada, como si lo que le quedaba de paciencia se hubiera agotado. Violet sabía que no podía permanecer escondida en las sombras. Era hora de dar un paso adelante y revelar su presencia.

Corrió por el césped hacia el árbol. Maureen estaba desplomada en una silla de ruedas y Gaby le tiraba del brazo, instándola a ponerse de pie. Había una gran linterna sujeta en el lateral de la silla.

Violet se detuvo, respiró hondo y cruzó los brazos con aire de exagerada calma.

—Ya basta, Gaby —dijo—. Ya le has hecho suficiente daño a Maureen. Solo hay que ver los moratones de su cara para darse cuenta. Supongo que eso fue obra tuya. Fuiste tú quien la empujó por el balcón, ¿verdad?

El sonido de la voz de Violet y su inesperada aparición hicieron que Gaby diera un salto hacia atrás, con los hombros encogidos

como si estuviera lista para atacar. En la silla de ruedas, Maureen, con aspecto agotado, dio un suspiro de alivio audible.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó Gaby, pronunciando con énfasis cada palabra—. ¿Cómo has sabido dónde estábamos?

—No lo sabía…, no con certeza —dijo Violet—. Llámalo una suposición fundamentada. Hemos venido a llevarnos a Maureen a casa.

—No va a ir a ninguna parte —contestó Gaby, acercándose a la silla de ruedas y agarrando sus asas con posesividad.

Violet se aproximó más.

—¿Qué es todo esto, Gaby? ¿O debería decir «Gabriella»? ¿Por qué has venido aquí? ¿Qué esperas conseguir?

—No es asunto tuyo. Tienes que irte. Ahora mismo.

Violet sonrió con ironía y negó con la cabeza, dejando claro que tenía intención de quedarse.

—Este es el árbol del que se cayó tu hermana, ¿verdad? —dijo.

Cuando Maureen comprendió lo que Violet estaba diciendo, agarró los brazos de la silla de ruedas y se incorporó.

—¿Te refieres a Lynette? —dijo, con los ojos sorprendidos buscando confirmación.

Violet asintió con la cabeza.

Maureen se giró para mirar a Gaby.

—¿Eres Ella? ¿Ella Slater?

Gaby echó la cabeza hacia atrás y soltó un bufido de arrogancia.

—Por supuesto que lo soy. O, al menos, lo era. Me sorprende que no te hayas dado cuenta hace tiempo. Ahora prefiero que me llamen «Gaby»… «Ella» es como me llamaba mi familia.

Maureen intentó levantarse, pero Gaby la empujó hacia atrás.

—No lo entiendo. —Maureen parecía asustada y desorientada—. Por favor, Gaby…, dime por qué estás haciendo esto.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu amiga de ahí? —Gaby señaló con la cabeza en dirección a Violet—. Parece que ella lo tiene todo claro. Eres como Miss Marple, ¿verdad, Violet?

—Ojalá lo fuera —respondió ella—. Miss Marple habría resuelto esto mucho más rápido que yo. Lo único que he conseguido es

averiguar quién eres. No tengo ninguna explicación para tus acciones. Solo tú puedes decirnos por qué estás haciendo esto.

—¿Estás segura de que no quieres probar a ver si lo adivinas? —dijo Gaby.

—Supongo que buscas venganza. Quieres vengarte por lo que le pasó a tu hermana. Tu familia culpó del accidente a Maureen y sus amigas, ¿verdad?

Gaby soltó una carcajada.

—¿Crees que estoy aquí para vengarme? ¿Para vengarme por lo que le hicieron a mi hermana? —Volvió a reírse—. Tienes razón, Violet. No eres Miss Marple.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Maureen—. Al menos, ten la cortesía de explicarte.

—No estoy aquí por Lynette; eso seguro. No busco venganza por mi hermana. Esto es una revancha por lo que me pasó a mí.

Violet se sintió aliviada de que Gaby se estuviera desahogando. Si conseguía mantenerla hablando bastante rato, eso le daría tiempo a la policía para llegar y hacerse cargo de la situación.

—Explícanoslo, entonces —dijo Violet—. Cuéntanoslo.

La expresión del rostro de Gaby habría agriado la leche.

—No tengo por qué daros ninguna explicación.

—Si pretendes volver a hacer daño a Maureen, creo que sí.

—Por favor, Gaby —dijo Maureen—. ¿No merezco saber la verdad?

—No siempre obtenemos lo que merecemos en la vida —dijo Gaby —. Yo soy la prueba viviente de ello.

Amelia había estado acechando detrás de Violet, pero ahora dio un paso adelante y agarró la mano de su madre.

Gaby ladeó la cabeza y apretó los labios. Parecía estar sopesando sus posibilidades. Tras un momento de deliberación, señaló a Violet y comenzó a hablar.

—Tenías razón sobre mis padres: culparon a Maureen y sus amigas por el accidente. La pandilla the Horse Chestnut Gang; así es como os llamabais, ¿verdad, Maureen?

Desde la silla de ruedas, Maureen asintió solemnemente con la cabeza.

—Dios sabe por qué, pero a Lynette se le metió en la cabeza que quería formar parte de esa absurda pandilla de chicas, con sus tontas cintas de pelo y sus estúpidos juegos. Durante semanas, era lo único de lo que hablaba. El problema era que ellas no la querían. Lynette era uno o dos años más pequeña que Maureen y sus amigas, y la pandilla the Horse Chestnut Gang era un grupo muy cerrado. No creo que les gustara la idea de que alguien más se metiera en sus asuntos. Lo que deberían haber hecho era decirle «no» a Lynette, pero, en lugar de eso, para mantenerla fuera de su pandilla, idearon un ritual de iniciación que era casi imposible de acometer. Le dijeron que tenía que conseguir una castaña de la copa de este árbol.

Gaby ladeó la cabeza y miró hacia arriba, a la red de ramas que tenía sobre su cabeza.

Maureen miró hacia el árbol con ojos tristes y arrepentidos.

—Lo siento, Gaby, de verdad —dijo—. Éramos niñas. Jóvenes y tontas. Tienes razón, no queríamos que Lynette entrase en nuestra pandilla, así que le tendimos una trampa para que fracasara. Cuando le pedimos que trepara a este árbol, pensamos que se acobardaría. Nunca imaginamos que lo intentaría de verdad. Ninguna de nosotras habría trepado tan alto, y supusimos que ella tampoco lo haría.

—La desafiasteis. La provocasteis —dijo Gaby—. La obligasteis a hacer algo que no solo era imposible, sino también muy peligroso.

—No la obligamos —replicó Maureen.

—La incitasteis.

—Sí…, pero éramos unas niñas tontas e imprudentes… de diez años. No sabíamos nada.

—Sí que lo sabíais —dijo Gaby, alzando la voz en la última palabra —. Aun así, en lugar de hacer lo correcto, las tres decidisteis ser desagradables y rencorosas. Sabíais que Lynette era más pequeña e ingenua. Deberíais haberla protegido, y no haberla acosado.

—No la acosamos —dijo Maureen, alzando también la voz—. Imprudentes, sin duda, lo fuimos. Ingenuas e inexpertas. Incluso crueles, pero nunca fuimos unas acosadoras.

—No discutamos sobre semántica —dijo Gaby—. Lo que pasó, pasó… No importa cuál fuera vuestra motivación. Las consecuencias

fueron las que fueron. Mi hermana se cayó y se rompió la espalda.

Maureen había empezado a llorar en silencio.

—Cometimos un error —dijo—. Lo que sucedió aquel día fue un terrible error de cálculo, y nos hemos pasado el resto de la vida lamentándolo. Si hubiéramos podido volver atrás y hacer las cosas de otra manera, lo habríamos hecho. Nunca nos paramos a pensar en las consecuencias… Aquel año hubo una sequía, y el suelo estaba duro como el hierro. Quizá Lynette no se habría hecho tanto daño si hubiera tenido un aterrizaje más suave.

Gaby resopló.

—Escúchate: culpando al largo y caluroso verano y a la falta de lluvia, fingiendo que tú y tus amigas no tenéis nada que reprocharos. Ni siquiera ahora eres capaz de admitir que fue culpa tuya. Eres patética.

Maureen se secó las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Te equivocas. Estábamos más que dispuestas a asumir la culpa por lo que hicimos. Fuimos a ver a tus padres para pedirles perdón. Pedimos ver a Lynette, pero no nos dejaron, así que le enviamos una carta. Le dijimos cuánto lo sentíamos y le hicimos saber que formaba parte de nuestra pandilla. Incluso le hicimos un certificado de membrecía y le enviamos una hoja de castaño de Indias prensada y uno de los llaveros de castañas que Phyllis había tejido para todas nosotras, y…

—Una cinta —interrumpió Violet, comprendiendo por fin el significado de los objetos que dejaban atrás después de cada delito —. Una cinta verde para el pelo.

—Sí —dijo Maureen—. Las llevábamos puestas cada vez que nos reuníamos la pandilla. ¿Cómo sabías lo de la cinta?

—Dawn Pilcher me dijo que Phyllis sostenía un libro cuando murió y que había una cinta verde sobre la página abierta. —El corazón de Violet se aceleró al empezar a unir las pistas que finalmente confirmaban que Phyllis había sido asesinada y que Gaby era la responsable de su muerte—. En ese momento, Dawn confundió la cinta con un marcapáginas, pero no era eso en absoluto. Ahora todo tiene sentido. Gaby ha ido devolviendo uno a uno los objetos que le dio a Lynette la pandilla the Horse Chestnut Gang. ¿Recuerdas la

hoja prensada que encontré en tu balcón, Maureen? Supusimos que era una hoja de arce, pero ahora sé que era una hoja de castaño de Indias. Y, cuando estuvimos en Chesterfield, encontré un viejo llavero de ganchillo en el pasillo de la casa de la hija de Shirley.

Gaby asintió con la cabeza, reconociendo la veracidad de las palabras de Violet.

—Para tu información, Maureen, mis padres nunca le dieron la carta a Lynette, ni ninguno de los otros objetos.

—Así que ¿ella nunca lo supo? —dijo Maureen—. ¿Que lo sentíamos y que la habíamos dejado entrar en nuestro grupo?

—No —respondió Gaby—. Mis padres leyeron vuestra humillante carta y la rompieron. ¿De verdad creías que unas disculpas y unas cuantas baratijas podrían comprar su perdón? Mis padres tiraron el llavero, la cinta y la hoja a la basura, pero yo los recuperé. Quería que las tres supierais que los habían rechazado. Aunque tenía pensado devolvéroslos, nos mudamos antes de que tuviera la oportunidad. Los he guardado desde entonces, con la esperanza de que, algún día, tuviera la ocasión de devolvéroslos en persona.

—Dejaste la cinta con Phyllis, la hoja en el balcón de Maureen y metiste el llavero por el buzón de la puerta donde Shirley —dijo Violet.

—En realidad —dijo Gaby—, tuve que comprar una hoja nueva. La original se había convertido en polvo hacía tiempo. Pero es justo decir que devolver esas baratijas tan horteras fue realmente catártico. Simbólico, supongo. Una especie de terapia. Fue mi forma de decir que nunca perdonaría a la pandilla the Horse Chestnut Gang.

—Lo siento —repitió Maureen—. De verdad. Me sentí muy culpable después. Todas lo sentimos. Phyllis, Shirley y yo quedamos traumatizadas por lo que pasó. Completamente devastadas.

—No tan devastadas como mi familia y yo —respondió Gaby.

—No, claro que no. —Maureen miró a Violet, pidiendo ayuda con la mirada.

—Dime qué haces aquí, Gaby —dijo Violet, decidida a seguir hablando—. Si no es para vengar a tu hermana, ¿por qué has traído a Maureen al parque?

—Estamos aquí por mí, no por Lynette —aclaró Gaby—. La verdad es que, después del accidente, llegué a despreciar a mi hermana pequeña. Siempre había sido la benjamina de la familia, la mimada, demasiado acostumbrada a salirse con la suya. El día del accidente, mis padres habían salido de compras. Me dejaron a cargo de todo, a pesar de que yo apenas tenía doce años.

»En cuanto mis padres se marcharon, Lynette empezó a lloriquear, insistiendo en que quería ir al parque. No paraba de darme la lata y, al final, cedí, tal y como habrían hecho mis padres si hubieran estado allí. Por supuesto, no tenía ni idea de lo que Lynette iba a hacer. ¿Cómo iba a saber que planeaba trepar a un árbol?

—No podías saberlo —sostuvo Maureen—. Le dijimos que no se lo contara a nadie.

Gaby negó con la cabeza.

—Los secretos y las mentiras… solo causan problemas. El pequeño secreto de Lynette sin duda se volvió en su contra aquel día. Menos de una hora después de que mi hermana saliera de casa, Phyllis Heeley llamó a la puerta para decirme que Lynette se había caído y que tenía que llamar a una ambulancia.

—Debiste de estar aterrorizada —dijo Violet, esperando que un poco de compasión pudiera tranquilizar a Gaby, o incluso hacerla cambiar de opinión.

—Lo estaba —respondió ella—. Estaba muerta de miedo, y no solo por el estado en el que pudiera encontrarse Lynette. Me di cuenta de que tendría que contarles a mis padres lo que había pasado, y sabía que me culparían.

—Creí que habías dicho que culparon a Maureen, Shirley y Phyllis —dijo Violet.

—Sí que las culparon, pero no tanto como a mí. Nunca me dejaron olvidar que fui yo quien dejó que Lynette fuera al parque. Mis padres intentaron ser sutiles en sus críticas. Aunque nunca llegaron a acusarme abiertamente de descuidar mis obligaciones como hermana, yo sabía que eso era lo que pensaban. Veía la condena en sus ojos cada vez que me miraban.

—El accidente no fue culpa tuya, Gaby —dijo Maureen—. Tus padres no tenían motivos para culparte.

—Lo sé —dijo Gaby, con tono irritado—. Pero me culparon de todos modos. Se pasaron el resto de su vida haciéndome sentir culpable.

—Así que acabaste resentida con tu hermana, así como con el grupo de chicas que creías que había causado su accidente —dijo Violet.

Gaby no se molestó en negarlo.

—Supongo que sí. Después de que Lynette se rompiera la espalda, todo se convirtió en un caos. Era como si alguien hubiera cogido nuestro pequeño mundo tranquilo y feliz y lo hubiera agitado como si fuera una bola de nieve. Mi familia quedó destrozada sin posibilidad de reparación.

»A partir de entonces, todo giraba en torno a Lynette. Ella era siempre la prioridad, lo que impulsaba todo lo que hacíamos. Mi padre estaba decidido a conseguirle el mejor tratamiento posible, y por eso nos mudamos. Tuve que dejar a mis amigos, mi colegio y todo lo que me era familiar. No habría sido tan malo si nos hubiéramos quedado en Inglaterra, pero nos llevó a Canadá. Era mediados de los años cincuenta y, para mí, parecía estar al otro lado del mundo… y estaba al otro lado del mundo. En aquella época, la gente no solía subirse a un avión y viajar por todo el mundo. El día que emigramos, sinceramente pensé que nunca volvería a Inglaterra.

—¿Por qué a Canadá? —preguntó Amelia, que había estado escuchando y observando en silencio.

Gaby se volvió y la miró fijamente, como si la viera por primera vez.

—En Toronto había un tratamiento pionero para personas con lesiones de espalda. En cuanto mi padre se enteró, no hablaba de otra cosa. Se obsesionó con la idea. Creía firmemente que, si llevaba a Lynette a Toronto, se curaría.

—¿Y lo consiguió? —preguntó Violet.

Gaby se encogió de hombros.

—Recuperó algo de sensibilidad en las piernas, pero nunca volvió a caminar, y mis padres gastaron todo el dinero que tenían en ese tratamiento. Si yo quería algo, me decían que no podían

permitírselo. La verdad es que mis padres pensaban que yo no merecía tener nada bueno.

»Mi vida se volvió insoportable…, una farsa. Me fui de casa en cuanto tuve la edad suficiente. Unos años más tarde, me casé con un chico que trabajaba en una granja de Saskatchewan. Me fui a vivir allí, en medio de la nada, a kilómetros de los vecinos más cercanos. Por desgracia, no fue un matrimonio especialmente feliz, ni una existencia plena. Siempre sentí que mi verdadera vida, la vida que debería haber tenido, estaba aquí, en Derbyshire.

—¿Y eso te enfadaba? —preguntó Violet—. ¿Te resentiste?

—Por supuesto que sí. Entre ellos, mi hermana, Maureen y sus estúpidas amigas, me habían arruinado la vida por completo.

—No pudo haber sido tan malo —dijo Maureen, sonando más valiente de lo que parecía—. Tienes un hijo y nietos. Ellos son la razón por la que regresaste a Derbyshire en primer lugar, ¿no?

Gaby se burló.

—Si eso es lo que crees, eres aún más ingenua de lo que pensaba —dijo—. Piénsalo, Maureen. ¿Alguna vez has visto a mi hijo? ¿Alguna vez viene a verme a Maple Grange?

—Bueno…, no. Siempre eres tú la que va a visitarlo. Dijiste que era la mejor manera de ver a tus nietos.

Gaby soltó una risa amarga y estridente.

—Eres tan fácil de engañar. Tu credulidad sería entrañable si no fuera tan patética.

—¿Ingenuidad? ¿A qué te refieres?

—Oh, Maureen. Intenta seguirme el ritmo. —Gaby soltó otra risa hueca—. No tengo ningún hijo ni ningún nieto. Me los inventé. Eran mi excusa para estar en Maple Grange, pero no existen. Nunca han existido.

—¿Me mentiste? —Maureen parpadeó rápidamente y apretó los dedos sobre los brazos de la silla de ruedas—. Entonces, ¿por qué regresaste? Y ¿por qué ahora?

—Por el amor de Dios, ¿siempre eres tan lenta de entendederas? ¿Aún no lo has pillado? Tú y tus amigas sois la razón por la que he vuelto. Esta es mi última oportunidad, la oportunidad que tanto he esperado para corregir un error y restablecer el equilibrio. Hace un

año, después de la muerte de mi marido, pagué a alguien para que investigara aquí. Quería averiguar qué había sido del trío responsable de la caída de Lynette y de las repercusiones que eso tuvo en mi vida. Imagínate lo que me molestó descubrir que las tres seguíais vivitas y coleando, y que erais vecinas en una idílica comunidad de jubilados. El mismo trío de siempre, tan unidas como siempre, incluso después de sesenta y tantos años. Me hizo hervir la sangre.

—¿Por qué? —dijo Maureen, con tono desafiante—. ¿Qué daño te hicimos?

Gaby se burló.

—Aún no lo entiendes, ¿verdad? ¿Qué tengo que decir para que lo entiendas? He pasado la mayor parte de mi vida adulta atrapada en las praderas canadienses, viviendo la vida de otra persona y sintiéndome desgraciada. ¿Te imaginas lo furiosa que me puse cuando descubrí que las tres mujeres que habían puesto mi mundo patas arriba habían estado viviendo una vida de lujo en Maple Grange?

—Nos mudamos aquí hace solo diez años.

—Cállate, Maureen. No importa cuánto tiempo hayáis vivido aquí. El caso es que no era justo. Me di cuenta de que había esperado demasiado. Todo. Todo. Debería haber vuelto aquí hace años y haberme enfrentado a vosotras entonces. Podría haber dejado a mi marido y recuperado algo de mi antigua vida, algo de felicidad.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que nosotras no tenemos la culpa de tu infelicidad? —dijo Maureen—. Creo firmemente que las personas son dueñas de su propio destino. Puedes intentar echarnos la culpa de tu matrimonio infeliz si quieres, pero tienes que aceptar parte de la responsabilidad tú misma.

—Quizá sí —respondió Gaby—. Es cierto que nunca debí haberme casado con mi marido. Éramos demasiado diferentes. Dicen que los opuestos se atraen; sin embargo, ese tipo de atracción no suele durar. Pensé en dejarlo cuando Lynette murió. Solo tenía treinta años cuando falleció. Mis padres la adoraban; se dedicaban en cuerpo y alma a cuidarla. Quién sabe, quizá no fuera solo a mí, y a ti y tus amigas a quienes ellos culpaban. Quizá ellos mismos se sentían

en parte culpables. Deberían haber sabido que estaba mal dejarnos solas a Lynette y a mí. Éramos demasiado pequeñas para estar solas en casa.

»En 1977, volví a Toronto para visitarlos. Eso fue cuando Lynette murió. Me ofrecí a quedarme con ellos, a vivir con mis padres…, pero no era a mí a quien querían. Así que, después del funeral, volví a Saskatchewan. Sin mi hermana, mi madre y mi padre ya no tenían nada por lo que vivir. En tres años, fallecieron los dos.

—Parece que lo pasaste mal, Gaby —dijo Violet—. Es una historia triste, pero la vida nos plantea retos a todos tarde o temprano. Cómo los afrontamos depende de nosotros… Es una prueba de nuestra personalidad. Podemos elegir entre ser infelices y lamentarnos, o podemos intentar sacar lo mejor de las cosas. En mi opinión, aferrarse al rencor durante décadas no es saludable para nadie. Mira lo que te ha hecho a ti.

Gaby se rio.

—No sabes ni la mitad.

—Cuéntanoslo —dijo Violet—. Puedes empezar por hablarnos de Phyllis. ¿Qué le hiciste? Sé que fuiste responsable de su muerte.

Gaby entrecerró los ojos.

—Phyllis siempre fue la cabecilla. Por eso la elegí como primer objetivo. Ella fue la persona con la que decidí entablar amistad cuando me mudé a Maple Grange. Fue muy acogedora y no tardó en invitarme a tomar el té. Fue entonces cuando me presentó a sus otros amigos, a Maureen, Eleanor y Keith. Incluso invitó a Shirley, aunque para entonces ella ya había dejado de vivir en la residencia. Por supuesto, yo ya la conocía. El apartamento en el que he estado alquilada es el de Shirley.

»Phyllis preparó un magnífico banquete ese día: delicados pastelitos y sándwiches sin corteza…, todo muy civilizado y británico, pero yo fui con un único propósito en mente: aprender todo lo que pudiera sobre los miembros más veteranos de la pandilla the Horse Chestnut Gang. Lo primero que descubrí fue que a Phyllis le gustaba beber una mezcla espantosa, una horrible combinación de infusiones de hierbas. Nadie más tocaba esa cosa. De hecho, todos me

advirtieron para que no lo probara. Decían que sabía a pis de gato, aunque no entiendo cómo llegaron a esa conclusión.

»Phyllis alababa las virtudes de su infusión especial de hierbas y me decía que era lo que la mantenía joven y sana. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea…; fue muy fácil.

—¿Qué idea? —preguntó Maureen—. ¿Qué hiciste?

Gaby sonrió con sagacidad.

—En una de mis visitas, fui a su cocina y añadí mi ingrediente especial a su lata de té.

—¿Qué ingrediente? —preguntó Violet.

—Dedalera —respondió Gaby—. Había muchos brotes creciendo en los terrenos de Maple Grange, listos para ser recolectados. Sequé algunas de las flores y hojas, las trituré y, sin que Phyllis lo supiera, las espolvoreé en su té de hierbas. Sin darse cuenta, ella ingería una pequeña dosis de dedalera cada vez que preparaba una de sus infusiones saludables. —Gaby dibujó unas comillas con los dedos al pronunciar la palabra «saludables»—. ¿Sabías que todas las partes de la planta de dedalera son tóxicas?

—Según recuerdo, la dedalera contiene digitalina —dijo Violet, pensando que Gaby también era bastante tóxica—. Se utiliza para fabricar medicamentos que estimulan el corazón.

Gaby aplaudió lentamente.

—Qué lista eres, Violet Brewster. Aun así, te diré que la dedalera no solo se utiliza para fabricar medicamentos. También es un buen veneno fácil de conseguir.

—¿Existe algún veneno bueno? —preguntó Violet.

Gaby se encogió de hombros.

—Supongo que depende del punto de vista. La digitalina afecta al pulso y puede provocar arritmias cardiacas…, que es lo que le pasó a Phyllis. Supuse que moriría rápidamente, pero, por desgracia, no fue así. Todo se prolongó durante semanas, tiempo suficiente para que visitara a su médico y concertara una consulta en el hospital. Obviamente, no podía dejar que acudiera a esa cita, porque los médicos podrían haberle hecho análisis de sangre y se habrían dado cuenta de que había algo más en sus aparentes problemas cardiacos de lo que parecía.

Maureen parecía horrorizada.

—Eres malvada, Gaby Renfrew. Phyllis nunca te hizo daño… En realidad, no. Era buena persona y era mi amiga. No tenías derecho a arrebatarle la vida de esa manera.

—No estoy de acuerdo —dijo Gaby, sin mostrar ningún remordimiento—. Al final, me vi obligada a acabar con todo de una vez por todas. Una tarde fui a visitarla. Tenía muy mal aspecto y es posible que hubiera muerto esa noche de todos modos, pero quería asegurarme. Preparé una taza de su té de orina de gato y le añadí unos gramos extras de dedalera por si acaso. Lo que pasa con la digitalina es que hace que el corazón bombee con más fuerza. En esencia, Phyllis estaba tomando una dosis no recetada y no regulada de un medicamento para el corazón que no necesitaba. Esa noche se fue a dormir y no volvió a despertar.

—Así que admites haber matado a Phyllis —dijo Violet—. ¿Y dejaste la cinta verde para el pelo en su libro? Y ¿qué hay de Shirley? Entiendo que fuiste tú quien conducía el coche de Maureen ese día, ¿no?

Gaby asintió con la cabeza.

—Sí. Pensé que era un buen detalle usar el Triumph de Maureen, porque otro triunfo era exactamente lo que esperaba conseguir ese día. Llegar a Shirley fue más difícil porque vivía en Chesterfield. Sin embargo, seguía formando parte del círculo de amistades y pronto descubrí que era una persona de costumbres fijas. Me dijo que iba a la biblioteca todos los días a mediodía.

—Así que ¿decidiste atropellarla durante su paseo diario? —dijo Violet.

—Me llevó varias semanas planearlo. Empecé por robar las llaves de Maureen cuando fui a su casa un día. Me había fijado en que en el fondo del frutero de su cocina había un juego de llaves de repuesto de la casa y del coche. Las metí en mi bolso, hice un juego extra y luego devolví las de repuesto sin que Maureen se diera cuenta de que habían desaparecido. Deberías haber tenido más cuidado con tu seguridad, Maureen.

—No me di cuenta de que era necesario —respondió Maureen—. Tenía la falsa impresión de que las personas a las que dejaba entrar

en mi casa eran amigos en los que podía confiar. Aunque, obviamente, debería haber estado en guardia contigo. Te dimos la bienvenida a Maple Grange e hicimos todo lo posible para que te sintieras como en casa, Gaby. ¿Cómo iba a saber que me lo pagarías colándote en mi casa y empujándome por el balcón?

—Eso fue otra cosa que te hizo vulnerable —dijo Gaby—. Shirley y tú sois muy parecidas…: criaturas de hábitos. Te veía todas las noches desde la ventana de mi apartamento, cuando salías a fumar después de cenar. El jueves pasado, esperé a que salieras y luego subí a tu apartamento por las escaleras traseras, para evitar las cámaras de seguridad. Por supuesto, seguía corriendo el riesgo de que me vieran, pero llevaba ropa oscura y me cubrí la cara, igual que hice cuando atropellé a Shirley. Era imposible que alguien me reconociera.

—Así que ¿entraste en mi apartamento, te colaste en el balcón y me empujaste? —dijo Maureen, indignada.

—Sí. Dejé la hoja prensada en la mesa de la terraza. No es que me importara si alguien la veía o no; de hecho, esperaba que se la llevara el viento. Dejarla allí era simplemente mi forma de decir que había estado allí. Una tarjeta de visita que solo yo conocía.

—Eres osada, te lo reconozco —dijo Maureen—. Pero lo que no habías tenido en cuenta era la enorme jardinera de Keith.

Gaby frunció el ceño.

—No, eso fue un descuido por mi parte y un golpe de suerte por la tuya. Esas ridículas jardineras te salvaron el pellejo. Otra vez.

Maureen entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir con «otra vez»?

Gaby esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Yo fui la responsable de ese pequeño accidente de coche que tuviste, aunque ese intento de acabar con tu vida se vio frustrado porque tomaste la ruta turística para ir a casa de tu hija. ¿No se te ocurrió que alguien podría haber manipulado los frenos?

—Violet y yo hablamos de esa posibilidad —dijo Maureen, asintiendo con la cabeza a Violet—. Confieso que descarté la idea. Sin duda, nunca habría pensado que fueras capaz de hacer algo así. No sabía que tuvieras habilidades mecánicas.

Gaby se encogió de hombros.

—Es increíble lo que se aprende cuando se vive en una granja —dijo—. A lo largo de los años, me he dedicado a todo tipo de cosas: reparar maquinaria, hacer el mantenimiento de tractores y camiones agrícolas… En comparación con arreglar una cosechadora, hacer unos pequeños ajustes en tu viejo cochecito fue pan comido.

—Y, una vez que arreglaron los frenos y el coche de Maureen volvió a su garaje, ¿lo robaste y condujiste hasta Chesterfield para hacerle daño a Shirley? —Las palabras de Violet eran más una afirmación que una pregunta.

—Como he dicho, Shirley es una persona de costumbres. Sabía exactamente dónde estaría en cada momento. Solo tenía que aparcar y esperar a que pasara por allí. Hay que reconocer que, para ser una anciana, se mueve muy rápido cuando su vida depende de ello, pues, cuando giré hacia ella, se apartó mucho más deprisa de lo que pensaba. El plan era eliminarla, pero por desgracia no pudo ser. De vuelta a Maple Grange, pasé por delante de la casa de su hija y eché el llavero por el buzón de la puerta.

—¿Cuál es el plan para esta noche? —preguntó Maureen, con un tono sorprendentemente desafiante para alguien cuya vida estaba en peligro—. ¿Cómo piensas acabar conmigo? Supongo que por eso estamos aquí. ¿Esperas que a la tercera vaya la vencida?

—Efectivamente —dijo Gaby—. Sin embargo, mi plan se ha torcido un poco. Esperaba que el efecto de las pastillas para dormir que te di durasen más tiempo. Iba a quitarte el abrigo y dejarte aquí, debajo del árbol. Tengo entendido que los únicos visitantes nocturnos de este parque son los zorros o gente con malas intenciones. No te habrían encontrado hasta la mañana siguiente, momento en el que ya habrías entrado en hipotermia. Las temperaturas nocturnas suelen estar muy por debajo de cero.

—¿Cuándo le has dado las pastillas para dormir a Maureen? —preguntó Violet, tratando de desentrañar la secuencia de acontecimientos que había culminado con la llegada de Gaby y Maureen al parque.

Fue Maureen quien respondió a la pregunta.

—Vino a mi apartamento antes… Me dijo que mi hija había tenido un accidente. Dijo que Jodie estaba bien, pero que su coche se había salido de la carretera y le había pedido a Gaby que me diera la noticia porque no quería que me asustara.

—¿Y Gaby se ofreció a llevarte a casa de Jodie?

—Sí, pero primero me aconsejó tomar una taza de té fuerte y dulce para recuperarme del *shock*. —Maureen frunció el ceño mirando a Gaby—. Supongo que la bebida que tan amablemente me preparaste incluía una generosa dosis de somníferos.

—No lo suficiente como para dejarte inconsciente de inmediato —dijo Gaby—. Necesitaba llevarte al coche antes de que te quedaras completamente dormida.

—Me extrañó que hubiera una silla de ruedas en la parte trasera de tu coche —dijo Maureen—. Supuse que era de Eleanor, pero para entonces ya empezaba a sentirme mareada y no tenía fuerzas para preguntar.

—Es de Eleanor —confirmó Gaby—. La llevé a dar una vuelta antes. Cuando la traje de vuelta, la ayudé a entrar en su casa y, de una forma que pareciera accidental, pero en realidad a propósito, olvidé sacar la silla de ruedas del coche. De todos modos, nunca la usa en casa. Su artritis es lo suficientemente tolerable como para arreglárselas allí con un andador.

Violet sintió una punzada de culpa por haber sospechado de la pobre Eleanor, que, por supuesto, era completamente inocente y no tenía ni idea de las maliciosas acciones de Gaby.

—Mira, Gaby —dijo, esforzándose por sonar autoritaria—. ¿No crees que es hora de poner fin a tu venganza? Vámonos todas a casa, ¿de acuerdo? Este aire frío no nos hace ningún bien.

—Tú y tu compinche podéis hacer lo que os dé la gana, pero yo no me voy a ninguna parte —dijo Gaby—. Y Maureen tampoco.

—Ahí es donde te equivocas, porque yo no me voy sin ella. —Violet dio un paso adelante, con la intención de apartar a Gaby de un codazo y sacar a Maureen de allí, lejos del peligro.

Sin embargo, cuando alcanzó las asas de la silla de ruedas, se quedó paralizada. Gaby había metido la mano en el bolsillo y había sacado un arma.

Capítulo 37

Violet dio un paso atrás y se quedó mirando el cuchillo que Gaby sostenía en su mano enguantada. La hoja larga y afilada brillaba siniestramente a la luz de su linterna.

Esto les daba un giro diferente y muy traicionero a las cosas. Ingenuamente, Violet había imaginado que ella y Amelia serían más que rivales para Gaby Renfrew. Era cierto que la mujer era alta y corpulenta, pero tenía setenta y nueve años. Amelia y Violet tenían una clara ventaja en términos de edad y forma física.

En cambio, un cuchillo era algo diferente por completo. No hacía falta mucha fuerza para blandir ese tipo de arma, y el daño que podía infligir era inmenso y potencialmente mortal.

—No os acerquéis —dijo Gaby, sosteniendo el cuchillo frente a ella —. No quiero usarlo, pero lo haré si es necesario.

Violet levantó las manos y retrocedió, rindiéndose ante el poder potencial de la hoja. Al retroceder, chocó con Amelia. Se giró y le susurró al oído:

—Yo la distraeré. Ve a buscar a la policía.

Maureen había visto el cuchillo, pero, en lugar de retroceder, se enfureció.

—¿Qué te pasa, Gaby? —dijo—. ¿No somos un poco mayores para estas tonterías?

—A veces, el momento de actuar es cuando se acaba el tiempo — respondió Gaby, con frialdad y sin emoción.

«¿Qué significa eso? —se preguntó Violet—. ¿Se le ha acabado el tiempo a Gaby?».

—¿Es por eso por lo que estás haciendo esto? —dijo Maureen, formulando la pregunta que se estaba formando en la cabeza de Violet—. ¿Porque se te ha acabado el tiempo?

Gaby sonrió enigmáticamente.

—Digamos que los granos de la mitad superior de mi reloj de arena están desapareciendo rápidamente.

—¿Estás enferma? —preguntó Violet.

Gaby asintió con la cabeza.

—Tengo una enfermedad terminal. Me la diagnosticaron antes de venir a Inglaterra. Cuando los médicos me dijeron que no podían hacer nada más por mí, supe que no tenía nada que perder. Pensé: «¿Qué diablos? ¿Por qué no volver a Derbyshire y causar estragos?».

Maureen frunció los labios.

—Sin duda lo has conseguido —dijo—. Aunque se me ocurren cosas más agradables que podrías haber incluido en tu lista de cosas por hacer antes de morir.

Gaby sonrió sin entusiasmo.

—Curiosamente, volver a casa me ha dado una nueva oportunidad en la vida —dijo—. Y cuando digo «casa» lo digo en serio. No había vuelto aquí desde hacía años, pero Derbyshire es el lugar al que siempre llamaré mi hogar. Pasé aquí mis primeros años de vida. Mis mejores años.

—Entonces, ¿por qué estropear esos recuerdos? —dijo Violet—. ¿No habría sido preferible quedarse en Canadá y recordar este lugar con cariño, en lugar de volver con ánimo vengativo?

—Al contrario, me lo estoy pasando muy bien —dijo Gaby—. Me están encantando las artimañas de pensar en cómo vengarme. Irónicamente, todas estas intrigas me han dado una razón para vivir. Los últimos meses han sido emocionantes. Me siento liberada, y me permito la libertad de poder causar problemas y decir mentiras, a sabiendas de que nunca tendré que rendir cuentas. Lo que haga ahora no importa, porque, aunque me pillen, no habrá tiempo suficiente para castigarme.

»Antes de venir a Maple Grange, mantenía mis emociones firmemente reprimidas. Me sentía atrapada en una prisión viviente. Ahora, por fin, puedo hacer lo que me plazca… con la seguridad de que nunca tendré que rendir cuentas a nadie.

—Todos tenemos que rendir cuentas ante un poder superior tarde o temprano —dijo Maureen, rechazando la jactancia de Gaby—. Lo que no entiendo es qué quieres de mí. ¿Quieres que me arrepienta? ¿Es eso?

—Adelante, si eso te hace sentir mejor —respondió Gaby—. Pero no esperes que te perdone, porque eso no va a suceder. Prefiero aferrarme a mi ira. Es una emoción agradable y fuerte. La única que soy capaz de sentir en estos días.

—¿Sabes qué, Gaby? —dijo Maureen—. Creo que tú y yo hemos llegado a un punto muerto. En lugar de quedarte ahí, mirándome con superioridad y con un cuchillo en la mano, ¿por qué no terminamos con esto, sea lo que sea?

Violet tragó saliva. ¿Qué estaba tramando Maureen? Estaba jugando un juego peligroso si quería desafiar a Gaby.

—Veamos, ¿quieres? —dijo Gaby, con rencor agudizando sus palabras—. ¿Qué tal si te hago subir a este árbol?

Los hombros de Maureen se sacudieron con una risa desenfrenada.

—Puedes intentarlo —dijo—. Pero tengo setenta y ocho años y el pie escayolado. Hay más posibilidades de que vuele a la luna esta noche que de que trepe un árbol.

Gaby ladeó la cabeza.

—Tienes toda la razón —dijo, con palabras que contrastaban con la mirada malhumorada de su rostro—. Esperar que una mujer de tu edad haga algo así es una locura. Eres mayor y vulnerable, y, a pesar de toda tu bravuconería, imagino que también estás bastante asustada. Y eso, querida Maureen, es exactamente lo que debió de sentir mi hermana el día del accidente. Tenía ocho años, era pequeña y vulnerable, inexperta e ingenua, incapaz de defenderse por sí misma. Y tenía miedo, muchísimo miedo, porque ella misma me lo dijo después. Pero eso no impidió que tú y tus amigas la hicierais subir a ese árbol, ¿verdad?

Mientras Gaby echaba la cabeza hacia atrás y contemplaba las ramas desnudas y altísimas, Amelia aprovechó la oportunidad para escabullirse, disolviéndose en la oscuridad en silencio.

El cuchillo se movió en la mano de Gaby cuando se dio cuenta de la ausencia de Amelia.

—Parece que tu compinche no ha tenido agallas para quedarse.

—Es mi hija, no mi compinche —dijo Violet, profundamente molesta por el calificativo que Gaby había asignado a Amelia.

—Ha ido a buscar ayuda, ¿verdad? —quiso saber Gaby.

—Sí. —Dadas las circunstancias, Violet pensó que era mejor ser sincera—. La policía llegará en cualquier momento. Será mucho mejor para ti si lo dejas ahora, Gaby, antes de que hagas ninguna tontería.

—¿Mejor para mí? —dijo Gaby—. Creo que lo has entendido al revés. De todos modos, es demasiado tarde y, la verdad, ya no me importa. No importa lo que me pase, aunque, si la policía está de camino, tal vez sea hora de que Maureen y yo nos vayamos. La llevaré en silla de ruedas hasta el coche y nos iremos a otro sitio. Más arriba, al Peak District, quizá. Está claro que Maureen no está dispuesta a recrear la dramática caída de Lynette desde este árbol, así que quizá pueda organizar una caída desde uno de los riscos de la zona. Le diré a la policía que se cayó o que saltó. Nunca podrán demostrar lo contrario.

—Si vas a mentir, querida, al menos, haz que resulte creíble —dijo Maureen—. Por supuesto que puedes llevarme en silla de ruedas, si eso es lo que prefieres, pero deja que Violet se quede aquí. Ella nunca te ha hecho ningún daño.

Violet sintió una oleada de afecto por Maureen. Su actitud protectora la hizo sentir aún más decidida a quedarse a su lado, pasara lo que pasara.

—Tu amiga es libre de irse, si quiere —dijo Gaby—. Mi problema no es con ella, sino contigo y tus amigas. Es hora de que reconozcas que Lynette no fue la única que sufrió al caerse. Mi hermana fue la que sufrió la lesión, pero ese accidente también me afectó a mí. Lo que ocurrió aquí, en este campo, cambió mi vida para siempre.

—¿Estás segura de eso? —dijo Maureen—. Según recuerdo, ya eras una niña infeliz incluso antes del accidente. Aunque nos has acusado a mí y a mis amigas de acosar a Lynette, en realidad, tú eras la acosadora en aquella época. Recuerdo lo horrible que eras con tu hermana pequeña. Nunca la dejabas jugar contigo; por eso ella quería entrar en la pandilla the Horse Chestnut Gang. Me parece que has sido una miserable toda tu vida, Gaby. En lugar de culpar a los demás, deberías buscar en tu propia alma la fuente de tu infelicidad.

Violet admiraba la valentía y la franqueza de Maureen, pero no era el momento de enfadar a Gaby, no cuando tenía un cuchillo en la mano.

El viento había arreciado y las ramas del castaño de Indias comenzaron a balancearse sobre sus cabezas. Las tres permanecieron rígidas, preparadas para la acción, esperando a que alguien diera el primer paso. Violet sentía las piernas como gelatina y el corazón le latía con fuerza dentro del pecho.

Reuniendo todo su valor, se preparó para lo que sabía que tenía que hacer. Empujar una silla de ruedas por la hierba irregular no le permitiría a Gaby escapar rápidamente, pero, aun así, era evidente que planeaba huir de nuevo. Tragándose el nudo que tenía en la garganta, Violet pensó en cómo podía evitar que eso sucediera. La única forma que se le ocurrió fue arrebatarle el cuchillo a Gaby.

Respiró hondo y pasó a la acción.

Capítulo 38

Se abalanzó sobre Gaby y le agarró el brazo con el que sujetaba el arma. Cuando Violet consiguió rodear con los dedos la muñeca de Gaby, le sorprendió la ferocidad con la que la mujer mayor se resistía. La hoja del cuchillo brilló a pocos centímetros de su cara y la pelea se convirtió en una batalla de voluntades y adrenalina. Gaby era más alta que Violet y pesaba más, y además estaba en una posición más ventajosa.

Con los músculos del brazo doloridos, Violet intentó en vano arrebatarle el cuchillo. En lo que equivalía a un pulso desde una postura vertical, sintió que flaqueaba. Dio un paso hacia la derecha e intentó agarrar con más fuerza la muñeca de Gaby, pero el movimiento solo consiguió debilitar su situación.

La hoja se acercó más al rostro de Violet y, a pesar del aire helado de la noche, sintió un hilo de sudor correr por su espalda. Sus fuerzas estaban decayendo. Estaba perdiendo la pelea. Fue entonces cuando Violet vio linternas al otro lado del campo.

A medida que las deslumbrantes linternas se acercaban, pudo ver que las llevaban dos fornidos agentes de policía. Amelia venía con ellos, corriendo unos pasos por detrás.

La perspectiva de ser salvada le dio a Violet el impulso que necesitaba. Una inesperada oleada de energía recorrió su cuerpo y apretó la muñeca de Gaby con todas sus fuerzas, cerrando los dedos alrededor de los huesos carpianos de la mujer. Gaby la miró con ira durante un momento, con el rostro contorsionado por la rabia y la determinación. Violet siguió retorciendo y tirando hasta que, finalmente, Gaby soltó un grito de frustración y dejó caer el cuchillo.

En ese momento, uno de los agentes llegó al lugar.

—Sea lo que sea lo que está pasando aquí, deténganse —dijo—. Aléjense del arma.

Enfadada por haber sido frustrada, Gaby ignoró la orden del policía y, en su lugar, le embistió con la silla de ruedas. Para evitar

chocar con su ocupante, el agente trastabilló hacia atrás. En el tiempo que tardó en recuperar el equilibrio, Gaby había desenganchado la linterna y había salido corriendo con ella, a una velocidad notable para alguien de su avanzada edad.

Mientras los dos agentes la perseguían, Amelia abrazó a su madre con un abrazo que era, a la vez, un consuelo y una reprimenda. Violet se sintió reconfortada y regañada al mismo tiempo.

—Gracias, cariño —dijo—. Has llegado justo a tiempo.

—No sabes lo aliviada que me sentí cuando entraste por esa puerta —dijo Jodie, que correteaba detrás de Maureen como una niñera demasiado atenta—. ¿Seguro que no quieres ir al hospital, madre? ¿No crees que deberías dejar que te examinen?

—No hace falta que me mimes, cariño —respondió Maureen—. Estoy perfectamente: de vuelta en casa, sana y salva. Lo único que me hizo Gaby fue darme un par de pastillas para dormir, pastillas cuyos efectos ya han desaparecido por completo. De hecho, es una pena, dada la hora que es. Probablemente me costará conciliar el sueño cuando me acueste.

—¿Quieres que te prepare un chocolate caliente? —dijo Dawn, que había esperado con Jodie el regreso de Maureen.

—No, gracias. Sois muy amables y sé que vuestra intención es buena, pero, por favor…, prefiero que no hagáis tanto alboroto. Soy dura de roer y creo que ahora podemos decir con seguridad que la pesadilla de las últimas semanas por fin ha terminado.

Después de llevar a Maureen a casa, Violet y Amelia habían entretenido a Jodie y Dawn con los detalles de los crímenes cuidadosamente planeados de Gaby y sus motivos para cometerlos. Las mujeres habían escuchado en silencio, con una mezcla de conmoción e incredulidad en su expresión facial.

—Sigo sin acabar de entenderlo —dijo Jodie—. ¿Por qué alguien se comportaría así?

—No nos corresponde a nosotras razonar el porqué —dijo Maureen—. Gabriella era un alma infeliz, incluso de niña. Los años transcurridos desde entonces no han sido benévolos con ella y,

obviamente, ha dejado que el resentimiento y la amargura la consumieran. Supongo que deberíamos compadecernos de ella, pero no puedo sentir lástima por esa mujer. Nos arrebató a Phyllis. Eso no se lo puedo perdonar.

—Al menos la policía ha conseguido atraparla —dijo Dawn—. Aunque supongo que las probabilidades de que Gaby lograra escapar de dos jóvenes policías eran muy escasas. ¿Qué crees que va a pasar ahora con ella?

—No estoy segura —contestó Violet—. Lo único que sé es que está arrestada, en prisión preventiva. El sargento Winterton llegó a Dreendale Lane Fields cuando estábamos prestando declaración. Ha prometido mantenerme informada.

Maureen chasqueó la lengua.

—Apuesto a que se saldrá con la suya —dijo, con voz furiosa—. El sistema judicial británico es famoso por su lentitud y, por lo que nos ha contado, Gaby está llegando al final de su vida. Supongo que habrá estirado la pata mucho antes de que se celebre ningún juicio.

Violet le dio un apretón de manos a Maureen.

—Solo estoy agradecida de que Shirley y tú estéis bien —dijo.

—Gracias, Violet —respondió Maureen—. Fuiste muy valiente cuando te abalanzaste sobre ella y le quitaste el cuchillo.

—Valiente, pero también muy imprudente —dijo Amelia, moviendo el dedo con delicadeza—. Podrías haber resultado gravemente herida, mamá. Te estás haciendo demasiado mayor para correr ese tipo de riesgos.

Violet arqueó una ceja.

—¿Demasiado mayor? Hace un par de semanas cumplí cuarenta y siete años. No se puede decir que sea precisamente vieja.

—Nunca he dicho que lo seas, pero tienes que tener más cuidado y dejar de ponerte en situaciones peligrosas. Luchar con alguien por un cuchillo nunca es una decisión acertada, a cualquier edad. Dicho esto, estoy orgullosa de ti…, y, al mismo tiempo, también me has dado un susto de muerte. Te quiero, mamá. No quiero perderte.

—No te preocupes, cariño, no vas a perderme —dijo Violet, sintiéndose tranquilizada por las palabras de su hija—. Sé cuidarme.

Sonrió tranquilizadora, decidiendo ignorar el dolor de los músculos de su antebrazo, que se había tensado hasta el límite durante la frenética lucha por el cuchillo.

Maureen dio un codazo a Jodie, que estaba sentada a su lado en el sofá.

—He oído que te vas a tomar el día libre mañana. ¿Me llevarías a ver a Shirley? Quiero comprobar que se está recuperando y me gustaría darle la noticia sobre Gaby cara a cara. Es hora de que ella y yo hablemos como es debido… sobre Lynette. Deberíamos haberlo hablado hace décadas, en lugar de bloquear el recuerdo y la culpa.

—Por lo que me acabas de contar, esa conversación debería haber tenido lugar hace mucho tiempo —dijo Jodie—. Iremos por la mañana.

—Gracias. —Maureen carraspeó—. Ahora, Dawn…, he cambiado de opinión sobre la bebida. Creo que una taza de chocolate caliente me sentará muy bien y quizá me ayude a conciliar el sueño.

—Te prepararé una ahora mismo —dijo Dawn—. Lo que necesitas es dormir bien esta noche. Y, como dijo una vez Scarlett O'Hara: «Mañana será otro día». Con un poco de suerte, la vida volverá a la normalidad a partir de ahora.

—Eso espero —dijo Maureen—. Durante las últimas semanas, ha habido más drama del que se puede soportar en toda una vida. Sería bonito pensar que las cosas podrían volver a ser como antes; sin embargo, me temo que, sin Phyllis, ya nada volverá a ser igual.

Capítulo 39

Una vez resuelto el misterio de Maple Grange, era hora de que Violet centrara su atención en los otros dos enigmas que le preocupaban. El primero, y más preocupante, era el paradero de Rusty. Habían pasado más de dos días desde que la gata se había ido de casa y, a pesar de los carteles de «SE BUSCA» y de varias búsquedas por el pueblo, no había habido ningún avistamiento. A Violet se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en lo que le podría haber pasado a su amiga felina.

«¿Dónde estás, Rusty-roo? —se preguntaba—. Por favor, vuelve a casa. Te echo de menos».

La otra preocupación, menos apremiante, era Amelia. ¿Estaba buscando otro trabajo? ¿Eran ella y Rhys algo más que amigos? Y ¿qué había de esos misteriosos paquetes que debían entregarse en The Memory Box? ¿Qué diablos contendrían?

Era martes por la mañana y Violet estaba sentada a su escritorio, girando su silla de un lado a otro y mirando al vacío. Aunque tenía mucho trabajo que hacer, su incapacidad para concentrarse estaba afectando drásticamente su productividad.

Por enésima vez esa mañana, consultó la página local de Facebook, con la esperanza de que alguien hubiera publicado noticias sobre Rusty, pero, aparte de un par de mensajes de apoyo, no había ninguna información nueva.

Los pensamientos de Violet volvieron a Amelia y a cuál podría ser su próximo movimiento. Rhys se marchaba a Australia en unos días. ¿Qué planeaba hacer Amelia? Cualquier cosa era posible después del gran anuncio que había hecho el otro día, esto es, el de querer ser más espontánea.

Violet encendió su Mac y se dijo a sí misma que debía concentrarse. Tras tragarse lo que quedaba del capuchino que había comprado en la panadería, se preparó mentalmente para abordar la siguiente tarea de su lista de cosas por hacer, que era una

investigación para su nuevo proyecto. Cuando abrió una carpeta de documentos y comenzó a leer una colección de escrituras de propiedad digitalizadas del siglo XIX, oyó que se abría la puerta.

—Hola, Violet. —Era Judith Talbot, que parecía inusualmente indecisa—. Siento molestarte —dijo Judith, tirando con nerviosismo del cuello de su abrigo gris carbón—. Pero pensé que era mejor venir directamente.

El estómago de Violet dio otra vuelta de campana.

—¿Pasa algo?

—Tengo información. Sobre tu gata.

Violet tensó los músculos y se preparó.

—Continúa.

Judith levantó las manos en un gesto tranquilizador.

—No te preocupes…, no son malas noticias. Más bien, al contrario. He oído por ahí que la señora Bevan podría tener a tu gata. Pensé que debía decírtelo.

Violet se inclinó hacia delante y soltó un suspiro entrecortado.

—¿Quién demonios es la señora Bevan?

—Vive en una de las casitas de Brook Terrace. —Judith se sentó en la silla de Molly—. Se rumorea que ha estado alimentando a un gato. Un gato atigrado.

—¿Rusty?

—No estoy segura, pero parece demasiada coincidencia, ¿no crees?

Violet cogió su bolso y se puso de pie de un salto.

—¿Qué número de Brook Terrace?

—Espera un momento —dijo Judith—. Antes de que vayas allí enfadada, hay algunas cosas que debes saber.

A regañadientes, Violet volvió a sentarse.

—Barbara Bevan es viuda…; hace años que lo es —dijo Judith—. Es una mujer decente, siempre muy educada, pero es de carácter tranquilo y bastante tímida. Hasta hace poco, tenía un gato. Lo quería muchísimo…, pero entonces, el año pasado, murió. Desde ese momento, creo que Barbara se siente sola. Sospecho que ha acogido

a Rusty para que le haga compañía, creyendo que es una gata callejera.

—Pero no es una gata callejera —dijo Violet.

—Aunque yo lo sé y tú lo sabes, la señora Bevan podría no verlo así. Solo te pido que actúes con delicadeza, en lugar de ir con la escopeta cargada.

Violet se obligó a mantener la calma mientras caminaba por el pueblo a toda prisa en dirección al número ocho de Brook Terrace. Cuando llegó a la puerta, le entraron ganas de aporrearla, pero, siguiendo el consejo de Judith, respiró hondo y tocó el timbre. Brevemente, y solo una vez.

La mujer que abrió la puerta llevaba unos pantalones elegantes y un jersey de punto hecho a mano con un elaborado diseño.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo.

—¿Es usted la señora Bevan? ¿Barbara Bevan?

—Sí.

—Me llamo Violet. Violet Brewster. Vivo en Main Street, en Greengage Cottage.

La señora Bevan se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y esbozó una sonrisa cautelosa.

—He oído que ha empezado a vivir allí alguien nuevo. Usted es de fuera, ¿verdad?

Imaginando que «de fuera» significaba «de algún lugar que no fuera Derbyshire», Violet asintió con la cabeza.

—Sí, soy lo que se podría llamar una recién llegada. Me mudé a Merrywell la primavera pasada, desde Londres.

—Bueno… Espero que se esté adaptando bien. Este es un pueblo encantador. Ha elegido bien.

Violet esbozó una sonrisa forzada.

—Sí, así es.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarla? —preguntó la señora Bevan, frunciendo el ceño con expresión de desconcierto.

—Vengo por mi gata —respondió Violet, luchando contra el impulso de entrar en la casa y reclamar a su mascota—. He oído que

Rusty podría estar aquí, con usted.

La sonrisa de la señora Bevan se desvaneció. Dio un paso atrás y cruzó los brazos.

—¿Rusty, dice? ¿Cómo es él?

—Ella —respondió Violet—. Rusty es hembra. Es atigrada… y tiene una pequeña raya en la nariz.

La cara de la señora Bevan se entristeció.

—Oh —dijo—. Será mejor que entre.

Violet la siguió hasta un estrecho pasillo, cuya pared estaba cubierta de libros. Entraron en una habitación que se encontraba a la derecha, donde había una chimenea encendida, un par de velas perfumadas en la repisa y multitud de cuadros en las paredes. Junto a la chimenea había un sillón antiguo pero muy cómodo, en cuyo asiento había colocado en posición horizontal un cojín de terciopelo. Acurrucada sobre él estaba Rusty. Dormía profundamente. En el suelo, junto al sillón, había un platillo vacío que parecía haber sido lamido hasta dejarlo limpio.

—¿Es ella? —preguntó la señora Bevan.

Violet asintió con la cabeza, demasiado emocionada y aliviada como para hablar. Se arrodilló junto al sillón y le hizo cosquillas a Rusty entre las orejas. La gata abrió los ojos y miró a Violet como diciendo: «Vaya, ya la hemos liado. ¿Qué haces aquí?».

Violet cogió a Rusty en brazos y abrazó su cálido y peludo cuerpo. La gata la miró con indiferencia.

—Así que aquí es donde has estado —dijo Violet, sintiéndose inmensamente aliviada, y a la vez también un poco traicionada—. He estado muy preocupada por ti. Pensé que te había perdido para siempre.

La reprimenda iba dirigida principalmente a la gata, pero también era una indirecta para la señora Bevan.

—Pensé que era una gata callejera —dijo Barbara, como para justificar sus acciones.

—Lleva collar —dijo Violet, señalando lo obvio—. ¿Ve el pequeño imán que lleva? Eso le permite acceder a la gatera. No muchos gatos callejeros tienen uno.

La señora Bevan bajó los párpados y miró la alfombra estampada que tenía bajo los pies.

—Lo siento —dijo—. Estaba en mi jardín, maullando, y pensé que debía de tener hambre. Le di un trozo de pechuga de pollo y se lo comió como si se estuviera muriendo de hambre…, así que la dejé entrar en la cocina y le di un poco más. Después de eso, parecía que no quería marcharse.

Violet apoyó la cara en el cuello de Rusty, aspirando el aroma familiar y nada desagradable de su sedoso pelaje.

—La razón por la que se lo comió tan rápido es porque la pechuga de pollo es su comida favorita en todo el mundo. Solo se la doy como un capricho especial.

¿Era de extrañar que la gata no hubiera vuelto a casa? Grandes cantidades de pechuga de pollo. Una cálida chimenea. Cojines de terciopelo. Violet no estaba segura de poder competir con aquello.

Estirando una mano con manchas de color hígado y ligeramente temblorosa, la señora Bevan acarició una de las orejas de Rusty.

—Supongo que esto es un adiós —dijo con la voz entrecortada.

Violet respondió de forma comprensiva, a la par que con firmeza.

—Sí, lo siento, pero me temo que sí —dijo—. Agradezco que solo intentara ayudar; sin embargo, Rusty ya tiene un hogar lleno de amor. Conmigo.

La señora Bevan miró a Violet a los ojos y parpadeó.

—Admito que he disfrutado de su compañía, pero lamento cualquier molestia que haya causado. Debe de haber estado muy preocupada. Yo perdí a mi gato el año pasado…, y cuando digo que lo perdí, quiero decir que murió. Estaba tan afectada que me dije a mí misma que nunca volvería a tener otra mascota… y, entonces, el otro día, salí al jardín, y allí estaba Rusty.

Violet se colocó a la gata bajo el brazo y puso una mano reconfortante sobre el hombro de la señora Bevan.

—Quizá Rusty vino aquí por una razón —sugirió—. Es obvio que usted no dudó en acogerla cuando pensó que lo necesitaba. Yo diría que se ha dado permiso para tener otra mascota. Yo adopté a Rusty en la protectora de gatos de Ashbourne, y sé que allí hay muchos

animales que necesitan desesperadamente un hogar donde los quieran. Quizá debería visitarlos.

El color volvió a las mejillas de la señora Bevan.

—Lo pensaré —dijo—. Puede que tenga razón. Quizá ya sea el momento de tener otro compañero felino. Estoy completamente harta de mi propia compañía, eso seguro.

Volvieron al vestíbulo. Cuando Violet pasó por delante de las estanterías de libros, se le ocurrió una idea.

—Se nota que le gusta leer, señora Bevan. ¿Ha pensado alguna vez en apuntarse a un club de lectura?

La anciana sonrió con inquietud.

—Una vez fui al club de lectura del centro comercial, pero no me gustó. Los miembros eran mucho más jóvenes que yo y rebosaban confianza… En comparación con ellos, me sentí completamente fuera de lugar. Se me trababa la lengua y apenas dije una palabra en toda la noche. Me dio tanta vergüenza que no volví a ir.

—¿Conduce? —preguntó Violet.

—Sí, aunque últimamente solo hago viajes cortos.

—Se lo pregunto porque he estado recientemente en Maple Grange y sé que en su club de lectura están buscando nuevos miembros.

—¿En serio? —dijo la señora Bevan—. ¿Me permitirían participar, teniendo en cuenta que no vivo en la residencia de jubilados?

Violet asintió con la cabeza.

—Al parecer, el grupo está abierto a todo el mundo. La mayoría de los miembros actuales tienen una edad similar a la suya y son un grupo muy agradable.

Violet sintió que estaba justificado decir eso, ahora que Gaby Renfrew había sido expulsada para siempre.

Se dio cuenta de que la señora Bevan estaba dudando, considerando seriamente la idea.

—Quizá le guste —añadió Violet—. Y sé que la recibirían muy bien.

—Tiene cierto atractivo. Lo pensaré.

—Si me da su número de teléfono, se lo pasaré a Maureen Bond. Es una de las miembros del club de lectura. Si quiere, puedo pedirle que la llame y le dé más información.

La señora Bevan le hizo cosquillas a Rusty detrás de las orejas.

—¿Por qué no? —dijo, mientras la gata comenzaba a ronronear—. Espere un momento, voy a apuntarle mi número.

Volvió corriendo al salón y reapareció unos segundos más tarde con un trozo de papel en la mano.

—Aquí lo tiene. No dude en dárselo a Maureen. Creo que me debo a mí misma probar el club de lectura. ¿Qué tengo que perder? Si no me gusta, siempre puedo dejarlo, ¿no?

—Estoy segura de que le va a encantar —dijo Violet—. Después de las reuniones, suelen ir a comer juntos al restaurante de Maple Grange. Como miembro del club de lectura, imagino que la invitarán a ir con ellos.

—Eso suena muy bien. Salir a comer fuera es un lujo poco habitual para mí últimamente. He oído cosas buenas sobre Maple Grange. Me han dicho que es muy elegante, y al mismo tiempo muy agradable y relajante.

Violet sonrió discretamente y mantuvo un prudente silencio.

Capítulo 40

Con Rusty, que parecía arrepentida, en brazos, Violet regresó al pueblo y se dirigió a Greengage Cottage. Una vez que abrió la puerta, colocó a la gata en una silla en el rincón más cálido de la cocina y abrió una bolsa nueva de comida para gatos. Cuando Violet vertió el contenido en un platillo y lo colocó junto a un cuenco de agua recién rellenado, Rusty se estiró con indiferencia, saltó de la silla y se acercó con desgana para olfatear la oferta cárnica. Moviendo la cola, miró a Violet con expresión altiva, como diciendo: «¿Qué es esto? ¿No te has enterado? Ahora solo como pechuga de pollo».

Decidiendo ignorar esta irritante muestra de exigencia felina, Violet salió por la puerta trasera y volvió al trabajo.

Cuando llegó a The Memory Box, vio que habían echado una tarjeta por el buzón de la puerta. Era de un mensajero e informaba de que el paquete que habían intentado entregarle lo habían dejado en The Antiques Emporium. Violet decidió ir al local de al lado y recoger el paquete inmediatamente, sin quitarse el abrigo.

Encontró a Robert Dorman sentado detrás del mostrador, leyendo un libro encuadernado en cuero y comiendo un trozo de pastel de frutas. Llevaba una chaqueta de *tweed* con coderas de cuero. Era el tipo de prenda que debió de estar de moda entre la gente del campo unas dos décadas atrás y que ahora, en cambio, estaba completamente pasada de moda. Algunos podrían considerarla «ropa *vintage*» y, por lo tanto, muy *cool*, pero, en opinión de Violet, la chaqueta no le favorecía en absoluto a Robert, sino que le hacía parecer cuarenta años mayor de lo que en realidad era, pues ella sabía que tenía veintinueve años.

Violet sonrió mientras él se metía los restos del pastel de frutas en la boca y comenzaba a masticar.

—Hola, Robert. Tengo entendido que tienes un paquete para mí.

Él levantó la vista del libro y sonrió.

—En realidad, tres —dijo, con la boca llena de pastel—. Aunque, técnicamente, no son para ti. Están dirigidos a Amelia Brewster. Tu hija, supongo.

—Así es. Estoy esperando un envío para ella.

Robert dejó el libro a un lado y limpió las páginas para quitar las migas de pastel.

—Una de las cajas pesa bastante —dijo—. ¿Quieres que te la lleve?

Violet sonrió.

—Gracias, Robert. Eres un caballero.

Con los dos paquetes más pequeños bajo el brazo izquierdo, Violet regresó a The Memory Box y entró. Cuando Robert la siguió al despacho con la caja más grande, ella se fijó en la mirada de decepción de su rostro.

—¿Molly no trabaja hoy? —preguntó, buscando con la mirada por todo el local, por si Molly se había escondido en algún lugar.

—No, lo siento. Vuelve el miércoles.

La expresión de Robert se entristeció aún más.

—¿Qué días trabaja entonces?

—Varía —respondió Violet—. Tiene un horario fijo, pero lo cumple de forma flexible. Acordé con ella que podía adaptarlo a sus necesidades de cuidado del niño.

—Eres muy amable —dijo Robert—. No todos los jefes serían tan comprensivos.

—Es cierto, pero sé por experiencia lo difícil que puede ser compaginar las exigencias del trabajo y el cuidado de los niños, y para Molly es aún más difícil de lo que lo fue para mí, porque es madre soltera.

Robert dejó el pesado paquete en el suelo, se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones.

—¿El padre de Jamie no está presente? —preguntó, esforzándose por parecer despreocupado.

Violet dejó los otros dos paquetes encima de su escritorio.

—Eso tal vez deberías hablarlo con Molly.

—Claro…, sí…, perdona —dijo, sacando la mano derecha del bolsillo y pasándosela por el pelo.

—No tienes por qué disculparte —respondió Violet—. Si lo que realmente quieres saber es si Molly está soltera, la respuesta es sí, lo está.

Robert se sonrojó.

—Vale. De acuerdo. Yo…, yo no…

—Muy bien, es hora de poner las cartas sobre la mesa —dijo Violet, decidiendo ir al grano, pues, a veces, los hombres como Robert necesitaban un empujoncito amistoso—. ¿Estoy en lo cierto al pensar que te gusta Molly?

Las mejillas de color carmesí de Robert se oscurecieron hasta adquirir el color de los rábanos frescos.

—Yo… supongo…

—Vamos, Robert. ¿Sí o no? —dijo Violet con naturalidad—. Es una pregunta muy sencilla.

—Está bien, sí, pero por favor no le digas nada. Molly está fuera de mi alcance.

Violet puso los ojos en blanco con impaciencia.

—No voy a decirle nada; sin embargo, creo que tú sí deberías hacerlo.

—¿Yo? —Parecía aterrorizado—. No lo creo. ¿Qué le diría?

—¿Qué tal si le dices lo que sientes?

La sugerencia pareció horrorizarlo.

—Ni hablar. Me daría demasiada vergüenza.

—¿Por qué no la invitas a comer? Molly hace el descanso sobre las doce y media. Normalmente se trae sándwiches, pero podrías pasarte a esa hora y ofrecerte a llevarla a la cafetería.

—No creo que quiera ir a comer conmigo.

Violet dejó escapar un gruñido de frustración.

—Tienes que tener más confianza en ti mismo, Robert. Eres un chico agradable. Tímido…, pero inteligente e interesante.

Él se sonrojó de nuevo.

—Gracias, pero no creo que Molly esté de acuerdo contigo.

—Oh, sin duda lo estaría —dijo Violet—. En realidad, estaba citando a Molly. Así es como te describió el otro día. Aunque no puedo garantizar nada, porque también te llamó «friki de las antigüedades».

Él sonrió.

—Bueno, en eso tiene razón. Cuando se trata de antigüedades, no hay nadie más friki que yo.

—Yo diría que eso es parte de lo que te hace interesante.

Robert se agarró las solapas de la chaqueta de *tweed*, movió la cabeza y sonrió. Violet no estaba segura de si se sentía halagado o avergonzado.

—Será mejor que vuelva a la tienda —dijo—. Gracias, Violet. Por la información, claro.

Se dio la vuelta para marcharse y luego se volvió de nuevo cuando se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el albarán de entrega de los paquetes.

—Gracias otra vez —repitió, y le puso la hoja en la mano a Violet —. Yo… Hasta luego.

Llegó a la puerta. Se detuvo. Dudó. Se dio la vuelta y carraspeó.

—¿Molly viene el miércoles, dices?

Violet asintió con la cabeza.

—Eso es mañana.

—Sí, Robert. Así es.

Se arregló la chaqueta, asintió con la cabeza y sonrió.

—De acuerdo, entonces. Nos vemos pronto.

«Joder», pensó Violet mientras él cerraba la puerta tras de sí. Esperaba haber interpretado correctamente las señales, porque, de lo contrario, mañana a la hora del almuerzo tendría un gran problema con Molly.

Violet examinó cada uno de los paquetes para ver si podía adivinar qué había dentro. Con una rutina habitual que solía reservar para la Nochebuena, apretó, pinchó y sacudió los paquetes, desesperada por identificar su contenido. Si Amelia hubiera estado allí, la habría regañado y le habría dicho que estaba estropeando la sorpresa, pero la verdad era que a Violet no le gustaban las sorpresas.

Por desgracia, las tres cajas tenían una forma corriente y estaban bien empaquetadas, lo que hacía imposible descifrar que eran. Al igual que en Navidad, tendría que esperar pacientemente a que la

persona cuyo nombre figuraba en la etiqueta abriera el paquete y revelara su contenido.

Cogió el móvil y le envió un mensaje a Amelia.

> Tus paquetes han llegado. Estaré aquí el resto del día, por si quieres pasarte. Besos.

Pensó en añadir un emoji de cara ansiosa, pero lo descartó. Si mostraba demasiado interés, Amelia era lo suficientemente rebelde como para posponer la apertura de los paquetes, solo para prolongar el suspense.

En treinta segundos recibió una respuesta.

> Iré cuando haga el descanso. Bss

Eran las dos y media cuando Amelia por fin apareció.

—Te has tomado tu tiempo —dijo Violet.

—Trabajo en una cafetería, mamá. A la hora del almuerzo hay mucho trabajo. No me dejan tomarme el descanso hasta las dos y media.

Violet señaló la silla, donde ahora estaban los tres paquetes. Luego, fingiendo indiferencia, volvió a su Mac y simuló leer algo en la pantalla.

—¿Tienes unas tijeras o un cuchillo que pueda usar? —preguntó Amelia.

Violet abrió el cajón superior de su escritorio, sacó unas tijeras y se las entregó, con los mangos por delante.

Con el rabillo del ojo, vio cómo Amelia abría las tijeras y deslizaba una de las hojas bajo la cinta adhesiva del lateral del envoltorio de la caja.

—En realidad… —Amelia retiró las tijeras—. Pensándolo bien, quizá sea mejor que lo abra esta noche, en casa.

Violet se encogió de hombros con indiferencia.

—Tú decides, pero hoy he venido andando al trabajo, así que, si quieres llevarte los paquetes a casa, tendrás que cargar con ellos tú sola.

Amelia hizo una mueca.

—Este pesa un poco —dijo, señalando el paquete más grande—. Pero supongo que podría hacer dos viajes.

Renunciando a fingir indiferencia, Violet se recostó en su silla y suspiró.

—Por el amor de Dios, Amelia, abre ya los malditos paquetes.

Amelia echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Eres muy graciosa, mamá. Es muy fácil sacarte de quicio.

Violet la miró fijamente.

—Abre… las… cajas.

Riendo, Amelia levantó las tijeras y comenzó a quitar con mucho cuidado la cinta adhesiva del embalaje.

Epílogo

La Noche de Burns en el White Hart fue todo lo que Violet había esperado, y más. Ella y Amelia se sentaron con Matthew, sus padres y Rhys. Junto a ellos, en la mesa adyacente, estaban Fiona y Eric Nash con su hijo, Tom, y su pareja, Darren.

Vestido con una falda escocesa que no era lo suficientemente larga como para ocultar sus rodillas nudosas y luciendo un *sporran* muy impresionante, el propietario, Billy Gee, dio la bienvenida a todos con un breve discurso, seguido del «Selkirk Grace».[10] Entonces, música de gaitas comenzó a resonar a través del sistema de altavoces mientras se presentaba el *haggis*. Antes de que nadie pudiera empezar a comer, Billy recitó magníficamente el poema *Address to a Haggis*, de Robert Burns.

A pesar de sus reservas, Violet se sirvió la comida con entusiasmo. El *haggis* estaba delicioso, al igual que las abundantes raciones de *neeps* y *tatties* con las que se acompañaba.

—Creo que no voy a necesitar comer en una semana después de esto —dijo Violet, cuando la anfitriona, Cathy Gee, se acercó para ofrecerles una segunda ración.

—Me alegro de que te guste —dijo Cathy.

Violet miró alrededor de la sala.

—¿Molly no está aquí esta noche?

—No, está en casa con Jamie. Somos las únicas niñeras que tiene y esta noche no podemos hacer de niñeras. Además, no estoy segura de que a Molly le quede hueco para una cena de la Noche de Burns… Ha comido mucho. Ese tal Robert, de la tienda de antigüedades, la ha llevado a comer fuera.

Violet sonrió.

—Lo sé. Yo estaba delante cuando se lo pidió. ¿Crees que se lo ha pasado bien?

Cathy le guiñó un ojo.

—Seguro que sí, porque parece que van a volver a salir una noche de la semana que viene a comer *pizza*. Me ha pedido que le cuide a Jamie.

—Eso está genial… Me alegro por ellos —dijo Violet, regocijándose por dentro y suspirando aliviada porque sus esfuerzos como casamentera no habían salido mal.

Después de comer y recoger los platos, se sirvieron chupitos de *whisky* a los que llevaban algo de tartán (Violet había conseguido encontrar una bufanda de tartán en lo alto de su armario). Más tarde, cuando una banda folk se instaló y comenzó a tocar baladas escocesas, los clientes del *pub* aprovecharon la oportunidad para socializar.

Cuando Eric Nash se acercó a la barra, Violet se trasladó a la mesa de al lado para charlar con Fiona.

—Bueno —dijo Fiona, yendo al grano, como de costumbre—. ¿Te has recuperado del todo de tu última aventura?

—Si por aventura te refieres a mi enfrentamiento con Gaby Renfrew, entonces, sí…, estoy bien.

—¿Y Maureen y Shirley? ¿Cómo están?

—Ambas se encuentran en vías de recuperación, pero ha sido una experiencia terrible para ellas. Lo único bueno que ha salido de todo esto es que Maureen y Shirley han hablado abiertamente sobre lo que ocurrió hace tantos años. Maureen dijo que ha sido catártico para ellas. Nadie les ayudó en el momento de la caída de Lynette, así que enterraron su culpa, reprimieron sus emociones y llegaron a un acuerdo tácito de no volver a hablar nunca más del tema.

—Nunca es bueno reprimir las cosas —sostuvo Fiona—. En mi opinión, es mejor hablar de ellas.

—Creo que eso es lo que han estado haciendo —dijo Violet—. Cuando Maureen me llamó ayer, me dijo que ella y Shirley querían hacer algo en memoria de Lynette. Han hablado con el ayuntamiento y esperan comprar un banco de parque que se colocará cerca del castaño de Indias de Dreendale Lane Fields. Llevará el nombre de Lynette.

Fiona asintió con la cabeza.

—Es un homenaje muy apropiado, aunque un poco conmovedor.

—Estoy de acuerdo —dijo Violet—. Pero al menos significa que Lynette será recordada.

Fiona sonrió.

—¿Cómo le va a Amelia en la cafetería? —preguntó Violet, llevando la conversación hacia temas más alegres.

—Muy bien —respondió Fiona—. Le estoy muy agradecida por su ayuda. Es una joven encantadora, Violet. Debes de estar muy orgullosa de ella.

Violet sonrió.

—Gracias.

—¿Ha decidido qué va a hacer cuando termine su temporada en la cafetería?

—Ha empezado a buscar trabajo —respondió Violet—. En finanzas.

—Ah…, ¿en Londres?

—Hasta ahora ha solicitado un empleo en Londres, otro en Bristol y otro en Mánchester. Está esperando a saber si la han seleccionado para la entrevista.

—Entonces, ¿se está ciñendo a lo que ya conoce? —dijo Fiona—. Finanzas. Contabilidad. ¿Y sus proyectos creativos?

—No ha abandonado del todo esa idea —respondió Violet—. De hecho, en los últimos días ha estado preparando algunas cosas. ¿Te dije que creía que había estado pasando tiempo con Rhys?

Fiona asintió con la cabeza, esperando con interés más detalles.

—Resulta que yo tenía razón. Él la ha estado ayudando a digitalizar algunas de sus obras de arte para que pueda venderlas por internet. También le ha enseñado a montar una tienda *on-line*. Además, ella ha creado algunos artículos que va a vender a consignación en un par de tiendas locales. Ayer llegó un envío.

—¿Qué tipo de cosas vende?

—Bolsas de lona con frases cortas impresas, posavasos y cuadernos… También va a vender productos impresos bajo demanda por internet. Tazas, impresiones de obras de arte y otras cosas.

—Debería hablar con Eric antes de irse de Merrywell. Seguro que le interesa hacer un trato con lo de las bolsas de tela. A los compradores de libros les encantan las bolsas llamativas, ya lo sabes.

—Le sugeriré que hable con él —dijo Violet—. No creo que vaya a ganar mucho dinero con eso. Ella lo considera un trabajo secundario, al menos por ahora. En este momento, es, más que nada, una forma de dar rienda suelta a su creatividad, pero quién sabe adónde puede llevarla.

—Rhys ha sido muy amable al ayudarla —dijo Fiona—. Es un chico muy majo.

—Sí, lo es. Ha estado muy ocupado preparando su viaje, así que fue muy generoso por su parte dedicarle tiempo a Amelia.

Miraron hacia la mesa de al lado, donde Rhys estaba brindando con su padre, sus abuelos y Amelia.

—Lo van a echar de menos —dijo Fiona.

—Sí —asintió Violet—. Se marcha este fin de semana.

—Me preguntaba si él y Amelia podrían estar…, ya sabes…, enamorados —dijo Fiona, inclinándose para que no la oyeran.

—Yo pensé lo mismo, pero parece que no. Solo son amigos.

—¿Y qué hay de ti y Matthew? —susurró Fiona—. ¿Cómo va tu romance?

—De maravilla, gracias. —Violet sonrió—. Al menos, eso creo. Dice que hay algo de lo que quiere hablar conmigo esta noche. Espero que no esté pensando en romper conmigo.

Fiona se rio.

—Ni lo sueñes. He visto cómo te mira. Matthew está completamente enamorado de ti.

Cuando Eric regresó de la barra, Violet se fue a «retocarse el maquillaje». Mientras se abría paso entre la multitud para salir del baño, vio un abrigo marrón muy característico entre la gente del *pub*.

—¡Detective Winterton! —exclamó, dándole una palmada en el hombro—. ¿Qué hace aquí?

El detective se giró y sonrió.

—La verdad es que la estaba buscando. Y tengo nombre, ¿sabe? Puede llamarme Charlie.

Ella sonrió.

—De acuerdo…, Charlie. ¡Pues aquí estoy! Ya me ha encontrado. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quería ponerle al día sobre el caso. Llamé a su casa, pero no estaba…, obviamente.

—¿Qué le ha hecho pensar que podía estar aquí? —dijo Violet, preocupada por estar ganándose reputación de asidua a los bares.

—Oí la música al pasar en coche y pensé que quizá estaría aquí. —Tuvo que levantar la voz, ya que de repente se oyó un grito de alegría en la barra—. Qué animado está esto esta noche. ¿Por qué va todo el mundo vestido como si hubiera salido de una caja de galletas?

Violet se rio.

—Es la Noche de Burns. Hemos comido *haggis*, *neeps* y *tatties* y hemos bebido *whisky*. Incluso había gaitas, o al menos una grabación.

El sargento Winterton puso cara de asco.

—Puaj. No lamento haberme perdido eso.

—La verdad es que ha sido muy divertido, y el *haggis* estaba sorprendentemente bueno. Quizá haya sobrado algo, si le apetece.

—No, gracias. Paso. ¿Hay algún sitio tranquilo donde podamos hablar? Hay unas cuantas cosas que me gustaría contarle, pero no quiero hacerlo aquí, con todo el mundo escuchando.

Con Charlie Winterton siguiéndola, Violet se abrió paso entre la multitud hasta la barra y le preguntó a Billy Gee si podía usar la pequeña sala de eventos que había en la parte trasera del *pub*.

—El sargento Winterton necesita hablar conmigo en privado —explicó.

—Sí, adelante —respondió Billy—. Aunque puede que haga un poco de frío ahí dentro. La chimenea no está encendida.

—No pasa nada —dijo Violet—. El chupito de *whisky* que me has dado me está calentando por dentro, y Charlie lleva su fiel abrigo de invierno, así que estará lo suficientemente abrigado.

—Entonces, ¿qué novedades hay? —preguntó Violet, cuando ella y Charlie se acomodaron en una mesa en la relativa paz y tranquilidad

de la sala de eventos—. ¿Ha confesado Gaby?

—Por desgracia, sigue con la manía de repetir: «Sin comentarios».

—¿Qué? —dijo Violet—. Lo admitió todo cuando estábamos en el parque, incluido el asesinato.

—Lo sé, y ella sabe que lo sé…; sin embargo, a menos que ella misma haga una declaración en ese sentido, lo único que tenemos son rumores. La acusaremos de todo lo que podamos, pero primero estamos reuniendo todas las pruebas posibles. Dawn Pilcher nos ha dado acceso al apartamento de Phyllis Gibson, que estaba siendo vaciado. Por desgracia, la lata de té ya la habían tirado, pero hemos encontrado la cinta verde de la que usted nos habló. Estaba donde nos dijo que estaría: guardada entre las páginas de un libro.

—Me alegro de que la hayan encontrado —dijo Violet—. Aunque, como prueba, supongo que no servirá de mucho. ¿Qué más tienen?

—Hemos revisado más cámaras de seguridad y hemos encontrado más imágenes del coche de Maureen el día que atropellaron a Shirley. La buena noticia es que algunas imágenes son muy nítidas. La mala noticia es que la persona que conduce el coche lleva una mascarilla y una capucha, por lo que aún no hemos podido identificarla con certeza. El equipo forense está examinando el Triumph, así que esperamos que eso nos dé alguna pista.

—Dudo que encuentren huellas dactilares —dijo Violet—. Imagino que Gaby sería lo suficientemente astuta como para llevar guantes.

El sargento Winterton asintió con la cabeza.

—Seguro que tiene razón, pero es el procedimiento habitual comprobarlo, y…, quién sabe…, quizá tengamos suerte y encontremos algún rastro de ADN.

—Parece que están ustedes haciendo todo lo posible —reconoció Violet—. Espero de verdad que encuentren algo. No soporto la idea de que Gaby pueda salirse con la suya.

—Tiene que prepararse para esa posibilidad —dijo él—. Hemos estado en contacto con el médico de la señora Renfrew en Canadá y su pronóstico no es bueno. Cuando se marchó de Saskatchewan, su esperanza de vida era de seis a doce meses, y ya lleva siete meses en Maple Grange. Es muy probable que muera antes de que su caso llegue a juicio.

—¿Está diciendo que podría salir impune?

El sargento Winterton se encogió de hombros.

—Si conseguimos pruebas suficientes para acusarla de asesinato o intento de asesinato, podremos mantenerla en prisión preventiva, pero, si lo hacemos, es probable que pase la mayor parte de ese tiempo, o la totalidad del mismo, en el ala del hospital. No voy a endulzar esto, Violet. Puede que no viva lo suficiente para responder por todos sus crímenes.

—¿Qué pasa si no encuentran ninguna prueba?

—No se preocupe, seguro que podremos acusarla de algo. Normalmente, solo podemos mantener a alguien detenido sin cargos durante un máximo de veinticuatro horas, pero, como Gabriella Renfrew es sospechosa de asesinato, nos han dado permiso para retenerla durante setenta y dos horas más. Sin embargo, el tiempo se acaba, así que tendremos que acusarla pronto, aunque no necesariamente por el asesinato de Phyllis Gibson, ni siquiera por el intento de asesinato de Maureen y Shirley. No obstante, dos agentes de policía vieron a Gaby con el cuchillo. Si todo lo demás falla, la acusaremos de agresión agravada con arma mortal y, posiblemente, incluso de retención ilegal. Puede estar tranquila: Gabriella Renfrew no va a ir a ninguna parte por ahora.

—Es un alivio. Al menos, eso significa que Maureen y Shirley estarán a salvo.

—Me aseguraré de ello —dijo el sargento Winterton—. También hemos descubierto algo más que puede que le resulte interesante. Uno de mis agentes se fijó en una cosa que usted mencionó en su declaración acerca de que Gabriella estaba delante cuando su hermana murió en 1977. Siguiendo una corazonada, el agente se puso en contacto con la Policía de Toronto para comprobar si la muerte de Lynette Slater se había investigado o se había considerado sospechosa.

—¿Y? —preguntó Violet.

—Han revisado sus archivos y nos han respondido esta tarde. Al parecer, Lynette Slater se ahogó cuando nadaba en una playa cerca de Niagara-on-the-Lake…, que está cerca del lago Ontario. En fin, resulta que fue Gabriella quien la llevó a la playa. Lynette no podía

caminar sin ayuda, pero sí nadar y, a pesar de su discapacidad, sus padres dijeron que se sentía segura en el agua.

—Continúe.

—Gabriella sostuvo que su hermana tuvo problemas cuando nadaban juntas en el lago. En la declaración que hizo en aquel momento, afirmó que intentó llevar a Lynette de vuelta a la playa, donde estaría a salvo, pero se encontraban demasiado lejos y no había nadie cerca que les pudiera ayudar. Gabriella dijo que no tuvo más remedio que soltar a su hermana y dejar que se ahogara para salvarse ella misma. Dado lo que sabemos ahora, diría que ese relato es muy dudoso.

—Estoy de acuerdo. —Violet asintió lentamente con la cabeza—. Gaby nos dijo la otra noche que había llegado a despreciar a Lynette y que le molestaba la atención que recibía de sus padres. Quizá decidió deshacerse de ella…, la drogó antes de ir a nadar o la mantuvo sumergida. No descartaría nada por parte de Gaby.

—No fuimos los únicos que sospechamos —dijo el sargento Winterton—. Los padres de Lynette fueron quienes pidieron a la policía que investigara el accidente. Por desgracia, como no había pruebas de acto criminal, no se llegó a nada y se archivó el caso. Interrogaron a Gabriella, pero después la pusieron en libertad. Sus padres estaban convencidos de la culpabilidad de Gabriella y cortaron todo contacto con ella. Ella regresó a Saskatchewan y nunca más los volvió a ver.

—Así que ¿Gaby se salió con la suya en 1977 y ahora va a volver a salirse con la suya?

—No, si puedo evitarlo —aseguró el sargento Winterton—. Estamos trabajando duro para presentar cargos contra ella por asesinato, pero lo que no puedo garantizar es si habrá tiempo para un juicio y una condena.

—Lo que demuestra que la justicia no siempre prevalece.

—Tiene razón —dijo Charlie—. En este trabajo, uno aprende a aceptar que no se puede ganar siempre. Lo único que podemos hacer es dar lo mejor de nosotros mismos.

Se levantaron y regresaron al bar. La banda había empezado a tocar una melodía animada y media docena de personas se habían

puesto de pie para bailar una versión improvisada de una giga escocesa.

—Le dejo que se vaya a bailar el *highland fling*,[11] o lo que sea que tenga planeado hacer el resto de la noche —dijo Charlie.

Violet se rio.

—Necesitaré unos cuantos *whiskies* más antes de intentarlo. ¿Y usted? ¿Sigue de servicio?

—No, usted era mi última parada del día. Ahora ya he terminado oficialmente mi turno.

—En ese caso, ¿puedo invitarle a una pinta?

Él sonrió.

—Le agradezco la oferta, Violet, pero probablemente debería irme a casa. Mi mujer no se alegrará si llego con aliento a cerveza.

—Ahí estás —dijo Matthew cuando Violet regresó a la mesa—. Me preguntaba dónde te habías metido.

—Me he encontrado con Charlie Winterton. Quería ponerme al día sobre el caso.

Le contó a Matthew lo que le había dicho el detective.

—Parece que Gaby Renfrew es una persona muy perturbada —dijo Matthew—. Me alegro de que no te hicieras daño cuando protagonizaste tu heroica lucha para quitarle el cuchillo. Por favor, dime que no volverás a hacer algo así.

—Hice lo que tenía que hacer, dadas las circunstancias. Desde luego, no estaba tratando de ser un héroe.

—Bueno, para mí sí eres un héroe —dijo Matthew—. ¿O debería decir «una heroína»?

Violet se rio.

—Dijiste que querías hablar conmigo sobre algo —dijo.

—Sí… —Se aclaró la garganta—. Después del estrés de los últimos días, creo que te mereces un descanso. ¿Qué tal si nos vamos a algún sitio?

—Es una idea estupenda —dijo Violet, apoyando la cabeza en el hombro de Matthew—. Sin embargo, ahora mismo no puedo permitirme tomarme unos días libres en el trabajo.

—No serían muchos días. He pensado que podríamos ir a algún sitio el fin de semana… De viernes a domingo. Solo tendrías que tomarte un día libre en el trabajo. Estoy seguro de que Molly estaría encantada de ocuparse de todo mientras estás fuera.

—Supongo que por un día no pasará nada, pero estamos en enero, Matthew. ¿No crees que hace un poco de frío para pasar un fin de semana en la costa?

—¿Quién ha hablado de la costa? —dijo él, rodeándola con el brazo y atrayéndola hacia sí—. Estaba pensando en una escapada a la ciudad. Yo invito. Considéralo un regalo de cumpleaños tardío.

—Ya me has hecho un regalo precioso —dijo Violet, acordándose de las joyas que él le había regalado por su cumpleaños unas semanas antes.

Matthew sonrió.

—Una mujer tan guapa como tú se merece mucho más que un par de pendientes. ¿Qué te parece un fin de semana en París?

—¿París? —preguntó ella—. ¿La ciudad del amor?

Él se inclinó y le susurró al oído:

—Teniendo en cuenta lo que siento por ti, diría que es el destino perfecto.

El corazón de Violet dio un vuelco. ¿Era esa su forma de decirle que la quería? Ella esperaba que sí.

—¿Y bien? —dijo Matthew—. ¿Qué te parece?

—¿Un fin de semana romántico en París? —Sonrió ella—. Me parece maravilloso.

[10] El «Selkirk Grace» [Gracia de Selkirk] es una bendición o acción de gracias en escocés que se reza antes de las comidas. Aunque se atribuye a Burns, ya existía en el siglo XVII con el nombre de «Galloway Grace» [Gracia de Galloway] o «Covenanters' Grace» [Gracia de los Pactantes]. Se le dio el nombre de «Selkirk Grace» porque se dice que Burns la pronunció en una cena que ofreció el cuarto conde de Selkirk.

[11] El *highland fling* es un baile folclórico tradicional escocés que está considerado la danza nacional de Escocia. Se interpreta a menudo con gaitas. Se caracteriza por ser una danza en compás de 4/4 que consiste en una serie de pasos complejos ejecutados en el mismo lugar. Es un baile solitario y muy estilizado, con movimientos vigorosos que requieren gran equilibrio, precisión y agilidad. Se cree que se originó como una danza de victoria para un guerrero. Según la tradición, los antiguos guerreros bailaban sobre sus escudos (llamados

targes) y los movimientos imitaban los del ciervo, con los brazos levantados como astas y los pies moviéndose con habilidad para no pisar una espiga del centro del escudo.

Agradecimientos

Muchas gracias por leer la última novela de misterio de Violet Brewster, *El misterio del joyero*. Me lo he pasado muy bien escribiendo este libro e ideando otro caso para que Violet lo resuelva. Espero que hayas disfrutado conociendo a los residentes de la residencia de jubilados y poniéndote al día con algunos de los otros personajes habituales de Merrywell. Si quieres saber más sobre los próximos títulos de la serie, puedes seguirme en las redes sociales o a través de mi página web (ver los datos de contacto más abajo).

Quiero expresar mi agradecimiento y gratitud a Audrey Linton, mi talentosa editora de HQ. Sus cartas editoriales siempre demuestran lo bien que entiende a Violet y a los demás personajes de Merrywell, y sus perspicaces comentarios y sugerencias suelen dar lugar a nuevas ideas para los libros. Gracias, Aud, tengo mucha suerte de tenerte como editora. Vaya mi agradecimiento también al equipo editorial de HQ en general, cuya profesionalidad y dedicación garantizan que todo funcione a la perfección en cada etapa del proceso de publicación.

Los blogueros y críticos que se toman el tiempo de leer mis libros y compartir detalles sobre los días de publicación merecen un reconocimiento especial. Sus reseñas desempeñan un papel fundamental en la promoción de mi trabajo, y se lo agradezco a cada uno de ellos.

También me gustaría dar las gracias a mis maravillosos amigos y familiares. Puede que no siempre os lo diga, pero vuestro amor y apoyo significan mucho para mí.

Aunque fue un placer terminar este libro, su escritura coincidió con un momento muy triste de mi vida. Cuando iba por la mitad de la novela, perdimos a nuestra preciosa perra, Nell. Tenía casi quince años y había vivido una vida larga y feliz, pero nos partió el corazón tener que decirle adiós. Nell solía sentarse junto a mi escritorio

mientras yo escribía. Echo de menos ver su carita mirándome. Nos dio mucho amor, alegría y risas, y apreciamos cada día que pasamos con ella. Somos muy afortunados de haberla tenido en nuestras vidas y nunca la olvidaremos.

Por último, como ya es habitual, terminaré dando las gracias a mi marido, Howard, por su continuo apoyo y ánimo. Nuestros paseos diarios juntos son sagrados: además de proporcionarnos aire fresco y ejercicio, constituyen una oportunidad para desahogarnos, hablar de fútbol, comentar ideas y hacer planes para futuros viajes por carretera y en tren. Estoy deseando hacer muchos más viajes contigo en 2024 y más adelante, Howard. No podría imaginar un compañero de viaje mejor.



Asesinato tras las cámaras

Whitelaw, Jonathan

9788410643482

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El reparto y el equipo de una popular serie policíaca de televisión están rodando en el Distrito de los Lagos, y entre bastidores las relaciones son tan tensas como en la pantalla. La reputación del director le precede, las dos estrellas principales están enemistadas y los rumores vuelan por todas partes.

Mientras tanto, los lugareños disfrutan del rodaje: Amita Kahtri y sus amigos del Penrith Bingo Club se están convirtiendo en estrellas de las redes sociales con sus fotos entre bambalinas, y el yerno de Amita, Jason, se lo toma todo con humor.

Pero cuando la matanza en pantalla se transforma en un asesinato en la vida real en la sala de conciertos en la que se basa el drama televisivo, y la policía de verdad está tan desconcertada como los detectives de la tele, corresponde a los lugareños desentrañar el misterio.

Parece que el sabor de la fama puede ser mortal, pero ¿qué ocurre cuando las tramas de un asesino son más descabelladas que cualquier idea de los guionistas?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sertorio, el elegido de la diosa blanca

Negrete, Javier

9788410643031

848

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una voz sin rostro advierte así a los romanos mientras un gran cometa incendia el cielo. La profecía ya se ha puesto en marcha:

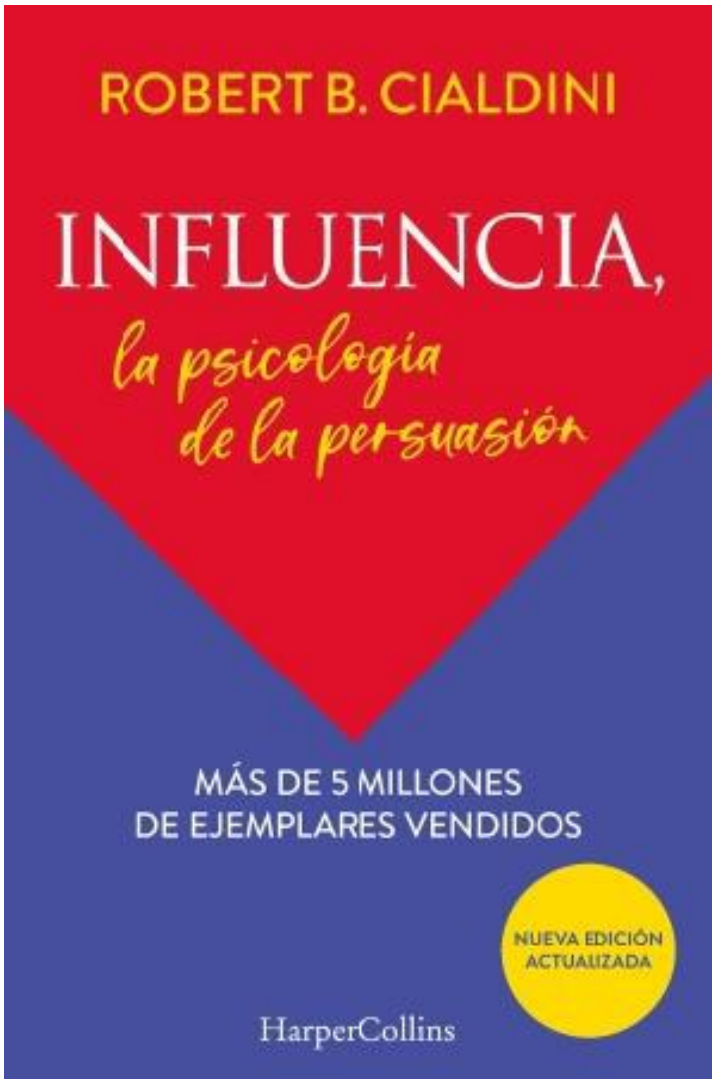
lejos de allí, los cimbrios parten hacia el sur, guiados por Artemidoro de Éfeso, que vuelve para vengarse de la ciudad que arruinó su vida.

La mayor amenaza desde Aníbal se cierne sobre una Roma marcada por la violencia de los idus de enero. En ese escenario crece Quinto Sertorio. Su viaje de formación lo llevará desde la infancia en los barrios altos hasta la adolescencia entre los callejones de la Subura y los cementerios del Esquilino. Allí liderará al pequeño ejército de los Mirmidones, conocerá a la joven asesina Sierpe y aprenderá el significado de la amistad, el sacrificio y el honor.

Pero también tendrá enemigos. El corrupto senador Servilio Cepión y el jefe de los bajos fondos, Septimuleyo, se convertirán en una amenaza personal para Sertorio, mientras la adivina Marta maneja los hilos de todos ellos desde las sombras.

De todas esas sombras, ninguna más alargada que la que proyecta la cruz de Stígmata, el hombre de las cicatrices, cuyo destino y el de Sertorio están llamados a entrelazarse una y otra vez.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert
9788491397380
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía:
https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Criar con calma

Carmona, Dr. José María
9788410644519
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La aventura de tener un hijo y criarlo despierta emociones profundas, pero también dudas constantes. ¿Lo estamos haciendo

bien? En un mar de consejos contradictorios, mitos y modelos ideales, muchas familias sienten que la crianza se vive con demasiada presión.

Criar con calma propone un camino diferente para disfrutar de la maternidad desde el primer día. Estas páginas nos invitan a entender la biología, el desarrollo infantil y a confiar en nuestra intuición como padres.

José María Carmona, pediatra con una amplia experiencia clínica y padre de tres hijos, combina el rigor científico y la mirada humana para explicar, de forma clara y sencilla, qué ocurre en cada etapa y por qué. Desde el embarazo y el posparto hasta la lactancia, el sueño, la alimentación, las rabietas o las enfermedades más frecuentes, este libro nos da las claves prácticas y el apoyo emocional que nos ayudará a tomar decisiones con más seguridad y menos miedo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS

CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio.

«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)